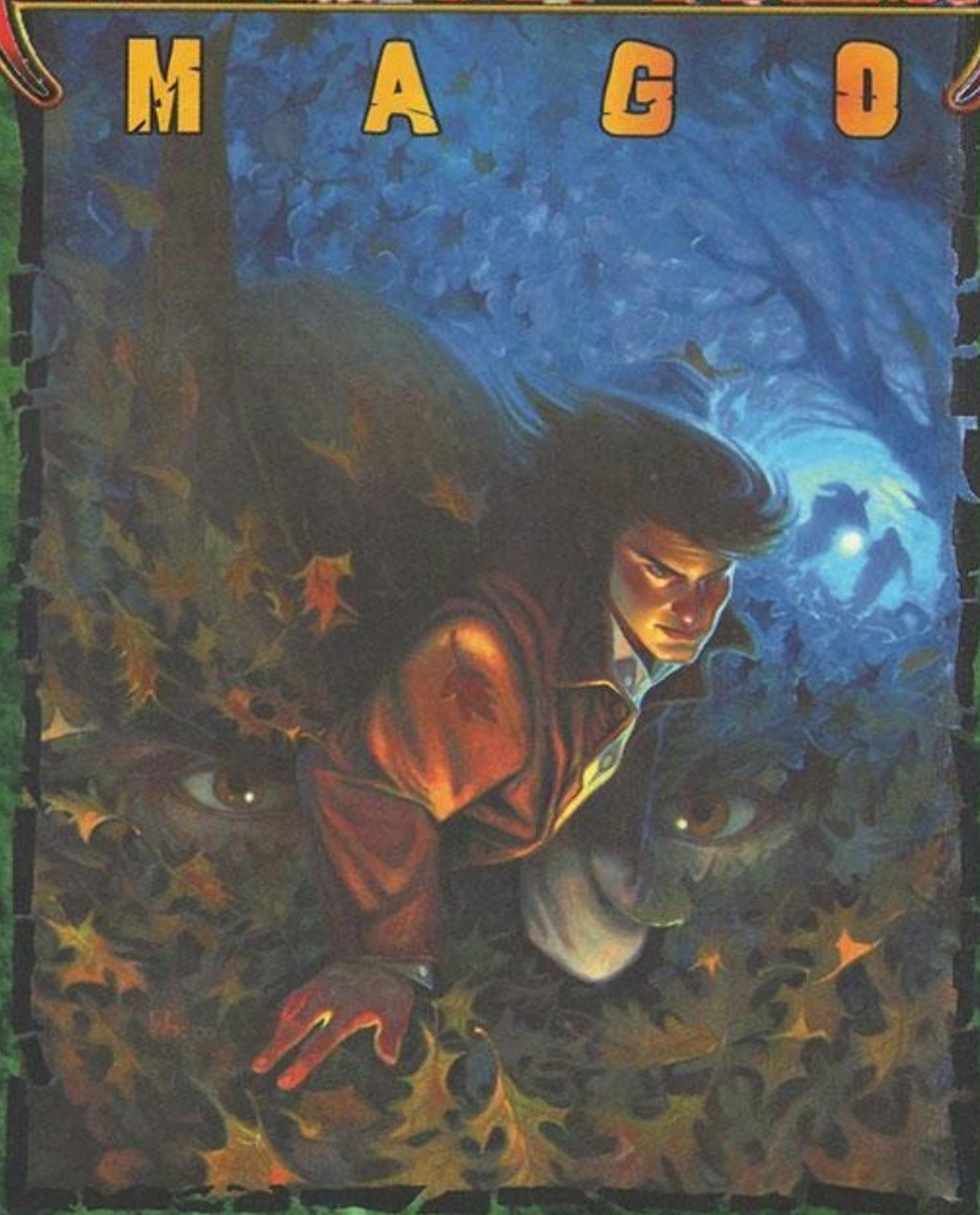


CAZADOR Y PRESA

M A G O



CARL BOWEN

MAGO
MAGO
LA ASCENSIÓN

CAZADOR
LA VENTA

Lectulandia

¿Es la ignorancia una bendición?

Adrian Cross es cómplice inconsciente en uno de los planes de la Tecnocracia para la dominación del mundo. Pero la Tecnocracia ahora necesita de Adrian un sacrificio. Las circunstancias que desembocarán en la rendición de Adrian a esta realidad se han planeado con todo cuidado. Y sin embargo fallan.

Esta pequeña grieta en sus proyectos puede significar una puerta al libre albedrío, algo que Adrian y los demás humanos parecen estar perdiendo poco a poco. Con la ayuda de dos desconocidos muy diferentes que quieren cosas muy diferentes para él, Adrian emprende un aterrador viaje de descubrimiento por las entrañas del Mundo de Tinieblas. Pero a medida que averigua más, empieza a preguntarse si no hubiera estado más a salvo en la ignorancia.

Esta es la quinta novela de esta serie de seis en la que se explora la reciente llegada de los Cazadores al Mundo de Tinieblas y su relación con los adversarios sobrenaturales a los que se ven compelidos a combatir. A lo largo de la serie, la línea que separa al cazador y el cazado va difuminándose.

Lectulandia

Carl Bowen

Mago

Cazador y presa - 5

ePUB r1.0

TaliZorah 07.04.13

Título original: *Predator & Prey: Mage*

Carl Bowen, 2002

Traducción: Marta García Martínez

Retoque de portada: TaliZorah

Editor digital: TaliZorah

ePub base r1.0

más libros en lectulandia.com

PRÓLOGO

«Jueves»

Adrian Cross trató de no quedarse dormido al volante para no tener un accidente. Había dormido mal la noche anterior, así que hoy se había pasado todo el día en el trabajo bebiendo café y lavándose la cara con agua helada. Pero esto no le había servido más de unos minutos, así que a la hora de volver a casa estaba incluso más agotado. Ya había sentido varias veces que lo envolvía la manta gris de la inconsciencia y se había despertado de golpe justo a tiempo para evitar que su Pontiac Phoenix del 82 se saliera de la carretera. Poco antes había abierto los ojos de repente y se había encontrado con las luces rojas de freno de la camioneta de delante acechando brillantes y enfadadas en el centro del parabrisas. El corazón se le ponía a mil por hora y abría los ojos todo lo que podía después de evitar un accidente por tan poco, pero la mama gris siempre volvía a deslizarse sobre él.

Mientras la versión de «Suspicious Minds» de Dwight Yokam sonaba en la radio, Adrian se entretuvo intentando fijarse en otra cosa que no fueran los coches que tenía delante. Siguió con los ojos la línea de árboles que había a ambos lados de la carretera, que no hacía más que subir y bajar, subir y bajar... pero no lo ayudó mucho. Intentó crear palabras a partir de las matrículas de los coches que lo rodeaban o encontrar la matrícula del estado más lejano, pero los dos juegos eran demasiado aburridos para serle útiles. Hasta levantó la vista todo lo que pudo, más allá de las nubes y del brillo de las luces de la ciudad. Lo más interesante que vio fue una estrella roja por encima de la ciudad que *no* había visto jamás, pero apartar los ojos de la carretera para mirar a las estrellas tampoco parecía la mejor de las ideas. Al final se conformó con pensar que el sueño era un líquido viscoso que intentaba llenar el vacío de su conciencia y que sólo evitando un horrible accidente de tráfico por meros milímetros podría sacar ese líquido de su cerebro y permanecer despierto. Pero cada vez que lo sacaba, el líquido volvía a rezumar y lo dejaba tan relajado y adormilado como hacía unos momentos...

El colérico trompetazo de un claxon devolvió el sentido a Adrian y se dio cuenta de que su abollado y sucio Pontiac había sobrepasado la línea que separaba su carril del siguiente, ocupado ya por un monovolumen. Poseído por el temor repentino e irracional a que la persona del carril izquierdo estuviera intentado usurpar el espacio que había dejado vacío, dio un volantazo y volvió a su carril, lo que obligó al coche de la izquierda a virar y acercarse peligrosamente a la mediana de cemento de la autopista. Los conductores de ambos lados le pitaron y le hicieron gestos obscenos con las manos mientras él volvía a acomodarse en su canil.

—Idiotas —murmuró sin dirigirse a nadie en particular. Odiaba conducir por la autopista 38. Era inevitable, todos los camiones que transportaban coches,

combustible y hasta un trailer doble que arrastraba 18 ruedas de Flint a Lansing se ponían de acuerdo para saltarse Iron Rapids exactamente en el mismo momento, momento que podía ocurrir en cualquier instante de la mañana o de la tarde. Y además, cualquier mono capaz de mirar en línea recta y no ver un cono rojo de Tráfico decidía unirse también a aquella locura de cambios de carril, pitazos y contaminación. La confluencia de tráfico ahogaba la autopista 38 de circunvalación que rodeaba Iron Rapids y la convertía en una gelatina espesa y lenta en las horas punta. Adrian había conducido en peores condiciones (por ejemplo en la interestatal 285 que circunvalaba su ciudad natal, Atlanta) pero es que la autopista 38 nunca se descongestionaba. Hasta el tráfico de las vacaciones y los fines de semana era una pesadilla. Adrian sólo tenía que cruzar una cuarta parte de aquella pequeña y engreída autopista para llegar al trabajo desde su apartamento pero aquel trayecto siempre le llevaba más de 45 minutos.

Los días buenos, el viaje le agriaba el humor pero es que el tráfico de aquella tarde era especialmente molesto. La noche anterior, después de una arenga telefónica de tres horas a manos de su ex mujer, Adrian se había quedado levantado hasta tarde preocupado porque no sabía qué piedra iba a levantar para encontrar el dinero que necesitaba para pagar la pensión que le debía a su hijo. Cinco años atrás, gracias a la brillante hazaña de un aficionado al derecho, Adrian se había encontrado pagando una cantidad desorbitada en concepto de manutención infantil, a pesar de que el padre de su ex era rico y estaba dispuesto a mantenerla y que su novio actual (que era el que *en realidad* la estaba manteniendo) se ganaba muy bien la vida. Adrian no tenía ningún problema en donar dinero para contribuir a la educación de su hijo, pero estaba seguro de que el letrado de su ex se había aprovechado de él y de su inexperto abogado. Después de ver cómo lo arrollaban, de perder la casa y el coche, su mitad de la cuenta de ahorros conjunta y la custodia de su hijo, Adrian no había sido capaz de seguir luchando.

Y ahora que trabajaba en su tercer empleo desde el divorcio, estaba muy corto de dinero. Todavía no había decepcionado a su hijo pero sólo había conseguido mantener la cabeza a flote vendiendo la mayor parte de los objetos valiosos que había conseguido en el acuerdo de divorcio. En realidad todo lo que le quedaba era este coche, que había comprado en una franquicia de vehículos usados de la ciudad que dejaba secos a sus indefensos clientes. Además, el coche no iba a tener ningún valor comercial cuando lo sacaran de debajo del trailer de 18 ruedas que estaba a punto de volcar delante de él.

Con la dolorosa y repentina claridad de un hombre que está seguro que va a morir, Adrian se despertó por completo y se dio cuenta de lo que estaba ocurriendo. Al camión gris y azul que estaba en el carril izquierdo, junto a la mediana y varios coches por delante de él, acababan de reventarle todas las llantas del lado del

pasajero. A Adrian le dio un vuelco el estómago y se mareó al ver que las cimas de acero y la goma se desmontaban como una cesta que se deshace, al tiempo que el camión empezaba a virar a cámara lenta.

El sedán color borgoña que estaba justo al lado del trailer de 18 ruedas consiguió esquivarlo y algún milagro evitó que la carga volcara sobre la mediana y se precipitara sobre el tráfico que venía en dirección contraria. El sedán dio un volantazo y se metió en el carril de la derecha y el Escarabajo amarillo que ya estaba en ese carril viró para meterse en la franja basta y ondulada que le servía a la autopista 38 de carril de emergencia. Esa apretada maniobra dejó libre el tramo de carretera que había junto al trailer, lo que no dejaba de ser una buena noticia, pero la fila de coches que le seguían incluían una furgoneta gris con las ventanillas tintadas, en el carril izquierdo, una camioneta roja sin lavar en el carril derecho y el Phoenix de Adrian en el medio. Adrian iba por delante de los otros dos vehículos y se dio cuenta de que ninguno de ellos podría parar a tiempo para impedir el inevitable choque. Al conductor del trailer de 18 ruedas ya le había entrado un ataque de pánico, había clavado los frenos y los había dejado encerrados.

En cuanto Adrian se dio cuenta de todo eso, el trailer empezó a estremecerse y patinó hacia la derecha sobre las llantas desnudas de la cabina. El humo brotó de las llantas traseras del camión seguido por el chillido irreal de las gomas que se aferraban con desesperación al asfalto. El camión ya estaba lo bastante lejos para no arrastrar a nadie en su loco viraje pero a pesar de todo, Adrian sabía lo que iba a pasar. Una conexión siniestra, sobrenatural, le dijo que los dos conductores más cercanos a él también se habían dado cuenta. Sintió que los conductores de la furgoneta y de la camioneta estiraban el pie hacia el freno cuando el instinto de supervivencia más primitivo se hizo con el control. La escena entera no había llevado hasta ahora más de unos segundos pero ya se había impuesto la incómoda realidad de que todo aquello estaba ocurriendo en la vida real, no en una película ni en una pantalla de televisión. Como si fueran uno, el conductor de la camioneta y el de la furgoneta estaban a punto de intentar frenar antes de que el camión y su trailer, que ya estaba fuera de control, bloquearan los tres carriles de la autopista.

La mente de Adrian se adelantó como un rayo a su miedo y al instinto y le dijo lo que iba a pasar instantes antes de que ocurriera. El trailer iba a atravesarse y a estrellarse contra la mediana que tenía a la izquierda mientras la cabina seguía resbalando de lado. Extendida por los tres carriles, la carga iba a volcar y a detenerse en medio de una cascada de chispas y humo de goma. Pero los cuatro coches siguientes que circulaban por los carriles que había detrás del camión se estrellarían todos contra la parte inferior antes de que se parara por completo y antes de que sus frenos tuvieran la oportunidad de agarrarse al asfalto.

Adrian vio pasar el tiempo a través de una lente submarina. Calculó la serie de

causas y efectos antes de que la trasera del camión hubiera siquiera llegado a tocar el muro. Sabía que él y los conductores de los otros dos vehículos no podrían salir de aquella, aunque hubieran clavado los frenos antes del reventón.

El tiempo volvió a alcanzarlo cuando el trailer chocó contra la mediana y se arrastró por el cemento durante varios metros, rociando de trozos de piedra el sentido contrario de la autopista 38. Un instante después, el costado del trailer chocó contra el asfalto y se oyó un coro perturbador, hermoso y extraño. Aterrorizado, Adrian pegó un volantazo a la derecha y clavó los frenos, aunque sabía que ninguna de aquellas medidas desesperadas iba a ayudarlo.

Mientras su coche apartaba de un empujón a la camioneta y se lanzaba a por la parte inferior del trailer, Adrian Cross cerró los ojos.

Durante aquella larga pausa preñada de posibilidades que siguió al accidente, el *Primero* cruzó los brazos y frunció el ceño al contemplar la escena que había más abajo. Cuatro coches habían quedado apilados en la autopista, como estaba previsto, y el orden era también el previsto, pero había algo que no encajaba.

A ambos lados, el *Segundo* y el *Tercero* hicieron lo mismo al mismo tiempo. Todos habían visto los acontecimientos que prepararían el camino. Ninguno se había perdido nada, ninguno había permitido el más ligero error. Se habían tenido en cuenta los elementos aleatorios y se había calculado la desviación permitida de costumbre. El *Cuarto*, que esperaba en el coche, les había asegurado que el procedimiento se llevaría a cabo en perfecto orden. Y sin embargo...

—Hay algo que no va bien —dijo el *Primero*.

—No, tienes razón —respondió el *Segundo*.

—¿Funcionó? —preguntó el *Tercero*.

Los tres volvieron los ojos hacia su coche, en el que los esperaba el *Cuarto* sentado en el asiento de atrás. No los miró, ni siquiera se dio por enterado de su presencia. Tenía el móvil en la mano; sin duda estaba pidiendo transporte médico para las víctimas del accidente que se había producido debajo de ellos e informaba al agente Sutton de la situación.

—Debe de haber funcionado —dijo el *Primero*.

—Sus cálculos eran infalibles —dijo el *Segundo*—. Los comprobé yo mismo.

—Pero... —dijo el *Tercero*—. Hay algo que no marcha bien.

—Vamos —dijo el *Primero* y abrió la marcha hacia el coche, seguido por los otros dos con aire marcial—. Lo discutiremos cuando lleguen las autoridades civiles.

—Acordado —dijo el *Segundo*.

—Acordado —dijo el *Tercero*.

Matthew Simonson estaba en su habitación del hotel Lester, en el centro de Iron Rapids, encorvado sobre su ordenador portátil. Su fuente, aunque se suponía que iba a hacerlo, llevaba demasiado tiempo sin enviarle ningún e-mail, ni siquiera un mensaje instantáneo. Simonson dio unos golpecitos rápidos con el pie bajo el escritorio, mientras se preguntaba qué había detrás de aquella repentina falta de comunicación.

—Vamos, Papaíto —dijo en voz alta—. No me digas que has perdido los nervios ahora.

Preocupado y frustrado, miró al espejo de la pared que lo contemplaba desde el otro lado de la mesa.

—Bueno —le dijo a su reflejo—. ¿Alguna opinión? ¿Dónde esta?

La imagen del espejo respondió ladeando la cabeza como si escuchara algo y luego miró por encima de su hombro. Parecía estar observando al radio reloj que había en la mesita de noche. Confuso. Simonson miró por encima del hombro hacia el radio reloj que estaba a su lado del espejo. Incluso se levantó y dio un paso en esa dirección.

—No lo entiendo —dijo.

Cuando volvió a mirar al espejo, vio que su reflejo estaba de pie al lado del radio reloj y lo encendía. Entonces Simonson se dio cuenta e hizo lo mismo. Cruzó la habitación hasta la mesita y apretó el botón de siesta del reloj. Una emisora local cobro vida:

«—... ación del tráfico en la autopista 38 no mejora nada con la llegada de la hora punta —decía el DJ—. Pero a los que os desplazáis a diario no debería sorprenderos mucho. Un problema más: tenemos un accidente muy grave en el extremo superior de la autopista de circunvalación que va a joder el tráfico como el queso en el tracto intestinal de la abuela. Cuatro coches y un trailer decidieron dársela en los tres carriles, y esto no tiene buena pinta, chavales. Todavía no se ha informado sobre ningún herido (lo que no está nada mal) pero los bomberos y la brigada de salvamento siguen en la escena del accidente en estos momentos. Están intentando sacar todos esos vehículos mutilados de vuestra carretera, pero todos los carriles están...».

—Mierda —dijo Simonson. Apagó la radio y volvió a mirar al espejo. Sabía muy bien que no era ninguna coincidencia que se diera aquel informe de tráfico en aquel preciso instante.

PRIMERA PARTE:
«Lunes»

Capítulo uno

Había voces que le hablaban a Adrian en sueños. No reconoció ninguna pero sabía que estaba escuchando palabras que había oído antes. Eran voces. Voces seguras. Voces de personas que estaban ahí para ayudarlo. No las había fabricado su mente pero no sabía de dónde salían.

«Se esconden todos aquí dentro. Tú lo sabes, yo lo sé y ellos lo saben, seguro. Odio este sitio. Odio a esta gente. Que se mueran ya si se van a morir. Estoy harta de vigilarlos».

Respiró profundamente y se quedó quieto. Ninguna almohada le había parecido jamás tan profunda ni tan suave. Se acurrucó contra ella y resistió la sutil presión que se estaba acumulando detrás de los ojos, algo que le decía que despertara. Mantener los ojos cerrados seguía costándole menos que intentar abrirlos y quería disfrutar de aquellos últimos minutos de sueño.

«No, ni siquiera un arañazo. Es increíble, de verdad. Ni siquiera se le ha saltado un empaste. Ha tenido mucha suerte, señora».

Las sensaciones volvieron al cuerpo de Adrian poco a poco. Cada folículo piloso, cada músculo y cada articulación dieron sus respectivos informes y le dijeron que seguía vivo. No sentía ningún dolor, no tenía ninguna parte del cuerpo entumecida. No parecía haber nada perforado, aplastado ni quemado.

«No, ni siquiera un rasguño».

Por lo que parecía, Adrian Cross parecía estar vivo y gozar de buena salud. No se imaginaba cómo era posible. Lo último que recordaba era un accidente de coche inminente. Un accidente brutal. Debería estar muerto o mutilado.

¿Qué había pasado? ¿No había habido un accidente? Todos aquellos coches... un trailer de dieciocho ruedas en la autopista 38... Adrian vio el accidente otra vez y con todo detalle. Escuchó una banda de lona que se partía como una cuerda de guitarra demasiado tensa. ¿Se le había soltado el cinturón de seguridad o era un tendón el que se le partía en dos? ¿Cuánto tiempo había pasado desde entonces?

Adrian sintió que cruzaba la línea entre el sueño y la vigilia y una conciencia intrusa de todo lo que le rodeaba se coló en su cerebro en contra de su voluntad. El esfuerzo que le suponía seguir con los ojos cerrados empezó a superar la inercia de mantenerlos cerrados. Lo inundó una luz que se llevó sus sueños y abrió los ojos.

—Bueno, buenos días, señor... Cross. —Una voz dulce, ligeramente ronca, lo saludó desde algún lugar situado a su izquierda—. Bienvenido.

Se volvió con los ojos todavía cubiertos por la bruma del sueño e intentó sentarse. ¿Quién hablaba? ¿De qué conocía aquella voz?

«Yo lo sé, tú lo sabes y ellos lo saben, seguro».

—¿Cómo se siente? ¿Necesita algo? No tenga miedo, estoy aquí para ayudarlo.

Al lado de la cama la imagen borrosa de un ángel con un aura brillante se convirtió en la imagen clara de una enfermera de mediana edad con una cofia blanca y un sujetapapeles. Estrechaba el sujetapapeles contra el pecho como si quisiera asegurarse de que Adrian no echaba una miradita ilícita a lo que estuviera impreso al otro lado. El cabello, ya encanecido, se le escapaba de la almidonada cofia blanca en mechones descontrolados, a pesar de que en la nuca tenía lo que parecía ser un moño bastante ordenado. Unas antiguas cicatrices de acné juvenil intentaban ocultarse bajo una capa de maquillaje que quería simular un falso bronceado acumulado en las arrugas que la tensión y la edad habían dibujado en el rostro de la enfermera hace ya mucho tiempo.

—Está desorientado —dijo la enfermera con la misma amabilidad melosa en la voz—. Es natural, y normal. Intente relajarse. Ha estado...

«... *escondido aquí dentro...*».

—... dormido mucho tiempo. ¿Recuerda lo que pasó?

Adrian se acordaba pero siguió mirando a la enfermera como un buey aturdido. No recordaba haber visto jamás nada con tal claridad. Por el color de los dientes y la ronquera casi imperceptible en la voz dedujo que fumaba desde hacía muchos años. Se maravilló ante la claridad de su visión, a pesar de la relativa insignificancia de lo que había descubierto. Jamás había visto nada tan claro y lo único que podía hacer era mirarla, embargado por una fascinación muda.

—Caballero —dijo la enfermera—. ¿Entiende lo que le digo? ¿Sabe dónde está? —La voz quizá le hubiera parecido preocupada o incluso maternal a otra persona, pero Adrian vio la tensión de su expresión. Tenía que ponerse una máscara de preocupación sobre la mirada de desdén. Y Adrian también veía eso con toda claridad.

«*Odio este lugar*».

—¿Caballero, sabe dónde está?

Adrian no tuvo que pensarlo, lo habría sabido antes de abrir los ojos. Aquel lugar no tenía el olor rancio a platos sin lavar y sábanas de dos semanas que tenía su apartamento. Si lo pensaba, recordaba haber oído el chirrido de las ruedas de goma sobre los azulejos, complementado por el sonido seco, como ratonil, de los zapatos de suela de crespón que se movían en el exterior de su habitación.

—Hospital —dijo Adrian. Tragó saliva para limpiar las telarañas oxidadas que tenía en la garganta y luego dijo—. Estoy en el hospital.

—Muy bien, caballero —dijo la enfermera. Desvió la mirada del sujetapapeles a la aguja intravenosa que había clavada en el brazo de Adrian pero en todo momento rehuyó sus ojos. Era obvio que tenía cosas más importantes de las que preocuparse. Puede que se acercara la hora de su descanso para echar un pitillo—. ¿Recuerda lo que pasó?

—Tuve un accidente de coche en la autopista 38 —dijo Adrian—. Por la tarde, a la hora punta. Eso es lo último que recuerdo.

—¿Y sabe quién es? —dijo la enfermera fingiendo que le importaba—. ¿Lo recuerda?

—¿Randall McMurphy?

—Mm —dijo la enfermera, suspirando y frunciendo el ceño al mismo tiempo. La sombra de un mal gesto cruzó su rostro, pero era la expresión más relajada que le había visto Adrian hasta entonces. Aquella mujer debía de hacer un montón de malos gestos. Hasta parecía más joven cuando lo hacía.

—¿Está seguro de eso, caballero? —le preguntó.

—No, señora —dijo Adrian, intentó sonreír para que se sintiera cómoda. Sin embargo temía que aquella sonrisa le pareciera tan poco sincera como era en realidad. Si la enfermera pudiera leer en él con tanta facilidad como él en ella, habría visto que no era más que una fachada—. Lo siento. Me llamo Adrian Cross. Es que estaba soñando con una película que vi en el instituto. Es sobre un tío y su enfermera del hospital. Debí oírla hablar con alguien antes y me confundí. Me recordaba a la enfermera de la película.

—Entonces, intente concentrarse, señor Cross —dijo la enfermera. Tenía ojos de color avellana, que estudiaban el sujetapapeles sin verlo—. ¿Cómo se siente? —Ahora que Adrian empezaba a decir cosas con sentido, la enfermera ya no tenía que responsabilizarse de él—. ¿Ya se siente bien?

Aquella pregunta rutinaria, mecánica, afectó a Adrian mucho más de lo que habría creído posible. ¿Es que ya no quedaba nada parecido al tacto con los pacientes? ¿No se suponía que a las enfermeras tenía que preocuparles lo que sentían? La ira empezó a hervir donde antes sólo sentía asombro.

—Bueno, supongo que ya no puedo seguir escondiéndome aquí dentro —dijo él—. Y sé que a estas alturas ya debe estar harta de vigilarme.

Asqueado, Adrian desvió la mirada de la enfermera, pero a pesar de todo sintió la sorpresa de la mujer. Murmuró que tenía que ir a buscar a un médico y a continuación se alejó. Adrian escuchó los pasos de ratón de los zapatos de suela de crespón que se alejaban hasta que se mezclaron con los demás sonidos del pasillo del hospital.

Cuando quedó claro que la enfermera no pensaba volver de inmediato con un equipo de médicos, periodistas y la familia de la que llevaba tanto tiempo alejado, Adrian comprendió que no debía de llevar dormido mucho tiempo. El cielo que veía por la ventana era de un gris denso y uniforme que sólo le permitía saber que era de día. No se sentía especialmente más viejo, aunque también es cierto que nunca había tenido la sensación de tener muchos más de los veintiuno que había cumplido doce años atrás.

A pesar de todo, Adrian no *creía* haber pasado demasiado tiempo durmiendo. Bajo la bata blanca con pintas azules que llevaba, su cuerpo no parecía más pequeño que la última vez que se había puesto delante de un espejo. No vio pruebas de atrofia. E incluso la delgada capa de grasa que había cultivado desde su divorcio (el «tierno blandengue» lo había llamado su madre) seguía allí, aplastando el poco tono muscular que había tenido en el instituto y en la facultad.

Pero si todavía estuviera en cuidados intensivos o en la sala de urgencias, no lo habrían dejado solo, suponía. Sonidos de conversaciones y otras cosas se filtraban desde el pasillo, pero todo estaba en silencio en su habitación. Dado que no estaba en una sala de urgencias y que no había nadie más cerca, supuso que no estaba en una sala de recuperación. Por lo visto, estaba en una cama normal de una sala de observación normal de algún piso del hospital Founders' Memorial de Iron Rapids.

Pero al darse cuenta de esto comprendió también que había estado dormido un «rato» en lugar de unas cuantas horas o el día posterior al accidente. La ilusión le dijo que ni su ex mujer ni su hijo estaban allí para ver cómo estaba porque no había estado inconsciente tanto tiempo, pero tampoco se fió de eso. Tenía que admitir que era posible que Sarah no se sintiera obligada a arrastrar a Brandon hasta el centro de la ciudad sólo porque su padre hubiera resultado herido en un accidente de coche. Cuando a Brandon le habían diagnosticado asma el año anterior, Sarah no había llamado a Adrian, y ni siquiera se lo había dicho hasta que Adrian había ido a recoger al chico el siguiente fin de semana.

Dados los precedentes, era posible que Sarah no viniera a verle ni trajera a Brandon, por mucho tiempo que hubiera estado inconsciente. Una parte de Adrian intentó convencerlo de que se había perdido la visita o de que los médicos acababan de ponerse en contacto con Sarah, pero aquellas palabras de ánimo sonaban huecas. Con una claridad odiosa, como en un mal sueño, vio a Sarah contestando al teléfono, recibiendo las noticias...

«No, ni siquiera un arañazo. Es increíble, de verdad. Ni siquiera se le ha saltado un empaste. Ha tenido mucha suerte, señora».

... y respondiendo con un simple...

—¿Y? Tuvo suerte. —La imagen era tan clara y convincente que Adrian tuvo que echarse y cerrar los ojos para evitar que se le escaparan las lágrimas. Con lo bien que había llegado a conocer a Sarah a lo largo de los años, no podía negar la imagen así como así. Lo único que podría llevarla al hospital era la amenaza de que Adrian no pudiera hacer frente al próximo pago de la pensión. Joder, hasta sería capaz de despertarlo del coma para pedírsela. Una sonrisa irónica cruzó por un segundo el rostro de Adrian, y entonces cerró los ojos.

—Sí, y si Sarah fuera una india grande y tonta —murmuró— me traería una almohada.

Capítulo dos

El Cuarto no los miró. Todavía estaba disgustado porque el procedimiento del que era responsable había fracasado. Se quedó mirando la parte trasera del asiento que tenía delante sin volver la cabeza ni mover los ojos. Las manos permanecieron abiertas sobre las piernas. No dijo nada durante varios minutos, así que el coche estuvo en silencio.

—¿Cuáles son nuestras órdenes? —preguntó al fin el Tercero. Estaba sentado al lado del Cuarto en el asiento de atrás, mientras que el Primero y el Segundo se sentaban delante. Los dos envidiaban al Tercero su proximidad al Cuarto y eran muy conscientes de su propia distancia.

—Esperaremos a tener el siguiente informe del doctor Zearin —dijo el Cuarto—. Su equipo y él todavía están examinando a Cross.

—¿Es eso prudente? —Preguntó el Tercero—. Cuanto más tiempo tengamos a Cross allí, más posibilidades hay de que alguien lo descubra.

—Soy consciente del riesgo —dijo el Cuarto—. Sin embargo, Cross ya no es una entidad cuantificable en este asunto. Debemos determinar con toda exactitud qué salió mal en el procedimiento de la autopista 38 antes de continuar.

—Pero si Cross recupera el sentido, aunque sea de forma parcial entre esos momentos, su cuerpo podría rechazar los procedimientos que han de realizarse más tarde —dijo el Segundo.

—El doctor Zearin ha mitigado ese riesgo por el momento —dijo el Cuarto—. Ha sedado a Cross y lo mantendrá así hasta que haya terminado las pruebas posteriores al procedimiento.

—Sin embargo, sigue existiendo el riesgo de que nos descubran —dijo el Primero. No miraba al Cuarto mientras hablaba y éste tampoco lo miraba a él—. Aunque hemos mantenido el nombre de Cross fuera de dos medios de comunicación, no pudimos eliminar la naturaleza de los resultados del procedimiento de la autopista 38.

—Cualquiera que haya escuchado la radio o leído los periódicos locales sabe que nadie resultó herido en nuestro accidente —añadió el Tercero.

—Nadie sabe con exactitud el estado actual de Cross, ni siquiera el propio Cross —dijo el Cuarto. Su voz era uniforme y tranquila, pero la forma de decirlo indicó que la discusión había terminado—. Una vez que el doctor Zearin haya completado las pruebas, haremos que se traslade a Cross al constructo de Ann Arbor para someterlo a la cirugía de sustitución como estaba previsto.

—Aún así —dijo el Segundo—, necesitamos una contingencia por si acaso. Es probable que nadie crea que Cross resultó herido en el accidente de la autopista 38.

—Soy muy consciente de eso —dijo el Cuarto—. Ya he previsto esa

contingencia. Todavía tenemos los restos del vehículo de Cross y a su alrededor la seguridad del hospital ha sido absoluta. Fabricaremos pruebas de otro accidente y un paso posterior por el hospital Founders' Memorial. Luego procederemos con Cross como si el procedimiento de la autopista 38 hubiera sido un éxito desde el principio. El plan está bajo control.

—¿Y si algo más sale mal como el jueves por la noche? —preguntó el Tercero—. ¿Deberíamos extender el plan de actuación del agente Sutton?

—Imposible —dijo el Cuarto al tiempo que se giraba para mirar directamente al Tercero—. El agente Sutton procederá según lo previsto. ¿Comprendido?

—Comprendido —dijo el Primero. El Segundo se hizo eco y el Tercero dudó pero al final también asintió. El Primero conectó el sistema antirrobo del coche y los tres contemplaron la puerta principal del hospital Founders' Memorial a través del parabrisas y esperaron a que el doctor Zearin emitiera el siguiente informe. El Cuarto se volvió de nuevo y miró al frente, a un punto que tenía delante pero *que* no parecía ver. Los tres se quedaron sentados en silencio, sin mirarse entre sí ni al Cuarto.

Los volvió a cubrir el manto de silencio.

Capítulo tres

—¿Siente ahora algún dolor, señor Cross? —preguntó el médico.

—No, señor —respondió Adrian.

—¿Algún tipo de rigidez en alguna articulación?

Adrian se puso las manos detrás de la cabeza.

—No he tenido ocasión de levantarme y estirarme pero no me encuentro peor que cuando entré. Me siento incluso mejor.

—Ya veo —dijo el médico sin devolverle la sonrisa a Adrian ni responder demasiado al lenguaje corporal relajado y suave de éste. Se notaba la suspicacia en su mirada, como si pensara que Adrian estaba fingiendo que se encontraba bien para poder escapar—. ¿Le duele la cabeza? ¿Se le nubla la vista?

—No, señor.

—¿Cuál es su número de la seguridad social?

Adrian le dio al hombre un número de diez cifras.

—Son demasiados números, señor Cross —dijo el médico con un ligero ceño y asomando los ojos sobre las gafas de montura de plástico—. Y los está diciendo mal.

—Ya lo sé —dijo Adrian, todavía con la sonrisa puesta. Sólo que esta vez era fingida—. En realidad ese era mi número de teléfono. Al revés. Me preguntó eso hace una media hora, ¿se acuerda? Sólo era una broma.

El médico (una especie de trasgo barrigudo de mediana edad con una calva disimulada por un poco de pelo negro y fino peinado de lado) le echó a Adrian una mirada que éste recordaba de la escuela. Era la mirada que los profesores y los subdirectores les echaban a los estudiantes que se atrevían a contar un chiste.

—¿Puede darme su número de la seguridad social, señor Cross? —dijo el médico—. Por orden.

Adrian obedeció.

Las preguntas se habían sucedido del mismo modo durante un buen rato y habían empezado después de un examen físico, que había sido aún menos personal, si cabe. Después de pasar una hora a solas intentando volver a dormirse, Adrian estaba listo para disfrutar de algo de compañía. Un celador de pelo castaño y tez inmaculada había venido para ayudar a Adrian a subirse a una silla de ruedas. Adrian no necesitaba ningún tipo de ayuda pero su madre siempre le había dicho que al rechazar una ayuda se enseñaba al que la ofrecía a no volver a ofrecerla. Así que aunque tenía la sensación de que podría haber saltado por encima de la barandilla de la cama, haber hecho una voltereta antes de sentarse en la silla y haberse impulsado por el pasillo con una sola rueda, había permitido que lo ayudaran a sentarse y lo llevaran al ascensor. El ascensor subió al quinto piso y allí el celador llevó a Adrian a una sala de consulta sin ningún cartel que se parecía mucho a la de cualquier consulta médica.

No mucho después había llegado este médico con una abultada carpeta amarilla y había despedido al celador sin mirarlo. Mientras Adrian intentaba en vano charlar un poco, el médico había apretado, sondeado, escuchado y mirado su cuerpo con todos los aparatos, depresores y medidores clásicos que Adrian había asociado siempre con la práctica de la medicina. Hacía ya un montón de horas, pero Adrian había pensado que estaban a punto de darle el alta.

En realidad la entrevista no había hecho más que comenzar. Dado que Adrian llevaba bastantes años sin ir al médico (mucho antes de haberse apuntado al seguro médico que atendía a los empleados de la Cámara de Comercio de Iron Rapids) parecía que el médico tenía que apuntar su datos físicos e información médica a mano. Adrian había supuesto y esperado que toda esa información estuviera «informatizada en algún sitio», lista para ponerse en posición de firmes en cuanto entrara cualquier vaga orden de búsqueda en la terminal de un hospital. Sin embargo, el médico había recogido la información él mismo, de forma verbal y exhaustiva.

Y durante todo aquel tiempo el médico no había cesado de tomar notas y aderezar aquel impersonal registro de información con preguntas igual de impersonales sobre si Adrian se encontraba bien o sentía algún tipo de incomodidad. Abrumado por la preferencia del médico por la burocracia y el fondo de las cosas, Adrian empezó a responder cada vez con menos entusiasmo. Por fin fue capaz de desconectar la voz del médico y dejar que su mente vagara mientras su boca respondía por pura rutina. Se tomó unos minutos para mirar la habitación.

La claridad de visión con la que se había asombrado al despertar ya había dejado de sorprenderlo, pero el mundo que lo rodeaba seguía pareciéndole más enfocado. La bruma que el aburrimiento y la rutina habían proyectado sobre él había desaparecido y se sentía como un niño que hubiera vuelto del campamento de verano y se hubiera encontrado la habitación limpia y el césped cortado por manos distintas. Ya no se limitaba a ver las cosas que había en el mundo, ahora además les prestaba atención. Cualquier cosita por la que paseara los ojos podría ser algo que no volviera a ver jamás. ¿Por que no darle la atención que merecía mientras pudiera?

Adrian suponía que haber estado tan cerca de la muerte y haber escapado, debía de provocar ese efecto en mucha gente.

La sala de reconocimiento, sin embargo, no tenía demasiadas cosas que le llamaran la atención. Había una cama, un taburete, un mostrador blanco, unos armarios marrones y una luz fluorescente rectangular que destacaba entre los azulejos del techo. Los confines de la habitación consistían en cuatro paredes blancas, una puerta de madera clara, un suelo de baldosa y un interruptor metalizado gris sobre el que se había colocado una pegatina de color naranja brillante que invitaba a ahorrar energía. El sitio era un tanto estrecho pero estaba limpio. Era impersonal pero profesional. Adrian no quería pasar allí más tiempo del necesario pero al menos podía

quedarse el que hiciera falta.

—¿Ha tenido alguna herida grave a lo largo de su vida, señor Cross? —dijo el médico después de que se secara el lento chorro de preguntas más mundanas—. ¿Huesos rotos? ¿Daño espinal?

Adrian devolvió toda su atención al médico.

—Huesos rotos, sí. Me jodí bastante la pierna derecha hace un tiempo.

—¿Puede contarme cómo ocurrió, señor Cross? —dijo el médico—. Con tantos detalles como pueda.

—Ocurrió en el instituto —empezó Adrian—. Ya casi ni pienso en ello.

—¿En qué instituto fue, señor Cross?

Adrian no comprendía qué tenía que ver aquel detalle con su salud, pero respondió.

—Uno que estaba en Georgia, donde crecí. Usted seguramente no reconocería el nombre si lo oyera.

—¿El nombre, señor Cross?

Adrian se lo dijo.

—Ya veo —dijo el médico—. ¿Y cuál fue la gravedad de la herida?

Adrian respiró hondo y decidió probar el umbral de aguante de detalles del médico.

—Bueno, yo estaba saliendo con una chica de la banda mientras jugaba al fútbol —dijo—. Nos conocimos cuando yo estaba en primero y ella en segundo y empezamos a salir poco después. Ella terminaba los ensayos más o menos a la vez que yo los entrenamientos así que pasábamos mucho tiempo juntos. En realidad era una de las pocas personas que no me trataba como si fuera un simple cachas. Aunque eso es lo que era.

»Bueno, verá, incluso así la cosa no funcionó bien durante mucho tiempo. Cuando yo estaba en tercero ella se estaba preparando para ir a la facultad y creí que terminaríamos alejándonos pero yo no quería que nos pasara eso. Supongo que me asusté y quise protegerla demasiado, porque empecé a andarle alrededor todo el tiempo. No la perdía de vista jamás. Así que ella empieza a sentirse agobiada y empieza a alegrarse de poder alejarse de mí durante un año y... bueno, estoy seguro de que ya sabe cómo es eso.

El médico estaba sentado muy quieto y miraba a Adrian de la misma forma que miraría a un niño que estuviera describiendo un absurdo programa de televisión lleno de idiotas pintados de colores, canciones e insípida alegría. Adrian detectó su falta de interés y se preguntó si el médico se estaba enterando de algo.

—Pues verá, mi novia, Stephanie, tenía este gran amigo al que conocía desde séptimo y hablaba con él siempre que tenía un problema conmigo. Yo más o menos lo sabía y me había encontrado con aquel tipo un par de veces pero a finales de aquel

año, yo ya había perdido el control. Me imaginé que me estaba engañando con él, me puse furioso y sospechaba de todo.

El médico dio un suspiro y su mirada se oscureció.

—Vale —dijo Adrian—. Así que me voy aun partido que jugamos fuera una noche y la banda no vino con nosotros. Ya sabía que no iban a estar allí pero no vi a Stephanie y me pasé de rosca. Estaba seguro de que estaba con Kurt (que era el amigo de séptimo) y que los dos estaban haciendo quien sabe qué. Después de volver del partido me acerqué hasta su casa y mira tú, allí estaba Kurt, en el porche y ya se iba. Sonriendo.

»Tío, cómo me cabreé. No hice preguntas, me fui a por él. Yo le empujé a él, él me empujó a mí y lo siguiente que supe es que estábamos rodando por el suelo intentando destrozarnos. El problema fue que Kurt estaba metido en kung fu o Tai Kwan Do o algo así. Se soltó y cuando me fui a por él otra vez, se quitó de en medio y me clavó una patada en la parte exterior del tobillo derecho. Y ahí se acabó todo para mí. Así pasó, peleándome.

—Eso no es lo que le he preguntado, señor Cross —dijo el médico por fin—. Le he preguntado la extensión del daño.

—Ah, lo siento —dijo Adrian con cierta falta de sinceridad—. Vamos a ver, llevaba botas de montaña cuando me pateó, así que me rompió el tobillo y casi aplastó el hueso largo que recorre el borde exterior del pie. Soltó un tendón o dos en esa zona, también, si no recuerdo mal.

—¿Recuerda los detalles concretos del informe médico, señor Cross? —preguntó el médico. Al parecer por fin había alcanzado su umbral de aguante.

—Lo siento, no, señor —dijo Adrian—. Me trataron en el Hospital Northside, en casa, si eso le ayuda en algo. Supongo que estará archivado en alguna parte. Los hospitales tienen que compartir la información sobre los pacientes y cosas así, ¿verdad? —El médico no respondió. Al ver la expresión de la cara de aquel hombre, Adrian decidió terminar con el enfoque servicial—. Pero sí, me rompí todo eso y tenía fastidiados los tendones y los ligamentos. Recuerdo que el médico me explicaba que iba a tener que volver a coser los extremos de no sé qué. Quizá fuera a un tendón, ¿cuál es el que conecta un hueso con un músculo?

—Ya veo —lo interrumpió el médico, y frunció el ceño al mirar una nota o un papel en la carpeta que había traído—. Es bastante raro.

—¿El qué? —preguntó Adrian. Lo último que le apetecía oír de cualquier médico era lo «raro» que era algún aspecto de su estado—. ¿Qué es raro?

—Quizá tenga que hacerle algunas pruebas más, señor Cross. —Fue la única respuesta del médico—. Se han cometido varios errores con su ficha.

—Un momento, ¿qué tipo de errores? —preguntó Adrian, contrariado. Al igual que la mayoría de los americanos sanos de su edad, Adrian suponía por principio que

los hospitales eran santuarios infalibles de la ciencia y la curación.

—Sólo errores de archivo, estoy seguro —dijo el médico, seguía mirando la carpeta, pasaba las páginas aparentemente al azar. Su voz seguía desprovista de cualquier emoción y Adrian sólo tenía el contexto si quería encontrar algún consuelo—. Nada de lo que preocuparse.

—¿Entonces qué tengo que hacer ahora? —preguntó Adrian—. ¿Más pruebas? ¿Qué tipo de pruebas?

—Una resonancia, radiografía, análisis de sangre —dijo el médico—. Haré que una enfermera lo organice.

El médico no le dijo más, recogió la carpeta y se dispuso a irse. Le dio la espalda a Adrian y abrió la puerta.

—Espere —dijo Adrian—. ¿Qué hago? ¿Va a venir alguien a por mí? ¿Espero aquí?

—Alguien le llevará a su habitación, señor Cross —dijo el médico. Frunció el ceño un poco más, como si le desagradara esa intrusión en un horario muy apretado—. Espere aquí.

Sin dar más explicaciones, se fue y cerró la puerta tras él. Adrian se hundió en la camilla de reconocimiento. No se dio cuenta de lo tenso que había estado hasta ese momento. Se le relajó un nudo entre los omóplatos y los hombros también descendieron. Respiró hondo y dejó que se le relajara el cuerpo. Con sólo hablar con aquel horrible hombrecito se le habían puesto los pelos de punta y encogido los pulmones.

Hasta cierto punto, Adrian suponía que el hecho de estar en un hospital era en parte responsable de lo que sentía. La última vez que había estado ingresado, había soportado más dolor y angustia por culpa de las operaciones y las torturantes sesiones de fisioterapia de lo que jamás había creído posible. Pero a un nivel más profundo, era el propio médico el que había puesto a Adrian los pelos de punta. Al médico no parecían preocuparle las preguntas que estaba haciendo pero hacía que las respuestas parecieran increíblemente importantes. Si bien no tenía ningún tipo de autoridad sobre el comportamiento de Adrian, éste se había sentido como si hubiese querido complacerlo durante toda la entrevista. Aquel hombre lo había puesto nervioso pero ahora que se había ido, Adrian se sintió ridículo por haberse dejado intimidar.

Varios minutos más tarde asomó la cabeza otro celador que informó a Adrian que llevaba un rato buscándolo. Según el joven de cabello rojo y cara pecosa, tenía visitas esperándole en su habitación y la gente estaba empezando a preguntarse dónde se había metido. Preguntó si Adrian se estaba escondiendo en aquella habitación vacía y Adrian le dijo que la respuesta dependía de quién lo estuviera esperando. El celador se rió y le ofreció un viajecito en silla de ruedas para volver a su habitación a averiguarlo. Adrian aceptó y dejó la sala de reconocimiento. No vio al médico por

ninguna parte y eso hizo que se sintiera mejor. Vio al celador anterior, que parecía algo confuso y un poco disgustado, pero el médico trasgo no estaba por ningún sitio.

De lo que tenía que preocuparse, decidió Adrian al final, era de esos «errores de archivo» sobre su vieja lesión del instituto y de las visitas que le estaban esperando. No tenía ningún amigo íntimo en Iron Rapids y su madre era demasiado mayor para viajar desde su casa de Georgia a esas alturas. Por lo tanto ya suponía quién le estaba esperando. Lo más probable es que una de las visitas fuera su hijo. Brandon. En condiciones normales, esa idea le habría hecho sonreír pero si Brandon estaba aquí, eso significaba que Sarah también estaba aquí. Y si un médico extraño podía ponerle los pelos como escarpas. Adrian no estaba en condiciones de ver a Sarah.

Pero, como solía ocurrir cuando se trataba de Sarah, Adrian no tenía alternativa.

Capítulo cuatro

Adrian no era el más tranquilo de los hombres cuando permitió que su amable celador pelirrojo lo llevara por fin a su habitación. La conversación había cesado en cuanto salieron del ascensor y Adrian supuso que cualquier intento de comenzar otra tendría que terminar de forma brusca. Pero por poco que le gustara, no le quedaba otra elección que respirar hondo y ver qué pasaba. Antes de que el celador pudiera hacer los honores, Adrian abrió la puerta desde su asiento y dejó que el joven empujara la silla a la habitación.

El interior de esta habitación estaba organizado de la misma manera que cualquier sala de observación de cualquier hospital que Adrian conociera. Una cama, un taburete, una cómoda, una televisión y un aseo. La única ventana de la habitación estaba abierta y le ofrecía una gran vista del aparcamiento casi vacío del hospital. La luz que la cama tenía brillaba con una débil síncope. Había dos personas (la familia de la que se había separado Adrian) mirando por la ventana, de espaldas a la puerta. Un programa de entrevistas diurno farfullaba en la televisión que había sobre la cama y el control remoto conectado al mando del botón de emergencias reposaba sobre el taburete que había junto a ésta.

La ex mujer de Adrian, Sarah, estaba de lado, mirando por la ventana y con los brazos cruzados sobre el pecho estrecho. Su cabello, medio rubio, medio castaño, se enroscaba en un peinado apretado y serpentino en la nuca, sujeto por una serie de peinetas de carey. Llevaba una chaqueta de cuero de color chocolate, cuello alto y aspecto elegante que todavía estaba abrochada, como si acabara de llegar o estuviera a punto de irse. O bien hundía el empeine del zapato izquierdo de un lado a otro o repiqueteaba con el tacón en el suelo, pero todo su cuerpo vibraba de impaciencia. En el blanco suave de la mejilla y en la curva esbelta y elegante del cuello, Adrian vio señales de la hermosa mujer de la que se había enamorado en la facultad. Vio a la hermosa madre de su hijo.

Se volvió entonces para mirar a su hijo de nueve años. Estaba claro que el chico había heredado la constitución de su madre pues ya mostraba la agilidad fibrosa del preadolescente que debió caracterizar la juventud de Sarah. Llevaba unos vaqueros oscuros y una camiseta del luchador profesional Steve Austin. «El Impasible». Se había atado la cazadora amarilla a la cintura de esa forma infantil e inconsciente que desafía al mundo de la moda. El chiquillo contemplaba el aparcamiento y de vez en cuando le echaba una mirada incómoda a su madre.

Adrian los miró a los dos antes de que ellos se dieran cuenta de que estaba allí. Quería a su hijo y en momentos como aquellos, casi podía creer que todavía quería a Sarah. Se habían conocido en la Universidad de Georgia durante su primer año y habían empezado a salir no mucho después. Estaba convencido que Sarah y él habían

entrado en la vida del otro cuando más se necesitaban y ella nunca se lo había discutido. Por alguna jugarreta del destino, una tarde habían ido los dos al mismo lugar apartado del campus para compadecerse y estar solos, y habían terminado hablando. La noche siguiente habían tenido su primera cita.

Durante mucho tiempo habían sido más felices juntos de lo que jamás lo fueron por separado. El día que Sarah había aceptado su proposición de matrimonio fue el más feliz de su vida. ¿En serio sólo hacía doce años? Teniendo en cuenta cómo había salido todo, solía parecerle mucho más tiempo.

Mientras Adrian se quedaba allí sentado pensando en los viejos tiempos, el celador asumió la tarea de carraspear y anunciar su llegada. El hijo de Adrian fue el primero en darse la vuelta. Corrió hacia la silla, derribó el taburete con la cadera e hizo que el mando de la tele se balanceara y se estrellara contra la pared. Se quedó allí colgado de un manubrio que había al lado de la cama.

—¡Papá! —gritó Brandon sin pensar quién podría estar escuchando o intentando dormir en las habitaciones de al lado—. ¡Hola!

Adrian se levantó y agarró a su hijo para darle un abrazo de oso. En realidad no tenía espacio para hacer girar al chico como quería pero saltó sobre un pie y fingió que el chiquillo le había hecho perder el equilibrio. El muchacho se aferró a él por un momento y luego se meció allí, lleno de alegría.

—¿Cómo te va, compañero? —dijo mientras lo dejaba en el suelo y le revolvía el cabello del color de la corteza de pino—. Hace mucho que no te veo, ¿cómo estás?

—Bastante asustado —dijo Brandon.

—¿Ah, sí? —dijo Adrian—. ¿Preocupado por tu viejo? ¿Y eso? No me pasa nada que se vea.

Brandon se aferró a la mano de Adrian con las dos suyas y se quedó mirando a su padre con fervorosa alegría.

—Nadie me dijo lo que había pasado. ¿Estás bien?

—Estoy bien, sí —dijo Adrian—. Ni un rasguño. ¿Cuánto tiempo lleváis aquí?

—Sólo hoy —dijo Brandon. Parte de toda aquella felicidad desapareció de su rostro y desvió la mirada durante un segundo—. Llegamos aquí hace un ratito.

—¿Hoy, en serio? —preguntó Adrian—. Guau, me pregunto cuánto tiempo llevo dormido entonces.

Al oír eso, Brandon puso cara compungida y hasta se volvió.

—No me he enterado de que estabas aquí hasta hoy —dijo mientras estudiaba los pies de Adrian, la silla de ruedas y el suelo—. Siento que no llegáramos a verte despertar, papá. Hoy tenía escuela y nadie me dijo que estabas aquí y mamá tenía trabajo y...

Adrian se agachó y puso la mano en el hombro de Brandon, que sorbió por la nariz y se tragó lo que fuera a decir. Adrian se preguntó porqué Brandon parecía tan

disgustado. ¿Es que el chico pensaba que se había metido en un lío o algo así?

—Me alegro de que estés bien —dijo Brandon—. Siento que no estuviéramos aquí. Estaba muy asustado. ¿Estás enfadado porque no estábamos aquí? No queríamos dejarte aquí...

—Oye, oye —dijo Adrian intentando parecer indiferente—. No pasa nada, compañero. No, no estoy enfadado con vosotros. —Le echó una mirada a Sarah, sólo para asegurarse de que ella veía que era sincero. Por si le importaba—. Está bien. — Se apoyó en los talones durante un segundo para mirar a su hijo a los ojos y demostrarle que estaba sonriendo—. ¿Quieres hablar de miedo? Hasta hace unas horas yo tampoco sabía que estaba aquí. Sólo me alegro de veros.

—Tu papá está bien, chaval —añadió el celador. Todavía estaba detrás de la silla de ruedas vacía de Adrian y se torció un poco para ocultar su incomodidad. Miró a Sarah y dijo—. El doctor Anderson va a pasar por aquí dentro de un ratito para hacerle algunas preguntas a su marido, señora Cross. Adrian quizá tenga que pasar la noche aquí pero creo que el médico podría darle el alta en breve.

—*Gordon* —lo corrigió Sarah—. Me apellido Gordon. —Seguía al lado del taburete que había derribado Brandon y no hizo ningún movimiento para acercarse ni a Brandon ni a Adrian. La expresión de su rostro indicaba alejamiento y enojo. Todavía tenía los brazos cruzados.

—Ah —dijo el celador. Desvió la mirada y se torció un poco más contra el respaldo de la silla de Adrian. Daba la sensación de que quería girar la cintura e irse sin mover los pies ni la cabeza—. Disculpe.

Pasaron unos cuantos segundos ruidosos y los hombres de la habitación se miraron como simios a los que hubieran reñido. Por fin fue Brandon el que rompió el silencio.

—¿Entonces mi padre está bien? —le preguntó al celador—. ¿Está bien de verdad?

—Del todo —dijo el celador, y le sonrió al muchacho, tratando de no parecer demasiado incómodo—. Por lo que he visto, está en perfecto estado.

Adrian se agachó un poco más para no tener que ver a Sarah al otro lado de Brandon y le guiñó un ojo a su hijo.

—Bueno, quizá no todo —dijo mientras se levantaba y miraba a su alrededor con una expresión confusa, bovina, en el rostro—. Creo que siento que me está dando un ataque de amnesia... ¿Le conozco, caballero? ¿Es usted mi médico?

Por su parte. Sarah se limitó a mirarlo intentando arrancarle la sonrisa del rostro.

—Mmm... sí —dijo Brandon y volvió a sonreír—. Sí, lo soy y estoy aquí para ponerle una inyección.

—Jo, tío —dijo Adrian. Se volvió a levantar para poder mover los pies y rascarse la nuca—. Todavía me acuerdo de lo que es una inyección. ¿No podría darme un

bocadillo?

—No —dijo Brandon. Dio un paso atrás y saltó a la cama de Adrian. Se sentó y dejó los pies colgando—. Le vamos a poner una inyección.

—¿Me dolerá, doctor Impasible?

—Caray, sí —dijo Brandon mientras balanceaba los pies y sonreía como un monito—. Pero después se acordará de muchas cosas. Por ejemplo de decir «¡Au!».

—Preferiría un bocadillo —dijo Adrian.

—Demasiado grande para la aguja —se rió Brandon—. Lo siento.

Adrian se rió del chiste y se derrumbó sobre la cama al lado de su hijo.

—Muy bueno —dijo—. Te estás volviendo muy listo en la vejez, compañero.

—Sí —dijo su hijo—. Gracias al médico de la escuela.

Sarah, que no había movido ni un músculo excepto para enderezar el taburete caído, no abrió el gesto. Seguía delante del celador, que a estas alturas estaba deseando que lo despidieran, y contemplando a Adrian por el rabillo del ojo. Esbozó una media sonrisa, más que nada para demostrar que podía hacerlo y a continuación dijo.

—Muy gracioso, chicos, pero ya es hora de dejar las bromas. Es hora de ponerse serios.

Las risas de Brandon se fueron apagando poco a poco, a su tiempo, pero el buen humor de Adrian desapareció de inmediato. Siguió sonriendo por Brandon pero su expresión era tan hueca como la de Sarah. Sarah tenía *esa* mirada. Según esa mirada aquello era importante, así que más valía que el resto de la gente dejara de hacer el payaso.

—¿Necesita algo más? —le preguntó al celador echándole una mirada cortante.

—Creo que no —tartamudeó éste—. Sólo quería asegurarme de que Adrian... el señor Cross... quedaba bien instalado antes de que llegara el doctor Anderson.

—Creo que estaré bien —dijo Adrian—. No tengo que darle una propina o algo así, ¿verdad? Hace tiempo que no vengo al hospital.

La pregunta sacó al celador de aquel trance incómodo. Se estiró y, de hecho, volvió a sonreír.

—¿Qué? Oh, no. Yo me llevo mi parte de la factura, como todos los demás. Pero gracias. —Se echó a reír y se dirigió a la puerta—. Propina... No creo que me hayan preguntado eso jamás.

—Celador, espere un momento —dijo Sarah justo cuando el joven estaba a punto de escapar—. ¿Cómo se llama?

—Paul, señora —dijo. Adrian se estremeció. A Sarah no le gustaba que nadie la llamara «señora» excepto su hijo. Siempre decía que le hacía sentirse vieja.

—Paul, lleve a mi hijo a la cafetería un momento y déle algo de comer —dijo Sarah.

Paul miró a Adrian y luego volvió a mirar a Sarah.

—Quiero quedarme con papá —protestó Brandon, aunque ya se estaba levantando de la cama—. Dijiste que podíamos quedarnos.

—Ahora no. Brandon —dijo Sarah—. Tu padre y yo tenemos que hablar.

Adrian siempre oía la banda sonora del perdedor en su cabeza cuando Sarah decía eso.

—¿Puedo volver cuando hayáis terminado? —presionó Brandon. No solía poner a prueba las órdenes de su madre a menos que Adrian estuviera cerca—. Dijiste que tendríamos que irnos pronto a casa, pero no quiero irme todavía, papá acaba de llegar.

—Vendré a buscarte cuando hayamos terminado de hablar —dijo su madre—. Vete con el celador a comprar un helado.

—Sí, señora —asintió Brandon por fin. Se acercó a Adrian y le dio un abrazo como si nunca más fuera a ver a su padre—. Adiós, papá. Me alegro de que estés bien.

—Yo también, compañero —dijo Adrian—. Y gracias por venir. De verdad que significa mucho para mí. —Se volvió una vez más hacia el celador y dijo con suavidad—. ¿Le importa si va con usted sólo un momento para comer algo? No quiero que se meta en un lío por llevarlo.

—Claro, no hay problema —dijo el celador, encantado de tener por fin una excusa para irse. Miró al hijo de Adrian—. Te llamas Brandon, ¿verdad? Toma asiento, por favor.

Brandon asintió. Con una última mirada a Adrian para asegurarse de que aquel celador era de los buenos, se subió a la silla de ruedas.

—Muy bien —dijo el celador. Sacó la silla al pasillo y Adrian los siguió para cerrar la puerta—. Vamos allá, jovencito. Les diré a todos que te acaban de quitar las amígdalas.

—Diviértete, compañero —dijo Adrian, tratando de aparentar alegría. Su sonrisa y la vitalidad contagiosa del celador consiguieron animar un poco a Brandon.

El niño agitó la mano para despedirse.

—¿Quieres hacer el caballito? —preguntó el celador. Ante el asentimiento entusiasta de Brandon, inclinó la silla hacia atrás todo lo que pudo sin dejarla caer y bajó por el pasillo a toda velocidad. Cuando se fueron, Adrian se levantó, cerró la puerta y se giró para enfrentarse con su ex mujer.

—Sarah —dijo Adrian con la esperanza de conseguir una tregua—. Me alegro mucho de que te hayas acercado y también me alegro de que hayas traído a Brandon.

—Estaba muy preocupado —dijo Sarah. No dijo nada más; se giro hacia la ventana para mirar abajo. El silencio entre ambos era tenso.

Adrian se volvió a sentar en la cama y esperó pero Sarah seguía mirando por la ventana. Adrian repiqueteó con los dedos sobre la colcha arrugada pero Sarah no

reaccionó. A la mujer se le abultó el nudo de músculos que tenía en el borde de la mandíbula y sus ojos asumieron la sombra vidriada de concentración que adoptaba cuando intentaba evitar el contacto visual. Estaba claro que sabía que Adrian la estaba mirando pero quería que fuera él el que hablara primero. Adrian ya había visto aquella jugada muchas veces.

—¿Qué pasa? —preguntó al fin.

No hubo respuesta así que dijo.

—Sarah, dijiste que querías hablar. ¿De qué? Brandon está esperando.

—Sí, así es —dijo Sarah. Siguió sin darse la vuelta pero dejó de dar golpecitos con el pie. Adrian escuchó el cuero de las mangas de la chaqueta crujiendo entre sus manos—. Te espera a ti, quiere verte a ti.

—Ya —dijo Adrian. ¿Es que Sarah lo estaba acusando de algo?—. Estoy en el hospital.

—¿Qué? —preguntó Sarah dándose por fin la vuelta. Ahora lo miraba con el ceño fruncido. O puede que no hubiera dejado de hacerlo. Después de años de peleas había veces que Adrian se perdía—. Estás farfullando. ¿Qué has dicho?

—He dicho que soy yo el que está ingresado. —Sarah siempre lo acusaba de farfullar cuando lo único que hacía era intentar no gritar. No levantó los ojos más que para mirar a la mujer—. Por eso lo has traído, creía. Para verme.

—Sí, por eso —dijo Sarah. Se había dado la vuelta hacia él pero seguía apoyada contra el alféizar de la ventana con los brazos cruzados—. Quería venir a verte. Estaba preocupado por ti. No podía esperar para verte.

—¿Y cuál es el problema? —preguntó Adrian—. ¿Qué es lo que te molesta, Sarah? ¿Hay algo en casa que te...?

—En primer lugar —soltó Sarah incorporándose de repente—. Es *mi* casa... Mía y de Peter... así que si quiero hablarte de eso ya te lo diré yo. No cambies de tema y finjas que te importa lo que me pasa.

Adrian suspiró y se quedó mirando la cama que tenía delante.

—¿De *qué* quieres hablar?

—Quiero hablar de Brandon y de por qué estás haciendo que me odie —dijo Sarah. Dio otro paso hacia la cama y lanzó los brazos en una explosión de gestos. A saber cuánto tiempo llevaba esperando aquello—. Ya es bastante malo que le hables mal de Peter, pero ¿qué le dices a mi hijo cuando no estoy para que me odie?

—¡Yo no estoy haciendo eso! —explotó Adrian, asustado por la acusación—. Jamás he dicho...

—Baja la voz —siseó Sarah con los dientes apretados, miró por la habitación como si estuvieran en medio de una esquina llena de gente—. Pareces un palurdo cuando chillas así.

Adrian se concentró con un esfuerzo, rechinó los dientes y dijo.

—No estoy chillando. Es que me has sorprendido con esa locura. Yo no intento que Brandon te odie a ti ni a tu novio.

—No me hables así. No soy ninguna niña.

—De acuerdo, mira. No quiero pelearme. Vamos a ponernos las cosas fáciles.

—No pienso consentir que llames locura a lo que pienso y siento —dijo Sarah. Ahora sí que le daba a los brazos, puntuaba las palabras importantes de las frases con golpetazos al aire—. Si no quieres pelearte, vale más que te disculpes.

—Lo siento —dijo Adrian con cierta brusquedad. Respiró hondo y volvió a decirlo, sólo para evitar la inevitable queja de que no era sincero—. Mira, Sarah, de verdad, no sé a qué te refieres. Hago todo lo que puedo para no hablar mal de ti cuando Brandon me visita los fines de semana.

—Vaya, mira qué noble —se burló Sarah.

—No es eso —se desdijo Adrian, aunque la retractación estaba más lejos de la verdad. Hablar con Sarah a veces era como desactivar una mina en la parte de atrás de una camioneta—. Quiero decir que no le hablo mal de ti a Brandon. Y no saco el tema de Peter. Sólo intentamos divertirnos juntos.

—Sin mí —dijo Sarah—. Sólo papá y el niño pasándoselo en grande mientras yo me quedo en casa.

—Seguro que Brandon y tú hacéis cosas juntos —dijo Adrian—. Cosas divertidas.

—¿Cómo qué? —exigió Sarah—. ¿Acaso habla de las cosas súper divertidas que hacemos Peter, él y yo juntos? Dime sólo una cosa que te haya dicho sobre lo mucho que nos divertimos todo el tiempo.

—Bueno, no sé. —Se hundió Adrian—. Supongo que no habla mucho de eso.

—¿Supones? —Atacó Sarah. Le encantaba que Adrian dijera eso—. ¿Quieres suponer de qué habla él cuando está en casa conmigo todo el día? De ti, hasta cuando está Peter habla de ti. Habla de lo bien que se lo pasó con papi todo el fin de semana. Juegos y diversión, el fin de semana entero. Os lleváis muy bien los dos.

Adrian no pudo evitar sonreír al oír eso. Que se joda Peter. El tío se había portado bastante bien cuando se lo habían presentado pero no sabía cuál era su sitio. Sarah trataba a Peter como si fuera su marido y Peter parecía pensar que podía tratar a Brandon como si fuera su hijo por asociación. Si Brandon hería sus sentimientos sin querer cuando le recordaba lo contrario, eso no era problema de Adrian.

—Muy bien, adelante —dijo Sarah. Se inclinó sobre la cama y lo miró furiosa mientras él permanecía sentado—. Sonríe. Qué bien que los dos os lo paséis tan bien juntos, y luego se tiene que quedaren casa con nosotros dos, hecho polvo. Y eso me hace polvo a mí porque mi propio hijo me odia. Y eso hace polvo a Peter porque lo único que quiere es hacerme feliz.

—Es posible que no estéis llevando a Brandon a hacer lo que a él le gusta —

sugirió Adrian.

De vez en cuando, cuando Sarah y él se peleaban, había torpedos de inspiración que salían disparados de su boca sin querer y barrenaban todas sus esperanzas de resolver algo con rapidez.

—¡Ojalá pudiera! —La voz de Sarah había adquirido aquella tonalidad alta sin llegar a gritar que Adrian jamás había conseguido dominar—. Me encantaría llevarle a comer a Sonics como solíamos hacer los sábados, o ir con él a los partidos de los Tigers o llevarlo a ver las películas que le gustan, pero no puedo. Tengo facturas que pagar. Tengo una hipoteca, tengo que pagar un coche nuevo. Tengo que comprarle ropa para el colegio. No puedo llevarle por ahí todos los días. Tengo responsabilidades.

—Tu novio tiene trabajo, y tú sigues revolcándote en el dinero de papá. ¿Qué pasa con todo eso?

—Peter viaja mucho —dijo Sarah—. Y yo no pienso pedirle dinero a mi padre, por mucho que tú pienses que debería hacerlo.

Adrian se libró del cebo y lanzó su dardo sin inmutarse.

—Mira, aquí soy yo el que tiene todas las responsabilidades financieras. ¿Para qué crees que es todo lo que pago de pensión?

—No da para mucho —le esquivó Sarah—. Tienes suerte de que te dejara escapar con semejante robo, caballero. Podría haberte pedido mucho más en el juicio y no creas que fue porque mi abogado no lo intentara.

—Mira —dijo Adrian intentando concentrarse otra vez para no perder los estribos—. No vamos a meternos en eso otra vez. Querías hablar conmigo para decirme que no pusiera a Brandon en tu contra y no lo estoy haciendo. Fin de la discusión. ¿Algo más?

—Oh, no creas que eso es todo —dijo Sarah con un destello de triunfo más brillante de lo necesario, según Adrian. Aquella expresión decía que hasta ahora sólo había estado calentando—. ¿Sabes por qué nos llevó tanto tiempo averiguar dónde estabas?

Adrian barajó una serie de respuestas ingeniosas y seleccionó una del extremo menos ácido. A pesar de lo mucho que deseaba terminar con aquella emboscada, no pudo resistirse.

—¿Por el tráfico?

—Cambiaste la información de contacto —dijo Sarah sin advertir la pulla—. Cuando cambiaste de trabajo... otra vez... pusiste a Brandon como la persona con la que querías que se pusieran en contacto en caso de urgencia.

Adrian sintió una punzada de culpabilidad al recordar lo que había hecho cuando había firmado el contrato con la Cámara de Comercio. Cuando había conseguido el empleo había llamado a Sarah con la vana esperanza de que lo felicitase o que al

menos le diese las gracias por estar haciendo algo para garantizar el dinero de la pensión. Pero en lugar de eso, como ahora, terminaron peleándose. Al día siguiente, su primer día de trabajo, en pleno ataque de rencor había rellenado los formularios que se consultaban en caso de urgencia y había puesto el nombre de Brandon. Luego se le había olvidado.

—¿Recuerdas haberlo hecho?

Adrian asintió. No sólo había sido una estupidez, es que además le daba munición a Sarah.

—¿Pues sabes qué? No sé qué pretendías pero te salió el tiro por la culata. Alguien lleva cuatro días llamando a casa siempre que estamos fuera, deja mensajes para Brandon diciendo que su padre está en el hospital. Peter y yo pensamos que era algún bromista estúpido y cruel hasta que le arranqué la verdad a una operadora de la oficina de tu seguro médico. Cuatro días de no llamar para hablar con tu hijo y al final mira lo que averiguamos.

Adrian capeó la última diatriba pero había dejado de escuchar al principio de la última frase.

—¿Has dicho cuatro días? —preguntó.

—Eso fue lo que dije —dijo Sarah, perdiendo un poco de fuelle—. ¿Es que el accidente te frió el cerebro?

—No —dijo Adrian. Miró por encima del hombro de Sarah hacia la ventana con una sensación de asombro estúpido—. ¿Por qué no llamaste al hospital para comprobarlo?

—No se trata de eso. El hombre no decía ser del hospital ni de tu oficina. *Parecía* un bromista.

—¿De verdad que llevo aquí cuatro días? —La ira prefabricada de su ex mujer parecía hueca y carente de importancia. ¿Pero por qué estaba enfadada? Por muchas vueltas que le diese. Adrian era incapaz de averiguarlo—. ¿Llevo todo ese tiempo inconsciente?

—No que nosotros supiéramos —dijo Sarah deslizándose hacia un lado para quedar en el centro del campo de visión de Adrian otra vez—. Tu hijo estaba preocupadísimo por si estabas muerto, porque tenías que ser un egoísta y un estúpido. A mí no me sorprendió que no llamaras pero Brandon se asustó. La segunda y la tercera noche tuve que decirle que seguramente habías organizado tú toda la broma por la discusión que habíamos tenido el miércoles. Tuve que decirle que estabas intentando castigarme para que no se asustara.

Adrian y Sarah se *habían* peleado la noche antes del accidente, se acordaba de eso. ¿Por qué había sido? ¿Por dinero? ¿Algo por lo que de verdad mereciera la pena discutir?

—No tenías que mentirle.

—No sabía que le estaba mintiendo —dijo Sarah—. Por lo que a mí se refiere, era la verdad. No conseguí arreglar todo esto hasta anoche. Por fin. Deberías haberle visto la cara cuando se enteró de que su padre llevaba en el hospital tres días y nosotros no lo sabíamos. Parecía un fantasma.

—Espera —dijo Adrian. Volvió a la conversación con todas sus fuerzas y miró los ojos de Sarah—. ¿Os enterasteis anoche?

—Por fin.

—Brandon dijo que hoy fue a la escuela. ¿Por qué no lo trajiste cuando averiguasteis que *estaba* aquí? O por lo menos esta mañana.

Sarah hizo una pausa de varios segundos y su rostro pasó de la expresión de ira santurróna que tenía cuando iba en cuarta al punto muerto de una ira confusa. Cambió otra vez a primera con:

—Ya sabía que estabas bien. Le dije a Brandon que no te pasaba nada.

—¿Lo sabías? —dijo Adrian. No le gustaba acusar a nadie de mentir, sobre todo a alguien como Sarah, que pelearía como el mejor de los abogados, pero...— ¿Cómo?

—Llamé al hospital esta mañana —dijo—. Dijeron que estabas bien. Dijeron que... —«No, ni siquiera un arañazo. Es increíble, de verdad. Ni siquiera se le ha saltado un empaste. Ha tenido mucha suerte, señora.»—... podrías recibir visitas cuando terminaran de examinarte.

—Debieron decirte que tuve mucha suerte —dijo Adrian.

—Sí —dijo Sarah—. Le dije a Brandon que estabas bien.

—Le dijiste que no tenía ni un rasguño —dijo Adrian. Tenía la sensación de tener los ojos vidriados, como si no pudiera enfocarlos del todo, aunque jamás había visto las cosas con tanta claridad—. Que ni siquiera se me había saltado un empaste, ¿verdad? ¿Algo así? ¿No es eso lo que te dijo el médico?

La expresión de Sarah volvió al punto muerto y la confusión empezó a superar a la ira. Dio un paso atrás y se agarró el codo izquierdo con la mano derecha.

—No tendrías que haber cambiado los papeles sólo porque nos peleamos, Adrian. Todo esto fue por eso.

—Si hubieras traído a Brandon hasta aquí justo después de llamar al hospital, los dos podríais haber llegado a tiempo para verme despertar. Habría despertado, después de pensar que iba a morir, y os habría visto a los dos.

—Es culpa tuya. —Sarah lo intentó. Volvió a mirar por la ventana para intentar recuperar fuerzas.

—Pero no querías esperar —dijo Adrian sin hacer caso de las débiles protestas de la mujer. Sus ojos se clavaron en los de ella y los obligaron a mirarlo—. Preferías que te llamara el hospital cuando yo despertara para no perder el tiempo esperando aquí. ¿No fue así? Podíais haber estado aquí los dos pero tú no quisiste. En momentos como este es cuando recuerdo porqué me divorcié de ti, Sarah. ¡Jesús! ¿No pensaste

que Brandon querría estar aquí cuando despertara?

Con apenas un minuto de pausa y tras fingir que miraba el reloj, Sarah se dirigió a la puerta. Adrian se desenroscó de la cama con la rapidez de una cobra y la interceptó al otro lado agarrándola del codo.

—¿Dónde te crees que vas?

—Me voy de aquí —dijo Sarah. Adrian vio que endurecía el gesto y los ojos se le convertían en escarcha, pero la cobertura no era completa—. Este no es el Adrian que conozco. No estás bien. Brandon y yo nos vamos a casa y no quiero que le llames hasta que vuelvas a ser el mismo.

—Y una mierda —dijo Adrian—. Todavía no hemos terminado.

—Adrian, me estás haciendo daño —protestó Sarah echándole un poco más de drama del estrictamente necesario. Se liberó de un tirón y se apartó de él con aspavientos—. Creo que me va a salir un moretón. Mantente alejado y no le diré nada de esto a Brandon.

—No te he hecho nada —dijo Adrian, pero mientras lo decía ya sabía que se le estaba acabando aquella pequeña victoria. Sarah se iba según sus términos y porque quería.

—Y ya veremos si puedes visitar a Brandon este fin de semana —dijo al recuperarse—. Si sigues fuera de control quizá no sea muy seguro que Brandon vaya a tu casa.

—¿Te refieres a que me he enfadado contigo? —exigió saber Adrian—. Te lo mereces.

Su frustración erosionó toda la satisfacción que tan duramente se había ganado antes incluso de poder construir algo sobre ella.

—Estás siendo muy irracional —dijo Sarah. Puso la mano en el pomo de la puerta al tiempo que dejaba claro que no pensaba quitarle los ojos de encima a Adrian—. Quizá será mejor que llames antes de pasar por casa.

—Siempre lo hago, de todas formas —dijo Adrian. Había perdido toda la ventaja que había conseguido.

—Hazlo —dijo Sarah—. Hablo en serio.

Antes de que Adrian pudiera seguir protestando. Sarah abrió la puerta y topó con un médico de pelo y barba gris que estaba al otro lado con la mano levantada para llamar. El médico dio un salto al ver que la puerta desaparecía de repente y Sarah se quedó inmóvil. Igual que Adrian. Los tres se miraron entre sí hasta que Sarah apartó de un leve empujón al maduro especialista y desapareció por el pasillo.

El médico la observó mientras se marchaba y luego se volvió de nuevo hacia Adrian con un encogimiento de hombros y una expresión de confusión bien intencionada. *Mujeres*, parecía decir aquella mirada. *No se puede vivir con ellas ni...* Adrian se encogió de hombros, sin emoción ni sentido del humor. Al parecer era todo

lo que pedía el médico.

—¿Le puedo ayudar en algo? —preguntó.

—Creo que eso tendría que preguntarlo yo —dijo el médico mientras cerraba la puerta tras él—. ¿Es usted Adrian Cross?

—Sí, señor —dijo Adrian. Se volvió a sentar en la cama y miró al médico.

—Encantado de conocerlo, señor Cross —dijo el maduro caballero al tiempo que extendía una mano de dedos largos—. Me llamo Thomas Anderson. Voy a comprobar su estado para asegurarme de que está listo para irse a casa. Si está listo para irse, claro.

Adrian conocía la voz de aquel hombre y estaba bastante seguro de dónde la había oído antes...

«Es increíble, de verdad... Ha tenido mucha suerte...».

... pero no lo había visto jamás.

—Yo diría que ya estoy listo. ¿Dijo que se llamaba doctor Anderson?

—El mismo —dijo el médico—. ¿No le dijo Paul que iba a pasar por aquí?

—Sí —dijo Adrian—. Es que esperaba a otra persona.

El médico sonrió ante lo que le debía parecer algo absurdo.

—¿A alguien en particular?

«Un trasgo con un peinado ridículo al que le preocupa mucho la dirección de mi aseguradora», quiso decir Adrian. Pero en lugar de eso adoptó una sonrisa un tanto inexpresiva y dijo.

—No, supongo que no. Es que creí que ya conocía a mi médico.

—No ha firmado nadie más su gráfico —dijo el médico con tono amable y tranquilizador. Su tono de voz hablaba de años de experiencia mimando a pacientes confundidos—. Sólo Paul y yo. Nadie más que a mí me conste. Sin embargo sí hubo cierta confusión con sus papeles. Alguien traspapeló los documentos de ingreso, tuvimos que buscar su gráfico y luego era usted el que estaba fuera de su habitación cuando vinimos a buscarle.

—Ya —dijo Adrian—. Recuerdo que había algún lío de papeles. Algo que estaba en el archivo equivocado. ¿Ya está todo resuelto?

—Yo estoy aquí —dijo Anderson—. Usted está aquí. Los dos seguimos en el hospital. Tengo aquí sus últimas pruebas médicas. Yo diría que por fin está todo en regla.

Adrian sonrió aliviado.

—Menos mal. Tenía miedo de que le hubiera pasado algo al pie en el accidente.

Anderson bajó la vista hacia los pies de Adrian y la volvió a levantar.

—¿Le duele?

—Bueno, no —dijo Adrian—. Fue sólo... por mi vieja lesión de tobillo. Pensé que podía haberlo lesionado otra vez.

—¿Qué lesión de tobillo? —preguntó Anderson. Pasó unas cuantas páginas de la carpeta que había traído consigo—. Tengo un viejo informe sobre un tobillo y un pie roto pero aquí dice que ocurrió hace más de dieciséis años.

—Así es.

—Y entonces se le curó bien, ¿no es así?

—Sí, señor.

—Y usted parece estar apoyado en él sin ningún problema.

Adrian abrió la boca para responder antes de darse cuenta que el médico estaba bromeando.

—Vale, supongo que no tiene que mandarme a la sala de despiece ni nada de eso. Es sólo que el otro médico le dio bastante importancia. Terminó preocupándome.

—¿El otro médico?

—Sí —dijo Adrian—. El tipo calvo con el peinado ridículo. ¿Sabe quién le digo?

—Creo que ha sufrido muchas emociones en muy poco tiempo —dijo el doctor Anderson mientras guiaba a Adrian hasta la cama para que se sentara—. ¿Por qué no se sienta aquí y me deja que le eche un vistazo?

A Adrian no le hacía mucha gracia que lo trataran como si fuera un niño pero el gesto tranquilo y profesional del médico hizo que se contuviera. Tal vez se hubiera imaginado al médico trasgo, como insinuaba Anderson. Aquel médico quizá fuera el producto de algún sueño provocado por la tensión que le había hecho ir sonámbulo hasta una sala de reconocimiento vacía y haberse quedado allí hasta que Paul lo había encontrado. Aquella explicación era técnicamente factible. Sólo que no le gustaba.

—Bueno, quizá haya sido el hada de los sueños —dijo, encogiéndose de hombros—. Parece que esa dama y yo nos hemos visto mucho durante los últimos cuatro días.

—Eso debió ser —dijo Anderson con gesto indulgente—. Pero por lo que veo, no hará falta que pase con ella más tiempo que cualquier otro hombre sano de su edad.

—Gracias a Dios.

—¿Y ya no le duele? —le preguntó el doctor Anderson un rato después mientras doblaba y flexionaba el pie de Adrian y le pinchaba el tobillo.

—No —dijo Adrian—. La verdad es que es una sorpresa muy agradable. Un viajecito como el que tuve con este pie en el instituto es más que suficiente para toda una vida.

—Por las fotos que he visto del accidente, creo que el pie podría haber sido el menor de sus problemas —dijo Anderson—. Es usted un hombre con mucha suerte, Adrian. Su coche era casi una entidad desconocida cuando lo encontraron. Estaba sentado en el único sitio del coche que no estaba aplastado contra otra cosa. Por lo que vi, ese viejo tanque que conducía usted se plegó a su alrededor como un guante de béisbol.

—Eso sería el anuncio perfecto para el Pontiac.

—No, si hubiera llevado algún pasajero. De todas formas su tobillo parece estar bien, igual que el resto de su persona. Yo diría que aún le quedan unos cuantos años de carreras y saltos.

—¿Entonces va a hacerme alguna prueba más cuando terminemos con esto? —preguntó Adrian.

—No creo que sea necesario —respondió Anderson—. Hicimos la mayor parte de las pruebas que necesitábamos mientras estaba dormido. Análisis de toxinas, resonancia, radiografías... lo que quiera.

La idea de despertar metido en un escáner le puso a Adrian los pelos de punta pero no dijo nada. Ni tampoco dijo que el otro médico le había dicho prácticamente lo contrario.

—¿Por qué lo pregunta, señor Cross? ¿Quería hacerse alguna en concreto?

—No especialmente —dijo Adrian. Se reclinó sobre las almohadas para darle al médico la oportunidad de escribir varias cosas en el gráfico—. Sólo quiero irme a casa. Y volver al trabajo, aunque no se lo crea.

—Sé cómo se siente —dijo el médico—. ¿Dónde trabaja?

—Cámara de Comercio —respondió Adrian.

—¿De verdad? —preguntó Anderson—. ¿En qué división? Conozco alguna gente de la Cámara.

—Organización —dijo Adrian—. A las órdenes de Jim Mahoney.

—Conozco a Jim —sonrió Anderson—. ¿Qué hace con él?

—Pongo al día la información de los nuevos miembros y a veces trabajo también con la gente de relaciones públicas en la división de Comunidad. Ahora mismo estoy trabajando con Evan Dunkirk, de Expansión, en ese gran proyecto de Soluciones Sintéticas del que habla todo el mundo. ¿Conoce a Evan?

—Sólo de ver su nombre en los periódicos —dijo Anderson—. No lo conozco en persona. Pero déle recuerdos a su jefe cuando vuelva al trabajo mañana.

—Claro.

Mientras hablaban el médico había ido apuntando varias cosas en el sujetapapeles. Al terminar la corta conversación, se acarició distraídamente la barba con el bolígrafo e hizo una última anotación.

—Muy bien, señor Cross —dijo—. Ya está listo para irse. Sólo necesito que me firme esto, justo aquí, al lado de la X. La enfermera de recepción va a pedirle que le eche un vistazo a unos papeles del seguro para ver si los datos son correctos. También va a darle cita para una revisión. Queremos asegurarnos de que se encuentra bien cuando vuelva a su vida normal. ¿Tiene alguna pregunta?

—Creo que no —dijo Adrian mientras firmaba el papel que le sostenía el médico delante—. ¿Está seguro de que no tengo que hacerme ninguna prueba más?

—Estoy seguro. Ya se ha hecho de todo. Está tan sano como un hombre diez años más joven. Podemos revisar los resultados de las pruebas una por una, si quiere.

—No, gracias —dijo Adrian. Sonrió, pero no estaba de broma. Era cierto que quería salir de aquel sitio lo antes posible. Sobre todo para continuar con su vida pero en parte también por un miedo infantil a que el médico trasgo que lo había examinado la primera vez lo obligara a quedarse y lo sometiera a pruebas que al parecer no necesitaba—. Oiga ¿dónde está mi ropa?

—En ese cajón —dijo Anderson, señalando a la cómoda que había en la pared en frente de la puerta—. Está limpia y planchada, cortesía de nuestro servicio de lavandería. También está ahí su reloj y todo lo que llevaba en los bolsillos.

—Gracias.

—No hay de qué. Asegúrese de hablar con la enfermera de abajo cuando salga. Y déle recuerdos a Jim.

—Lo haré —dijo Adrian—. ¿Puedo irme cuando quiera?

—Sí. Buenas tardes, señor Cross. Ah, casi se me olvida una cosa.

—¿Qué?

—Un joven que me encontré en el pasillo dijo que estaba esperando para verle —dijo el médico—. Dijo que a usted no le importaría si lo avisaba cuando termináramos.

—¿Eso dijo?

El médico asintió.

—¿Quiere que lo haga entrar ahora o preferiría verlo abajo?

—¿Sigue con él la dama que estaba aquí antes?

—Podría comprobarlo.

—Haremos una cosa —dijo Adrian con una sonrisa maliciosa—. Si todavía está por ahí y esa dama *no está* con él, hágalo entrar. Si están juntos, dígales que les veré abajo cuando haya firmado todos los papeles.

—De acuerdo —dijo Anderson—. A ver si lo encuentro.

Una vez que Adrian le dio las gracias, el doctor Anderson se dio la vuelta y se fue. Cerró la puerta al salir para que Adrian pudiera cambiarse en paz. Éste se despojó de la bata de hospital y empezó a vestirse con su ropa.

Capítulo cinco

Una vez vestido, Adrian sólo tuvo que esperar unos minutos a su visitante. Se encontraba de pie al lado de la ventana buscando el coche de su ex mujer en el aparcamiento cuando se abrió la puerta detrás de él. Sonrió y se dio la vuelta sonriendo.

—Caray, chaval. Menos mal que ya tenía los pantalones puestos.

Sin embargo, la persona que había entrado en la habitación no era el hijo de Adrian. En la puerta se encontraba un hombre de aproximadamente su misma edad con unos pantalones azul oscuro, una camisa color borgoña y una corbata negra: llevaba una trinchera bastante gastada en el brazo izquierdo. Sujetaba una libreta negra y blanca en la otra mano y un lápiz azul descansaba detrás de su oreja derecha bajo un mechón de cabello rubio rojizo. Los ojos eran de un tono a medias entre el añil y el violeta. Adrian no había visto a aquel hombre en su vida.

—Estoy de acuerdo —dijo el extraño con una delgada sonrisa—. Debo insistir en un cierto grado de formalidad, al menos cuando conozco a alguien en persona.

—¿Quién es usted? —dijo Adrian. Se apoyó en el alféizar y cruzó los brazos—. ¿Es que no le han enseñado a llamar a la puerta?

—Me llamo Matthew Simonson —dijo el hombre—. Si lo he asustado, lo siento. El médico dijo que podía entrar. Dijo que a usted no le importaba.

—Creí que era mi hijo —dijo Adrian con un suspiro que sumaba dos y dos—. Supongo que ya se ha ido a casa. Vaya mierda.

—Supongo —dijo Simonson—. No pretendía entrometerme.

—No, no importa. Es culpa mía por suponer lo que no era. ¿Qué necesita?

Simonson cruzó el resto de la habitación y posó el abrigo sobre la cama. Tras abrir la libreta y coger el lápiz que llevaba tras la oreja, dijo:

—La verdad es que quería hablarle sobre lo que le ha ocurrido hace poco. Y quizá también podríamos hablar sobre la Corporación de Soluciones Sintéticas si le apetece.

—¿Es periodista? —dijo Adrian. Se apartó de la ventana, pues de todas formas el coche de Sarah no parecía estar allí.

—Muy perceptivo, señor. Sí, soy periodista. Publico «*El Despertar*» de Internet.

—Jamás he oído hablar de él —dijo Adrian. Dio un par de pasos hacia la puerta y luego volvió a parar—. No me meto mucho en Internet si puedo evitarlo.

—¿No me diga? —dijo Simonson. Levantó la nariz y frunció aún más el ceño con un gesto de sorpresa—. Tenía la sensación de que no era ese el caso.

—Sensación equivocada —dijo Adrian—. No sé quién se la habrá dado pero no creo que le convenga utilizarlo como fuente otra vez.

—Mis fuentes suelen ser impecables. Pero quizá no tanto en este caso. —

Simonson tachó lo que estuviera escribiendo y luego pasó la página de la libreta—. Pero todavía me gustaría hablar con usted sobre un tema tangencialmente relacionado. Y también sobre Soluciones Sintéticas. Se me ha dado a entender que trabaja para la Cámara de Comercio de Iron Rapids y que la Cámara ha invitado a varios representantes de esa compañía a acercarse desde Ann Arbor para discutir...

—Mire —dijo Adrian—. No quiero ser maleducado, ¿pero no podemos hacer esto en algún otro momento?

—Sé que tiene prisa por marcharse, señor Cross.

—Adrian.

—Muy bien, Adrian. Bueno, como ya he dicho entiendo que tenga prisa por marcharse pero no nos llevará más de un momento. Podemos hablar sobre Soluciones Sintéticas mas tarde si lo prefiere.

—Bueno, ¿entonces qué era lo primero que quería comentar? —suspiró Adrian—. ¿Y cómo dijo que se llamaba su periódico?

—*El Despertar* —dijo Simonson—. Sólo quería hacerle unas cuantas preguntas sobre sus experiencias durante estos últimos cinco días, señor Cross. Leí lo de su accidente de coche en el periódico local.

—¿Qué tiene de particular? —preguntó Adrian entornando los ojos—. La gente tiene accidentes en la autopista 38 todo el tiempo. ¿También habla con todos ellos?

—No, señor —dijo Simonson con una sonrisa conciliadora—. Leí lo de su accidente, Adrian, y creo que con su situación podría escribir una buena historia en mi página Web.

—¿Y eso por qué? —preguntó Adrian.

—Porque aunque es cierto que la gente tiene accidentes de coche con una relativa frecuencia en la autopista 38, su situación es especial —explicó Simonson—. ¿Sabe que es la única persona implicada en el accidente del pasado jueves a la que ingresaron inconsciente?

—No, no lo sabía —dijo Adrian. Seguía estrechando los ojos y se mantenía a varios pasos de Simonson—. Pero supongo que no hubo ningún otro herido grave o el médico lo habría mencionado. No mencionó a ningún otro herido aparte de mí.

—Pero usted no estaba herido —dijo Simonson al tiempo que se incorporaba un poco. Empezó a tomar notas sin mirar a la libreta—. ¿O sí?

—Bueno, no —dijo Adrian—. Pero estuve cuatro días inconsciente.

—Exacto, señor —dijo Simonson. Le brillaban los ojos de interés—. El periódico mencionaba que no había habido ningún herido grave y decía que las otras tres víctimas habían recibido el alta después de ser tratadas por heridas leves. Decía que había otra persona en el hospital pero no decía por qué. Cuando llamé al hospital nadie parecía saberlo.

—¿Información confidencial? —sugirió Adrian—. No creo que los hospitales

puedan dar información sobre los pacientes sin algún tipo de permiso escrito.

—No he dicho que no quisieran dar esa información, señor —dijo Simonson—. Dije que no la tenían. Ninguna de las personas con las que hablé fue capaz de encontrar informe alguno en los archivos del hospital que dijera que le pasaba algo. Es evidente que ha sobrevivido al accidente sin ni siquiera un rasguño.

Adrian miró hacia la puerta de nuevo y abrió las manos.

—Eso parece —dijo—. Ni un rasguño. —Se encogió de hombros—. Ni siquiera se me saltó un empaste.

—Señor, eso es un milagro —dijo Simonson mientras se inclinaba hacia Adrian con los ojos muy abiertos—. He visto el informe que hizo la policía y las fotos del accidente para las compañías de seguros. Como mínimo, sus dos piernas deberían estar pulverizadas y su espalda debería haber quedado convertida en polvo y líquido espinal. Podría haber muerto si la policía y los vehículos de rescate no hubieran aparecido tan rápido como al parecer lo hicieron.

—Si me hubiera pasado algo.

—Desde luego.

—Pero no me había pasado nada. Me desmayé, nada más. Supongo que usted lo llamaría milagro pero sólo tuve suerte. Además, mi coche es un Phoenix del 82. No se puede romper un Phoenix, es un gigantesco pedazo de acero.

—Sobre todo ahora, señor —dijo Simonson—. Es siniestro total. Aplastado. Vi las fotos. Tuvo algo más que suerte, créame. Salir vivo de allí habría sido suerte, el hecho de que saliera indemne es, en realidad, un milagro.

—Mi madre tenía un dicho sobre los milagros —dijo Adrian. Ahora mismo no estaba de humor para aquello—. Decía que Dios nunca hace milagros. Se limita a quedarse allí y sonreír para que sepamos que está Contento por nosotros. Decía que lo que nosotros llamábamos milagros no es más que un golpe de suerte al que Dios ha dado su aprobación.

—No puedo estar muy de acuerdo con eso —dijo Simonson, mientras seguía tomando apuntes sin mirar. Pasó una página y empezó otra vez—. Pero tampoco vamos a discutir. Lo que yo opine no importa pero creo que estará de acuerdo en que el pasado jueves ocurrió algo asombroso y que usted formó parte de ello. Podría estar atrapado en algo más grande de lo que puede concebir ahora mismo.

—Vale —dijo Adrian para darle la razón al periodista de Internet—. Concedido. ¿Y qué tiene de particular?

—¿Qué tiene de particular? —susurró Simonson para sí mismo mientras ponía los ojos en blanco.

—Es decir, no le puedo contar mucho sobre la experiencia —dijo Adrian—. Intenté derrapar y clavé los frenos, luego desperté aquí. En aquel momento no parecía haber nada asombroso ni milagroso. Aparte de eso, lo único que he hecho es dormir

cuatro días.

—Entonces hablemos de eso, Adrian —dijo Simonson—. ¿Que usted recuerde, tuvo algún sueño durante los últimos cuatro días?

—¿Sueños? —preguntó Adrian—. No. —Supuso que la visita de aquel médico feo y calvo contaría como sueño si lo hubiera mencionado, pero no le apetecía comentarlo.

—¿Recuerda haber oído o haber visto algo poco corriente mientras estaba inconsciente?

—¿Cómo qué?

—Cualquier cosa, señor Cross. ¿Espectros? ¿Una luz brillante y cálida? ¿Escenas importantes de su pasado que ya había olvidado?

—No —dijo Adrian. Su rostro expresó un cierto desdén cortés—. Nada parecido. Ni ángeles cantando, ni ciudades en las nubes ni verjas nacaradas. No tuve ningún tipo de experiencia cercana a la muerte. Lo siento.

—¿Y alguna epifanía? —siguió insistiendo Simonson a pesar de que la paciencia y la tolerancia habían desaparecido del semblante de Adrian—. ¿Experimentó algún tipo de revelación o un momento intenso de clarividencia mientras dormía? ¿Se le ocurrió alguna idea inesperada sobre algo sin saber cómo?

—Yo diría que no —dijo Adrian—. Pero suena bastante bien.

—¿Y antes, señor Cross? —dijo Simonson—. ¿Ha tenido en algún momento alguna visión profética? ¿Quizá hace poco, cuando ha entrado en contacto con los representantes de Soluciones Sintéticas?

—No —dijo Adrian—. Oiga, mire, ya le he contado lo que pasó. Tuve un accidente, me desmayé y desperté aquí. Eso es todo lo que vi y todo lo que recuerdo. Y antes del accidente tenía una vida muy normal, sin visiones ni epifanías ni nada de eso. Además, ¿qué clase de preguntas son éstas? ¿Para qué tipo de periódico de Internet escribe usted?

—Es una página que trata noticias a las que no se les presta demasiada atención en la prensa local, señor Cross —dijo Simonson.

—Un periodicucho religioso.

—No en el sentido más convencional de la palabra —dijo Simonson—. Espiritual de vez en cuando pero no estrictamente religioso. Y eso es sólo un aspecto de la página Web. También escribo reportajes de investigación y desenmascaro timos sobrenaturales. Y ya sólo me quedan unas cuantas preguntas más, si no le importa.

—La verdad es que sí que me importa —dijo Adrian mientras levantaba las manos para detener a Simonson antes de que el periodista volviera a enrollarse—. Le agradezco que haya venido hasta aquí desde... donde sea...

—Me alojo en el hotel Lester, en la ciudad.

—Muy bien, pero escuche: ahora mismo quiero irme a casa. Tengo la sensación

de que quiere algo de mí que yo no puedo darle, y no me gusta desilusionar a un tío tan agradable como usted.

—Estas últimas preguntas son sobre sus contactos con Soluciones Sintéticas y el trabajo que ha venido desempeñando para la Cámara de Comercio. La verdad es que no deberían...

—Hablo en serio —dijo Adrian—. Gracias por venir y todo eso pero no quiero seguir hablando de eso. Hable con las otras personas que estuvieron en el accidente si quiere, pero usted y yo ya hemos terminado.

—Siento oír eso, señor Cross —dijo Simonson. Se levantó, recogió la chaqueta y se volvió a poner el lápiz detrás de la oreja. Metió la mano en el bolsillo de atrás y le entregó a Adrian una crujiente tarjeta de visita. La única forma de contacto que incluía era la dirección de una página Web—. Pero permítame asegurarle que se ha convertido en parte de algo complejo y mucho más grande que la suma de sus partes. Quizá no lo vea o no lo entienda, yo todavía estoy intentando descubrir los detalles, pero está ahí. Si quiere hablar sobre ello puede ponerse en contacto conmigo en esta dirección.

—Bueno, es usted muy amable —dijo Adrian.

—Si cambia de opinión o si recuerda algo que quiera compartir —continuó Simonson—. Puede encontrarme en esta dirección. Sólo tiene que pinchar en el botón de «Correo» y escribir el mensaje en el recuadro vacío que aparece.

—Gracias —dijo Adrian mientras se metía la tarjeta en el bolsillo de la camisa—. Si tengo una epifanía, le avisaré.

Y tras eso le estrechó la mano a Simonson y consiguió por fin que se fuese. Vio desaparecer al hombre por el pasillo, luego revisó una vez más su pequeña habitación y cuando se convenció de que no había dejado nada, se dirigió también él al ascensor más cercano.

Simonson salió de la habitación de Adrian Cross sin más discusiones y se dirigió al baño de visitas. En el pasillo se cruzó con un espantajo de mujer con una maraña de pelo blanco y lacio y le dejó espacio de sobra para que pasara. La anciana se aferraba a la barra del suero, que tenía ruedas, y miraba por el pasillo como una niña con neurosis de guerra. La bata blanca del hospital le colgaba como una sábana y de ella sobresalían dos piernas delgadísimas llenas de venas azules.

—Ángel —dijo cuando miró hacia Simonson—. Conozco a un ángel.

—Apuesto a que sí —murmuró Simonson. Era capaz de oler los sedantes en la bolsa del suero y las pupilas de la mujer eran tan grandes como el pasillo.

—Veo un ángel —insistió la mujer mientras se daba la vuelta para seguirlo cuando pasó—. Ángel ángel ángel...

—Vaya a compartir esa visión con un médico, querida —dijo Simonson—.

Cuénteselo al primer médico que vea.

Los ojos de la mujer se vidriaron y Simonson se apresuró a alejarse para dejar sola a la mujer. Los ancianos frágiles lo ponían nervioso, sobre todo en los hospitales. Podía oír cómo el tiempo y la muerte los devoraban por dentro, y al igual que las heroínas de las películas de terror, nadie los oía llegar. La gente era especialmente sorda a ese sonido cuando estaba en el hospital. Era el tipo de ignorancia que incomodaba a Simonson cuando se enfrentaba con ella.

Pero mientras abría la puerta del baño de visitas, vio a un médico feo y calvo que salía de una consulta del otro extremo del pasillo. Un celador de pelo castaño caminaba al lado del médico y los dos parecían discutir en voz baja sobre algo. Se señalaban por turnos y estaban tan distraídos que estuvieron a punto de derribar a la anciana. Dejaron de discutir y se pusieron a empujar a la mujer con suavidad para que volviera a su cuarto mientras ésta los regalaba con un relato de su experiencia divina. Más tranquilo ahora que había visto que alguien iba a cuidar de la anciana, Simonson cerró la puerta del baño tras de sí y echó el pestillo. Puso una mano en el lavabo que había en aquel estrecho espacio, respiró hondo para aclararse la cabeza y le dio al interruptor de la luz. Por mucho que intentara prepararse, todavía se sobresaltaba cuando se encendía la luz.

—Interesante —dijo su reflejo mientras se cruzaba de brazos y ladeaba la cabeza. No parecía importarle su postura real. La palabra no se oyó en el pequeño aseo, pero Simonson se había acostumbrado tanto al fenómeno que podía leerle los labios con facilidad.

—Mucho —respondió Simonson en silencio. Cruzó los brazos para imitar la postura del reflejo—. ¿Alguna idea?

—Veamos lo que tienes —dijo su reflejo echándole un vistazo a la libreta que llevaba aún en la mano.

Simonson miró también la libreta y comprobó otra vez que las dos páginas estaban cubiertas de los apuntes que había tomado con la casi incomprensible letra al revés. Había tomado aquellas notas mientras hablaba con Cross pero era incapaz de leer su letra tal y como la había escrito, así que sostuvo la primera página ante el espejo. El reflejo hizo lo mismo con la mano contraria y Simonson leyó lo que había escrito en la libreta que tenía en frente. Su reflejo leía la libreta que sostenía él.

—Interesante —dijeron su reflejo y él de forma simultánea. Los dos pasaron la página y continuaron leyendo. Una vez terminaron. Simonson volvió a meter la libreta en el bolsillo de la cazadora.

—Así que no es Papaíto, después de todo —dijo—. Y tampoco parece que haya provocado el accidente.

—Ni sabe quién lo hizo —dijo su reflejo—. Ni que ha sido provocado.

—Parece ignorar *esa* existencia por completo —dijo Simonson—. Tiene el

potencial necesario para entender, pero no quiere abrir los ojos. Es sonámbulo.

—No sólo sobre el accidente, sino también sobre el resto —dijo su reflejo—. Soluciones Sintéticas. La Cámara. Está implicado pero no se da cuenta.

—Está preocupado —dijo Simonson—. Y parte de él sigue sin estar dispuesto a aceptar que sea posible. Quizá si le dijera lo que ya he descubierto sobre Soluciones Sintéticas...

—Mejor no —dijo su reflejo mientras agitaba la cabeza—. Ya cree que estás chiflado, y además sus conocimientos técnicos no son excesivos. No comprendería el significado de lo que has averiguado.

—No como yo —asintió Simonson—. Y no como Papaíto. —Se rascó pensativo el hoyuelo de la barbilla y a continuación dijo—. No se puede hacer más que seguir encima de él, supongo. Ver lo que él ve e intentar averiguar en qué está implicado. Y esperar que sólo sean paranoias mías.

—Es posible incluso que Cross averigüe lo que está pasando antes que tú —dijo su reflejo—. Desde luego ha estado más expuesto al problema local. La perspectiva interna que tiene lo convierte en una fuente mejor para la historia, por lo menos.

Simonson asintió y los movimientos de su reflejo se sincronizaron con los suyos. Cuando cada movimiento encajó de forma exacta y no se produjo ningún otro comentario, se lavó la cara con agua fría, se puso el abrigo y salió del baño. Como ya se había imaginado, la anciana ya no estaba en el pasillo y la luz de la habitación de Adrian Cross se había apagado.

Capítulo seis

Veinte minutos más tarde, Adrian salía como una exhalación por las puertas del hospital de camino a casa. La última entrevista con la enfermera de admisiones había transcurrido sin incidentes a excepción de una complicación con la información de su seguro médico. La enfermera había tenido que introducir su número de identificación en el ordenador varias veces antes de darse por satisfecha de que era real. Adrian había esperado pacientemente a que el sistema del hospital se diera cuenta de que no estaba intentando timar a nadie. Cuando el ordenador se convenció por fin y Adrian hubo concertado la cita para la revisión, se quitó el brazalete de identificación de la muñeca, lo tiró en la papelera que había al lado del escritorio de la enfermera y se fue.

Pero lo cierto es que en aquel momento se sentía como si se estuviera escapando. No quería quedarse más tiempo en aquel hospital con médicos siniestros ni periodistas agresivos de periódicos sensacionalistas de Internet. Además, como Sarah ya se había llevado a Brandon a casa, no tenía ninguna razón para quedarse. Claro que ahora que se había ido su hijo, tampoco ardía en deseos de irse a casa solo. En realidad todo lo que le esperaba allí era una radio, un viejo ordenador, unas cuantas botellas de cerveza inglesa, un estante de libros que había leído una docena de veces y unas cuantas cenas precocinadas. Sus vecinos seguramente ya le habrían robado los periódicos que no había leído así que tendría que esperar al día siguiente para ponerse al día con las noticias. También había llegado el momento de hacer la compra mensual (lo que mataría un poco el tiempo y al menos lo alimentaría) pero ir y volver a la tienda sin coche iba a ser toda una experiencia.

Y en cuanto a eso, ¿cómo esperaba llegar a casa? La señal de una parada de autobús le esperaba al otro lado del aparcamiento del hospital pero subirse al azar a un autobús urbano sin saberse las rutas ni las paradas le apetecía tanto como ir a casa caminando. Adrian se puso una mano en la cadera y se rascó la cabeza con la otra. A falta de algo mejor que hacer, dirigió la mirada al aparcamiento durante un segundo y luego hacia la calle con la esperanza de encontrar alguna fuente de inspiración.

Al otro lado del aparcamiento le llamó la atención una extraña sincronía bajo la tenue luz del atardecer. Había cuatro coches en fila en el camino de acceso al hospital. Estaban esperando a que cambiara el semáforo y que el tráfico de la calle principal se detuviera para poder girar a la derecha. Brillaba el intermitente derecho de los coches y aquel brillo era lo que le había llamado la atención a Adrian. No era sólo que cada intermitente pareciera parpadear con la misma frecuencia de los otros, es que parpadeaban justo después del que tenían delante. Mientras Adrian miraba, la luz roja parecía saltar desde el último coche al primero y luego volvía a empezar, como la iluminación de una pista de aterrizaje. El ciclo se repitió sin interrupciones

varias veces hasta que cambió el semáforo.

—Guay —se dijo Adrian. No solía sorprender momentos tan extraños y pulcros como aquel. Claro que estaba tan acostumbrado a conducir por la autopista 38 que cualquier uso correcto de los intermitentes era toda una novedad para él.

Pero ahora que miraba hacia allí, se dio cuenta de que lo que le había parecido una parada de autobús era en realidad una cabina de teléfono. Dado que la mejor opción que tenía en ese momento para que lo llevaran a casa enseguida era llamar a un taxi, caminó en esa dirección para buscar uno en la guía. Habría sido muy agradable que Sarah se hubiera quedado y se hubiera ofrecido a llevarlo a casa pero él tampoco lo había pensado en su momento.

Claro que pedirselo quizá no hubiera sido tan buena idea después de la discusión que habían tenido arriba. Un pequeño movimiento de cabeza femenino lo habría vuelto a poner en el puesto de los perdedores de su mutua contabilidad. O peor, el largo viaje de vuelta habría sido un infierno tenso y silencioso, tanto para él como para Brandon. Prefería caminar que pasar por eso. Puede que el tal Simonson lo hubiera llevado a casa también, pero aquel hombre seguramente habría esperado que respondiera a más preguntas ridículas sobre epifanías y visitantes extraños y cómo se relacionaba todo eso con la vida de un empleado de la Cámara de Comercio de Iron Rapids, Michigan. Al menos el viaje de vuelta con Brandon y Sarah habría transcurrido en silencio.

Adrian atajó por el aparcamiento para llegar a la cabina mientras los últimos rayos del sol desaparecían detrás de las omnipresentes nubes grises del cielo. Muy pronto el único color que habría en el cielo sería el fulgor rosa anaranjado de las farolas. Levantó los ojos con una mueca y se subió el cuello de la camisa. El viento del atardecer era muy fresco en esta época del año y no le haría mucho bien coger frío nada más salir del hospital. Su humor tampoco iba a mejorar mucho si empezaba a llover antes de poder conseguir a alguien que lo recogiera. Aceleró el paso con los ojos clavados en las nubes.

No miraba adonde iba así que se desvió de su curso un poco y rozó con la pierna el parachoques de un coche aparcado en la esquina del aparcamiento, al lado de la cabina. Los faros y los intermitentes del coche brillaron una vez como advertencia y sonó al mismo tiempo un pitido electrónico bastante alto. Adrian, sobresaltado, se retiró de un salto y luego rodeó el coche a cierta distancia. La máquina era una belleza, lustroso, negro, líneas suaves, cuatro puertas, ventanas tintadas... y él no quería disparar la alarma real. Lo miró desde la acera un par de segundos más para asegurarse de que no iba a empezar a vociferarle a todo el mundo que lo estaban robando y luego se giró para buscar una compañía de taxis en la guía.

Pero cuando se giró, resultó que había un taxi que se estaba acercando a la acera justo delante de él. Era un cacharro azul oscuro y tenía fundida la luz roja que

indicaba el fuera de servicio. El anuncio que tenía en el techo estaba tan arrugado y desvaído que Adrian tuvo que preguntarse cuando lo había cambiado el conductor por última vez. Hasta el logotipo amarillo y el número de teléfono que le habían estarcido en la puerta casi habían desaparecido. Pero un taxi era un taxi así que Adrian abrió la puerta.

—No está a punto de terminar el turno, ¿verdad? —le dijo al conductor antes de meterse dentro.

El conductor se dio la vuelta y miró a Adrian de arriba abajo con unos ojos de un ámbar brillante. Era un hombre maduro, con el pelo blanco muy corto y de punta y el rostro arrugado y cansado, pero en sus ojos brillaba una energía inquieta. Los botones de nácar que le adornaban la camisa negra brillaban con igual fuerza. Inspeccionó a Adrian de los pies a la cabeza como si esperara que le hiciera unas llaves de kárate en la nuca en cuanto empezara a moverse el vehículo. Claro que aquel taxi no tenía ninguna mampara divisoria ni rejilla que separara a los pasajeros del conductor, así que era posible que el taxista ya se hubiera tenido que enfrentar antes a ese tipo de cosas. Considerando los estallidos de violencia que se habían producido dentro y alrededor de la ciudad y de los que se había estado haciendo eco últimamente el periódico local. Adrian no culpó al taxista por su cautela.

Adrian esbozó una sonrisa inofensiva y esperó que el conductor no le dijera que se perdiera por ahí. Se bajaría si el hombre se lo pedía pero no le apetecía mucho. No sólo quedaría como un tonto ante cualquiera que lo viera desde la calle, sino que tampoco estaría más cerca de volver a su apartamento. Por fortuna el taxista decidió que Adrian no parecía especialmente peligroso. Volvió a darse la vuelta y puso el coche en primera.

—No —dijo el hombre con voz cascada—. Puedo llevarlo a casa.

—Gracias.

—¿Dónde vive?

Adrian entró, cerró la puerta, se puso el cinturón y se lo dijo.

—¿Allí? —preguntó el taxista—. Está muy lejos de casa.

Adrian miró por la ventanilla más alejada del hospital.

—Sí —respondió—. A mí me lo va a decir.

—No se muevan —les ordenó el Cuarto—. No fue intencionado.

—¿Está seguro? —preguntó el Tercero, se había quedado mirando a Adrian Cross sin poder creérselo.

El Primero y el Segundo también tenían sus dudas. Los dos estaban seguros de que Cross los había visto desde el otro lado del aparcamiento del Founders' Memorial. Se había dirigido directamente hacia el coche sin desviarse, e incluso ahora lo estaba mirando fijamente. Pero se guardaron sus opiniones.

—Sí, estoy seguro —le dijo el Cuarto al Tercero.

—¿Por qué le han dado el alta? —preguntó el Segundo. Aunque Cross no podía ver el interior del coche, los retrovisores les daban a los ocupantes una visión clara del joven—. ¿Por qué está despierto y andando por ahí?

—Sí, el médico debería tener a Cross sedado y secuestrado —dijo el Cuarto—. El proceso se ha interrumpido por alguna razón.

El Primero y el Segundo se miraron.

—¿Cómo? —preguntó el Tercero.

—Desconocido.

Cross miró el coche un momento más y entonces desapareció tras la pared azul y gris de una cabina que había en la acera.

—¿No deberíamos detener a Cross? —preguntó el Primero.

El Cuarto no respondió.

—Tenemos una oportunidad —añadió el Segundo.

—No veo porqué —dijo el Tercero—. Aunque ahora no le esté pidiendo a alguien que lo lleve a casa, ya ha interactuado con el personal civil del hospital. Ahora no podemos llevárnoslo sin tener que ocuparnos de quién sabe cuántas personas dentro del hospital.

Pero el Cuarto seguía dudando.

El Tercero miró al Cuarto una vez y luego se volvió en dirección a Cross. Éste no había salido todavía de la cabina. Un taxi azul oscuro pasó a su lado y giró a la izquierda al final de la manzana.

—Vayan —dijo por fin el Cuarto cuando desapareció el taxi—. Deténganlo. Lo llevaremos a Ann Arbor nosotros mismos y despacharemos a un equipo para que se ocupe del personal civil del hospital. —Seguía mirando hacia delante pero tenía el ceño fruncido. Se tocó el bulto de piel que cubría un comunicador subcutáneo que tenía detrás de la oreja—. Algo ha salido mal. Una vez que tengamos a Cross en el coche, debemos hablar con el doctor Zearin de inmediato.

Los cuatro abrieron las puertas, salieron del coche y cerraron las puertas al unísono. Todos se dieron la vuelta y se acercaron a la cabina, dos por cada lado. El Cuarto iba delante por un lado y el Tercero se adelantó por el otro. Formaron un semicírculo apretado de cuerpos alrededor de la parte delantera de la cabina para que Cross no tuviera espacio para esquivarlos. Sin embargo, la cabina estaba vacía.

—¿Dónde está? —dijo el Tercero.

—¿Se ha metido en aquel taxi? —dijo el Primero.

—Ni siquiera ha parado —dijo el Tercero—. No puede ser.

—No, no ha parado —confirmó el Segundo—. Y no lo he visto alejarse por la acera en ninguna dirección.

Los tres miraron al Cuarto.

—El doctor Zearin responderá de esto —dijo—. Esto es inaceptable.

—¿Quiere hablar de ello? —Dijo el taxista después de varios minutos de silencio—. Puede que le haga bien.

Perdido en sus pensamientos, Adrian parpadeó un par de veces y se incorporó. Sus zapatos hicieron crujir los papeles arrugados y las hojas secas que cubrían el suelo del taxi.

—¿Cómo dice?

—Le pregunté si quiere hablar sobre lo que le preocupa —dijo el taxista. El brillo de sus ojos parecía sincero en el delgado retrovisor pero había un toque de impaciencia en la voz—. Parece estar dándole vueltas a muchas cosas.

—Sí —dijo Adrian—. Se podría decir así. —A aquel tipo seguramente no le importaba mucho lo que pasaba por la mente de Adrian, siempre que le pagaran la carrera y le dieran una propina razonable. Desde luego daba la impresión de tener cosas más importantes en la cabeza.

—Así que quizá le ayude hablar de ello —sugirió otra vez.

—Creí que eran los camareros los que escuchaban las historias lacrimógenas —dijo Adrian con una sonrisa irónica—. Y que los taxistas eran los que lo no paraban de hablar.

—Pues en ese caso soy un rebelde —dijo el taxista—. Yo escucho.

—Debe de estar en la lista negra del sindicato.

—Sí —dijo el hombre esbozando su propia sonrisa irónica—. Se podría decir así.

La voz del hombre era profunda y áspera, voz de fumador, pero Adrian pudo distinguir lo que parecía un cierto sentido del humor detrás de sus palabras. Era posible que el taxista *sí* quisiera ser útil. Quizá era el tipo de tío que dejaba que un extraño divagara sólo porque el extraño parecía necesitarlo. A aquel hombre no tenían que importarles una mierda los problemas de Adrian para ofrecerle un poco de consuelo humano.

—¿Entonces quiere hablar? —Se ofreció otra vez—. No tiene por qué hacerlo.

—Qué demonios... —dijo Adrian—. Claro. Por dónde empiezo...

—¿Qué tal el hospital? —dijo el taxista con un encogimiento de hombros—. Un lugar tan bueno como otro cualquiera para empezar.

—Sí —dijo Adrian—. Claro. Tuve un accidente de coche.

—Un buen año para eso —dijo el taxista—. Están los tres sacerdotes que estrellaron el coche contra un tren antes de Navidad.

—Lo leí.

—Y luego hubo otro bastante grave la semana pasada. Cuatro coches y un trailer se la dieron en la autopista 38. Tuvieron el tráfico parado durante más de un kilómetro antes de que Tráfico pudiera meter a una grúa allí dentro. Estuve atascado

en ese jaleo una hora.

—La verdad es que yo estaba en uno de esos coches y tiene razón, fue bastante grave —Adrian cerró los ojos durante un segundo y oyó el chirrido de las llantas y el metal otra vez. El ruido de las astillas del vidrio de seguridad que roció el asfalto de cristalitos le susurró un saludo. Abrió los ojos.

El conductor miró a Adrian a través del espejo.

—¿Qué pasó?

—Un trailer de dieciocho ruedas fue lo que pasó —dijo Adrian—. Le reventaron las ruedas y se vino contra nosotros. Si yo no hubiera virado cuando lo hice seguramente me habría metido debajo.

—¿Viró? —dijo el taxista con tono ocioso, para llenar el espacio—. ¿Por qué no sólo clavar los frenos?

Adrian dejó de mirar los ojos del conductor y se quedó mirando por el parabrisas. Contempló las manchas oscuras que había a los lados de la carretera. Las últimas lluvias y la nieve a medio derretir habían lavado la tierra y la mugre de la calle y la habían metido en la alfombrilla, igual que pasaba todos los años cuando se acercaba la primavera.

—También lo hice pero pensé que la persona que había detrás de mí me habría dado y me habría empujado contra el camión si sólo intentaba parar. Parecía lo más adecuado en ese momento.

—No parece muy convencido.

Una ligera sonrisa estrechó los ojos del hombre en el espejo pero Adrian no pudo convencerse de que no era más que una expresión condescendiente.

Adrian se limitó a encogerse de hombros y siguió mirando por la ventanilla. En realidad en el momento del accidente ni siquiera lo había pensado.

—Parece que funcionó —dijo el conductor poniendo fin a la larga pausa.

—¿El qué?

—Virar —explicó el taxista—. Oí lo de su accidente en la radio el viernes por la mañana. No se mató nadie, según dijeron. El tipo de tráfico lo llamó milagro.

Adrian gruñó.

—Eso he oído.

—Pues sí. Dijo que habían llevado a una persona al hospital pero no se habló de ninguna herida. Todo ese asunto jorobó bastante el tráfico, como ya he dicho, pero eso fue lo peor que pasó.

—Esa persona era yo —dijo Adrian—. Acabo de despertar esta tarde. Y sí, por lo que yo sé, nadie más resultó herido.

—Ni siquiera usted, por lo que veo —dijo el taxista—. ¿Cómo se siente?

—Esa es la pregunta del día. Estoy bien. Ni un rasguño.

El taxista se limitó a asentir y Adrian se alegró de ello. Se acordaba de la forma

en que lo había mirado el siniestro médico trasgo durante el reconocimiento.

—Entonces, si está bien —dijo el taxista—, y no se hizo daño nadie, ¿por qué parece tan disgustado?

—Ah, *eso* —dijo Adrian—. Eso es diferente. Problemas familiares.

—¿Está casado?

—Antes sí.

—Entonces ese es el problema —dijo el taxista—. ¿Desde hace cuánto?

—Cinco años.

—¿Algún crío?

—Uno —dijo Adrian—. Tenemos un chaval de nueve años. Brandon.

—¿Y su ex se va a casar o algo así?

—No. Pero lleva saliendo con alguien unos dos años. Por lo que se refiere a ellos dos, ya están prácticamente casados, sólo que no tienen nada escrito que diga que es oficial.

El coche se quedó en silencio durante un minuto, hasta que el taxista preguntó.

—¿Es ese el problema familiar que le preocupa? Si no le importa que se lo pregunte, claro. ¿Todavía se aferra a la esposa pero ella ya ha seguido adelante?

—No es eso —suspiró Adrian—. Sé muy bien que no puedo seguir por ahí.

—¿Entonces cual es el problema?

—No estoy seguro de saber explicarlo. ¿Ha sentido alguna vez que no hace más que dar y dar pero es como si lo estuviera metiendo en un pozo sin fondo? ¿Que por mucho que dé, no importa porque nunca va a conseguir llenar el pozo?

—Sé lo que quiere decir.

—Eso es lo que pasa conmigo y Sarah... mi ex. Éramos como dos esponjas cuando nos casamos. Uno estaba lleno cuando el otro no lo estaba así que nos exprimíamos para llenar al otro. Durante mucho tiempo, al principio, fue un toma y daca. ¿Me sigue?

—Claro, esponjas —dijo el conductor.

—Bueno, yo supuse que con el tiempo nos equilibraríamos, ya sabe, que estaríamos los dos llenos. Pero después de casarnos, siempre era yo el que tenía que estar lleno. Siempre tenía que exprimirme para Sarah. Todo el tiempo. Como al principio, que se sentía sola en Georgia así que tuvimos que mudarnos aquí.

—¿Georgia?

—Soy de allí —explicó Adrian—. Sarah fue a la facultad allí pero justo después quiso volver a casa. Su padre vive aquí arriba y es donde la conoce todo el mundo. Así que nos mudamos.

—Esto está muy lejos para un chico del sur —dijo el conductor—. ¿Había vivido alguna vez fuera del estado?

—No. Pero al principio no estuvo tan mal. Vivíamos en la enorme casa que tiene

su padre a las afueras de la ciudad. Sarah fue feliz durante un tiempo, pero sólo hasta la crisis siguiente, y luego la siguiente. Cada vez que pasaba algo, era yo el que tenía que ser el fuerte.

—¿Qué tipo de crisis? —preguntó el conductor—. ¿Cosas tontas?

—Sí, pensándolo bien, sí —asintió Adrian—. Buena parte era por celos absurdos. Otras veces eran discusiones estúpidas por dinero. Como cuando el padre de Sarah tenía que cerrar una fábrica o sus trabajadores se ponían en huelga, para ella era menos dinero para mantenernos. Al oírla daba la sensación de que el fin del mundo iba a llegar en ese mismo instante. Al final le dije que iba a conseguir un trabajo para mantenerla y así no se tendría que preocupar por el dinero de su padre. Para entonces ya nos habíamos mudado a nuestra propia casa, así que asumí la idea de que la iba a mantener yo. Si le digo la verdad, no sé si lo hice porque de verdad quería mantenerla o sólo porque no quería seguir peleándome por culpa del dinero de su padre.

—¿Ayudó eso en algo?

—Durante un tiempo —dijo Adrian—. Podíamos pagar todas las facturas con mi dinero y durante un tiempo jugamos a ser burgueses de las afueras. Y el padre de Sarah siempre nos ofrecía un préstamo cuando lo necesitábamos. Un tío francamente agradable.

—¿Entonces dónde estaba el problema? —preguntó el taxista—. Si las cosas les iban bien, ¿qué pasó?

—Sarah se quedó embarazada —dijo Adrian—. Y eso la sacó de quicio. Estaba convencida de que tener y criar a un bebé iba a dejarnos en la ruina al instante. Algunos meses apenas llegábamos a fin de mes y no sabíamos de dónde iba a salir el dinero para el criar al niño. A Sarah le entró un ataque de pánico de los suyos. Tuve que convencerla de que no abortara en tres ocasiones diferentes.

—Caray —dijo el conductor.

—Sí, fue bastante duro —dijo Adrian—. Nos peleamos todo el tiempo y sólo llevábamos casados dos años. Yo era incapaz de dormir o de comer bien. Me quedaba dormido en el trabajo. Me despidieron cuando Sarah sólo estaba de seis meses y pensé que se iba a volver loca. Amenazó con tirarse por las escaleras y abortar por culpa de eso. Como si yo perdiera el trabajo a propósito y ella quisiese castigarme.

—Jesús.

—Fue horrible. —Un nudo viejo y amargo se instaló en la garganta de Adrian. No le había contado a nadie aquella pelea en los nueve años que habían transcurrido desde entonces—. Decía muchas estupideces cuando estaba desesperada pero en ese momento la creí. Estuvimos hablando durante horas aquella noche. Al final tuve que convencerla para que se tomara un sedante y le prometí que aceptaría cualquier trabajo de mierda que encontrara para pagar las facturas. Se quedó dormida con un valium y un coñac una hora más tarde más o menos. Tuve que dejarla, era lo único

que la calmaba.

El conductor sacudió la cabeza.

—Suenan a auténtica chiflada, compañero. Lo siento.

—No —suspiró Adrian—. Tiene razón. Yo también pensé eso en aquel momento. Sólo que creí que podría arreglarlo. Quizá si me exprimiera lo suficiente, ella terminaría encontrándose bien, ya sabe.

—¿Cuánto tiempo le llevó renunciar a ese sueño infantil?

—Unos cuatro años —dijo Adrian—. En realidad me las apañé para conseguir un trabajo bastante bueno gracias a las referencias de mi último jefe, y al tener a Brandon ella se distrajo una temporada. El milagro del nacimiento y la alegría de la maternidad hicieron maravillas. Nos iba bien hasta que el padre de Sarah empezó a perder dinero con bastante regularidad. No hace más que invertirlo en la ciudad, pero es incapaz de ver que este sitio se está secando. Sigue echando la soga tras el caldero.

—¿Los estaba manteniendo? —preguntó el taxista.

—No —dijo Adrian—. Nos ayudaba un poco con parte de los gastos. Hizo que su médico personal atendiera a Sarah cuando se puso de parto en su casa. Vamos, que podría habernos mantenido si quisiera. La familia de este hombre ha sido rica desde que se fundó esta ciudad. Está forrado. Pero Sarah y yo ya habíamos decidido que nos íbamos a mantener solos. Traducción: yo iba a mantenernos a los dos y al bebé. Su padre no tenía nada que ver.

—¿Entonces qué problema tenía su mujer con que perdiera dinero?

—A Sarah no le gustaba —dijo Adrian—. Estaba convencida de que su padre iba a perder todo su dinero y que no iba a quedar nada cuando llegara el momento de leer el testamento. Al menos es lo que yo suponía. Se enfadaba siempre que se lo sugería y empezamos a pelearnos todo el tiempo. Al final ya no pude aguantar más. El resto es historia. Yo lo solicité, ella firmó los papeles y me llevó a juicio para conseguir lo que quedaba en la esponja. Incluida la custodia de Brandon. Y ahí es donde estoy ahora. Pagando más dinero del que me puedo permitir para poder ver a mi hijo un fin de semana de cada dos.

—¿Y ahora la mantiene el padre de su ex? —preguntó el taxista.

—Oh, no —dijo Adrian—. Casi puede vivir de lo que le mando. Liquidó buena parte de mis viejos fondos, los que consiguió con el acuerdo, y pagó la mayor parte de lo que habría debido sobre el resto. Su padre pagó el resto con un gran cheque. Básicamente yo soy su nómina mensual. Para el resto tiene a ese novio corredor de bolsa y agente inmobiliario del que le he hablado.

—Allá va una pregunta objetiva que no va sentarle muy bien —dijo el taxista—. Si el padre de su ex está dispuesto y puede mantener a su ex y al chaval, ¿por qué le limpiaron los bolsillos en la vista de divorcio?

—Prefiero no entrar en eso —dijo Adrian—. Digamos sólo que Sarah no pensaba

permitirlo. Dijo que me merecía seguir manteniéndola después del divorcio porque, después de todo, la había arrancado del lado de su padre.

—Maldita sea —dijo el taxista a falta de algo más compasivo o útil—. ¿Y eso fue hace cuánto, cinco años?

Adrian asintió. Se giró y miró por la ventanilla las tiendas de licores, las casas de empeños y los antros de canjeo de cheques por los que pasaba el taxi. No estaban muy lejos de su mierda de piso.

—¿Y por qué se quedó por aquí después? —preguntó el taxista—. Podría haber vuelto a Georgia, ¿no? Me cuesta creer que alguien se quedaría aquí teniendo alternativas.

—No ha estado en Atlanta últimamente, ¿verdad? —Preguntó Adrian con una sonrisa irónica no demasiado entusiasta—. Digamos que no me sorprende que su mejor característica sea el aeropuerto que hay fuera de la ciudad.

—No, en serio —insistió el taxista—. ¿Para qué quedarse?

Adrian hizo una larga pausa y luego dijo.

—Por mi hijo, supongo. Ya fue bastante duro para él ver la separación de sus padres. No quería empeorar las cosas a otra ciudad.

—Además —dijo el conductor—. Nunca se sabe con qué podría llenarle la cabeza su ex, ¿verdad?

Adrian se miró las manos, que tenía en el regazo y se encogió de hombros. Se le había cruzado aquella idea por la cabeza pero no quería ser él el que la dijera en voz alta.

—De todos modos tampoco creo que me fuera de mi casa de la mejor forma posible —dijo en su lugar—. Mi madre estuvo en contra de todo el asunto desde el principio.

—¿Y su padre?

—No quiero hablar de él —dijo Adrian.

—¿Y qué es lo que no le parecía bien a su madre? —dijo el taxista—. ¿Qué se fuera de la ciudad?

—Que saliera con Sarah —dijo Adrian—. A mi madre nunca le cayó bien. No quería que me casara y desde luego no quería que me mudara aquí arriba. Después del divorcio mi madre y yo tuvimos una discusión tremenda por aquello del «ya te lo dije». No era a eso a lo que se refería pero eso fue lo que yo oí. Ya hace tiempo que ni siquiera la llamo, un par de años, creo.

—Eso es mucho para un chico del sur —dijo el taxista. Enfadado. Adrian levantó la vista al oír esto, pero el conductor estaba sonriendo—. No era un indirecta; yo soy de Memphis. Pura solidaridad.

—Ah —murmuró Adrian—. Entonces gracias, supongo que no distinguí el acento.

—Hace ya bastante que yo tampoco voy por allí —dijo conductor—. Ahora hablo como la gente de aquí.

—No me refería a eso —dijo Adrian—. Pero sí, a mí me pasó lo mismo. La gente del norte te mira como si fueras un gorila afeitado si te acercas a ellos arrastrando las palabras, ¿verdad?

—Pues sí. No importa lo listo que seas. Cuando escuchan tu acento, es como si estuvieras con el peto puesto, mascando tabaco y dándole latigazos a una esclava embarazada.

Adrian echó una risita al oír aquello y sacudió la cabeza.

—Oiga —dijo—. Gracias por aguantarme. Debo parecerle el quejica más grande de la ciudad.

—He visto cosas peores, muchas veces.

—Pero tiene razón en lo de que ayuda.

—Normalmente sí —dijo el conductor—. Se sorprendería de lo que la gente lleva dentro sin ni siquiera pensaren ello. La mayor parte ni siquiera saben que está ahí hasta que lo dejan salir.

—Eso parece —dijo Adrian—. Gracias otra vez.

El taxista sonrió, siguió conduciendo y dejó a Adrian solo con sus pensamientos. Se sentía mejor después de haber hablado con aquel extraño, aunque en realidad no solucionara nada. Al hablar aliviaba parte de la tensión que últimamente sentía que se le estaba acumulando debajo de la piel. Antes, el único desahogo había sido pelearse con Sarah o descargar la frustración con los otros conductores siempre que se veía inmerso en un atasco. Lo cierto es que hablar con otra persona de una forma normal y civilizada lo tranquilizaba mucho más. Dio un suspiro largo y profundo y se evaporó un poco más de tensión. Cuando llegaron a ver su barrio casi hubiera preferido que no terminara el viaje.

—Aquí estamos —dijo el conductor al detener el taxi delante del edificio de Adrian—. Ya está en su casa.

Adrian miró la sombría fila de apartamentos de dos plantas de color castaño anaranjado y suspiró para sus adentros. El agua había manchado los muros de gris bajo los canalones y casi pudo oler el rebosadero del basurero que había al final de su fila de apartamentos. Las señales que advertían a los no residentes que no aparcaran en las plazas de los residentes estaban llenas de pintadas de sinuosos símbolos de bandas. Los barrotes negros de las ventanas se levantaban solemnes, vigilantes, hostiles. Hogar, dulce hogar.

—Oiga, gracias otra vez —le dijo al taxista.

—No hay problema.

—¿Cuánto le debo? —preguntó Adrian al tiempo que sacaba el billetero del bolsillo anterior.

El taxista se dio la vuelta para mirar a Adrian a los ojos y dijo.

—Esta noche no se cobra. Además, ya estaba fuera de servicio.

Al instante, Adrian empezó a protestar y a sacudir la cabeza.

—No, no, no —dijo—. Nada de eso. ¿Cuánto? —Terminó de sacar el billetero y empezó a contar los pocos billetes que había dentro.

—Nada —dijo el taxista—. De verdad. Puede fingir que me debe una si quiere, pero no voy a cobrarle.

—¿Sabe que lo más probable es que no nos volvamos a ver? —dijo Adrian—. No me gusta que lo haga por...

—¿Qué? —preguntó el conductor. Ahora parecía ofendido—. ¿Lástima? No es eso. Sólo estoy haciendo algo por otro ser humano. ¿Por qué se preocupa tanto todo el mundo por algo así?

Adrian cerró el billetero pero seguía sosteniéndolo en la mano.

El conductor sacudió la cabeza con una exasperación que no terminaba de ocultar.

—Anda, hijo, entra. Te he hecho un favor. No tienes que desdoblarte entero, sólo dar las gracias.

Adrian se quedó mirando la cartera una vez más y a continuación le ofreció la mano al conductor.

—Muchas gracias. Cuando me pongo a pensar en todo esto, a veces no sé qué demonios voy a hacer. Ayuda bastante hablar de ello. Gracias.

—De nada —dijo el conductor. Extendió la mano a su vez y al coger la de Adrian con fuerza, su expresión se suavizó. Después de estrecharse las manos, dijo—. Parece un tipo decente que se ha visto atascado un pozo lleno de mierda.

—Quizá —admitió Adrian. Se había dicho lo mismo toda su vida, pero oírlo en alto no lo hacía desaparecer—. Pero así soy yo. Si supiera cómo cambiar, lo haría.

Abrió la puerta y salió a la acera arrastrando algunas hojas secas consigo. Pero en lugar de cerrar la puerta, se inclinó para mirar al conductor una vez más.

—Se lo agradezco mucho, de verdad —dijo.

—No hay problema —dijo otra vez el conductor—. Piense en lo que le he dicho. La gente se pasa demasiado tiempo preocupándose por lo que van a hacer después, cuando lo que deberían hacer es dejar que el destino los llevase por su camino. Verían mucho más de lo que está pasando a su alrededor si lo hicieran.

—Podría ser —dijo Adrian—. Quizá debería probarlo una temporada. En fin, cuídese. Puede que nos veamos otra vez.

El conductor se inclinó de tal forma que un leve rayo de la luz de la farola brilló sobre él y le guiñó un ojo. Durante aquel instante ínfimo, Adrian se imaginó que los ojos del hombre brillaban con una extraña luminosidad amarilla.

—Cuenta con ello —dijo el hombre mientras volvía a la sombra del taxi—. Buenas noches.

—Buenas noches —dijo Adrian. Dio un paso atrás y cerró la puerta. El taxi se entretuvo un segundo más y luego giró en redondo a toda prisa arrastrando las hojas secas de las alcantarillas a su paso.

Capítulo siete

Los cuatro se deslizaron por el pasillo hacia la consulta del doctor Zearin como si tuvieran todo el derecho del mundo a estar allí. Su paso no perturbó a los médicos, las enfermeras y los pocos pacientes con los que se cruzaron. Ninguno intentó establecer contacto visual, y la mayor parte de la gente se limitó a hacerse a un lado y a seguir con los asuntos que se traían entre manos.

Al final del pasillo los cuatro entraron en la puerta sin nombre ni identificación alguna que daba a la consulta del doctor Zearin. Los tres se hicieron a un lado para dejar paso al Cuarto, que se adelantó de inmediato. El Primero cerró la puerta y se quedó pegado a la pared en silencio, junto con el Segundo y el Tercero. La habitación había sido en otra época una sala de reconocimiento, suponían, pero ahora era una sencilla y vulgar oficina. Sólo podía presumir de un escritorio con un ordenador encima, unas estanterías colocadas de lado a lado con CDs de referencia, un microteléfono enchufado al ordenador, una impresora, una trizadora / recicladora de papel y una silla ergonómica. El doctor Zearin estaba sentado en la silla y se giró para mirarlos cuando entraron.

Al médico le habían asignado aquel puesto al principio de la ejecución de la agenda de Iron Rapids. Su verdadero laboratorio y base de operaciones estaba albergado en el constructo de Ann Arbor, Michigan y era desde allí desde donde realizaba la mayor parte de su trabajo. Sin embargo, había sido necesario proporcionarle una residencia temporal aquí en Iron Rapids para supervisar el tratamiento médico de Adrian Cross, así como su traslado al constructo de Ann Arbor. El médico no era miembro del personal sanitario oficial así que lo habían instalado allí de forma discreta. El resto del personal aceptaba su presencia y se mostraba respetuoso cuando se veía obligado a relacionarse con él, pero sólo por algún tipo de procedimiento burocrático que había llevado a cabo Control, incomprensible para el Primero, Segundo y el Tercero.

—Bienvenidos —dijo aquel médico calvo y poco atractivo—. Gracias por venir tan rápido.

—Buenas tardes, doctor —dijo el Tercero entre ellos. Zearin y él ya habían trabajado juntos con anterioridad.

—Explíquese —exigió el Cuarto sin más preámbulos. Se adelantó de inmediato y avasalló al médico—. ¿Por qué permitió que Cross recibiera visitas civiles y fuera tratado por el personal civil del hospital? ¿Cómo permitió siquiera que recuperara la conciencia? Debía permanecer sedado y aislado hasta su traslado.

—Lo sé —dijo Zearin—. Pero yo no le di el alta. Ocurrió algo que soy incapaz de explicar.

—Dígame que al menos ha descubierto por qué el procedimiento de la autopista

38 no produjo los efectos previstos en Cross —dijo el Cuarto.

—Ojalá pudiera —dijo Zearin—. Pero el alta de Cross y mi investigación están ligados. Llevo luchando con ciertas incongruencias que he encontrado en la ficha de Cross desde que lo trajimos aquí. Estaba ocupado con esas incongruencias cuando a mi personal se le escapó Cross.

—¿Permitió que Cross se librara de nuestra custodia porque se cometió un error al copiar algo? —preguntó el Cuarto. Su tono de voz no cambió.

—No era un error —dijo Zearin—. Y no estaba en mi ficha. Una incongruencia. Los resultados de las pruebas a las que sometimos al sujeto no encajan con su estado de salud real.

—Eso no explica por qué permitió que el personal civil tuviera acceso a Cross —dijo el Cuarto—. Se suponía que sólo podía tratar a Cross el personal seleccionado por usted.

—Soy consciente de ello —dijo Zearin, molesto—. No estaba en mi mano evitar esa exposición. Varias circunstancias que estaban fuera de mi control conspiraron en mi contra.

—Usted era el responsable de mantenerlo aislado —dijo el Cuarto—. ¿Cómo es que se escapó de sus cuidados? ¿Por qué no estaba Cross sedado como debía?

—No puedo explicarlo de forma satisfactoria —dijo Zearin—. Le administré el sedante yo mismo; Cross todavía debería de estar dormido en este mismo instante. Una vez que mi personal descubrió que estaba despierto, comprobé personalmente su agudeza mental. Por la razón que sea no parecía haberle hecho ningún efecto. Es posible que su cuerpo haya desarrollado una cierta inmunidad al sedante que le di. Es algo que ya ha ocurrido en este campo de vez en cuando.

—Inaceptable —dijo el Cuarto—. ¿Tiene idea de la forma en la que se ha comprometido este proyecto por culpa de su descuido?

—Yo no he sido descuidado —protestó Zearin—. Me distrajeron las circunstancias inusuales que han rodeado al proyecto.

—Doctor —interrumpió el Tercero—. Ha mencionado usted incongruencias en los resultados de las primeras pruebas practicadas a Adrian Cross. ¿Por qué le distrajeron tanto?

—Ah, sí —dijo Zearin mientras se giraba para mirar al Tercero—. Después de examinar a Cross cuando despertó, tuve que volver aquí para comprobar de nuevo todos los resultados de cada prueba que le hicimos durante el tiempo que estuvo inconsciente, sólo para ver si había cambiado algo. Le pedí a un miembro de mi personal que lo volviera a llevar a nuestra sala de observación pero ya lo había encontrado un celador civil. No sé cómo.

—Una coincidencia muy desafortunada —dijo el Primero.

—Fue entonces —continuó Zearin— cuando Cross se convirtió en un paciente

oficial del hospital. Se le asignó una nueva habitación y fue añadido a la ronda del médico civil que estaba de guardia. Ese procedimiento burocrático era una contingencia que había establecido yo cuando trajimos a Cross, por si el sedante que había creado no funcionaba.

—¿Y por qué trasladó a Cross de nuestra sala de observación en primer lugar? —preguntó el Segundo desde la puerta—. ¿Por qué no pudo examinarle allí?

—Era más conveniente hacer que me lo trajeran —dijo el médico. No demostró ningún tipo de remordimiento al admitirlo pero tampoco miró al Cuarto cuando lo hizo.

—Quizá haya sido lo mejor que el doctor Zearin hiciera lo que hizo —sugirió el Tercero—. De lo contrario, las visitas de Cross y el personal civil probablemente hubieran terminado por encontrarlo de todas formas.

—Las visitas de Cross también forman parte del problema —dijo el Cuarto sin despegar los ojos del médico—. La ubicación de Cross debía permanecer clasificada hasta que estuviera listo para ser trasladado al constructo de Ann Arbor. No se debía comunicar a ningún miembro de su familia su situación. Los protocolos del proyecto eran muy explícitos.

—Eso no entra dentro de mis responsabilidades —dijo Zearin—. Nadie de este hospital se lo notificó a la familia del sujeto. Nadie de su seguro se puso en contacto con su empresa y tampoco fue ningún miembro de la Cámara de Comercio el que se lo notificó a la familia del sujeto.

—¿Entonces cómo sabían dónde encontrarlo? —preguntó el Cuarto.

—Puedo averiguarlo —dijo el Primero—. Comprobaré el registro de llamadas telefónicas de la familia de Cross de los últimos cuatro días y rastrearé las llamadas que recibieron.

—Hazlo —dijo el Cuarto sin volver la vista. El Primero se fue.

—En cuanto a las incongruencias en los resultados de las pruebas, doctor —apuntó el Tercero otra vez antes de que pudieran hablar Zearin o el Cuarto—. Aún no las ha explicado.

—Puedo hacerlo —dijo Zearin. Tocó el ratón integrado en el centro de la parte inferior del teclado del ordenador y la pantalla cobró vida—. Están relacionadas sobre todo con la resonancia magnética y las radiografías que le saqué a la piernas y la espalda del sujeto. Fue por esas incongruencias por lo que mantuve a Cross tanto tiempo aquí.

El médico escribió varias órdenes en el ordenador y aparecieron dos imágenes. Una era la de una radiografía de la parte inferior del cuerpo de un hombre. La otra era la imagen de una resonancia magnética a todo color del corte transversal de una columna humana. Ambas imágenes mostraban señales claras de daños muy graves. En la radiografía unas líneas oscuras bisecaban los huesos de la pierna por varios

lugares, desde los dedos de los pies hasta la cadera. Las vértebras de la resonancia apenas eran reconocibles.

—Éstas —le dijo Zearin al Cuarto—, son las proyecciones que trazamos usted y yo y que debían ser los resultados mínimos aceptables del procedimiento de la autopista 38 que diseñó usted.

—Las recuerdo —dijo el Cuarto—. Fracturas compuestas múltiples y daño espinal grave que daría como resultado una parálisis completa por debajo de la cintura.

—Como mínimo —dijo Zearin—. Sólo quería mostrárselas antes de enseñarles los resultados de las pruebas que llevo realizando desde el pasado jueves.

Zearin escribió otra serie de órdenes en el ordenador y desaparecieron las imágenes de la pantalla. Unos momentos después aparecieron dos nuevas imágenes que eran prácticamente indistinguibles de las primeras.

—Qué extraño —dijo el Segundo.

—No lo entiendo, doctor —dijo el Cuarto.

—Mire otra vez —dijo Zearin.

—No son simulaciones como las otras —dijo el Segundo—. En la radiografía hay unas discrepancias mínimas en la disposición de las fracturas, y los resultados de la resonancia muestran que la médula espinal quedó partida en un punto más bajo de lo que se proyectó en un primer momento.

—Y los números de identificación de las imágenes también son diferentes —dijo el Tercero.

—¿De dónde han salido? —preguntó el Cuarto.

—Del sujeto —dijo Zearin—. En cuanto llegó al hospital, hice que lo metieran en el escáner y lo examinaran. Estos son los resultados que produjeron esas pruebas.

—Debe haber hecho algo mal —dijo el Cuarto—. Ésos deben ser los resultados generados por el programa de simulación que creamos.

—Si bien eso es altamente improbable —dijo Zearin, molesto—, lo consideré una posibilidad. Hice que examinaran de nuevo al sujeto mientras permanecía inconsciente. Estos son los resultados que obtuve.

Zearin sacó un nuevo par de imágenes que eran totalmente idénticas a las anteriores, salvo por los números de identificación en la esquina inferior izquierda de cada imagen.

—Esto no tiene sentido —dijo el Cuarto mientras cerraba los puños a ambos lado del cuerpo.

—Cross estaba bien cuando lo vimos —añadió el Tercero.

—Estaba bien cuando llegó al hospital —dijo Zearin—. Lo examiné yo mismo. Sólo que las máquinas dicen otra cosa.

—Entonces su funcionamiento debe ser defectuoso —dijo el Cuarto.

—Admito que se podría pensar eso —dijo Zearin—. Pero no es el caso. Ningún otro uso de esas máquinas produjo resultados erróneos para ningún otro paciente. Hice que mi personal lo comprobara con el personal civil.

—Quiero que se examinen los registros de mantenimiento de esas máquinas —dijo el Cuarto—. Y debería haber informado de esto antes.

—Ya he comprobado esos registros —dijo Zearin—. Hice que un equipo de técnicos desmontara las dos máquinas y las volviera a montar antes de que Cross despertara. Un equipo de técnicos nuestros, no civiles. Por eso no he informado de nada hasta esta tarde. Cuando hice que sometieran al sujeto a *otro* escáner y a *otro* examen, obtuve los mismos resultados que las dos veces anteriores.

—Pero a Cross no le pasa nada —dijo el Tercero—. ¿Entonces por qué las máquinas siguen diciendo que sí?

—No lo sé —dijo Zearin—. Tienen razón en que esto no tiene ningún sentido. A Adrian Cross no le pasa nada que no le pasara ya antes de que llevaran a cabo el procedimiento de la autopista 38. Sin embargo, todos los resultados de nuestras pruebas se ajustan a los resultados proyectados del procedimiento.

—Una paradoja —dijo el Tercero, más que nada para sí mismo.

—Eso podría ser un problema —dijo el Segundo—. Nos ha dicho que el personal del hospital descubrió a Cross y que su ficha quedó a su disposición cuando eso ocurrió. ¿Qué dicen los informes civiles?

—Lo cierto es que todo salió mejor de lo que cabía esperar —dijo Zearin—. Los informes del hospital reflejan el estado aparente del sujeto en lugar de mis resultados. Se le dio el alta con un informe limpio y el personal civil no es consciente de las discrepancias. Por lo que a ellos se refiere, el sujeto sobrevivió al procedimiento y salió milagrosamente indemne.

—Una cosa menos que habrá que explicar —dijo el Tercero—. Menos mal.

—Sigue siendo inaceptable —dijo el Cuarto sin hacer el menor caso al Tercero—. Estos resultados son los que debería haber producido el procedimiento. No había error posible.

—Sin embargo —dijo Zearin—. Cross no habría estado aquí si eso fuese verdad. Quizá a usted se le pasó algo por alto durante el procedimiento en sí y esto provocó el fallo. Una falta de atención por su parte en un momento crucial podría incluso...

—No —dijo el Cuarto—. Si el procedimiento fracasó, fue a causa de una interferencia exterior. Quizá incluso debido a la interferencia de un *Anomalente*.

—Nuestros archivos no indican que haya ningún *Anomalente* operando en esta zona —dijo el Tercero. Miró hacia la puerta por la que había desaparecido el Primero—. Nuestro colega no percibió ninguna interferencia la noche del procedimiento.

—Es la única explicación aceptable —dijo el Cuarto, volviéndose contra el Tercero—. Con respecto a lo que nos ha contado el doctor, deberíamos estudiar la

posibilidad de que el Anomalente en cuestión sea el propio Cross.

—Es posible —dijo Zearin—, pero Cross no demostró una fuerza de voluntad apreciable cuando hablé con él. Era mentalmente perspicaz y estaba orientado, pero no más que cualquier otro civil.

—A pesar de todo, existe esa posibilidad —dijo el Cuarto—. Cross sobrevivió a mi procedimiento indemne y sin un solo rasguño. Cross despertó a pesar de su sedante. Las circunstancias conspiraron para que descubrieran a Cross a pesar de su vigilancia. Me cuesta creer que su ineptitud sea la única culpable.

—No había nada en la información psicológica preliminar que preparamos sobre Cross que indicara que tiene el potencial para convertirse en un Anomalente —dijo el Tercero.

—Se sabe que un trauma extremo ha creado ese potencial en ciertas circunstancias —dijo el Cuarto.

—Sólo en condiciones concretas controladas en un laboratorio —dijo el Tercero.

—Cross podría tener un contacto que sea Anomalente —interrumpió el Segundo—. Alguien le dijo a la familia de Cross cómo podían encontrarle a pesar de nuestros protocolos de seguridad. Es probable que haya recibido ayuda para esquivarnos también en el exterior. Puede que sea un Anomalente o que no lo sea pero lo más probable es que haya un Anomalente ayudándolo.

—¿Entonces qué hacemos? —preguntó el Tercero—. ¿Posponemos el proyecto?

—Quizá haya quedado comprometida la integridad de la operación —dijo el Segundo.

—Ya he dicho que no pospondremos el proyecto —dijo el Cuarto—. Ya se ha activado a Sutton y él llevará a cabo el procedimiento con Isaac Gordon según estaba previsto.

—Sin Cross... —empezó el Tercero.

—Reincorporaremos a Cross al proyecto en el lugar específico que le corresponde —dijo el Cuarto—. Lo prenderemos mañana por la mañana en el edificio de la Cámara de Comercio. Lo interrogaremos para determinar la naturaleza de su conexión con cualquier Anomalente y luego organizaremos un procedimiento de contingencia para devolvérselo al doctor Zearin. —Se dirigió entonces al médico—. Usted dispondrá el traslado de Cross a nuestro constructo de Ann Arbor de forma inmediata en cuanto llegue aquí.

—¿Y si esa contingencia no funciona? —preguntó Zearin—. ¿Y si ocurre lo mismo otra vez y el sujeto resulta ileso? Todavía no he podido determinar qué pasó la primera vez. Sin saber eso...

—Trasládelo de todas formas —dijo el Cuarto—. Y asegúrese de que su ficha médica muestra esos resultados cuando lo haga.

Señaló los resultados de la radiografía y la resonancia magnética que estaban en

la pantalla del ordenador del médico.

El Tercero abrió la boca para poner más objeciones a aquel proceder pero el Cuarto se dirigió a él antes de que pudiera decir nada.

—Quiero que ayude a su colega en el rastreo del contacto Anomalente de Cross —dijo—. Disponga también la vigilancia de la residencia de Cross, por si las circunstancias evolucionaran esta noche.

El Tercero vaciló y finalmente dijo.

—Entendido. Necesitaré su punto de acceso seguro para que la terminal móvil de datos del coche disponga la vigilancia en tan corto plazo.

—Vaya al coche —dijo el Cuarto—. Yo lo seguiré en breve.

El Tercero asintió y salió.

—Usted —dijo el Cuarto dirigiéndose al Segundo—. Recoja una copia de los resultados del doctor Zearin y reúnase conmigo en el coche. Debemos informar a Control.

—Entendido —dijo el Segundo.

—Bien —dijo el Cuarto. Miró a Zearin otra vez y luego los dejó a los dos solos. La puerta se cerró tras él cuando fue a reunirse con el Tercero en el coche.

—Es incapaz de admitirlo, ¿verdad? —dijo Zearin.

—¿El qué, doctor? —le preguntó el Segundo.

—Que su procedimiento falló —dijo el médico—. Quería sugerir que fue por eso por lo que Cross salió ileso pero no creo que su colega lo hubiera aceptado. ¿Es que no sabe que nuestros procedimientos son más difíciles de llevar a cabo en el campo que en el laboratorio?

—La ciencia no falla así, doctor —dijo el Segundo—. No cuando se aplica de la forma adecuada.

—De eso estoy hablando —dijo Zearin—. Su colega no es más que un ser humano y los seres humanos cometen errores. Quizá estos resultados y el hecho de que Cross nos despistara al irse caminando por su propio pie formen parte de la reacción que se produjo tras un error crucial cometido por su colega.

—Quizá —dijo el Segundo—. Pero aceptar eso es más fácil de decir en el laboratorio que en el campo, doctor. Sobre todo para él.

—¿Tan importante es este proyecto para él?

—Todos lo son. Se ve impulsado a triunfar.

—¿Nunca ha oído el dicho, «No se puede ganar siempre»?

—Sí —dijo el Segundo—. Sin embargo no ha tenido jamás esa experiencia. Y usted está peligrosamente cerca de cometer un delito de pensamiento.

—Considere el comentario retirado.

SEGUNDA PARTE:
«Martes»

Capítulo ocho

A la mañana siguiente Adrian decidió que cogería un taxi para ir al trabajo en lugar del autobús. El autobús era más barato y quizá un poco más fiable (y su ruta no incluía la autopista 38) pero el que hacía la ruta entre su apartamento y su oficina iba siempre abarrotado. En un taxi podría contemplar el mundo desde su burbuja personal. Hasta puede que le tocase el mismo conductor que la noche anterior.

Al final optó por el autobús porque descubrió que vivía a menos de dos manzanas de una parada. Con un solo traslado y un par de monedas, podía llegar a su oficina en la mitad de tiempo que le llevaba normalmente atravesar el atasco perpetuo de la autopista 38. De momento no le corría ninguna prisa volver a arriesgarse en una autopista, y de todas formas tampoco tenía coche para intentarlo. Sus opciones para llegar al trabajo incluían el autobús, un taxi o ir a pie.

Pero mañana tomaría un taxi. Nunca había tenido necesidad de utilizar los autobuses urbanos de Iron Rapids y los pocos viajes que había hecho en ellos no le habían preparado para la experiencia completa de una mañana laboral. Los cuerpos llenaban todos los asientos disponibles y casi todo el pasillo central estaba repleto de gente que se sujetaba a las barras superiores para intentar mantener el equilibrio. Adrian ni siquiera sabía que viviera tanta gente en Iron Rapids. En cada parada bajaban del autobús como rebaños de ganado pero la misma cantidad de gente volvía a llenarlo. Adrian había tenido que abandonar su café para agarrarse a la barra superior con las dos manos e intentar mantener el equilibrio y había aguantado tres paradas hasta que quedó un asiento libre cerca de él. Cuando por fin se sentó y se acordó del café, la taza había desaparecido.

Pero el número de personas encerradas juntas no era peor que lo que Adrian veía cuando los miraba. Bajo una inspección casual parecerían normales y bastante honestas pero de una normalidad pálida y deprimente. Todos pertenecían a la clase media baja como mucho, como él, e iban vestidos con el típico atuendo de camuflaje urbano. Los hombres llevaban pantalones de trabajo de poliéster o vaqueros complementados con camisas de Sears y corbatas lisas. Todas las mujeres llevaban faldas o pantalones aburridos combinados con blusas y abrigos apagados. Muy pocos sonreían o se miraban. Nadie estableció contacto visual con él. Cuando se empujaban para subirse o bajarse del autobús, lo hacían sin emoción. Lo mismo podría haber estado rodeado de zombis si había que juzgar por la atención que se prestaban entre sí los otros pasajeros.

Por fortuna el viaje terminó bastante pronto y Adrian pudo al fin huir de aquel deprimente vagón de ganado. Lo mejor fue que llegó al trabajo en una cuarta parte del tiempo que le habría llevado ir en coche. Vivía en el perímetro de la ciudad y trabajaba dentro de ese mismo perímetro, pero normalmente recorría en coche el arco

que le llevaba del punto A al punto B porque era la única ruta que conocía. Conocía mejor las zonas que estaban fuera del perímetro porque había vivido allí durante seis años antes de divorciarse pero el trazado ilógico de las calles de la ciudad que estaban dentro del anillo de la autopista 38 seguía siendo un misterio para él. Pero gracias al trazado de las rutas de los autobuses, podía coger un atajo que atravesaba el perímetro que separaba su casa del trabajo en apenas un suspiro. Tenía que andar varias manzanas para llegar a las paradas pero en las calles de Iron Rapids no había muchos peatones ni en los peores días.

Y además, físicamente, Adrian se sentía mejor que nunca desde el instituto. Tenía los ojos más abiertos y respiraba más hondo de lo que lo había hecho en mucho tiempo. La energía se extendía por todo su organismo con cada latido del corazón, lo que alargaba y aceleraba su paso. Se distanció con facilidad del resto de los pasajeros que se habían bajado del autobús con él y luego bajó por la acera a buen ritmo. ¿Quién necesitaba café o una coca-cola por la mañana para llenarse de energía? En ese momento a él le bastaba con salir y moverse. Le bastaba con estar vivo.

Le sobraba mucho tiempo y llegó al edificio de la Cámara de Comercio casi con una hora de adelanto. Solía ser el primero de su departamento en llegar pero no tanto. Entró por la puerta de atrás, que daba directamente a su parte del edificio, desconectó el sistema de seguridad y empezó a encender las luces. La luz severa de los fluorescentes hizo que parpadeara y guiñara los ojos pero siguió pulsando los interruptores hasta que estuvieron todas las luces encendidas. Encendió la luz que tenía encima de su mesa y la lámpara de su escritorio y a continuación se acercó con toda tranquilidad a la cocina y sala de descanso para preparar el café. No pensaba tomarlo pero pensó que sería agradable tener un poco preparado cuando llegaran sus compañeros de trabajo.

Con la misma intención lavó y secó todas las tazas que había en el fregadero y luego las colocó al lado de la cafetera. En general, lo único que hacía era conectar la máquina y eso sólo para poder llenarse la taza él, pero hoy le apetecía tener un detalle. Quizá lo notaran sus compañeros o quizá no, pero Adrian se sentía bien haciéndolo en cualquiera de los casos.

Hecho esto, se dirigió por fin a su oficina. Lo cierto es que tenía que ponerse al día después de perder el jueves pasado, el viernes y ayer pero había algunos asuntos personales de los que tenía que ocuparse primero. Normalmente no solucionaba asuntos personales en la oficina pero se imagino que hoy no importaba ya que había aparecido muy temprano y no había nadie más en la oficina pan; pillarlo. Lo primero que hizo fue escribir unos cuantos cheques para pagar las facturas que se había traído, les puso sellos a los sobres y las colocó en la bandeja de salida de correo de la empresa.

Una vez terminado eso, abrió el archivador y sacó la carpeta de la póliza del

seguro del coche. Todavía no le había dado tiempo a llamar para presentar la reclamación por el accidente y tampoco estaba muy seguro de lo que le había pasado a su coche. Lo ideal hubiera sido que algún agente de policía hubiera encontrado la tarjeta del seguro en la guantera del coche y hubiera llamado a su seguro por él, pero sabía que no podía confiar en que sus esperanzas se hubieran hecho realidad. Su madre siempre le había aconsejado que confiara en la ayuda de la gente pero que esperara su desidia.

Después de examinar toda la información de la carpeta, por fin encontró un número de servicio al cliente y lo marcó. De inmediato un contestador automático le pidió el número de su póliza y su fecha de nacimiento. Adrian lo marcó todo y luego proporcionó el código postal tras la siguiente petición de la máquina. Luego se encontró con que lo habían dejado en espera y sometido a «*los 40 Principales de la música rock y contemporánea de nuestros días*», entre las garantías intermitentes que le daba una voz computerizada de que su llamada era importante y que le ayudarían en el mismo orden en que se había recibido su llamada. Se balanceó en su silla durante los primeros minutos mientras tiraba del cordón rizado del teléfono al ritmo de la música, como si fuese un bajo de una sola cuerda. Al final de la espera se encontró con un menú automático que le hacía preguntas sobre su reclamación y le pedía que pulsara los números que más coincidieran con sus respuestas.

La cuarta respuesta opcional a cada pregunta era. «*Si necesita ayuda con esta pregunta, por favor pulse el cuatro*», así que Adrian lo fue pulsando suponiendo que de ese modo podría hablar en persona con un representante del departamento de atención al cliente. Pero al final de la lista se volvió a encontrar justo al principio, sólo que esta vez la voz grabada se esforzaba más en explicarle cada opción que le daba.

Adrian escuchó hasta el final la larga explicación y luego empezó de nuevo. Pulsó los números que le parecieron correctos mientras repiqueteaba con las uñas de la otra mano en la primera fila de letras del teclado de su ordenador. Cuando terminó, la grabación le dio las gracias por su tiempo y le aseguró que su reclamación era importante, le informó de que un representante del departamento de atención al cliente estaría con él en breve y lo puso de nuevo en espera.

Unos diez minutos más tarde, un RDAC bastante joven y no muy contento cogió por fin el teléfono al otro lado de la línea y empezó a hacerle preguntas antes de que Adrian pudiera siquiera decir hola y explicar su situación. «¿Entendía Adrian que su póliza cubría sólo daños a la propiedad, pérdida global y colisión?... ¿Comprendía Adrian que había pedido servicio de grúa, gastos médicos y reembolso del alquiler de un coche, cosa que su póliza no cubría?...». El RDAC tenía que saber todo eso y tenía que saberlo ya.

Adrian admitió que no se había leído con demasiada atención toda la información

incluida en la póliza antes de hacer la llamada y que no le vendría mal algo de ayuda para formular la reclamación. El RDAC le preguntó a Adrian porqué no se había limitado a seleccionar la opción cuatro en las preguntas que no había entendido y porqué no había comprobado el paquete de la póliza cuando se lo había recomendado el sistema automático. Adrian hizo rechinar los dientes. Le explicó que nunca había tenido un accidente de tráfico y que no sabía muy bien cómo funcionaba el proceso. Incluso añadió que estaba bastante seguro de que el conductor de un trailer de dieciocho ruedas había sido el causante del accidente.

—¿Cree que puede ser más específico? —preguntó el RDAC con tono aburrido y cierto veneno en la voz.

—El único que había en el accidente —dijo Adrian. No le gustaba nada la actitud de aquel jovencito—. Ya sabe, ese accidente tan grande que hubo hace cinco días en la autopista 38.

—¿Dónde fue eso, señor?

—Iron Rapids, Michigan —dijo Adrian—. Lo dice mi póliza. ¿No la tiene ahí delante, en la pantalla de su ordenador?

—Sí, señor —dijo el RDAC—. Pero esta oficina no está en Iron Rapids. ¿Dice que el accidente ocurrió hace cinco días?

Adrian respiró hondo e intentó controlarse.

—Sí, hace cinco días en la autopista 38, otros cuatro vehículos y yo nos vimos envueltos en un accidente de tráfico. Uno era un trailer de dieciocho ruedas al que le reventaron unas ruedas y perdió el control delante de nosotros. Los cuatro nos estrellamos contra él y estoy razonablemente seguro de que fue el causante del accidente. Ahora me gustaría que se ocuparan de mi coche para no tener que coger el autobús para venir al trabajo todas las mañanas.

—Lo entiendo, señor —dijo el RDAC—. Supongo que no obtuvo los datos del seguro de nadie más después del accidente, ¿verdad?

—No, no se me ocurrió en ese momento. —A Adrian le faltó poco para gritar—. Estuve en el hospital hasta ayer por la tarde. —Quizá terminaría tomándose un café esta mañana, después de todo—. ¿No ha presentado nadie una reclamación contra mi póliza en los últimos cinco días? Sé que viré y choqué contra al menos una persona.

—Creí que había dicho que usted no era el causante, señor.

—Y no lo soy. Pero tuve que virar y me estrellé contra otro coche. Una camioneta. ¿Nadie con una camioneta ha presentado una reclamación contra mí?

—Si no intercambió los datos, señor, ¿cómo iba a saber el propietario de la camioneta que tenía que llamar aquí?

—¡No lo sé! Mire, sólo quiero terminar con esto y recuperar mi coche. ¿Y no se supone que tiene que ayudarme usted?

—Cálmese, señor —dijo el RDAC con un tono más amenazante que comprensivo

—. ¿Por qué no me da el número del informe de su accidente y empezamos por ahí?

—No lo tengo —admitió Adrian. Agarró el teléfono con tal fuerza que oyó crujir el armazón de plástico—. Creí que de eso se encargarían ustedes.

—Ya veo. Por favor, espere, señor.

—No, no me ponga en espera, Dios...

«Es un movimiento centrífugo; es una bendición perpéee-tuaa. Es ese momento crucial; es ahhhh... subliminal...».

—¡Joder! —Adrian le colgó el teléfono de golpe a la canción country. Estaba furioso. Miró el contador del teléfono, que le dijo que había estado al teléfono durante treinta y ocho minutos (que nunca volvería a recuperar) así que cogió el receptor y lo volvió a colgar de golpe. Y añadió otro «¡Joder!» extra para subrayar su indignación.

—¿Ocurre algo, señor? —le preguntó una voz desde la puerta.

Se sobresaltó y levantó la mirada para encontrar a un jovencito bien afeitado con una camisa blanca y una corbata negra que lo miraba. No se había dado cuenta de que había llegado mas gente. Además, Adrian ya llevaba algún tiempo en la empresa pero nunca había visto a aquel chaval.

—Cosas del teléfono —dijo haciendo un gesto vago—. Una llamada personal a mi seguro. ¿Puedo ayudarte en algo?

—Sí, señor —dijo el chaval—. Trabajo aquí.

—Ah —dijo Adrian—. Entonces es un placer conocerte. —Se dio la vuelta para enfrentarse a la pantalla de su ordenador, que se había echado a dormir mientras estaba al teléfono, pero el chico no se iba—. ¿Te puedo ayudar en algo?

—Quizá no lo haya entendido, señor —dijo el chaval—. Me llamo Jacob Sutton. Trabajo aquí. —Señaló al suelo con los dos índices para darle más énfasis a la frase.

—No, esta es mi oficina —dijo Adrian—. ¿Quién eres? Ah, espera, ¿eres interino?

—Sí, señor —dijo Sutton—. Trabajo por contrato. —Podía tener diecisiete años o ser un hombre de veintisiete con cara de niño, Adrian era incapaz de saberlo—. No le he visto antes.

—Eso es porque me estás sustituyendo a mí —dijo Adrian.

No necesitaba tener a aquel interino por el medio justo ahora. Tenía que ponerse al día con el trabajo.

»Bueno, Jake, yo soy Adrian —dijo—. Me temo que parece que no te vamos a seguir necesitando. Si has estado trabajando con el señor Dunkirk en mi lugar, necesito que me pongas al día sobre lo que habéis hecho durante los últimos tres días. Quizá un informe de la situación, qué tal le ha ido con los representantes de Soluciones Sintéticas y cualquier tipo de contacto que hayáis tenido con Isaac Gordon. Después de eso probablemente puedas irte a casa.

—Creo que no, señor —dijo Sutton. Dejó de mirar a Adrian a los ojos y cambió el peso de pie—. Mi contrato es de noventa días y acabo de empezar esta mañana. Hablé con mi agente de colocación el viernes y me entrevisté con el señor Mahoney ayer por la tarde.

—¿Qué? Entonces está claro que ha habido un error. ¿Para qué puesto estás aquí?

—Organización y relaciones con nuevos miembros —dijo el interino—. Se supone que también soy un enlace entre esta división, la división de Expansión Económica y la división de Desarrollo de la Comunidad, pero el señor Mahoney dijo que me informaría de todo eso cuando terminara el proyecto del señor Dunkirk.

—Espera un momento —dijo Adrian mientras se levantaba y levantaba las manos para pedir silencio. Primero el gilipollas del RDAC y ahora esto. Por no mencionar un tremendo accidente de tráfico, cuatro días en el hospital y encima, para terminar, una discusión con Sarah ayer mismo. En esos momentos lo último que le hacía falta era aquello—. ¿Me estás diciendo que Mahoney te dio este trabajo ayer por la tarde? ¿No te dijo que había otra persona que ya tenía ese empleo? ¿Por ejemplo, yo mismo?

—Todo lo que me dijo fue que estaba intentando llenar una vacante, señor —dijo Sutton. Había levantado las manos, con las palmas hacia fuera y los dedos muy abiertos—. Puedo ir a hablar con él.

—No, ya iré yo —dijo Adrian—. Maldita sea. Si no es una cosa...

Salió disparado de detrás del escritorio y de la oficina. El interino que no debería estar allí salió por la puerta y se puso justo delante de Adrian.

—Señor, podría...

Adrian levantó una mano para hacerlo callar.

—He dicho que ya hablaré yo con él. Quédate aquí hasta que vuelva y ya veremos lo que hacemos contigo después.

Sutton se hizo a un lado y Adrian pasó a su lado con paso firme rumbo a la oficina de Jim Mahoney. Estaba demasiado furioso para asumir lo que había pasado, o para argumentar de forma coherente que todo aquello era una mierda, pero supuso que ya se le ocurriría algo sobre la marcha. En caso contrario iba a empezar a gritar insultos dignos de un carretero hasta que se le ocurriera algo inteligente o bien alguien le revelara que la historia del interino era una especie de broma de bienvenida. Ni siquiera era capaz de sorprenderse por la rapidez con que su antigua energía se había convertido en una ira efervescente.

Atravesó sin llamar la puerta de madera de la oficina de Mahoney y dejó que se golpeará contra la pared. La puerta rebotó en la delgada jamba de madera y Adrian extendió las manos para cerrarla de un portazo cuando entró. Los cuadros que había en esa pared temblaron y el que estaba más cerca de Adrian se estrelló contra el suelo. Adrian hizo caso omiso de él, dio un par de rotundos pasos hacia el escritorio

de su jefe y plantó los puños en las esquinas del secante del escritorio de Mahoney.

Sobresaltado por aquella repentina explosión de ruidos y la subsiguiente conmoción, a Jim Mahoney casi se le cae el teléfono que tenía en la mano. El rostro redondo, pastoso, era un círculo blanco de sorpresa coronado por un flequillo de cabello color arena. Tenía unos ojos azules, acuosos, que parpadearon dos veces mientras apretaba los labios.

—Empieza a explicarte, Jim —gruñó Adrian. Jamás había tuteado a su jefe—. ¿Qué está haciendo ese chaval nuevo en mi oficina diciendo que le has contratado tú?

—Lo siento, no puedo hablar ahora —le dijo Mahoney al teléfono—. Acaba de entrar en mi oficina. —Colgó el teléfono y a continuación frunció el ceño como si fuera un abuelo desilusionado—. Adrian, creí que no ibas a venir hoy.

—Obviamente —soltó Adrian.

—Entonces ya estarás al tanto de la noticia.

—Obviamente —dijo Adrian otra vez—. ¿Qué coño estás haciendo?

Y Mahoney dijo.

—Tenía que hacer algo para salvaguardar el proyecto de Soluciones Sintéticas. Es muy importante para la Cámara y para el futuro económico de la ciudad. Tú lo sabías, y sin embargo no te has puesto en contacto con nosotros desde el jueves.

—¿Así que le diste mi trabajo a otra persona? ¿De qué carajo vas?

—Desapareciste y no le dijiste a nadie dónde ibas —dijo Mahoney—. Evan tuvo que llamarme a casa el domingo para saber lo que estaba pasando. Confiaba en que estuvieras trabajando desde casa o que simplemente anduvieras por ahí pero dijo que no había sabido nada de ti. ¿Qué se supone que debía hacer?

—Quizá intentar averiguar dónde estaba —dijo Adrian con una sonrisa vitriólica—. He estado en el hospital todo el fin de semana por culpa de un accidente de tráfico. Hasta conocí a tu amigo, el doctor Anderson. Quizá debería haberle pedido que me firmara un justificante.

El escepticismo endureció el ceño de Mahoney.

—Dudo que estuvieras todo ese tiempo en el hospital, Adrian. No tienes mal aspecto, que yo vea. No sé lo que habrás estado haciendo, pero la cuestión es que no podía quedarme aquí sentado esperando a ver si aparecías. Tuve que tomar una decisión ejecutiva por el bien de la Cámara. Y de la ciudad.

—¡Estuve en el hospital! Tenías que saberlo. El único sitio donde figuran mis datos de contacto en caso de emergencia es en los archivos de estos ordenadores. Ni siquiera los llevo en la cartera. Alguien tuvo que llamar a Sarah desde este edificio para decirle donde estaba, o no habría aparecido en el hospital ayer. ¿Qué coño está pasando aquí, Jim?

Mahoney inclinó la cabeza redonda y miró a Adrian por encima de la montura marrón y gruesa de sus gafas.

—Adrian —dijo con suavidad—. No quería tener que decirte esto. Pensé que te habías dado cuenta y te habías largado sin resentimientos.

—¿Darme cuenta de qué? ¿De qué estás hablando?

—Adrian, no estábamos muy contentos con el trabajo que estabas haciendo aquí. Lo cierto es que tenemos la sensación de que no estabas dando el cien por cien y esa no es la actitud que necesitamos en este trabajo. Sobre todo en estos momentos, cuando todo el mundo confía en nosotros para traer nuevos negocios a la ciudad. La Cámara es el corazón que mantiene el dinero en circulación para todos.

—¿Lo estás leyendo en una tarjeta o qué? —gritó Adrian, pasmado por las críticas que suscitaba su año y medio de trabajo para la Cámara—. ¿«Tenemos, necesitamos»? ¿Quién no está satisfecho? ¿Evan? Me llamó regalo de los dioses por el trabajo que le he hecho hasta ahora. Sólo he hablado con los de SolSin por e-mail y por teléfono pero sé que no se han quejado jamás.

—La decisión ya está tomada, Adrian. —Mahoney esquivó la respuesta. Su mirada había adquirido cierto distanciamiento vidrioso que Adrian no le había visto jamás. Claro que tampoco le había gritado nunca. Quizá no fuera más que el modo en que Mahoney reaccionaba ante una confrontación directa—. Sencillamente, no estabas haciendo el trabajo para el que te contraté al nivel que habíamos impuesto, lo siento.

—¡Dime una sola vez en la que te haya decepcionado a ti o a alguien de este maldito edificio! —le exigió Adrian. Aquello era demasiado para una sola mañana—. ¡Dime una vez que no haya estado al nivel requerido!

Mahoney dejó de mirarlo y Adrian se dio cuenta de que la distancia no hacía más que crecer. Tuvo que preguntarse si alguna vez le habían gritado a Jim Mahoney así.

—Sería mejor que te fueras, Adrian —le dijo su jefe. Puso una mano muy cerca del teléfono y extendió un dedo hacia el botón de llamada rápida—. Esto no tiene que convertirse en una escena peor de lo que ya es. Siento que tuviera que pasar pero era necesario. Así son las cosas.

—No lo sientes —gruñó Adrian—. Apuesto a que ni siquiera le importa, ¿a que no? No llevo aquí ni dos años y ya has encontrado a alguien más barato y más joven. ¿Así que por qué no me dices eso? ¿Es que es demasiado pedir?

—No empeoremos las cosas, Adrian —dijo Mahoney—. Vete a tu oficina y recoge tus cosas antes...

—¡Guárdatelas! —gritó Adrian levantando las manos—. ¡Guárdate toda esa mierda! Puedes metértelas donde te quepan. Y si crees que Isaac Gordon no se va a enterar de esto, lo llevas claro. ¿Es que no te importaba que pudiera llevar cuatro días muerto? No, claro que no te importa.

Antes de que Mahoney pudiera apretar el botón de llamada rápida hacia el que dirigía el dedo, Adrian se dio la vuelta y se fue, consumido todavía por la rabia. Abrió

la puerta con un golpe lo bastante fuerte para hacer que temblaran todos los cuadros otra vez y salió disparado. Casi no veía lo que tenía delante. ¿Qué coño estaba pasando? ¿Cómo podía irse algo a la mierda con tanta rapidez? Pero si aún no era mediodía, por Dios, y ni siquiera había hecho nada para merecer todo aquello.

Su oficina se encontraba entre la oficina de Mahoney y la parte frontal del edificio y Adrian planeaba salir disparado por la puerta principal. Que todo el mundo viera lo cabreado que estaba. Que Mary Stanford, la recepcionista, le preguntara porqué estaba tan disgustado para que pudiera explicárselo y con ella a todos los que quisieran oírlo. Claro que, conociendo a la gente, tampoco es que fueran a preguntárselo, ni ella ni nadie. A todo el mundo le importaba una mierda que la vida de una persona se fuera al infierno sin razón alguna, siempre que no les ocurriera a ellos, siempre que pudieran mantener la cabeza baja y mirar. Y eso puso a Adrian todavía más furioso.

Pero lo que hizo que Adrian perdiera los nervios del todo fue lo que encontró cuando pasó por su oficina. No sólo estaba la puerta cerrada, (que nunca lo estaba, ni siquiera cuando estaba trabajando) sino que delante había una caja de cartón abierta con su nombre escrito por fuera. Vio su taza de café, el calendario de pared y la lámpara de escritorio sobresaliendo por la parte superior y estalló. Con un grito inarticulado que procedía de algún lugar del vientre y le arañó la garganta al salir, cogió impulso y le dio la patada más fuerte que pudo a la caja. El trasto voló por el aire, volcó, rebotó en la pared contraria y esparció el contenido por todo el lugar con un estallido capaz de acabar con los nervios de cualquiera. La gente asomó la cabeza por las esquinas, vino a ver qué era todo aquel ruido y al final se quedaron mirando. No eran más que vacas mironas, todos ellos.

—Gracias por la advertencia —les gritó Adrian espantando a los que estaban en su campo de visión, que dieron un paso atrás—. Gracias por decirme que estaba fuera. Si a alguno le importara una mierda...

Perdió la voz, todavía estaba furioso contra todos los que veía. No, no les importaba una mierda. Algunos hasta volvían al trabajo ahora que ya sabían qué había provocado aquel estruendo. Aquello asqueó a Adrian, que pasó por su lado sin decir nada más. Pasó por encima del lío que había montado y se dirigió a la puerta. La abrió de un golpe que casi la desencaja y prácticamente echó a correr por la acera.

A aquellas horas de la mañana no había mucha gente en el exterior del edificio de la Cámara de Comercio pero los que había se apartaron de Adrian cuando salió. Le temblaban las manos y se le encogían como garras listas para atacar. El aire le atravesaba los pulmones como un rayo y silbaba al salir entre sus dientes apretados. El suelo intentaba temblar bajo sus mocasines mientras bajaba los escalones a toda velocidad y se dirigía al aparcamiento. Casi se puso a aullar cuando se dio cuenta de algo que lo obligó a detenerse. No tenía coche, ¿para qué coño iba a ir al

aparcamiento? Tenía que salir de allí e ir a algún sitio, aunque tuviera que salir disparado en cualquier dirección y correr hasta caer rendido. El dolor y la traición que bramaban en su interior le pedían que hiciera precisamente eso, pero el poco sentido común que le quedaba no se lo permitió. Así que se limitó a meter las manos en los bolsillos y alejarse caminando.

—Allí está —dijo el Segundo de ellos cuando salían del aparcamiento bajo la luz gris de la mañana.

El Primero y el Tercero giraron la cabeza y vieron a Cross que acababa de salir del edificio de la Cámara de Comercio. Los tres adoptaron un paso tranquilo y sincronizado y se dirigieron hacia él. Sin embargo, Cross se detuvo y cambió de dirección cuando llegó a la acera. En lugar de seguir hasta la parada de autobús más cercana, cruzó la calle y cogió el camino que llevaba al centro de la ciudad.

—¿Adónde va? —murmuró el Tercero mientras cambiaban de dirección para seguirlo. Ninguno de los otros dos le respondió.

Antes de que los tres pudieran cruzar la calle, un estruendoso camión de reparto se interpuso entre ellos y Cross y les bloqueó el camino. Se detuvieron y el Tercero tosió en medio de la nube gris blanquecina que salía del tubo de escape. Cuando se le aclararon los ojos, el camión había desaparecido y Cross ya no iba por delante de ellos, a pesar de que miraron por toda la calle.

—¿Qué ha pasado? —dijo el Segundo. Se giró hacia el Primero—. ¿Sentiste algo?

—Sí —dijo el Primero—. Una interferencia, pero no la encuentro. No sé a donde fue.

—Nuestro colega no va a estar muy contento —dijo el Tercero.

—Desde luego que no —convino el Segundo—. El informe que le dimos a Control anoche no le fue muy bien.

—En cualquier caso hay que informarle —dijo el Primero—. Yo me ocuparé de eso. Intentad volver a ponerlos en contacto con Cross. Informad cuando lo hayáis encontrado. Si se pone en contacto con alguien, no os acerquéis a ellos. Limitaros a seguirlos.

—Entendido —dijo el Tercero. Echó un vistazo en ambos sentidos y luego se dirigió con paso tranquilo hacia donde había visto a Cross andando por última vez.

—¿Averiguaste quién llamó a la familia de Cross mientras estaba en el hospital? —preguntó el Segundo cuando el Tercero se alejó.

—No —dijo el Primero—. La mujer llamó al hospital ayer pero la transcripción de la conversación no incluía esa información. Los registros telefónicos mostraban una llamada desde un número oculto el domingo por la tarde, no hay ninguna transcripción, y no he hecho ningún progreso en su investigación.

—¿Ya se lo has dicho a nuestro colega? —preguntó el Segundo mirando hacia el aparcamiento.

—No. No he tenido la oportunidad.

—Y supongo que tampoco lo ha preguntado.

—Correcto.

—Ya veo.

Capítulo nueve

Adrian vagó por las calles de Iron Rapids rumbo al centro de la ciudad. Caminaba con las manos a ambos lados del cuerpo y la cabeza alta, retando prácticamente a cualquier delincuente callejero que se interpusiera en su camino a que saliera de un callejón o de un portal e intentara atracarlo. En su mente se sucedían las escenas emocionantes y violentas, escenas en las que lo asaltaba algún don nadie malvado y él se defendía sin piedad. Se imaginaba a sí mismo explotando en un frenesí de violencia y desahogando su rabia con un matón que seguro que se lo merecía por delitos anteriores. En aquellas fantasías derrotaba a numerosos atacantes armados con movimientos de artes marciales que tenían un parecido muy sospechoso a los que había visto en la televisión y en las películas pero que nunca había tenido ocasión de probar en la realidad. Y durante todo el tiempo, sus atacantes imaginarios lo complacían quedándose quietos mientras él se meneaba y daba saltos, patadas y puñetazos. Aquellos tipos podrían haber sido bloques de madera enfrentándose con sus ágiles y diestros ataques.

Pero francamente, ¿a quién quería engañar? Era un ex marido de 33 años con un hijo que mantener, no un héroe de acción. Si alguien intentara robarle de verdad, seguro que hacía lo más sensato, o sea, desembolsar la pasta, por muy enfadado que estuviera. O eso, o se quedaba clavado en el sitio hasta que le volaran la cabeza. A Adrian le resultaba muy fácil pensar en hazañas valientes y emocionantes pero actuar de la misma manera casi nunca se le ocurría en el calor del momento. La última pelea de verdad en la que se había metido había sido en el instituto, una pelea que él había empezado y había perdido. Por mucho que se despreciara por ello, Adrian sabía que hablaba mucho mejor de lo que actuaba.

Incluso ahora se le empezaban a ocurrir unos argumentos brillantemente devastadores que podría haber utilizado en la oficina de Jim Mahoney para conservar su trabajo. Su defensa más obvia habría sido decir que Evan Dunkirk necesitaba los contactos que él tenía en la comunidad empresarial de Iron Rapids. El trabajo incansable que había realizado en su departamento había fomentado la confianza depositada por los empresarios locales en la Cámara de Comercio y en el gobierno de la ciudad desde que había empezado a trabajar allí. A través de la familia de Sarah había conocido y hablado con varios miembros del círculo de familias adineradas de Iron Rapids, y seguía manteniendo relaciones cordiales con muchos de ellos, incluso ahora.

Aparte de eso, la información que encontraba y proporcionaba a Evan sobre el estado de la economía local era casi la única fuente que éste les presentaba a los miembros potenciales de la Cámara y si no fuese por el giro positivo que le daba Adrian a esos números, ningún empresario otra ciudad llegaría a plantearse siquiera

el instalarse en Iron Rapids. Habían huido tantos de la ciudad durante las últimas décadas que la economía estaba a sólo un paso de ser suicida. Por lo que Adrian sabía, el trabajo que había realizado en la Cámara de Comercio era casi el responsable directo de la poca seguridad financiera que se podía encontrar todavía en la ciudad.

Al menos podría habérselo hecho creer a Jim Mahoney si se le hubiera ocurrido mencionarlo. Y ese argumento dejaba a Isaac Gordon fuera del cuadro por completo. Aunque lo había intentado y no había conseguido hacerlo de forma coherente, Adrian sabía que debería haber discutido con Jim el tema de Isaac Gordon. Gordon poseía más fábricas y empresas en Iron Rapids que cualquier otro individuo. Su bisabuelo había descubierto la mina de carbón que había mantenido a la ciudad durante tanto tiempo. El abuelo de Gordon había abierto la primera acería de la ciudad y su padre había fundado la Compañía de Manufacturas de Iron Rapids. Hoy en día, Isaac Gordon vivía justo al lado de la autopista que rodeaba la ciudad, donde descansaba sobre el legado de riqueza y prestigio que llevaba cuatro generaciones en su familia. Había sido durante varios años presidente de la Cámara, hasta que se había retirado a su hacienda para gestionar su dinero. Aún así, los dirigentes de las viejas familias adineradas de la ciudad seguían su ejemplo y Adrian disfrutaba de un lazo fuerte e indeleble con aquel hombre. Incluso había sido Isaac Gordon el que había recomendado a Adrian para aquel trabajo.

Lo que convertía a aquella conexión en algo tan importante (y Adrian había estado demasiado furioso para mencionárselo a Jim Mahoney) era el hecho de que la Corporación de Soluciones Sintéticas estaba en posición de comprar propiedades e instalaciones en Iron Rapids y además quería hacerlo de inmediato. La corporación era una empresa de alta tecnología recién fundada en Ann Arbor que diseñaba y producía tecnología protésica de última generación. Había contratado a varios diseñadores jóvenes de primera que habían desarrollado unos prototipos fascinantes, asombrosos, e incluso habían conseguido varios compradores a nivel nacional. La corporación había firmado varios contratos con el gobierno para investigar y desarrollar sus productos, y eso sólo gracias a la fuerza de sus proposiciones y sus prototipos. De lo único que carecía la corporación era de los medios necesarios para producir esa tecnología en masa y distribuir luego los productos terminados.

Para ello, Evan Dunkirk, de la división de Desarrollo Económico de la Cámara, había movilizado a todo el personal con la esperanza de encontrar un modo de atraer a la corporación a la ciudad y evitar que se fuera a Detroit o a alguna otra gran ciudad de otro estado. Entre otras ventajas, en Iron Rapids los inmuebles eran baratos y había muchas acerías y fábricas que seguramente se podrían poner a la venta directamente. Había mano de obra ansiosa por ponerse a trabajar en la ciudad y era probable que los trabajadores aceptaran trabajar por menos de lo que esperarían en

ciudades como Detroit o Grand Rapids.

Cuando los representantes de Soluciones Sintéticas habían venido a la Cámara para escuchar lo que podía ofrecer Iron Rapids, había sido tarea de Adrian proporcionarles la información que destacaba las cualidades positivas de la ciudad y pasaba por alto las negativas. Luego le habían pedido que ayudara a Evan a convencer a los empresarios locales para que vendieran sus propiedades a los recién llegados por el bien de la ciudad, más que por su propio beneficio.

Parecía un milagro pero, finalmente, la gente de SolSin había expresado un gran interés. Querían convertir a Iron Rapids en su centro de producción. Adrian atribuía esa urgencia a la inexperiencia de la joven corporación o simplemente a la desesperación. O bien Soluciones Sintéticas necesitaba un lugar para construir sus equipos cuanto antes o es que nadie de la compañía sabía que se podían encontrar lugares mejores que Iron Rapids. En cualquier caso. Adrian era consciente de que a caballo regalado no se le miraba el diente.

Los primeros empresarios locales a los que se habían acercado Evan y él habían sido relativamente fáciles de convencer, pero los empresarios mayores y mejor establecidos habían resultado ser un reto más importante. Muchos de ellos habían invertido mucho dinero en Iron Rapids y no estaban muy dispuestos a arriesgar los pocos dividendos que había generado su inversión en una compañía de la nunca habían oído hablar. Después de semanas de frustrante trabajo, Adrian se había dado cuenta y así se lo había señalado a Evan, que deberían concentrar sus esfuerzos en Isaac Gordon. Si podían convencer a Gordon de que vendiera a Soluciones Sintéticas las propiedades de la ciudad que no utilizaba o que no le daban beneficios, y de que apoyara a la compañía mientras se establecía en la ciudad, les resultaría más fácil convencer a los otros empresarios reacios. El problema era que Gordon consideraba que el legado de su familia lo obligaba a seguir metiendo dinero en Iron Rapids con la esperanza de rejuvenecer la comunidad, era obstinado y no pensaba hacerlo de otra manera que no fuera la suya. En el pasado había demostrado una voluntad inquebrantable a la hora de cerrar una fábrica que perdiera dinero antes de vendérsela a cualquier corporación de fuera de la ciudad en la que no creyera. Había capeado una larga tormenta de mala prensa diez años antes por negarse a vender una propiedad a una empresa automovilística japonesa sólo por una cuestión de principios. Eso había sido cuando aún era presidente de la Cámara, y el resentimiento que había provocado su decisión fue lo que al final lo llevó a tomar la decisión de dimitir.

Sin embargo, Gordon estaba totalmente convencido de que al final sería capaz de encontrar la manera de salvar a Iron Rapids de la disolución financiera. Había invertido tanto dinero en la economía de la zona y había hecho tantas inversiones fundamentales en otras empresas que sus opiniones pesaban mucho más que una

mala decisión como presidente de la Cámara de Comercio. Por desgracia, ese peso casi aseguraba que cualquier intento que hiciera una compañía de fuera para instalarse en medio de la comunidad empresarial de la ciudad estaba condenado al fracaso si Isaac Gordon no lo apoyaba.

Adrian lo entendía muy bien pero él tenía una «relación» especial con Gordon que debería haberlo convertido en alguien imprescindible en la Cámara. Isaac Gordon era el padre de Sarah. Si bien la situación que se había creado al divorciarse Adrian de Sarah había sido desagradable y casi un desastre social para la familia, Gordon había entendido muy bien la clase de persona que era Sarah. Cuidaba de su hija y la trataba bien pero no hacía a Adrian responsable del final de su matrimonio. Además, Adrian era el padre del nieto de Isaac y eso era algo que le granjeaba aún más la simpatía del anciano.

Mientras seguía paseando, Adrian pensaba que ojalá se hubiera esforzado más en presentarle todo eso a Jim Mahoney, en lugar de desahogarse a gritos. Si lo hubiera razonado, le podría haber explicado que quizá fuese la única persona de la Cámara de Comercio cuya opinión habría tomado Gordon en consideración. Gordon lo habría escuchado y habría mirado los hechos y las cifras que había averiguado sobre Soluciones Sintéticas. Gordon quizá incluso hubiese aceptado hablar con la gente de Soluciones Sintéticas si Adrian se lo hubiera pedido. Lo que la Cámara de Comercio quería lograr dependía en tal medida de la relación personal que mantenía Adrian con Isaac Gordon que la Cámara sencillamente no se podía permitir dejar marchar a Adrian ahora.

Pero lo habían despedido y eso dejaba a Adrian justo en el mismo sitio donde había empezado. Después de la rabieta de la oficina le haría falta un milagro para recuperar su trabajo. Suponía que podía rogar que lo aceptaran de nuevo pero sólo con pensar en esa opción volvía a cabrearse. No tendría que hacerle falta rogar porque, para empezar, no deberían haberle despedido. La Cámara podía seguir funcionando sin él pero Soluciones Sintéticas lo necesitaba para que fuera su celestina con Isaac Gordon. Mahoney tenía que saberlo. Mahoney tenía que saber que echar a Adrian equivalía a tirar a Soluciones Sintéticas por la ventana. Si eso era lo que quería. Mahoney podría empezar a cerrar las fábricas él mismo y a dejar a los trabajadores en el paro.

Mientras paseaba, Adrian seguía vacilando entre la ira y la simple frustración. Suponía que su antiguo jefe lo había despedido por una razón mejor que la que le había dado, pero Adrian era incapaz de imaginar cuál podía ser. Fuera lo que fuera, no veía en qué beneficiaba a la Cámara que él se fuera. No tenía ningún sentido. Mahoney ni siquiera había parecido él cuando lo había despedido.

Al final, tuvo que rendirse para no volverse loco. No iba a ser capaz de comprender la lógica que había detrás de aquella situación sin más información y no

iba a encontrar esa información mientras siguiera vagando por ahí.

Y entonces tuvo que pararse para ver dónde estaba. Sólo había prestado una atención muy somera a lo que le rodeaba mientras caminaba y desde luego no se había fijado en la hora. Ya hacía tiempo que había pasado la hora de comer según su reloj y su estómago, y las nubes bajas y preñadas de lluvia parecían listas para estallar. Muy pronto iba a necesitar un refugio para resguardarse de la lluvia y un sitio para comer.

Pero ignoraba por completo si sería capaz de encontrar cualquiera de las dos cosas en aquella parte de la ciudad. Había estado en el centro de Iron Rapids unas cuantas veces para ocuparse de los asuntos de la Cámara o para asistir a los desfiles del Día de los Padres Fundadores con Sarah, pero ahora estaba al otro lado del río. El ayuntamiento, la biblioteca pública, el edificio Gideon y el hotel Lester estaban todos en la orilla contraria, así que se encontraba en territorio desconocido. Se sabía el nombre de algunas calles pero no reconoció ninguno de los puntos más destacados. A su alrededor vio cascarones sucios de edificios que parecían llevar años deshabitados. Cerca de allí, los cadáveres vacíos de las viejas fábricas se extendían, inútiles, igual que habían hecho durante años. En algunos sitios seguían abiertas unas cuantas tiendas que vendían zapatos, libros o aparatos eléctricos, pero la mayor parte de las estructuras estaban vacías y resultaban casi lúgubres. Los grandes nombres comerciales estarcidos que se habían pintado en los costados de muchos de los edificios estaban desvaídos y desconchados, y todos parecían decirle a Adrian que siguiera adelante y se metiera en sus asuntos. Las tablas que había en las ventanas y las verjas de acero de muchas de las puertas proporcionaban a los edificios un aspecto agazapado y hosco.

La gente que Adrian veía en la acera mantenía los ojos clavados en sus zapatos y caminaba a gran velocidad, absorta en sus propios asuntos. No lo miraban a él ni se miraban entre sí. Algunos levantaban los ojos hacia el cielo sin pararse pero aparte de eso no eran demasiado conscientes de todo lo que los rodeaba. Para Adrian eran como la gente del autobús. No aspiraban a nada más que lo ya que tenían, y estaban más que dispuestos a ir de aquí para allá en aquel barrio desagradable, rodeados por todas las señales que indicaban que su ciudad se estaba muriendo. Eran buitres y ratas en aquel cementerio de elefantes de fábricas vacías y acerías muertas. Trabajaban allí, entre las ruinas de lo que en otro tiempo había sido una próspera comunidad empresarial, y se conformaban con tener trabajo. Estaban encantados sólo con poder alimentarse y pagar algún agujero en el que vivir. Mientras Iron Rapids se deterioraba a su alrededor, se convencían de que tenían mucha suerte de seguir teniendo trabajo. Si el mundo que había más allá de la autopista 38 seguía moviéndose, a esta gente no le importaba siempre que pudieran seguir viviendo por encima del límite de pobreza. Adrian se daba cuenta de ello por su forma de vestir y por cómo se les encorvaban los

hombros cuando se movían. Le asqueaba pensar que había mucha gente que se conformaba con esa vida.

Entonces se preguntó si él era tan diferente de los demás. ¿Es que era mejor que ellos? Él también se había quedado en la ciudad cuando lo cierto es que no tenía ninguna razón para quedarse. Incluso después de perder su último trabajo vendiendo anuncios en el periódico local, había tenido todas las oportunidades y razones necesarias para irse. Se había dicho a sí mismo, y a todos los que le preguntaron, que se había quedado por el bien de su hijo, pero ésa no era toda la verdad. Se había acomodado y relajado en Iron Rapids y la idea de hacer las maletas para empezar otra vez en otro sitio lo intimidaba. Lo más radical que se le había ocurrido había sido volver a Georgia para vivir cerca de su madre. No era mejor que todas aquellas personas que veía. Al igual que a ellos, le asustaba enfrentarse a lo desconocido o dejar la vida a la que estaba acostumbrado. Era otra rata más... otro pasajero más del autobús.

Mientras seguía allí asqueado consigo mismo y con el resto de los habitantes de la ciudad, empezó a caer una lluvia fría. Empezó a chapotear de repente a su alrededor como un aplauso cortés y obligo a las pocas personas que lo rodeaban a buscar refugio.

—Perfecto —murmuró mientras se levantaba el cuello de la chaqueta como si pensara que eso le iba a ayudar—. Simplemente perfecto. —Guiñó los ojos para mirar al cielo y dijo—. ¿Por qué no haces que me parta un rayo ya que estás en ello?

—Bueno, veré lo que puedo hacer —dijo una voz cascada a su espalda—. Pero quizá prefiera buscar primero una colina o un árbol bajo el que meterse.

Adrian se dio la vuelta y se encontró allí, bajo un paraguas de golf rojo y blanco, al taxista que había conocido la noche anterior. El hombre llevaba una camisa negra con botones de nácar y vaqueros negros y sostenía un cigarrillo en la mano libre. El humo se acumulaba bajo el paraguas y a continuación salía deslizándose hacia la lluvia que lo rasgaba en el exterior.

—Qué pequeño es el mundo —dijo el hombre.

—Eso parece —dijo Adrian mientras metía las manos en los bolsillo y se encogía dentro de la chaqueta—. ¿Cuánto tiempo lleva ahí?

—Lo suficiente para ver que se estaba compadeciendo de sí mismo —dijo el taxista—. Y hablaba solo. ¿Qué está haciendo aquí fuera?

—Básicamente eso —dijo Adrian con una sonrisa cohibida. Tenía que levantar la voz para hacerse oír por encima de la lluvia—. Compadecerme y hablar solo. Y empaparme. ¿Y usted?

El hombre se adelantó y tapó a Adrian con el paraguas. Tiró el cigarrillo y lo aplastó con una gastada bota de montaña. Se encogió de hombros y dijo.

—Un poco de todo. No es el mejor día para andar por ahí paseando, sobre todo en

esta parte de la ciudad.

Adrian se apartó el pelo húmedo de los ojos y dijo:

—Hasta ahora es un día de mierda en general.

—¿Quiere hablar de ello? —dijo el hombre.

Adrian sonrió y sacudió la cabeza con incredulidad.

—¿Qué es usted, mi psiquiatra, así de repente? Ya van dos veces que me ofrece lo mismo. Ni siquiera me conoce.

—A mí eso no me importa —dijo el taxista—. Soy un ciudadano preocupado.

—Probablemente el único —dijo Adrian—. Pero gracias, no. De verdad que no me apetece desnudar mi alma. Sólo estoy disfrutando de un momento de cabreo con el mundo.

—Sé lo que es eso —dijo el taxista—. ¿Y en un mundo como este, quién puede culparlo?

Adrian sonrió y se quedó allí, un poco incómodo. La lluvia tamborileaba sobre el paraguas que los cubría a los dos, mientras el taxista le miraba como si fueran dos viejos amigos que se acaban de encontrar por casualidad una tarde de perros cuando iban a comer.

—¿Tiene hambre? —le dijo el taxista antes de que Adrian pudiera poner alguna excusa y volver a su sesión de autocompasión—. Iba a un sitio que está a la vuelta de la esquina. No queda muy lejos si no le importa compartir el espacio.

Adrian estuvo a punto de rechazar la invitación de aquel hombre pero le *estaba* entrando el hambre. Quizá seguir caminando perdido, cociéndose en su propia ira y frustración no fuera lo que más le convenía en aquellos momentos. Quizá algo de comer y una buena conversación lo ayudara a centrarse y a averiguar lo que iba a hacer para recuperar el control de su vida.

—Claro —dijo—. Qué demonios...

El taxista sonrió, asintió y empezó a caminar con el paraguas entre los dos.

—Pero invito yo —dijo Adrian acomodándose a su paso—. Al menos le debo eso después de lo de ayer.

—Por mí, vale —dijo el taxista.

Capítulo diez

El taxista guió a Adrian hasta la esquina y por una calle que los llevó hasta un sitio llamado Pastelería Zahn. Era un establecimiento mediano con cuatro grandes ventanales, medio lleno en aquel momento por personas que estaban tomando un almuerzo tardío o refugiándose simplemente de la lluvia. Adrian se adelantó a abrir la puerta mientras el taxista cerraba y sacudía el paraguas en el escalón principal de la entrada. Dejó el paraguas apoyado en la parte interior de la puerta y entraron los dos.

La calidez seca del lugar y el olor a pan recién hecho del interior de la tienda eran tan agradables que Adrian se paró y dejó que lo inundara aquella sensación. Las paredes bloqueaban buena parte del ruido que hacía la lluvia y Adrian recordó todas aquellas veces, cuando iba al instituto y llegaba tarde a casa después de los entrenamientos y encontraba a su madre preparando ya la cena. Era en momentos como aquellos cuando comprendía de verdad lo que era estar en casa. Llevaba años sin sentirse así.

—Vamos a sentarnos allí —dijo el taxista señalando con la cabeza una esquina de la pastelería que daba a la ventana—. Yo tomaré una taza de café y un bollo.

—Muy bien —dijo Adrian. Se acercó al mostrador mientras el taxista se sentaba en una mesa bien separada de los otros clientes. Varios minutos y dólares más tarde, se reunió con el taxista con dos tazas de papel llenas de café, un bollo y la magdalena de moras más grande que había sido capaz de encontrar. Se sentó y repartió la comida y los cafés.

—¿Entonces qué le ha pasado esta mañana para que ande vagando por las calles bajo la lluvia? —le dijo el taxista de inmediato.

—Espere un momento —dijo Adrian mientras le quitaba el papel a la magdalena e intentaba averiguar cómo iba a darle un bocado razonable sin parecer un crío de cinco años ni esparcir migas por todas partes—. Déjeme empezar. Esto es bastante extraño, la verdad.

—¿Y eso? —preguntó el taxista mientras miraba por la ventana y encendía un cigarrillo.

—Bueno, le conocí ayer —dijo Adrian—, y no soy más que un fulano cualquiera pero usted actúa como si le importara lo que me pase. No estoy muy acostumbrado a eso, sobre todo aquí arriba.

—¿Cree que quiero algo de usted? —preguntó el taxista. Exhaló una nube de humo y a continuación probó el café.

—Bueno, no —dijo Adrian—. Supongo que no. Pero me gustaría saber unas cuantas cosas.

—¿Cómo cuáles? —Mientras lo decía, el taxista se echó un poco de sal en la mano y luego puso una pizca en el café. Espolvoreó el resto sobre el suelo de madera

que había junto a la silla.

—Por ejemplo por qué le acaba de echar eso al café, en primer lugar —dijo Adrian con una mueca de horror fingido.

—Costumbres de la Marina —dijo el taxista como si creyera que eso lo explicaba todo—. Me gusta, ¿algo más?

Adrian decidió dejar pasar aquel extraño *non sequitur* y dijo.

—Sí, ¿qué tal su nombre?

—Aron Jordan.

—¿Casado?

—No en estos momentos.

—¿Se gana la vida conduciendo un taxi?

—Ahá.

—¿Cuánto tiempo lleva viviendo aquí?

—Llevo en el norte unos diez años. Pero hace poco que vine a Iron Rapids.

—¿Dónde vivía antes de venir aquí?

—Por ahí. He hecho un poco de todo. Me gusta moverme.

—Da la sensación de que está ocultando un gran secreto. ¿Qué es usted, un convicto o algo así?

—Que yo sepa no —dijo Jordan con una sonrisa cortante.

Adrian hizo una pausa para pensar y luego dijo.

—¿Tiene críos?

—Una hija. Pero me imagino que ya es mayor. Creo que se casó hace poco. Hace tiempo que no hablamos. Que yo sepa sólo ésa.

Adrian digirió todo aquello y dejó que pasaran unos minutos en silencio para poder comer algo. Untó la mitad de la tarrina de mantequilla en la parte superior de la magdalena y le hincó el diente. Sabía casi tan bien como olía. Por supuesto esparció migas por todas partes y estaba seguro de que parecía un chiquillo de cinco años, pero no le importó. La bajó con un poco de café y se reclinó sobre la silla.

—¿Ya está listo para hablar sobre usted? —dijo Jordan mientras saboreaba otra calada del espeso humo blanco azulado. Sonrió y el humo se evaporó, pero la sonrisa no le iluminó los ojos.

—Bueno, las cosas no han cambiado tanto desde ayer —dijo Adrian con los ojos clavados en el café. Aquella sensación cálida y acogedora que había estado creciendo en su interior menguó y sólo quedó de ella un barniz de consuelo—. Sólo que hoy he perdido mi trabajo.

—¿En serio? —dijo Jordan—. ¿Bienvenido a la oficina, ya puedes perderte?

—Algo así —dijo Adrian mientras hacía rechinar los dientes y sacudía la cabeza.

—¿Qué pasó?

—No lo sé y llevo intentando averiguarlo desde que me fui. Cuando llegué creía

que todo iba bien y entonces aparece ese interino de camisa almidonada y me dice que mi jefe le ha dado mi trabajo. ¿Se lo puede creer?

—He visto cosas más raras —dijo Jordan con un encogimiento de hombros—. ¿Y qué tenía que decir su jefe?

—Tuvo la poca vergüenza de echarme la bronca por saltarme el trabajo y no aparecer en cuatro días —dijo Adrian—. Nadie de la oficina llamó para enterarse de lo que me había pasado. Nadie del hospital le dijo a nadie dónde estaba. Todo el mundo supuso que me había escapado a Marte o algo así.

—¿Y lo despidieron por eso?

—Bueno, eso fue lo que dijo Jim, mi jefe. No sé en qué coño estaba pensando ese hombre.

—¿Es idiota por naturaleza?

—Bueno, no creía que lo fuera —dijo Adrian—, pero ahora no estoy tan seguro. Mira que despedirme ahora precisamente...

—¿Es usted un empleado importante y valorado? —dijo Jordan con una sonrisa levemente irónica.

—Bueno, no soy el presidente de la compañía ni nada de eso —dijo Adrian. Le dio otro mordisco a la magdalena y tomó un poco más de café. Jordan bebió un par de tragos del suyo—. Es sólo que estoy en posición de ayudar de verdad a un montón de personas de la ciudad y conseguir unas oportunidades empresariales bastante importantes. Hay muchas cosas que dependen de mí y pensé que era intocable.

—¿Y cuál es ese gran puesto? —preguntó Jordan.

Adrian le explicó brevemente su conexión con Isaac Gordon y que era Isaac Gordon el que podía hacer triunfar o fracasar el intento de Soluciones Sintéticas de instalarse en la ciudad. Exageró un poco su implicación en las negociaciones pero Jordan no pareció especialmente impresionado. El taxista se limitó a quedarse allí sentado llevándose por turnos el cigarrillo, el bollo y el café a la boca. Resultaba obvio que no le interesaba nada el escalafón social que ocupaba Adrian pero cuando éste mencionó el nombre de Soluciones Sintéticas su mirada volvió a centrarse.

—¿Sabe? —dijo el hombre—, llevo un tiempo viendo el logotipo de esa compañía por toda la ciudad. No se puede coger el periódico sin ver ese nombre en algún sitio.

—Son el próximo pelotazo —dijo Adrian—. Hace diez años se suponía que iba a ser Daihatsu, ahora es SolSin. Lo que pasa es que no van a poder marcar la diferencia si Gordon no les ayuda a preparar el terreno. Al menos tal y como yo lo veo.

—¿Y usted podría haber ayudado a marcar esa diferencia? —dijo Jordan con una mirada firme y resuelta—. ¿Usted solo?

—Sí —dijo Adrian—. Probablemente. Gordon confía en mí. Respeta mi inteligencia y mi sentido comercial. Estoy bastante seguro de que SolSin es lo que

esta ciudad necesita para no terminar retrete abajo. Hasta es posible que puedan volver a ponernos en el mapa.

—Podrían convertir a este lugar en la capital de las prótesis, igual que Battle Creek con los cereales del desayuno —dijo Jordan con una sonrisa tensa—. O Grand Rapids con los muebles.

—Claro, supongo —dijo Adrian—. Y si yo pudiera haber convencido a Gordon de que SolSin podía salvar a esta ciudad, él habría apoyado su establecimiento en esta zona. Los habría ayudado.

—¿Qué le hace estar tan seguro de que esa compañía es lo que necesita esta ciudad? —le preguntó Jordan.

—He visto los hechos y las cifras —dijo Adrian—. Los últimos dos contratos gubernamentales a por los que fueron los ganaron sin competencia. Se supone que sus prototipos son asombrosos. Tienen inversores saliendo hasta de debajo de las piedras. Sé que tienen el dinero para reconstruir cualquier fábrica que compren. Creo de verdad que es lo que necesitamos.

Jordan gruñó y se terminó el último trozo de bollo que le quedaba. Volvió a mirar por la ventana y dio unos cuantos tragos más a su café, tragos largos y pensativos. Sujetaba la taza de café con el pulgar, el anular y el dedo meñique de la mano derecha y el cigarrillo entre los dedos medio e índice.

—Creo que no está de acuerdo —dijo Adrian—. Ha sido muy amable conmigo y todo eso... y, la verdad, no quisiera parecerle maleducado... ¿pero le ha echado un vistazo a esta ciudad últimamente? Necesitamos algo, eso es seguro. Este sitio va a encogerse y estallar solo.

—¿Y qué bien va a hacerle esa compañía a la ciudad, según usted? —preguntó Jordan. Les echó un vistazo a los pocos clientes que había en las otras mesas y luego miró los ojos de Adrian.

—Bastante —dijo Adrian. No podía evitar revolverse cuando Jordan lo miraba así. Tenía la sensación de que el taxista lo miraba desde el otro lado del cañón de una larga pistola de acero—. El dinero que SolSin va a meter en la ciudad...

—La compañía va a invertir dinero en sí misma, no en la ciudad. ¿Acaso han ofrecido oportunidades de inversión a cualquiera que tenga dinero en esta ciudad?

—No que yo sepa —tartamudeó Adrian—. Pero Evan ha estado tratando más directamente que yo con la gente de SolSin. Quizá sí lo hicieran.

—¿Y qué pasa con la gente de esta ciudad? —dijo Jordan—. ¿Es eso lo que quieren? ¿Quieren a esta compañía en su ciudad?

—Deberían —dijo Adrian—. Me refiero a que se diría...

—¿Es que la compañía le está ofreciendo trabajo a la gente de aquí?

—Sí —dijo Adrian—. Ayudando a convertir las fábricas y las acerías que compre SolSin, para empezar.

—¿Y después de eso? ¿Ha ofrecido la compañía algo más?

—Evan captó la atención del SolSin diciendo que Iron Rapids tenía una mano de obra preparada y dispuesta a trabajar —dijo Adrian—. Por lo menos eso me dijo.

—Eso no significa nada —dijo Jordan—. ¿Usted ha visto algo escrito?

—Yo personalmente no —admitió Adrian—. Pero mire, conozca mi trabajo. Llevo haciendo esto cierto tiempo. De verdad que no quiero ser desagradable pero ¿qué va a saber un taxista?

—¿Quiere decir qué va a saber un taxista viejo y palurdo de Tennessee? —preguntó Jordan.

—Vaya, mierda —dijo Adrian al darse cuenta de que acababa de insultar a un completo desconocido que no le había hecho mas que favores. La vergüenza encendió varias hogueras en sus mejillas—. Mire, no quería decir eso. Lo siento. Todavía estoy un poco cabreado por lo de esta mañana.

—No importa —dijo Jordan desviando la mirada hacia la ventana otra vez—. ¿Recuerda lo que hablábamos anoche sobre cómo mira la gente a los del sur? Supongo que hasta nosotros lo hacemos a veces.

—Lo siento mucho —murmuró Adrian otra vez.

Jordan rechazó con un gesto de los dedos que sujetaban el cigarrillo la disculpa y presumiblemente también el insulto. El humo dibujó una zigzagueante serpentina entre ellos que flotó hacia el techo. Ninguno de los dos habló durante unos minutos y Adrian se terminó la magdalena en medio de un silencio culpable. Tuvo la sensación de que su madre iba a aparecer detrás del mostrador en cualquier momento y lo iba a reñir por ser un desagradecido y un maleducado. Jordan siguió fumando y tomándose el café mientras contemplaba cómo caía la lluvia en el exterior. El hombre de cabellos blancos no parecía disgustado pero puede que lo que pasase es que se le daba *especialmente* bien ocultarlo.

—¿Pagan bien? —dijo Jordan por fin mientras seguía mirando por la ventana—. Me refiero a la Cámara de Comercio.

—Lo suficiente —dijo Adrian, al que el cambio de tema había cogido desprevenido—. Un poco mejor que en mi último trabajo. Una pizca más de lo que habría esperado por el mismo trabajo en el sur. Claro que aquí arriba el coste de la vida es más alto.

—¿Tiene algo guardado? ¿Ahorros?

—Un poco —dijo Adrian—. ¿Por qué lo pregunta?

—Curiosidad —dijo Jordan con un encogimiento de hombros—. No es asunto mío, claro, pero recuerdo que dijo que tenía que mantener a su hijo y pagarle a su ex mujer. Me preguntaba lo que iba a hacer ahora.

—Todavía no había pensado mucho en ello —dijo Adrian con la vista clavada en la mano que tenía en la mesa, mientras jugueteaba con el borde cubierto de migas del

envoltorio de la magdalena—. Supongo que esperaba que me surgiera algo.

Jordan le ofreció una sonrisa sesgada y dijo.

—¿Cómo un rayo que lo partiese?

—Si no hay nada mejor —dijo Adrian. Sonrió pero en sus ojos permanecía la sombra de la derrota.

—¿Tiene algún contacto? —preguntó Jordan—. ¿Algún trabajo alternativo que le esperara desde antes y al que pueda aferrarse?

Adrian sacudió la cabeza.

—Nunca pensé que lo necesitara. Creo que me figuré que mantendría este empleo hasta que apareciera otro mejor. Un descuido por mi parte, supongo.

—Un poco —asintió Jordan—. Pero debe haber pensado en algún momento que podría dimitir o que podrían despedirle. ¿Qué fue lo primero que se le pasó por la cabeza entonces?

Adrian se encogió de hombros.

—No lo sé. Conseguir un trabajo. Ser uno de los pasajeros del autobús y sufrir hasta que apareciera algo mejor.

—¿Pasajeros del autobús?

Adrian sacudió la cabeza y se dio unos golpecitos en la sien con el dedo.

—Un chiste privado —dijo—. Los pasajeros del autobús son ese ganado de ahí fuera que va a trabajar, ficha, come, ficha, va a casa, ve la tele, duerme y vuelve a hacerlo todo otra vez al día siguiente. Casi me meto en esa mierda cuando mi ex se quedó embarazada, y detestaría tener que pasar por ello de verdad. —A Adrian se le formó un pequeño nudo en la garganta y lo tragó antes de empezar a hacer el ridículo en serio—. Maldita sea.

—Le entiendo —dijo Adrian—. Eso no es vida.

—¿Y qué tal es conducir un taxi? —preguntó Adrian con algo parecido a una sonrisa pegada a la boca—. ¿Qué tal le trata? Quizá debería meterme en eso, ¿eh? Llevar a la gente por ahí, escuchar sus historias lacrimógenas y regalarle el viaje al que cuente la mejor. Parece el tipo de vida que me gustaría llevar.

Jordan lo miró con los ojos más cansados y tristes que Adrian había visto jamás, y envejeció diez años en el curso de una sola expresión. Por primera vez desde que lo conocía. Adrian notó las líneas y las arrugas de la piel de aquel hombre que hacían que el color del pelo y de las cejas pareciera mucho más natural que cuando Adrian lo vio por primera vez. Al ver el cambio, Adrian se acordó de un documental que había visto en el instituto en el que una hoja iba cambiando de un verde exuberante a un marrón seco y pálido.

—Hijo —dijo Jordan—. Tú no quieres meterte en esta vida. Yo hago bastante más que llevar a la gente de un sitio a otro de esta ciudad.

—¿Cómo qué? —preguntó Adrian—. ¿Cosas de las que ayuda hablar?

Jordan se limitó a sonreír y le dio otra profunda calada al cigarrillo. Aplastó la colilla en el cenicero barato de lata y expulsó una última bocanada de humo. Cuando se aclaró la bruma, el rostro del anciano tenía el mismo aspecto que la primera vez que lo había visto Adrian.

—La verdad es que no —dijo Jordan. Sonrió de nuevo, con una sonrisa que parecía sincera de verdad—. Secretos antiguos de la profesión. Cosas que el sindicato no quiere que se sepan.

Adrian le sonrió a su vez y dijo.

—Podría decírmelo pero luego tendría que volarme los sesos, ¿verdad?

—Las cosas que podría decirle se ocuparían de ello —dijo Jordan.

—Al parecer son unos secretos muy grandes —dijo Adrian. No podía evitar reírse, a pesar de toda la basura que había tenido que vadear hoy.

Jordan soltó una risita antes de terminarse el café.

—No tienen ustedes ni idea.

Adrian se rió otra vez y se terminó también el café que le quedaba. Fuera, la lluvia se había reducido a una llovizna intermitente que le susurraba que llevaba demasiado tiempo allí sentado. No sabía qué iba a hacer después, pero se sentía preparado para levantarse e intentar algo.

—Mire, Aron —dijo—. Gracias por escucharme. Otra vez. Estoy seguro de que tiene cosas mejores que hacer pero significa mucho para mí *saber* que al menos hay una persona ahí fuera que se preocupa por *algo* que no sea él mismo.

—No es problema, amigo mío —dijo Jordan—. Ningún problema. —Se levantó, se limpió las manos en la servilleta y a continuación la metió en la taza vacía—. Es lo que le dije, la gente lleva encima muchas cosas y les iría mucho mejor desahogarse de vez en cuando. Ojalá pudiera hacer algo más algunas veces.

—Escuchar ya es mucho —dijo Adrian. Aunque al principio no le había apetecido meterse en aquella conversación ahora se alegraba de haber cambiado de opinión—. No estoy muy seguro de lo que voy a hacer ahora pero todo este torbellino y esta locura ya no me están consumiendo por dentro como sé que haría en otras circunstancias. Gracias.

—Cuando quiera —dijo Jordan—. Aunque quizá hay otra cosa que puedo hacer por usted. Un pequeño consejo, si lo quiere.

—Supongo que no podría hacerme daño.

—Bueno, si lo que necesita es dinero, un empleo o lo que sea, ¿por qué no habla con el padre de su ex? Ese tal Isaac Gordon. Quizá pueda ayudarlo. Todavía le cae bien, ¿no?

—Bueno, sí —dijo Adrian—. Pero no sé si es buena idea pedirle dinero. Siempre era Sarah la que lo hacía mientras estábamos casados; yo nunca lo intenté. La verdad es que nunca le he pedido dinero a nadie. No en una situación así.

—Quizá ayude, o quizá no —dijo Jordan—. No lo sabrá hasta que lo intente. ¿Y qué va a hacer él? ¿Tirar de algún hilo y quitarle el trabajo?

—Supongo que no —dijo Adrian—. No me queda mucho que perder, ¿verdad?

—Nada que no vaya a recuperar —asintió Jordan—. Piénselo. La semana pasada podría haber perdido mucho más que su orgullo en aquel accidente de tráfico. Aunque no hubiera muerto, no le habría quedado una vida que mereciera la pena. Al lado de eso, perder un poco de dignidad tampoco es para tanto.

—Lo cierto es que no lo había visto así —dijo Adrian—. Eso le da otra perspectiva a las cosas. Gracias.

Jordan apretó el hombro de Adrian una vez y se dirigió solo a la puerta.

—Piense en ello —dijo mientras salía—. Ya nos veremos por ahí.

—Cuídese —dijo Adrian con un gesto—. Hasta la próxima.

Jordan asintió una última vez, recogió el paraguas y volvió a salir a la lluvia. Pasó por delante de la ventana de Adrian y luego desapareció detrás del edificio. Adrian se quedó allí sentado, solo, y pensando en lo que había dicho aquel hombre y en lo que estaba pensando él antes de que apareciera el taxista. Quizá debería ir a ver a Isaac. Ya había concertado una cita para mañana por la mañana para hablar con el anciano sobre Soluciones Sintéticas, así que al menos podría tener la cortesía de presentarse. Todavía no estaba lo bastante desesperado para pedirle dinero a Isaac (o quizá todavía no había asumido la realidad de su situación) pero sí que quería hablar con su antiguo suegro. Quizá Isaac pudiera ofrecerle alguna perspectiva sobre su situación actual.

Además, cada argumento que se le había ocurrido sentado solo ante aquella mesa lo distraía del doloroso hecho que llevaba evitando desde que había salido de la Cámara de Comercio. Es decir, que estaba a punto de tener que ir a casa, llamar a Sarah y decirle que había perdido el trabajo.

Capítulo once

Después de una larga carrera por calles desconocidas bajo una fina *lluvia*, Adrian por fin volvió a la parada de autobús más cercana a la Cámara de Comercio y se subió a uno que pasaba por su barrio. Fue una agradable sorpresa darse cuenta de que aquel moderado ejercicio no lo había agitado en absoluto, a pesar de llevar años sin hacer casi ningún tipo de esfuerzo físico. Le alegró aún más encontrarse con el autobús casi vacío cuando se subió. Pagó la tarifa y se sentó cerca de la parte de atrás.

Pero el buen humor de tercera regional de Adrian todavía no estaba listo para acudir a la liga de campeones. Cuando el autobús empezó a moverse, sólo podía pensar en que se iba a casa e iba a empezar a pelearse con Sarah. No le gustaba pensar que iba a ser así pero tampoco podía pasar por alto once años de precedentes. Dado que había perdido su trabajo lo más probable es que fuera necesario que sus abogados y los de Sarah volvieran a negociar los términos de los pagos de la pensión, al menos de forma temporal, y sabía que Sarah no iba a querer ni siquiera hablar de ello. Ella prefería recibir el cheque cada mes y le importaba muy poco de dónde sacaba Adrian el dinero. Intentaría hacer que Adrian se sintiera culpable por perder su trabajo, como si lo hubiera hecho para mortificarla y robarle el dinero de su hijo. Lloraría y le pediría que le dijera cómo podía hacerle algo así. Exigiría una disculpa, lo amenazaría con sanciones legales. Le diría cualquier cosa siniestra y enconada que se le ocurriera. Adrian había visto aquel fenómeno y lo había sufrido millones de veces.

Después de once años de experiencia sabía cómo iba a transcurrir la inevitable discusión y que debería estar listo para enfrentarse a ella *con calma*, pero esos mismos once años le dijeron que se estaba engañando si pretendía prepararse. Por muy tranquilo y equilibrado que consiguiera estar antes de meterse en el ring con Sarah, ésta siempre encontraba la forma de alcanzarlo. Normalmente encontraba alguna muesca en su armadura y la iba agrandando hasta que Adrian se entregaba o renunciaba asqueado. Saber que iba a pasar sólo hacía que fuera mucho peor y que las marcas fueran más obvias cuando Sarah las buscara.

Excepto, claro está, ayer por la tarde en el hospital. Por alguna razón, pensó Adrian, la había bloqueado por completo. La había hecho huir durante unos minutos. ¿Qué le había dicho? Mientras el autobús seguía rodando y parando de vez en cuando para recoger a uno o dos despistados como él, Adrian pensó en ello. A ella se le había escapado algo que sugería que sabía que él estaba en el hospital hacía mucho tiempo. Le había ocultado esa información a su hijo y él casi la había obligado a admitirlo. Lo había estado acusando en falso de intentar poner a Brandon en su contra o de querer eclipsar la importancia de su papel de madre y sin embargo sus acciones habían insinuado que era ella la que había estado intentando hacerle eso a él. ¿Podría ser

eso?

Adrian lo dudaba. La había pillado muchas veces haciendo gala de una doble moral y nunca la había afectado que lo mencionara. Cuando estaba enfadada de verdad, incluso admitía, con una especie de odioso celo, que vivía una doble moral. Había demostrado muchas veces que no le importaba no ser justa siempre que se saliera con la suya. No podía ser eso lo que la había puesto a la defensiva. Quizá había sido algo tan sencillo como el modo en que se lo había dicho. La última vez que habían hablado, Adrian había sabido sin el menor género de dudas que tenía razón y había sido él el que había controlado la conversación. Había hecho un esfuerzo activo y consciente para hacer callar a Sarah (a pesar de los once años de discusiones con ella) y había funcionado. Si pudiera recuperar esa misma confianza y certeza, era posible que consiguiera ganar por una vez la discusión.

Pero es que ese era el gran problema, ¿no? Nunca se le había dado bien ponerse al frente y dominar el impulso de Sarah. Se había roto un tobillo y se había dado cuenta de que nunca iba a ser futbolista profesional y ese le había proporcionado una cierta perspectiva de lo que era realmente importante, pero Sarah se enfrentaba a cada obstáculo como si fuera una crisis de proporciones épicas. Al principio de su relación, Adrian había creído que esa dinámica les proporcionaría un cierto equilibrio, pero no había sido así. Al final era Sarah la que imponía sus opiniones con la paranoica convicción de que si no lo hacía quedaba despojada de su libre albedrío, y Adrian se sometía a lo que Sarah decía sólo para evitar una posible discusión.

Por desgracia, aquel comportamiento había establecido una pauta que se aplicaba por igual a cada crisis que se produjo a partir de entonces. Estuviera o no de acuerdo, Adrian aceptaba lo que Sarah decía para no enfrentarse a ella. Pero cuando las crisis derivaron en conflictos durante su matrimonio y posterior divorcio. Adrian se encontró con que era incapaz de hablar cuando no estaba de acuerdo con Sarah. En lugar de cavar una trinchera entre los dos a través de lo que de otro modo habría sido una riña constante, él se había metido en una rutina, y cuando por fin había intentado librarse de aquella rutina, Sarah se lo había tomado como si fuera también a robarle algo y había empezado a pelear sucio. A partir de entonces lo insultaba o le decía cosas odiosas aunque la provocación fuera mínima o no existiese, hasta que finalmente Adrian había terminado por adoptar la política de retirada continua. Ahora, siempre que Sarah intentaba provocar un altercado con él, Adrian reculaba, se retiraba o dejaba el tema del todo sólo para no tener que aguantarla.

Sin embargo, aunque esa estrategia había funcionado bastante bien hasta entonces, lo cierto es que no era la estrategia de un hombre racional y seguro de sí mismo. Era, más que nada, una admisión de derrota, lo sabía. Era su forma de decir que no quería tener que levantar la voz, ni pensar deprisa, ni defender sus opiniones siempre que pudiera tomar el camino más fácil. Se conformaba con no conseguir lo

que quería siempre que no tuviera que correr el riesgo de agotarse emocionalmente en una discusión (y quizá seguir sin conseguir lo que quería). Era una forma perezosa y cobarde de vivir la vida y desde luego no era lo que hacía reaccionar a Sarah. Pero por alguna razón había dejado que aquello se convirtiera en su proceder habitual. De ahora en adelante, si pretendía manejar a Sarah de otra manera, iba a tener que romper con aquel comportamiento. ¿Pero cómo? Lo había intentado antes y había fracasado, más veces de las que podía contar.

Pero antes de que Adrian pudiera construir una estrategia coherente, el autobús se detuvo en la parada más cercana a su casa y tuvo que bajarse. Se despidió del conductor con un gesto por el espejo retrovisor, salió por la puerta y empezó a recorrer las dos manzanas que lo separaban de su apartamento.

Aquel corto paseo no le aclaró la cabeza, ni tampoco el aspecto hosco y lóbrego que tenía su complejo de apartamentos bajo la húmeda luz vespertina. Los tristes pisos de ladrillo se agazapaban en fila como gordas palomas en un cable de alta tensión. Un par de puertas ofrecían refugio a los habitantes desempleados de los apartamentos, que dejaban pasar el tiempo allí, haraganeando fumando o mirando boquiabiertos al mundo. Adrian pasó al lado de sus vecinos sin establecer contacto visual, diciéndose que tenía prisa por entrar antes de que empezara a llover otra vez. Todo lo que veía en aquellos apartamentos le hablaba de pasajeros de autobús, sueños diluidos y ambición aplastada. Se apresuró porque no quería que le recordaran todas esas cosas. No quería pensar en lo que insinuaban sobre él aquellas señales, porque él vivía entre ellos.

Cuando llegó a su fila de apartamentos, se encontró con que tenía visita. El espacio que en condiciones normales tendría reservado extraoficialmente para su coche estaba ahora ocupado por una motocicleta de aspecto muy caro. Era una máquina lustrosa, de color violeta oscuro, mucho más parecida a una bala con ruedas que a vehículo con licencia para andar por las calles. La matrícula personalizada que descansaba entre el asiento y los dos tubos de escape negros decía «DESPIERTA». La moto se apoyaba en un pie de color negro mate y el conductor estaba a su lado, mirando los escalones que tenía delante y dándole la espalda a Adrian. El hombre llevaba una trinchera muy gastada y alguien sin mucha experiencia le había cortado la espalda hasta la altura del cinturón, presumiblemente para que no le estorbara mientras se subía a la máquina.

El hombre todavía tenía el casco puesto cuando Adrian se acercó y se giró cuando estaba a menos de tres metros. El casco era del mismo color que la moto y la visera negra cubría el rostro del motorista. Adrian se detuvo y se quedó mirando su propio reflejo distorsionado en la visera. Esbozó una sonrisa nerviosa.

—Adrian —dijo el motorista con un lento asentimiento de cabeza. El casco le ahuecaba la voz y la hacía irreconocible—. Me alegro de que haya venido. Estaba a

punto de largarme.

—Hola —dijo Adrian. Desvió la vista hacia la motocicleta e hizo un gesto vago en su dirección—. Menudo trasto.

El motorista soltó una risita e inclinó la cabeza para quitarse el casco. Al hacerlo, Adrian vio el mismo pelo rojizo y los ojos azules y chispeantes que recordaba del Founders' Memorial.

—Ah, es usted —suspiró Adrian—. ¿Qué está haciendo aquí, Simonson?

—Puede llamarme Matthew, señor —dijo Simonson mientras colgaba el casco del manillar de la moto—. Y he venido para continuar nuestra conversación de ayer por la tarde. ¿Le apetece hablar un rato?

—Cada día cambia la pregunta favorita —murmuró Adrian—. ¿No tiene ambulancias que perseguir o algo así?

—Eso es cosa de los abogados, Adrian —dijo Simonson—. Los periodistas perseguimos coches de policía y camiones de bomberos.

—Bueno, apuesto a que podría alcanzarlos con esa cosa —dijo Adrian mirando otra vez la moto. Se acercó como si quisiera examinarla y mantuvo la máquina entre él y el periodista de Internet.

—Más bien al contrario, cuando las circunstancias lo requieren, se lo aseguro —dijo Simonson—. Pero no estoy aquí por eso.

—¿Entonces qué quiere?

—Hablar con usted —dijo Simonson. Se desató la trinchera y la dejó abierta. Llevaba unos pantalones grises, una camisa verde y corbata azul—. Ayer teníamos un poco de prisa y pensé que ahora sería un buen momento para continuar.

Adrian consultó su reloj y dijo.

—¿Lleva mucho tiempo esperando?

—Un minuto quizá. Creo que adelanté a su autobús cuando venía hacia aquí.

—¿Cómo sabe dónde vivo?

—Nadie piensa en lo fácil que es averiguar esas cosas —dijo Simonson con una leve sonrisa que rayaba en la presunción y el desdén—. Si tiene tiempo y la voluntad necesaria, puede encontrar cualquier tipo de información en la *Red Digital*.

—Genial.

—No es nada del otro mundo.

Adrian consultó otra vez el reloj y dijo.

—Bueno, ¿no debería haber ido primero a mi oficina? Todavía no son las cinco.

—Eso no habría servido de mucho, ¿verdad Adrian? —dijo Simonson—. Teniendo en cuenta que usted está aquí.

—Para mí sí habría servido —dijo Adrian. Cogió el camino más largo para rodear la motocicleta de Simonson, pasó junto al periodista y se detuvo en el primer escalón de su escalera.

—Touché —dijo Simonson—. De todas formas aquí estoy.

—Suerte que tengo —dijo Adrian—. Mire, ya le dije ayer que no puedo ayudarle. No conocí a Dios mientras estuve inconsciente este fin de semana, ni hablé con Elvis en el platillo volante del Yeti. No tuve ningún sueño ni ninguna experiencia espiritual para su periódico.

—Lo entiendo —dijo Simonson—. Hoy no vengo a hablar de eso.

—Dijo que venía a continuar la conversación.

—Continuar la conversación no significa hacer las mismas preguntas otra vez —dijo Simonson. Puso una mano en la barandilla como si quisiera subir con Adrian al apartamento—. Para eso le di mi tarjeta.

Adrian recordó que se había encontrado la tarjeta en el bolsillo al volver a casa anoche y la había dejado boca abajo en el mostrador de la cocina.

—Muy bien —dijo—. ¿Entonces qué quiere?

—Quiero hacerle unas preguntas sobre su trabajo en la Cámara de Comercio.

Adrian soltó una carcajada.

—Llega un poco tarde para eso, amigo mío. Siento desilusionarle.

—Ah, ya lo sé —dijo Simonson—. Por eso quería hablar con usted sobre el tema. Según tengo entendido lo han dejado en el paro esta mañana.

Adrian subió el siguiente escalón con una expresión rígida en el rostro.

—¿Cómo se ha enterado de eso? No pudo haberlo encontrado en Internet.

—No exactamente —asintió Simonson—. Lo averigüé gracias a la propia Cámara de Comercio. No se imagina la cantidad de...

—¿Es legal fisgonear así? —dijo Adrian mientras la rabia y unas sutiles punzadas de miedo le revolvían las entrañas. Luchó contra el impulso de subir otro escalón—. ¿Qué clase de periodista es usted?

—Uno diligente —dijo Simonson—. Concienzudo. Profundamente curioso. Todas las características habituales de un investigador cualificado. ¿Le gustaría saber cuándo encontré el registro de su despido?

—Creo que será mejor que se vaya —dijo Adrian.

—El viernes —dijo Simonson.

Adrian se detuvo, parpadeó de nuevo y dijo:

—Repita eso.

—El viernes —dijo Simonson otra vez—. El día después del accidente que sufrió en la autopista 38. Todavía no se habían enviado los documentos electrónicos en ese momento pero...

—Pero ya estaban archivados —dijo Adrian—. A la espera sólo de que yo volviera.

—Exacto.

—Hijo de puta —dijo Adrian—. ¿Qué coño está pasando?

—Esperaba que usted pudiera ayudarme con eso. Adrian —dijo Simonson—. Según tengo entendido, la Cámara de Comercio está trabajando para traer a la ciudad a la Corporación de Soluciones Sintéticas —Simonson sacó un lápiz y una libreta de un bolsillo del abrigo y empezó a escribir incluso antes de que Adrian dijera nada—. ¿Estaba usted relacionado con esa iniciativa de la Cámara?

—Sí —Adrian estaba asombrado. El viernes...

—¿Y tuvo algún contacto con los representantes de Soluciones Sintéticas a lo largo de este proyecto?

—No muchos —respondió Adrian—. Pero uno de mis compañeros hizo la mayor parte del trabajo con la gente de SolSin. Yo me dedicaba más a las relaciones públicas locales.

—Ya veo, ¿y los representantes de esa corporación le confiaron algún material confidencial? ¿Cifras de ventas? ¿Archivos de empleados? ¿Algo por el estilo? ¿Recorrió usted algunos de sus laboratorios de diseño?

—No —dijo Adrian—. Nada. Sólo recibí una de esas carpetas de prensa y unas cuantas cosas de su página Web. Cosas que se podrían encontrar en cualquier parte, supuse.

—Apuesto a que sí —dijo Simonson con la misma mezcla de presunción y desdén de antes—. ¿Pero nada especialmente delicado? ¿Nada que pudiera haber vendido o utilizado como información privilegiada o algo así?

—Joder, no. Ni siquiera sé cómo se usa la información privilegiada.

Simonson gruñó y se dio unos golpecitos en la barbilla con la goma del lápiz.

—¿Era usted consciente de la existencia de algún tipo de conspiración contra usted u otros empleados de la Cámara de Comercio?

—No desde que anularon la fiesta de Navidad el año pasado por lo que pasó en la IRM —dijo Adrian con una sonrisa sardónica. Por fin había recuperado su ingenio después de la sorpresa que le había dado Simonson—. ¿Está hablando en serio, Simonson? No es usted uno de *esos* periodistas, ¿verdad?

Simonson dejó de escribir y frunció el ceño con aire de frustración.

—¿Qué periodistas son esos?

—Uno de esos gacetilleros horteras del sensacionalismo electrónico que le llenan la cabeza a la gente de retórica anti-capitalista sólo porque pueden —dijo Adrian. Le desapareció la tensión de los hombros y puso las manos en las barandillas que tenía a los lados—. Ya sabe, como esos cabrones quejicas que no hacen más que atacar a las «grandes tabacaleras».

—Tengo asuntos más importantes que cubrir que las «grandes tabacaleras», Adrian —dijo Simonson.

—¿Como qué? —dijo Adrian—. ¿Como por ejemplo que yo pierda mi trabajo por culpa de una conspiración secreta de la Cámara de Comercio? Venga ya.

—No lo descarte tan a la ligera —dijo Simonson.

—Pues claro que no —dijo Adrian—. Puede que fuera Jim Mahoney el que me hizo chocar. Es posible que Evan Dunkirk rompiera mi matrimonio. ¿Y ese interino que contrataron hoy? Bueno, está claro que él también está metido en esto. Iba a por mi empleo. Quería ser él el que convenciera a mi suegro para que apoyara a SolSin —Adrian sacudió la cabeza—. Creo que me caía mejor cuando pensaba que era un gacetillero religioso.

—Adrian —dijo Simonson mientras se guardaba la libreta en el bolsillo—, no hace falta ponerse gilipollas. Sólo le estoy haciendo unas cuantas preguntas.

—Bueno, pues siga preguntando —dijo Adrian con una sonrisa ligera y maliciosa. Sabía que sólo estaba purgando con aquel tío la ansiedad que sentía por tener que hablar con Sarah, pero le sentaba bien—. Estoy empezando a divertirme.

—Muy bien, entonces —dijo Simonson con el ceño fruncido—. ¿Tiene idea de porqué querrían mantenerle aislado en el hospital a pesar de haber salido ileso?

—Bueno —respondió Adrian—. Antes vivía cerca de Roswell. Georgia. Quizá creyeron que había visto chocar a un platillo volante cuando tenía menos diez años.

—Adrian, en serio —dijo Simonson—. Intente pensar durante un minuto en lugar de soltar la primera estupidez que le viene a la cabeza. Nadie de su oficina, ni del hospital, ni de su seguro médico llamó a su familia para decirles dónde estaba. Comprobé las llamadas en persona.

—Ya está bien —dijo Adrian—. Comprobar las llamadas privadas es demasiado hasta para un gacetillero de un periodicucho cualquiera. No tenía ningún derecho. Pero aún así, no llamaron porque cometí una estupidez. No porque...

—Esa estupidez —dijo Simonson— fue que puso el nombre de su hijo en la casilla de contacto de emergencia. Ya lo sé. Adrian.

—¿Cómo lo sabe? —preguntó Adrian. El buen humor había desaparecido de sus ojos dejando tras de sí un aro de cansancio y desconfianza. Subió el pie al siguiente escalón sin ni siquiera pensar en ello.

—Lo sé porque al final llamé para intentar encontrarlo —dijo Simonson.

—¿Qué? ¿Pero qué le pasa?

—Permítame que le cuente el proceso paso a paso —dijo Simonson. Aunque estaba en un escalón más bajo que Adrian y tenía que levantar la vista, actuaba como si midiera tres metros—. El jueves por la tarde escuché en la radio lo de ese accidente de tráfico en el que deberían haber muerto varias personas pero que no provocó ningún herido grave, lo encontré... interesante... así que fisgué su ficha del hospital y comprobé los informes que había hecho la policía en la escena del accidente. Así averigüé que una persona había sobrevivido sin sufrir ni un rasguño, a pesar de las probabilidades en su contra. Luego lo habían llevado al hospital para ponerlo «en observación». Sin embargo, varias horas más tarde ni siquiera lo habían ingresado

oficialmente. Pero allí estaba usted, escondido.

—¿Qué? ¿Está de broma?

Simonson hizo caso omiso de la interrupción.

—Para averiguar quién era usted metí en el ordenador el número de su matrícula y el número de identificación de su coche, que encontré en el informe de la policía. Después de eso, averigüé dónde trabajaba, lo que me confirmó la corazonada que había tenido.

»Tiene la nómina domiciliada en su banco. No fue tan difícil. Solo arriesgado. Pero bueno, también encontré la orden de su jefe de que se pusiera fin al pago de su nómina, supuse que eso significaba que lo habían despedido. Y al parecer tenía razón.

—¿Pero cómo averiguó el número de contacto en caso de emergencia? Si hizo todo eso el viernes, ¿cómo consiguió comprobar las llamadas de mi familia?

—Me limité a establecer una relación —dijo Simonson—. Usted no lo entendería. En cualquier caso, una vez hecho eso descubrí que nadie había intentado ponerse en contacto con su familia desde su llegada al hospital. En total, Adrian, ¿no le parece un poquitín sospechoso, como mínimo?

—Un poco —dijo Adrian—. Pero quizá sólo se les pasó por alto, o fue un caso de mala suerte. Francamente, ahora mismo sospecho más de usted.

Simonson se pellizcó el puente de la nariz y suspiró con teatralidad.

»Además —dijo Adrian—. Esto no es más que su palabra. Y está hablando de piratear los ordenadores protegidos de la Cámara de Comercio, del hospital, de mi banco y hasta de la compañía telefónica, si lo que dice es verdad.

—Sí, estaba pirateando información —dijo Simonson mientras se llevaba una mano a la sien como si le doliera por culpa de la frustración—. Pero lo hice porque daba la impresión de que lo tenían retenido y oculto.

—¿Y llamó a mi familia? —dijo Adrian—. Eso suena más a acoso que a periodismo. ¿Ha estado espionando a alguna de las otras personas implicadas en el accidente?

—Estaba seguro de que no me hacía falta —respondió Simonson—. No, una vez que averigüé para quién trabajaba. Como ya le dije, confirmó una corazonada que ya tenía sobre la Cámara y Soluciones Sintéticas.

—Me importan un bledo sus corazonadas. No puede ir por ahí espionando a la gente y metiéndose en sus archivos personales.

—¿Qué quería que hiciera, Adrian? —preguntó Simonson—. ¿Que no llamara? ¿Que le dejara en el hospital Dios sabe cuánto tiempo? ¿Es eso lo que su hijo hubiera querido que hiciera?

Los ojos de Adrian ardieron de furia pero se enfriaron igual de rápido. Por mucho que le cabreara oírlo, la última parte del razonamiento de Simonson era intachable. Así que tuvo que conformarse con un comentario sarcástico pero débil.

—Por lo menos podría haber dicho que llamaba de parte del hospital o de mi oficina o algo así —dijo sin convicción—. Mi ex pensó que era un bromista.

Simonson sonrió sin gracia y dijo.

—Ya lo sé, y lo siento. Pero es que miento muy mal. La gente se da cuenta enseguida cuando miento en lugar de omitir la verdad, que era lo que estaba haciendo. Pero por muy torpe que fuera, al menos estaba intentando hacer algo para ayudarlo. De no haber sido por mí, ¿cuánto tiempo habría estado en el hospital sin que su familia lo supiera?

—Bueno... —dijo Adrian. Su expresión y una pausa larga e incómoda decían «el gilipollas más grande del mundo», lo que sin duda le resultaba obvio a Simonson—. Disculpa aceptada, entonces. Supongo —dijo por fin.

—Lo mismo digo —murmuró Simonson.

—De acuerdo —dijo Adrian mientras se miraba primero los zapatos y luego volvía a mirar a Simonson a los ojos—. Oiga. Últimamente me hacen favores muy raros completos desconocidos, y todavía no estoy acostumbrado. Y lo que me acaba de decir es muy raro, incluso después de dos días de favores raros. Sobre todo porque no sé de qué va usted.

—Es algo así —dijo Simonson—. Un conocido que tengo en Internet me ha dado un soplo sobre los intereses de Soluciones Sintéticas en Iron Rapids. Creo que ese interés prueba o es síntoma de que algo más desagradable está pasando bajo la mesa.

—¿Esa es la conspiración de la que hablaba antes? ¿La que hizo que me despidieran sin razón?

—Cabe la posibilidad. Unos agentes de esa misma conspiración podrían ser también los responsables de su accidente de tráfico, pero eso no puedo probarlo.

—Eso no fue más que una coincidencia —dijo Adrian—. Usted demuéstreme que una conspiración puede provocar un accidente en la 38 durante la hora punta y yo le demostraré que Elvis sigue vivo.

—Sólo porque no pueda darle pruebas de lo que estoy diciendo, no significa que no sea verdad, Adrian —dijo Simonson frunciendo el ceño de frustración otra vez—. Aquí hay una conspiración. Y usted ya ha sido víctima de ella.

—¿Y quién está detrás, investigador cualificado?

—Tengo una idea bastante clara, pero no creo que sea usted capaz de apreciar todo su alcance. Pero sí sé que usted está implicado y que su implicación es la raíz de sus... dificultades actuales. Me ha preguntado qué estoy haciendo aquí de verdad y lo que estoy haciendo es intentar averiguar que papel desempeña usted en todo lo que está pasando y si puedo ayudarlo. Eso es todo.

—Bueno, se lo agradezco —dijo Adrian mientras subía otro escalón y empezaba a darse la vuelta para subir las escaleras que llevaban a su apartamento—. Pero a menos que sepa de algún buen trabajo que esté contratando desde esta mañana, no sé

cómo va a ayudarme. La verdad, ni siquiera sé si puedo ayudarle yo a *usted*. Si hay una conspiración en la Cámara que tenga que ver con Soluciones Sintéticas (y mire que digo *si*) a mí ya no me afecta. Yo estoy fuera, me han largado. Lo siento.

Al ver que Simonson no respondía de inmediato, Adrian subió el resto de los escalones. Hasta que sacó las llaves del bolsillo y abrió la puerta, Simonson no dijo nada.

—Adrian —lo llamó el periodista desde abajo.

Adrian se giró, dejando la puerta de la oscura y espartana vivienda abierta a su espalda. Simonson se encontraba junto a su motocicleta.

—Isaac Gordon es su suegro, ¿verdad? —dijo, mientras se cerraba la trinchera con el cinturón.

—Sí —dijo Adrian—. Ex suegro, supongo, si es que se pierden a los parientes políticos después del divorcio. ¿Por qué?

Simonson se encogió de hombros.

—Isaac Gordon también desempeña un papel importante en todo esto y creo que es lo que lo relaciona con esta situación.

—Ésa es la idea que se maneja en la Cámara —dijo Adrian, y a continuación se encogió de hombros—. Ahora dígame algo que yo no sepa.

—Ojalá supiera algo más —dijo Simonson—. Esperaba que hablar con usted me ayudara a encajar las piezas.

—Siento que no haya funcionado —dijo Adrian—. Así que supongo que ya hemos acabado con esto.

—Supongo que sí, al menos de momento —dijo Simonson. Encorvó los hombros y se dio la vuelta—. Ya sabe cómo ponerse en contacto conmigo si le hace falta.

Adrian volvió la cabeza y le echó un vistazo al mostrador de la cocina.

—Sí.

—Bien.

El hombre volvió a ponerse el casco y subió a la moto. Cuando levantó la barra que la sostenía y arrancó la máquina con el pie, Adrian se volvió para entrar. Tal como su aspecto invitaba a esperar, la moto lanzó un gruñido ruidoso y enfadado en cuanto arrancó el motor. Adrian cerró la puerta, echó el cerrojo y escuchó cómo desaparecía del complejo de apartamentos y luego calle abajo. Cuando el sonido estuvo lo bastante lejano como para que apenas pudiera distinguirlo, liberó la tensión con un gran suspiro y se volvió hacia el escritorio. Al lado de la tarjeta de visita de Simonson colgaba el teléfono y Sarah esperaba al otro lado de la línea. No estaba en el mejor de los momentos para pelearse con ella.

Pero tenía que hacer lo que tenía que hacer. Cogió el teléfono y empezó a marcar.

Capítulo doce

—¿Diga? —dijo Sarah después de la tercera llamada.

Adrian cogió aire pero dudó un momento. No tenía ni idea de cómo empezar.

—¿Diga?

—Hola Sarah. Soy Adrian.

—Ah —dijo Sarah—. Hola. ¿Cómo te encuentras?

—Bien —dijo Adrian—. Estoy bien. El médico dijo que estaba como nuevo.

—¿El médico?

—El del hospital —dijo Adrian. No era posible que Sarah lo hubiera olvidado tan pronto.

—Claro, claro —dijo Sarah—. El accidente de coche. Perdona, estaba pensando en otra cosa.

A Adrian se le pusieron los pelos de punta pero los obligó a relajarse. Sarah hablaba como si estuviera distraída. Eso era todo, sólo estaba distraída.

»¿Seguro que estás bien? —continuó ella—. ¿Qué tal el tobillo?

Adrian cerró los ojos y tragó saliva. Al principio de su matrimonio, Sarah le preguntaba cada vez que llovía porque sabía que con el cambio de presión a veces le dolía. En ocasiones incluso le ofrecía un masaje en los pies, una bolsa de hielo, una almohadilla eléctrica o cualquier cosa que necesitase. Después del nacimiento de Brandon había renunciado a semejantes obras de caridad. Llevaba años sin preguntarle siquiera. Ni siquiera se lo había preguntado ayer, en el hospital.

—Está bien —dijo él—. Mejor que nunca.

—Bien, me alegro.

El silencio llenó la línea durante un largo minuto. Adrian nunca sabía cómo reaccionar cuando Sarah no empezaba a encontrar defectos o a discutir directamente. Claro que todavía no había oído lo que tenía que contarle.

—Siento lo de ayer —dijo Sarah cuando Adrian empezó a abrir la boca para hablar—. Cuando fuimos a visitarte. Fui bastante desagradable contigo y no te lo merecías.

—No... no importa, Sarah —dijo Adrian de forma automática. Se quedó sentado y muy callado en el sofá. Tenía miedo de decir algo más. No quería romper el hechizo que parecía envolver a su ex mujer y que le había cogido tan desprevenido.

—Es que estaba preocupada —dijo ella. Era como si no escuchara lo que le decía Adrian—. Estaba preocupada por Brandon. No sé qué sería de él si te pasara algo. Y tampoco sé muy bien qué sería de mi si te pasara algo.

—Gracias a Dios no me pasó nada —dijo Adrian a falta de algo mejor que decir.

—Pero ya sabes cómo me pongo cuando estoy preocupada —continuó Sarah—. Me entra el pánico y digo lo primero que se me ocurre. Por muy absurdo que sea. No

suelo decirlo en serio. Adrian. Tienes que saberlo.

—Ya lo sé, Sarah —dijo Adrian. Sarah y él ya habían tenido conversaciones como aquélla. Su ex no le estaba diciendo nada que no hubiera oído ya una docena de veces y él no estaba respondiendo de forma diferente. Sin embargo no dejaba de ser agradable no tener que discutir por una vez—. No importa.

—¿De verdad que no importa? —preguntó Sarah con exagerada sinceridad. Adrian pensó en la siguiente pregunta al mismo, tiempo que la planteaba Sarah—. ¿No piensas que no soy más que una bruja loca que está intentando arruinararte la vida?

—No te preocupes —dijo Adrian. Era su no-respuesta favorita. Sarah se lo había echado en cara un par de veces, suponía que quería decir, «Sí, pero no te preocupes», pero esta vez no lo hizo. Decidió interpretarla de la manera que más le convenía.

—Bien —dijo ella—. No quiero que pienses eso. Es que me preocupo cuando creo que voy a perder algo importante para mí. Me entra el pánico.

Una débil ascua se agitó en el corazón de Adrian, pero se apagó y se convirtió en ceniza cuando se dio cuenta de que estaba hablando del amor y el respeto de su hijo, no de él. Y seguro que se estaba refiriendo más al dinero que le mandaba cada dos semanas que a el concretamente, ahora que lo pensaba. Parecía que no era el único que podía utilizar una frase ambigua multiusos.

—No te preocupes —dijo otra vez—. Al parecer no has perdido nada.

—Ya —respondió Sarah. Siguió a esa respuesta un suspiro dramático y dejó que el silencio inundara la línea otra vez.

Adrian esperó un minuto, quizá dos y luego dijo:

—¿Y cómo estás tú?

—No muy bien —dijo Sarah—. ¿Tienes un minuto?

—Claro —dijo Adrian sin pensar.

—Bien —dijo Sarah—. Gracias. A veces echo de menos hablar contigo.

—Pero si hablamos —dijo Adrian, pensando en lo que eso suponía normalmente.

—No como antes —dijo Sarah—. Siempre sabías escucharme cuando *necesitaba* hablar.

Cuando Sarah dijo eso, Adrian empezó a darse cuenta de la trampa en la que podría haberse metido. Sarah estaba cogiendo impulso pero él era incapaz de pensar en un modo cortés de echarse atrás sin convenir aquella conversación en una pelea al instante. Así que se limitó a gruñir una respuesta que no le comprometía a nada.

Se produjo otra larga pausa hasta que Sarah dijo:

—Tuvo una aventura, Adrian.

—¿Qué? ¿Quién?

—Peter —dijo Sarah—. ¿Quién si no? Tuvo una aventura y por fin se ha decidido a contármela.

—¿Qué? —dijo Adrian—. ¿Qué pasó? ¿Por qué no intentas contármelo desde el

principio?

—Después de llegar a casa con Brandon anoche —dijo Sarah—. Peter y yo estuvimos hablando. No le gustó que fuera a verte sin decírselo. Creía que quizá yo todavía sintiera algo por ti.

—Eso no tiene ningún sentido —dijo Adrian. Estaría encantado de desengañar a Peter *tout suite*.

—Eso fue lo que le dije —dijo Sarah—, pero no quiso escucharme. Cada vez se enfadaba más y me acusaba de estar teniendo una aventura. Aunque sabe que no hago ese tipo de cosas, no dejaba de hacerme preguntas sobre dónde había estado mientras él estaba fuera de la ciudad y demás. Pero yo no hago eso.

Adrian se guardó su escepticismo. Sarah tampoco era tan contraria a hacer ese tipo de cosas. Había empezado a salir con él a espaldas del que entonces era su novio en la facultad.

—¿Y qué le dijiste tú? —la pinchó Adrian. Aunque intentaba ser comprensivo, no podía evitar sentirse vengado. Sarah lo había acusado de acostarse con otras en más de una ocasión. Era bastante gratificante verla a ella en el banquillo de los acusados por una vez.

—Bueno, empecé a llorar —dijo Sarah—, pero luego me enfadé. Ya sabes cómo me pongo cuando me ponen triste. Me enfado con ellos e intento apartarlos para que paren.

—Ese truco me resulta conocido.

—Empecé a gritarle, intentaba averiguar porqué me estaba haciendo todas aquellas preguntas. Tenía miedo de que me dejara aunque yo no había hecho nada. Me entró el pánico y dije que quizá la razón de que se pusiera tan loco era porque estaba proyectando su situación. Lo acusé a él de estar teniendo una aventura y le di la vuelta a la tortilla para acusarlo a él.

—También lo he visto —dijo Adrian—. ¿Qué pasó?

—Lo admitió —dijo Sarah. Parecía a punto de llorar o de chillar... Adrian no estaba seguro—. Concreté la acusación en un viaje de negocios que hizo con una antigua secretaria y lo admitió. ¡Dijo que se había acostado con ella!

—Ostia —dijo Adrian con suavidad—. Eso debió ser toda una sorpresa. ¿Cuándo fue?

—Justo antes de mudarse aquí —dijo Sarah—. Más o menos un mes antes. Dijo que lo hizo porque se estaba probando, Adrian. Dijo que quería hacerlo para ver si todavía me quería después. Dijo que todavía me amaba a mí después de acostarse con ella así que se sentía «a salvo» y podía venirse a vivir conmigo.

Adrian tuvo que morderse la lengua para evitar reírse, pero no pudo evitar que se le transparentara la sonrisa en la voz cuando dijo.

—Es lo peor que he oído jamás, Sarah.

—Fue lo que le dije yo también —dijo Sarah—. Deberías haberme visto. Estaba enfadadísima. Volqué la mesita de noche y empecé a aporrear el espejo del cuarto de baño hasta que se rompió. Hasta me corté un poco. Creo que él siguió hablando pero yo no le oía. Todo lo que veía era el color rojo de mi ira.

Adrian puso en duda eso último. Ya había visto a Sarah enrabiada y los berrinches solían terminar en un desastre de pequeños muebles volcados y alguna pequeña herida en las manos o los antebrazos. Las primeras veces era temible verlos pero según iba transcurriendo su matrimonio, soportar aquellos ataques se había convertido más en una cuestión de irse apartando de cualquier objeto caro. Pero mientras pensaba en lo que decía su ex se le ocurrió una idea especialmente inquietante.

—Oye, ¿dónde estaba Brandon mientras estaba pasando todo eso?

—¿Qué? —Había cogido a Sarah desprevenida—. Se estaba metiendo en la cama al otro lado de la casa. No oyó nada.

Adrian también lo puso en duda pero prefirió callarse. Ellos dos habían dicho y hecho cosas peores cerca de Brandon.

—¿Y ahora qué? —dijo él—. ¿Has echado a Peter?

—No, no —dijo Sarah—. No podría hacerlo. Soy incapaz. Ha sido como un padre para Brandon y en todo lo demás ha sido un buen marido. Y pasó hace mucho tiempo...

Mientras escuchaba todo aquello, Adrian se preguntó de qué planeta había bajado aquella sustituta de Sarah. Si él hubiera admitido semejante cosa ante Sarah, el delito no habría prescrito jamás. Se lo echaría en cara cada vez que discutiesen y desde luego no estaría dispuesta a disculpar su comportamiento menos de 24 horas después de la admisión.

—Con todo —dijo él— es una cabronada. Sobre todo por una razón tan absurda.

—Lo sé, lo sé —dijo Sarah—. Tú jamás lo habrías hecho. Siempre *fuiste* más sensato, incluso antes de que nos casáramos.

Adrian tuvo la sensación de que le acababan de dar unos golpecitos en la cabeza, como si fuese un perrito bien adiestrado. Lo que hacía más irritante aquel sospechoso halago era recordar que le había echado en cara violentamente lo contrario muchas veces.

—¿Entonces qué vas a hacer? —preguntó él.

—No estoy segura —dijo Sarah—. No estamos seguros. Vamos a hablar de ello este fin de semana mientras tú tienes a Brandon. El primo de Peter tiene una cabaña en el bosque, a las afueras de la ciudad. Vamos a ir allí a pasar el fin de semana sólo para hablar de todo y ver si lo podemos arreglar. Creo que tal vez podamos.

—Bien —dijo Adrian, aunque no podía evitar sentirse estafado—. Buena suerte, entonces.

—Espero que al final todo pueda ir bien —dijo Sarah—. Quizá.

—Por la esperanza.

La verdad es que Adrian no quería que la relación de Peter y Sarah se rompiera durante el fin de semana (bien sabía Dios que Peter se la podía quedar) pero una pequeña y petulante parte de él se reía de la idea de que pudieran solucionar aquel problema tan rápida y fácilmente. Sarah nunca había demostrado aquella disposición para perdonarle ni siquiera las cosas más insignificantes que había hecho él para hacerla enfadar. ¿Por qué tenía que pasar página ahora? ¿Dónde estaba toda aquella comprensión cinco años atrás?

—Sí —dijo Sarah—. Ya veremos. Todavía tiene que responder de muchas cosas. Y me voy a asegurar de que no haya hecho nada parecido desde entonces antes de intentar siquiera perdonarle. —Eso ya se parecía mucho más a la Sarah que él conocía—. No se va a librar tan fácilmente.

—Más fácilmente de lo que debería —dijo Adrian dejando que el contexto disimulara el significado de sus palabras.

—Quizá —Sarah hizo una pequeña pausa y luego cambió de tema—. Pero lo que necesito es que me ayudes un poco. Peter y yo queríamos irnos el viernes por la mañana para llegar allí pronto, así que me pregunto si no podrías venir a recoger a Brandon a la escuela el jueves.

—El jueves —dijo Adrian, intentando ocultar sus dudas. Bueno, ya lo había aplazado lo suficiente—. ¿A qué hora termina la escuela?

—El programa de actividades extra escolares termina a las tres y media —dijo Sarah—. Tendrás que salir del trabajo un poco antes y tendrás que hacer lo mismo el viernes para recogerlo de la escuela otra vez. Sé que últimamente has estado muy ocupado con esa compañía de productos prostéticos que se va a instalar aquí, pero si les dices que ya has hecho planes para irte temprano, deberían dejarte. No tendrás una reunión programada para tarde ninguno de esos días, ¿verdad?

—No, no es eso —dijo Adrian. Después de lo agradable que había sido la conversación hasta entonces, mil voces complacientes le advertían que no mencionara el tema. Dile que todo va bien y accede a lo que te diga, lo animaban las vocecitas. Dudó por un momento, pensó en hacer exactamente eso.

—¿Entonces qué? —dijo Sarah—. ¿Pasa algo? Ahora que lo pienso, me has llamado tú a mí. Y me has llamado porque tenías algún problema, ¿verdad?

La voz de Sarah carecía de cualquier tipo de simpatía y Adrian sintió la tensión que empezaba a arrastrarse por su nuca como una araña.

—No, nada grave —dijo Adrian—. Puedo estar en la escuela de Brandon a las...

—¿Es no, o es nada grave? —dijo Sarah haciéndole la autopsia a su última concesión—. ¿Qué es?

—No es nada grave —dijo Adrian—. Pero podemos hablar de eso en otro

momento.

—¿Qué es? —insistió Sarah. Parecía melodramáticamente nerviosa y disgustada, como si estuviera forzando el deje emotivo. Adrian nunca sabía si su tono era auténtico en aquellas situaciones—. ¿Estás intentando ocultarme algo? Detesto que la gente me oculte secretos.

—No, no pasa nada —dijo Adrian. Ojalá se hubiera limitado a desearle suerte a Sarah y hubiera accedido a recoger a Brandon después de la escuela—. Podemos hablar de ello cuando lleve a Brandon el domingo por la tarde.

—No —dijo Sarah—. Eso no me vale. No puedo estar pendiente de eso todo el fin de semana mientras se supone que le estoy dedicando todo mi tiempo a Peter. No seas egoísta, Adrian, dímelo.

Adrian no sabía muy bien por qué era egoísta lo que estaba haciendo, pero se rindió de todas formas. Después de todo la había llamado para eso.

—De acuerdo, Sarah —dijo. Se reclinó en el sofá y cerró los ojos—. Esta mañana he perdido mi trabajo. Mahoney me ha despedido.

—¿Qué? —dijo Sarah. Ahora parecía más enfadada que cuando hablaba de Peter.

—Me han despedido.

—Por el amor de Dios, Adrian. ¿Qué hiciste para que te despidieran?

—No hice nada —dijo Adrian—. Me encontré a un sustituto esperando cuando llegué allí. Al parecer ya llevaban unos días con la intención de despedirme y yo ni siquiera lo sabía.

—Has tenido que hacer algo, Adrian —dijo Sarah—. No se despide a la gente por que sí. ¿La has jodido con algo?

—No. Mira, Sarah, te lo estoy diciendo. Me despidieron sin razón. Al menos no me dieron ninguna razón. Pasó y ya está.

—Bueno ¿y por qué no me lo dijiste? —dijo Sarah—. Eso debió ser lo primero que te saliera de la boca cuando descolgué el teléfono.

—No creo que me diera tiempo —dijo Adrian, intentando evitar palabras que fueran más agresivas—. Has empezado enseguida a hablar de Peter y no he querido interrumpirte.

—Eso no es más que una excusa —dijo Sarah—. Te daba miedo admitirlo.

—Vale, no quería convertirlo en una pelea —dijo Adrian. A estas alturas, apenas era capaz de mantener un mínimo de cortesía—, pero parecía que tú también necesitabas hablar.

—No habría dicho nada si hubiera sabido lo que estabas ocultando —le soltó Sarah—. ¿Y qué se supone que voy a hacer ahora?

—¿Qué quieres decir?

—Bueno, no tienes trabajo así que no puedes venir a recoger a Brandon. Eso significa que tengo que cuidarlo yo así que Peter y yo no podemos irnos este fin de

semana. Lo estás jodiendo todo. ¿Es eso lo que estás intentando hacer? ¿Estás intentando estropear lo que hay entre Peter y yo por las peleas que tenemos?

—No —gruñó Adrian—. No estoy intentando joder nada. Estoy...

—Estás haciendo un gran trabajo.

—He dicho que sólo estoy intentando decirte que...

—Que eres incapaz de conservar un empleo —lo interrumpió Sarah otra vez—. Cuando perdiste tu último empleo dijiste que este puesto en la Cámara de Comercio era perfecto para ti y que tú eras perfecto para él. Hasta le rogué a mi padre que te recomendará.

Adrian recordaba muy bien aquella escena. Había tenido que soportar un largo almuerzo con Sarah mientras ella machacaba a su padre y le explicaba lo mucho que necesitaba Adrian el dinero y que aquel puesto en la Cámara de Comercio era la última oportunidad que tenía de conseguir un buen empleo en la ciudad. Si no lo conseguía, tendría que volver al sur, abandonar a su hijo y tendría que renunciar a sus derechos de visita. Sarah había hecho todo lo que había podido para rebajar y humillar a Adrian delante de su padre, y de los clientes del restaurante donde se habían reunido los tres para discutir la situación, y hasta Adrian había empezado a creerse su apocalíptica predicción de lo que podía significar que él no consiguiera aquel trabajo. Al final de aquel largo razonamiento, Isaac había dicho que siempre había sido su intención recomendar a Adrian para aquel puesto y que todo lo que Adrian habría tenido que hacer era pedirselo. Adrian sólo había querido enterrar la cabeza en brea caliente después de aquel almuerzo infernal, y ahora Sarah actuaba como si le hubiera hecho un favor.

—Y ahora vas tú y lo pierdes —seguía diciendo—. ¿Qué coño se supone que vas a hacer ahora? ¿Cómo se supone que vas a seguir pagándome la pensión? Dímelo, si ahora ya no tienes trabajo.

—Sabes tan bien como yo que ni siquiera tendría que estar pagando una pensión —dijo Adrian, casi ya a punto de gritar—. La única razón de que la siga pagando es que Peter y tú no termináis de casaros.

—Ahora no me echas la culpa a mí —le espetó Sarah—. Y no empieces a chillarme tampoco. No soy yo la que te dejó sin trabajo.

—Y tampoco es culpa mía —dijo Adrian. ¿Dónde estaba el terreno seguro? ¿Por qué no podía enfocar aquella discusión como él quería?

—Claro —dijo Sarah—. Perdiste tu trabajo por arte de magia, sin razón alguna. Ya me acuerdo.

Unas palabrotas vitriólicas, casi incoherentes, empezaron a tomar cuerpo en la garganta de Adrian, pero se las tragó. No iban a hacerle ningún bien. Se limitó a quedarse allí sentado hirviendo de furia, ojalá hubiera cerrado aquella boca.

»Se acabaron las excusas —continuó Sarah—. Quiero saber que piensas hacer

para arreglar esto.

—Encontraré otro trabajo —soltó Adrian.

—No me vale. Tienes un pago que hacer este fin de semana. ¿Qué vas a hacer para ponerme ese dinero en la mano?

—No me hables así —dijo Adrian—. No soy ningún crío.

—Cuidado con lo que dices —dijo Sarah—. Hasta un adolescente es capaz de conservar un empleo, Adrian. Tú tienes treinta y cinco años.

—Treinta y tres.

—Da igual. Sigue siendo edad de sobra. Tienes un hijo en el que pensar y facturas que pagar. Y yo tengo que saber cómo piensas ocuparte de esas responsabilidades.

—Conseguiré trabajo.

—No me vale. ¿Cómo? ¿Qué tienes en perspectiva ahora mismo? ¿Tienes un currículum?

—Lo tengo —dijo Adrian—. Y un traje. Puedo empezar a hacer llamadas mañana. No me preocupa.

—Pues debería —dijo Sarah—. Te estás jugando las visitas de Brandon, Adrian. No pienso mandar a mi hijo a un albergue o a vivir debajo de un puente cada dos fines de semana.

Sólo una voluntad sobrehumana evitó que Adrian colgara el teléfono de golpe. Sabía lo que le esperaba. El tono protector, las ridículas escenas del desastre que supuestamente iba a ocurrir, la culpa, la incredulidad. Se lo había buscado él mismo. Lo había visto venir desde el principio.

—Mira —dijo con los dientes apretados—. No va a pasar nada de eso. De todas formas tenía que hablar con tu padre sobre Soluciones Sintéticas mañana por la mañana. Iré a la cita pero cambiaré la razón que me llevó allí. Seguramente podrá ayudarme a encontrar algo y si no quizá intente llamar a los de SolSin. —Se le estaba ocurriendo la idea mientras hablaba, como si se lo estuviera revelando a Sarah y a su propia conciencia a la vez. La idea lo emocionó y lo ayudó a olvidar la rabia que sentía contra Sarah—. Podría ofrecermelo como asesor y ayudarles a asentarse en la ciudad. Joder, los asesores ganan un montón de pasta. Y gracias a tu padre tengo los contactos que quieren. Si tu padre no puede ayudarme, los llamaré a ellos justo después.

—Bueno, más vale que reces para que salga algo bueno de todo esto —dijo Sarah. Todavía parecía igual de enfadada pero la seguridad que percibía en la voz de Adrian le quitó un poco de fuelle.

—Algo saldrá —dijo Adrian con más confianza de la que sentía—. Estoy seguro. Y también puedo arreglármelas para recoger a Brandon el jueves. No será problema.

—Más vale que no —dijo Sarah—. Ahora mismo lo necesito. Lo necesitamos Peter y yo. Últimamente no hemos pasado mucho tiempo solos.

«Sólo un fin de semana de cada dos», pensó Adrian.

—¿Qué vas a hacer con el siguiente pago?

—Ahora mismo tengo dinero suficiente para cubrirlo —dijo Adrian. Percibió en su propia voz un inesperado tono zalamero que no le gustó mucho—. Y ya debería haberme instalado con los contactos de tu padre o con la gente de SolSin antes del próximo pago. Está todo bajo control, te lo prometo.

—Bien —dijo Sarah—. Espero que tengas razón.

«Yo también», pensó Adrian.

—Bueno, Brandon sale de la escuela a las tres y media —dijo Sarah. Parecía muy tranquila, totalmente controlada. Por el tono de voz que tenía, Adrian casi no podía recordar lo disgustada y vulnerable que le había parecido al principio de la conversación—. Tienes que estar allí a esa hora para recogerlo. ¿Puedes arreglártelas?

—Sí, me las arreglaré.

—¿Te han devuelto el coche? ¿Cómo vas a llegar allí?

—Últimamente cojo taxis —dijo él—. Y autobuses. Iré en uno u otro.

—Que sea un taxi —dijo Sarah—. No quiero a mi hijo en el autobús con toda esa gente que lo suele coger.

A Adrian tampoco le apetecía mucho pero no le gustaba que le dieran órdenes. Sobre todo cuando le exigían algo que probablemente iba a hacer de todos modos.

—De acuerdo —dijo.

—Muy bien. Tres y media, el jueves, no llegues tarde.

—No lo haré.

—Y Adrian, quiero que sepas que aún no hemos terminado de hablar de tu situación laboral. Vamos a tener que sentarnos con mi abogado cuando volvamos Peter y yo. Tendremos que ver cómo van las cosas.

—Vale, Sarah —suspiró Adrian—. Si eso es lo que quieres.

—Lo es —dijo Sarah—. Y no me digas, «vale». Es lo que vamos a hacer.

—De acuerdo. Estaré en la escuela a las tres y media el jueves y tú tendrás tu cheque la semana que viene.

—Bien.

—Ah, oye, Sarah —añadió Adrian—. Buena suerte este fin de semana.

—¿Qué?

—Para arreglar las cosas con Peter. Espero de verdad que funcione.

—Sólo lo dices de boquilla, Adrian —dijo Sarah, convencida—. Ya hablaremos la semana que viene. Adiós.

Sarah colgó y Adrian se limitó a quedarse echado con el teléfono en la mano.

—Vale, pues sí —murmuró para sí mismo—. Pero tampoco tenía por qué decirlo, so perra.

Asqueado (en parte con Sarah pero sobre todo consigo mismo) colgó el teléfono y se quedó quieto con las manos en el brazo del sofá. Aunque todavía faltaban varias horas para que la oscuridad fuese completa, cerró los ojos e intentó quedarse dormido. En su opinión, cuanto antes terminara ese día, mejor.

Capítulo trece

Matthew Simonson volvió a su habitación del hotel Lester una hora más tarde, más o menos. Cerró la puerta de golpe, tiró el abrigo sobre la cama y se quitó los zapatos de una patada que los mandó al otro lado de la habitación. A todos los efectos, Cross era un callejón sin salida. Si al menos estuviera ocultando algo, pensó Simonson, al menos sería tolerable; pero lo cierto es que Cross sólo parecía ver la superficie de lo que estaba pasando a su alrededor y Simonson se había estado sometiendo a la presunción ignorante de aquel hombre sin conseguir nada apreciable. Mañana, decidió, haría una excursión a las afueras de la ciudad para visitar a Isaac Gordon. Aunque Gordon no supiera más que Cross sobre lo que tramaban los fundadores de Soluciones Sintéticas, al menos era lo bastante viejo para saber que había que ser amable y educado con los invitados.

Eso lo dejaba con el resto de la noche libre y no quería pasarla en la cama viendo la tele como una esponja. Era cierto que la televisión le ofrecía todos los canales por cable principales, así como todos sus clones y encima presumía de una impresionante serie de películas de pago, pero a Simonson no le interesaba todo aquello. Tenía cosas más importantes que hacer con su tiempo que quedarse pegado a la caja tonta mirando bailar aquellas bonitas luces que parpadeaban sin parar para su diversión. Prefirió sentarse ante su mesa y abrir el ordenador portátil.

—¡Tienes correo! —le dijo en silencio su reflejo. Le dio la impresión de que se burlaba detrás de su propio portátil invertido en su invertida habitación del espejo.

Simonson levantó una ceja desdeñosa y se puso a trabajar. Encendió el ordenador y activó su conexión segura a la *Red Digital*. De inmediato, el chivato del messenger se llenó con los saludos de sus amigos y compatriotas que estaban trabajando o jugando en la Red en ese momento. Les respondió, rechazó varias ofertas de sumergirse virtualmente en la Red y les dijo a todos que estaba ocupado. La mayor parte siguió con lo que estaba haciendo y Simonson filtró a los que no sabían que a veces había que dejar a la gente en paz.

Una vez relativamente tranquilo, se conectó a *El Despertar* y le echó un vistazo. Nadie había roto el sistema de seguridad. El contador de la semana había subido un poco. Unos cuantos anunciantes nuevos le andaban a la zaga para que añadiera carteles a la versión mundana de la página que tenía en Internet. Nada nuevo bajo el sol. Nada especial. Simonson abrió el correo a través de esa página sin demasiadas esperanzas de encontrar algo. Nada de Cross y nada de su mentor ausente. La única carta interesante que había en el buzón era un recado de su informador local, el que se hacía llamar Papaíto, a secas. El envío sólo tenía unos minutos y era una petición para que Simonson se reuniera con él en un messenger Durmiente en cuanto pudiera. Simonson miró a su reflejo.

—Por fin —dijo su reflejo.

—Ya lo creo —respondió Simonson. Llevaba casi una semana sin saber nada de Papaíto y ya empezaba a estar más preocupado que molesto.

—Ya puestos, podía ofrecerse a hablar con unas latas y unas cuerdas —dijo su reflejo. Esa parte de él nunca había sido muy paciente con las personas cuya forma de comunicación por cable no incluía de algún modo a la *Red Digital*.

—En este caso lo preferiría —dijo Simonson—. Al menos de ese modo podría encontrarlo.

Aquel informador había sido el que había atraído la atención de Simonson hacia los proyectos de Soluciones Sintéticas en Iron Rapids, varias semanas antes. Papaíto era al parecer un lector nuevo de *El Despertar* y se había identificado con algunas de las historias publicadas en la sección de «Interés Humano» de la página sobre la forma en que los gobiernos y las corporaciones abusaban de la confianza pública. A principios del mes pasado, se había puesto en contacto con Simonson para hablarle de unas fuerzas ocultas que según él estaban trabajando en su ciudad y había sugerido que Soluciones Sintéticas podía ser un tema interesante para un artículo de *El Despertar*.

En condiciones normales, Simonson habría hecho caso omiso de aquella petición. A través de su página, recibía una inundación de e-mails mal formateados, gramaticalmente atroces y medio analfabetos, enviados por Durmientes que no sabían juntar dos palabras sin cometer tres faltas de ortografía. Cada una de aquellas obras de arte moderno le pedía que confirmara la última chifladura que había soñado el simio jadeante que le mandaba el e-mail. La gente parecía pensar que iba a saltar a un avión y aparecer fresco como una lechuga a la mañana siguiente para investigar cada tontería que se les ocurriera. Tres cuartas partes de su correo contenían estupideces de ese tipo. Otra parte de los correos restantes provenían de los engendros que querían pelearse con él por alguna historia que había publicado en la página de «Interés Humano» o decirle que iba a ir al infierno por dar crédito a las historias sobrenaturales que publicaba a veces en la página de «Rarezas». (De vez en cuando incluía cartas de esa naturaleza en la página de «Los Lectores Responden» seguidas por una respuesta mordaz y sardónica que se podría malinterpretar y confundir con una contestación cortés que le daba las gracias al emisario por su interés, pero normalmente las borraba, asqueado). El poco correo que restaba era inteligente, perspicaz, interesado y bien pensado. Algunos mensajes provenían incluso de Durmientes que se las habían arreglado para acceder a la *Red Digital* desde Internet, pero no era frecuente. Más o menos el cinco por ciento de las cartas, según había calculado Simonson, provenían de personas que acababan de Despertar o que tenían un gran potencial para hacerlo.

A pesar de que Simonson no lo conocía de nada, el e-mail de Papaíto había caído

con facilidad en aquella última categoría. Le había llegado con una historia adjunta, lista para publicar, sobre la ciudad de Iron Rapids. Michigan y la Corporación de Soluciones Sintéticas. Si bien no era lo bastante alarmista para el gusto de Simonson y se había esforzado más por insinuar la opinión del escritor que por manifestarla directamente, Simonson la había encontrado bien escrita y lo bastante interesante para que mereciera una mayor investigación. En su página no aceptaba artículos de otros pero no era contrario a darle su toque a un material bien escrito que le hubieran enviado si era digno de publicarse.

Pero lo que le había parecido aún más interesante era la carta de presentación que acompañaba a la historia. Papaíto se describía como un nativo de Iron Rapids que había leído varios reportajes en el periódico local, según los cuales había unos representantes de Soluciones Sintéticas que estaban interesados en la ciudad. Había asistido por curiosidad a una rueda de prensa en las escaleras del Ayuntamiento que habían programado los representantes de la corporación y la Cámara de Comercio. El acto había sido poco más que un truco publicitario, pero Papaíto se había enterado de algo más siniestro al llegar.

Mientras el portavoz de SolSin largaba su discurso desde el podium que se había instalado en la parte superior de la escalera del Ayuntamiento, Papaíto afirmaba que había visto una visión inexplicable de esa persona cubierta de los pies a la cabeza de finas telarañas metálicas. Al mismo tiempo, el logotipo de SolSin que se había pegado a la parte anterior del podium dejaba de mostrar el lema de la corporación en la parte inferior. En su lugar se leía: «*Todos seréis esclavos*». Mientras contemplaba conmovido aquella visión, explicaba Papaíto, las telarañas que cubrían el cuerpo del portavoz se habían hecho más gruesas y habían empezado a expandirse desde las puntas de los dedos al podium en el que se apoyaba. Papaíto había mirado a su alrededor para ver si había alguien más tan alucinado con lo que estaba pasando como él, pero nadie más pareció notarlo en medio de aquella pequeña multitud. Cuando volvió a mirar ya no quedaba nada de lo que había visto. El portavoz no era más que un estirado aburrido y normal y el eslogan corporativo era la vieja y vaga promesa de siempre. Ni telarañas ni advertencias proféticas.

Aún así. Papaíto había huido del lugar y había vuelto a casa. Había desenterrado lo que había podido sobre la joven corporación en el Internet mundano (que no era mucho) y había compuesto su historia, cuyo objetivo era pedirles información sobre aquella corporación a los lectores que pudieran decirle algo y animarlos a cuestionar la invasión de sus ciudades por parte de corporaciones poco conocidas. En su búsqueda de un sitio al que mandar su historia, había descubierto dos candidatos probables. El primero era *El Despertar* y había añadido un enlace al segundo en el texto de la carta. Pero por la razón que fuera, el ISP de Papaíto había mutilado el enlace y lo había convertido en un galimatías de letras, y los esfuerzos de Simonson

para encontrarlo en Internet o en la *Red Digital* no habían dado ningún resultado.

A pesar de todo a Simonson le había picado la curiosidad. Papaíto no ofrecía excusas para la visión que había tenido, ni tampoco intentaba racionalizarla en su carta. Contaba el incidente y lo dejaba tal cual, como si no fuera la primera vez que experimentaba antes algo parecido. También había decidido enviarle su historia a *El Despertar* en lugar de a la miríada de páginas «periodísticas» escritas por chiflados que había en Internet. Y además de todo eso, a pesar de todas las investigaciones y actos de piratería informática que había realizado Simonson, no había conseguido descubrir la identidad real que había tras el apodo de Papaíto. Como mínimo, el talento que tenía Papaíto para preservar la seguridad de su ordenador era impresionante y sólo eso ya hacía que su voz sobresaliera entre el aburrido rugido que emitían los paniaguados medio analfabetos que escribían a Simonson.

Simonson había abierto un cuadro de diálogo poco después para seguir hablando de la historia. Discutieron la investigación que había realizado ya Papaíto y la información adicional que había encontrado Simonson a través de sus fuentes de la *Red Digital*. Los representantes de Soluciones Sintéticas compraban inmuebles industriales en Iron Rapids cada vez que se cerraba alguna de las fábricas más antiguas. Las adquisiciones se habían detenido poco después de quitarles de las manos a sus dueños unas cuantas fábricas, aunque la compra de muchas fábricas y acerías antiguas se había considerado. Los empleados de la Cámara de Comercio estaban trabajando para facilitar la adquisición de esas propiedades. Manufacturas Iron Rapids, una de las corporaciones más grandes de la ciudad, estaba perdiendo dinero con rapidez y los representantes de SolSin estaban intentando negociar con la junta directiva de la compañía. El dueño de la MIR parecía estar esquivándolos y sus dudas estaban retrasando el resto del proceso. La declaración minimalista que le había dado a la prensa era que estaba investigando las propuestas de empleo de SolSin así como la forma en que esta compañía pensaba convertirse en un bien para la comunidad.

Sin embargo, intentar investigar a la compañía misma era inútil. Era demasiado joven para tener un historial en el Dow o en cualquier otro monitor de acciones. Papaíto había averiguado que sus cifras en el NASDAQ gozaban de buena salud y Simonson no había encontrado ninguna indicación de que la Comisión de Seguridad de la Bolsa estuviera disgustada con ellos. La Oficina de Patentes de los EE.UU. tenía en sus archivos registros de los avances tecnológicos de la compañía. El permiso de apertura de la corporación estaba en orden. Soluciones Sintéticas parecía tenerlo todo en regla y operar de forma legal.

Pero lo que de verdad había enganchado a Simonson a aquella historia, era lo que había averiguado cuando había pirateado a la propia SolSin. Ni Papaíto ni él habían tenido el menor problema para saltarse los *firewalls* y finalmente incluso habían

conseguido piratear el router. Papaíto había tenido que renunciar a la investigación en aquel punto porque cuando intentó entrar ilegalmente desde el router al servidor de SolSin, se había encontrado con otro *firewall*. Éste no había sido capaz de saltárselo y casi lo habían atrapado en el intento. Simonson, sin embargo, se las había apañado para saltarse la segunda barrera y había descubierto algo mucho más interesante. Al intentar instalar un protocolo seguro de transferencia de archivos desde el servidor de SolSin al suyo a través de la *Red Digital*, había descubierto una segunda línea que salía del router de SolSin. Ni Papaíto ni él la habían percibido la primera vez que habían pirateado el router. Eso solo ya era bastante extraño (una vez pirateado el router, deberían haber sido capaces de encontrar cualquier otra conexión que saliera de allí) pero la situación se hacía más extraña cuanto más escarbaba Simonson.

En primer lugar, Simonson había descubierto otro *firewall* en la línea exterior, entre el router de SolSin y el sitio al que mandara la información. Había intentado saltárselo utilizando otra serie de trucos que le había enseñado su mentor y sus esfuerzos lo habían llevado a otro router más. Pero este router manejaba la información que entraba y salía por la *Red Digital*, en lugar de sólo la que pasaba por la sombra de la Red que los Durmientes conocían con el nombre de Internet. Dado que había llegado a la mesa sin estar preparado para piratear un router de la *Red Digital*. Simonson tuvo que renunciar a la excursión antes de que lo cogieran. Se había retirado y se había asegurado de cubrir todas sus huellas, y a continuación se había puesto en contacto con Papaíto en privado.

Aunque Papaíto no tenía la experiencia suficiente para entender la diferencia entre la *Red Digital* e Internet. Simonson le explicó lo que había descubierto. Le dijo a Papaíto que SolSin estaba conectada a algo mucho mayor y de tal forma que ni siquiera los mejores piratas Durmientes podrían encontrarlo. Estuvieron de acuerdo en que esa revelación se contradecía con la arrolladora declaración de los medios de comunicación Durmientes, que Soluciones Sintéticas era una compañía independiente recién nacida en Ann Arbor y que no tenía más de cincuenta personas en nómina.

Simonson y Papaíto habían reflexionado largo y tendido sobre ese hecho, tratando de averiguar qué podía estar ocultando aquella compañía, hasta que Simonson aceptó venir a la ciudad en persona para investigar la situación. Estaba prácticamente seguro de que sabía, al menos parte, lo que estaba ocultando SolSin, pero tenía que confirmarlo en persona. El hecho de que la compañía estuviera presentándole a las masas una nueva tecnología era una pequeña pista pero el hecho de que albergara una conexión secreta con la *Red Digital* era mucho más sospechoso, eso como mínimo. Y que la compañía pudiese ocultarle una conexión en el router a alguien que ya se lo había pirateado era otra indicación más de que aquella empresa era algo más que una firma tecnológica recién fundada con buenos administradores de sistemas. Lo que Simonson creía era que Papaíto se había tropezado con una corporación que servía de

fachada a la Tecnocracia.

Esperaba estar equivocado pero lo dudaba mucho. Había llegado, había dejado las maletas en el hotel que estaba en frente del edificio Gideon, en el atestado centro de Iron Rapids, y a continuación había seguido investigando los verdaderos objetivos y propósitos de SolSin.

Después de una semana de fisgar en varios bancos de datos de la ciudad, se había enterado del accidente de Adrian Cross y había supuesto que Cross era Papaíto. Ya había averiguado que el propietario de la MIR que estaba retrasando el avance de SolSin en la ciudad era un tal Isaac Gordon, antiguo presidente de la Cámara de Comercio de Iron Rapids. Gordon, según había descubierto, era el suegro de Cross y la carta de recomendación que le había dado Gordon a Cross y que estaba en la base de datos del departamento de Recursos Humanos de la Cámara de Comercio, había sido más que responsable de que Cross consiguiera el trabajo allí. Y aún más, puesto que Cross trabajaba en la Cámara, habría tenido una buena razón para asistir a la rueda de prensa de Soluciones Sintéticas, dado el trabajo que le habían asignado. Si Cross hubiera ido a la conferencia de prensa y hubiera visto la visión que describía la carta de Papaíto, podría haber acudido a su suegro para contarle sus recelos. Gordon prácticamente había espantado de la ciudad a una compañía automovilística japonesa porque no respetaba sus prácticas laborales, así que era posible que hubiera empezado a darle largas a Soluciones Sintéticas para que Cross pudiera seguir investigando.

El accidente de Cross y su subsiguiente desaparición sólo había hecho que la suposición de Simonson pareciera mucho más plausible. Si los recelos de Cross habían llegado a oídas de alguien lo bastante importante en la jerarquía de Soluciones Sintéticas, aquellas personas a las que Soluciones Sintéticas representaban quizá lo considerarían un estorbo para el proyecto que tuvieran en mente. Y para defender este proyecto, supuso Simonson, habían organizado su eliminación de la ecuación, sólo que la diligencia de Simonson y su fuerza de voluntad les habían impedido terminar el trabajo con éxito.

Sin embargo, aunque aquella teoría había parecido bastante sólida cuando la concibió detrás de un escritorio y delante del espejo de una habitación de hotel, se había desmoronado cuando Simonson había ido a visitar a Cross al hospital. Aquel hombre se había mostrado maleducado y condescendiente y había dejado muy claro que nunca había leído *El Despertar* ni oído hablar de él. Simonson se había dado cuenta, casi de inmediato, de que Cross en realidad no era Papaíto. Había algo extraordinario en él, eso tenía que admitirlo, y era la única razón por la que no se había ido de inmediato. Pero Cross no era la persona que se había puesto en contacto con él.

Pero sí que era una pista extraordinaria. Tenía acceso a todos los elementos importantes de la historia y había sido blanco de un trato injusto de naturaleza

conspiradora. Y dado que no lo habían atacado por ser Papaíto, la razón que se escondía tras aquella agresión intrigaba a Simonson mucho más. Es más, a Cross le había pasado algo durante el accidente de coche o durante el coma, los días siguientes. Cross lo estaba reprimiendo, pretendía pasarlo por alto o bien no era consciente de ello, pero Simonson lo había visto con toda claridad. Cross destacaba entre el mundo que lo rodeaba, como si fuera un relieve sutilmente marcado, y de su cuerpo irradiaba una energía vibrante a pesar de los confines estériles y estáticos de la habitación de hospital en la que se habían conocido. Tenía los ojos muy abiertos y concentraba la mirada en los objetos que lo rodeaban de una forma distinta a la mayor parte de la gente. Sólo había un leve aire de desconfianza cínica (y una confianza excesiva en su propia astucia) que embotaban los bordes de la comprensión de Cross.

Simonson no creía que Cross hubiera *despertado*, porque en ese caso el propio Cross lo sabría y no se habría mostrado tan gilipollas. Lo que Simonson creía era que Cross se había convertido en un Sonámbulo metido en una situación que no comprendía. Era capaz de ver fragmentos de la verdadera naturaleza de las cosas que se revelaban a su alrededor y lo incorporaban de mil formas sutiles pero todavía no entendía el lugar que ocupaba entre ellos. A pesar de todo. Simonson era consciente de que Adrian Cross desempeñaba un papel importante en la historia en la que estaba trabajando.

Para desmentir aún más la teoría inicial de Simonson sobre la identidad de Papaíto, éste se había vuelto a poner en contacto electrónico con él. Y por irónico que pareciera, la hora que aparecía en el último e-mail que le había mandado demostraba que lo había enviado mientras Simonson hablaba con Cross. Simonson puso los ojos en blanco al pensarlo, se conectó con el messenger que le había indicado Papaíto y se encontró con que su informador ya lo estaba esperando. De inmediato, Papaíto le pidió que se reuniese con él en lo que le parecía un foro más seguro, en otro sitio de Internet. Un tanto cansado, Simonson accedió.

Cuando por fin estuvieron en un local virtual en el que Papaíto se sentía seguro, Simonson habló con él de Cross. Le contó a Papaíto por qué había pensado que Cross y él eran la misma persona y los pasos que había dado para llegar a esa conclusión. Papaíto alabó la capacidad deductiva de Simonson (cosa que a Simonson siempre le gustaba oír) pero le dijo que él no era Adrian Cross. No quiso admitir quién era en realidad pero hablaron sobre las diferentes formas en las que Cross podría estar implicado en la trama de Soluciones Sintéticas. Estuvieron de acuerdo en que la conexión de Cross con Isaac Gordon quizá fuera importante pero Papaíto sugirió que tal vez Simonson hubiera entendido la historia al revés. Era posible que Gordon hubiera empezado a esquivarlos sin más y que la gente que estaba detrás de Soluciones Sintéticas quisiera utilizar a Cross para hacerle cambiar de opinión. Si Cross había dicho que no cuando le habían pedido que los ayudara a convencer a

Gordon, ese rechazo podría haber inspirado el despido y el accidente de coche provocado.

Simonson se pasó el resto de la tarde conectado viendo cómo Papaíto se dedicaba a desgranar especulaciones inútiles sobre quién estaba en realidad detrás de Soluciones Sintéticas. Muy poquito a poco. Simonson intentó explicarle el concepto de la Tecocracia, sin citar siquiera el nombre en un principio. No le parecía una gran idea darle mucha información a alguien tan paranoico como parecía Papaíto.

Pero al final Papaíto entendió la idea básica y se mostró más que dispuesto a aceptar que en el mundo existía una conspiración que tenía siglos de antigüedad y que pretendía manipular y esclavizar a las masas apáticas y casi siempre ignorantes. Los que estaban detrás de la conspiración empuñaban un poder sin límites pero operaban a la vez por encima de la mayor parte de las leyes Durmientes y por debajo del nivel de percepción del ser humano medio. Papaíto admitió que la idea era consecuente con las opiniones de otras personas inexpertas y asustadas que había conocido por Internet desde el día que se le abrieron los ojos a lo que de verdad estaba pasando a su alrededor.

Simonson consideró que ya era una victoria que el otro aceptara aquella información y cambió de tema. Hizo todo lo que pudo para mantener una conversación con Papaíto, siempre que leer, escribir, esperar y leer se pueda considerar una conversación. Lo sondeó con preguntas inocuas destinadas a averiguar quién era en realidad. Papaíto contestó a la mayor parte de las preguntas que le planteó, pero cuando Simonson intentaba engañarle para que revelara alguna información, se mostraba asquerosamente ambiguo. A su vez, él también hizo un par de preguntas cargadas de mala idea y el propio Simonson no se dio cuenta de que eran trucos hasta un momento antes de haberle enviado las la respuestas. Los dos sabían a qué estaba jugando el otro, pero ninguno lo admitía. Durante un rato, Simonson disfrutó del reto que suponía intentar atrapar a Papaíto al tiempo que intentaba evitar que éste lo atrapara a él.

Pero al final el juego perdió su atractivo y siguieron dando rodeos hasta la madrugada mientras Simonson intentaba convencer a Papaíto de que confiara en él y le revelara su identidad. Papaíto no aceptó pero prometió que se lo pensaría una vez que hubieran llegado al fondo de lo que tramaba Soluciones Sintéticas. Simonson tuvo que conformarse con eso y se desconectó por fin. Hecho esto, miró a su reflejo con ojos de sueño y cerró el ordenador. Su reflejo parecía tan despierto y vivo como siempre. Por muy cansado que estuviese, la energía y el aspecto exuberante de su reflejo jamás disminuían.

—No estoy más cerca del final de todo esto, ¿verdad? —le preguntó.

—Más cerca —pronunció en silencio su reflejo—. Muy cerca. Llegaremos al fondo y veremos lo que hay a su debido tiempo.

Simonson bostezó y se dirigió a la cama.
—Apuesto a que sí —dijo—. Seguro.

TERCERA PARTE:
«Miércoles»

Capítulo catorce

El agente del Sindicato Jacob Sutton abrió la puerta de su nueva oficina, encendió las luces y entró en la habitación, todo ello al mismo tiempo. Se quitó la chaqueta con un movimiento de hombros y la lanzó a la percha de la esquina. Le dio un tirón rápido al cuello de la camisa para aflojarse la corbata y cerró la puerta con la punta del pie. Iba a visitar a Isaac Gordon por la tarde, recordó mientras se volvía hacia su escritorio, y tenía que confirmar la cita con la secretaria personal de Gordon. No se había alejado más de un paso de la puerta cuando descubrió que había un anciano sentado en su silla, tras el ordenador. El hombre tenía el pelo blanco y llevaba una camisa negra con botones nacarados. Los ojos color ámbar estaban enmarcados por un rostro cansado y arrugado. El hombre levantó la vista sin dar señales de reconocerlo ni de explicar su presencia.

—¿Puedo ayudarle en algo, señor? —preguntó Sutton poniéndose rígido y dando un paso hacia el escritorio—. ¿Qué está haciendo usted aquí?

El hombre hizo rodar la silla de lado y se levantó detrás del escritorio. Sutton oyó el sonido de unas hojas secas que crujían y se agrietaban bajo sus pies.

—Ven aquí, muchacho —dijo el hombre canoso. Salió de detrás del escritorio y caminó hacia el centro de la habitación. Un par de hojas trepidaron a su paso.

—Escúcheme —dijo Sutton. A pesar de las circunstancias, permanecía tranquilo y al mando de la situación—. ¿Puedo ayudarlo en algo? —Pasó junto al hombre para interponerse entre él y el escritorio—. ¿Quiere que llame a alguien para que le lleve a casa? —Extendió la mano hacia atrás para coger el teléfono.

El hombre levantó el brazo derecho y la luz del techo cubrió de chispas el largo cañón de acero de una impresionante pistola. Desde la perspectiva de Sutton, la posición de la luz dejaba en sombras buena parte del rostro del hombre pero el extremo vacío y negro del cañón era un ojo inescrutable que lo amenazaba. La pistola era el revolver más grande que había visto Sutton en toda su vida y el hecho de que nadie lo hubiera apuntado nunca con un arma la hacía parecer aún más grande de lo que era.

—Aleja la mano del teléfono —dijo el extraño—. Y acércate aquí.

Sutton asintió. Los cursos de supervivencia que había hecho años antes habían cubierto precisamente aquel tema. Le habían enseñado que debía acceder a las exigencias de un individuo peligroso si debía enfrentarse con alguno, mientras cooperaba lo menos posible dadas las circunstancias. Tenía las piernas de goma pero dio un paso hacia el hombre. Éste hizo un gesto con la pistola y Sutton dio otro paso más. Ahora tenía el arma tan cerca de la cara que si hubiera inclinado la cabeza hacia arriba, habría rozado el cañón con la punta de la nariz.

—Esta es la oficina de Adrian Cross —dijo el hombre del cabello blanco. Estaba

muy quieto y el cañón del arma no vacilaba ni un milímetro.

Las palabras no sonaban a pregunta pero Sutton supuso que, en realidad, eran una interrogación. Aliviaron un poco el miedo y la alarma que sentía. Puede que aquel lunático no estuviera allí por él concretamente.

—Lo era, señor —dijo—. Hasta ayer.

—Cuando despidieron a Cross —dijo el hombre.

Sutton asintió.

—Y tú cogiste su trabajo —dijo el hombre.

—Soy su sustituto.

—¿Quién te envió aquí?

—Ayudantes a la Carta —dijo Sutton—. Mi agencia de trabajo temporal.

Él hombre amartilló la pistola con el pulgar y el ruido del mecanismo sonó igual que si alguien hubiera partido un puñado de ramitas secas. Sutton se quedó helado.

—Hablo en serio, muchacho —dijo el hombre—. ¿Qué *Convención* te envió aquí?

—Oh, Jesús —susurró Sutton, y se tragó una pelota de baloncesto. Cada parte del cuerpo le pesaba quinientos kilos y empezaba a sentir un sudor frío que le recorría el torso por debajo de la camisa—. ¿Qué quiere?

—Respuestas —dijo el hombre de pelo blanco. Señaló con la mano libre al ordenador que había sobre el escritorio—. Respuestas sobre lo que encontré en esa cosa. Y quiero saber qué *Convención* te ha enviado aquí.

La mente de Sutton trabajaba a toda velocidad. El curso de supervivencia recomendaba que en aquel momento gritara como un poseso para pedir ayuda. El pánico absoluto y el ruido repentino (supuestamente) distraerían a su oponente y atraerían a varios espectadores intrigados o incluso a alguien que pudiera rescatarlo. El hecho de que otras personas fueran a acudir para investigar el ruido obligaría al atacante (de nuevo, supuestamente) a reconsiderar sus opciones. Aquella técnica había demostrado una efectividad del noventa y cinco por ciento bajo una serie de circunstancias parecidas. Por desgracia, había menos de seis personas en todo el edificio en aquel momento, lo que significaba que era muy posible que aquel hombre pudiera abrirse camino a tiros hasta la puerta de atrás si Sutton atraía a alguien.

—S... Sindicato —decidió decir Sutton.

—Eso pensé —dijo Pelo Blanco—. ¿Eran esos a los que ibas a llamar? ¿O quizá a alguien del Nuevo Orden Mundial?

Sutton sacudió la cabeza.

—¿Entonces a quién, muchacho?

—Isaac Gordon —tartamudeó Sutton—. Tengo una cita. Esta mañana.

—¿Para qué?

—Para hablar sobre Soluciones Sintéticas.

—Estás planeando hacerle algo, ¿verdad?

—Tengo que someterlo a un procedimiento psicológico —dijo Sutton. No parecía demasiado confundido—. Uno pequeño, suplementario. Es sólo una presentación de diapositivas por ordenador.

—No cambies de tema, muchacho —exigió Pelo Blanco—. ¿Vas a realizar el procedimiento tú solo?

Sutton asintió.

—Sí, señor. Sólo requiere un operario. Y mi supervisor pensó que al señor Gordon no le parecería una amenaza si me presentaba solo.

—¿Tu supervisor? —dijo Pelo Blanco—. Nada de tonterías, hijo.

Los ojos de Sutton se concentraron por completo en el extremo del arma.

—C... Control —dijo—. Mi coordinador de campo, Control, pensó que sería lo mejor.

—¿Y Cross? —exigió saber Pelo Blanco—. ¿Forma parte de todo esto?

La mandíbula de Sutton se movió pero sólo emitió un chillido.

—¿Adrian Cross? —consiguió decir por fin—. No sé nada de Adrian Cross.

—Eso es mentira —dijo Pelo Blanco, se puso más rígido y molió una hoja con los pies—. Y es la última que me dices.

Sutton tragó saliva.

—No forma parte de mi procedimiento.

—Tu procedimiento —dijo Pelo Blanco—. ¿Hay algún otro del que forme parte, muchacho? Y más vale que me empieces a dar respuestas completas antes de que pierda la paciencia.

—S... Sí, señor —dijo Sutton. Le temblaban las rodillas y tenía miedo de desplomarse en cualquier momento. A los lados le tiritaban las manos—. Se suponía que Cross debía formar parte de un procedimiento en la autopista 38 hace seis días. Un accidente de coche. Por el que lo estoy sustituyendo.

—¿Lo sabe él?

—No, señor —dijo Sutton. Los músculos que tenía apretados alrededor de la vejiga se estremecían y querían relajarse—. No sabe nada de eso. Todavía no.

—¿Qué propósito tiene su procedimiento?

—Sujeto experimental —dijo Sutton—. Necesitábamos un sujeto sobre el que poder demostrar una serie de mecanismos experimentales.

—Te refieres a los que está produciendo SolSin, ¿no? Los que se supone que estáis presentándole al mundo.

Sutton asintió con rapidez y sorbió ruidosamente por la nariz.

—¿Y cómo pensáis demostrarlos?

—Implantándoselos a Cross después del accidente —dijo Sutton—. Ofreciéndonos a hacerlo gratis a cambio del apoyo de Isaac Gordon en la comunidad

empresarial local.

—¿Organizasteis el accidente para que Adrian resultara herido sólo para poder dejarlo como antes otra vez?

—Mejor que antes —murmuró Sutton.

—En esta ciudad hay gente de sobra que sufre accidentes de trabajo —dijo Pelo Blanco mientras acercaba el extremo del arma a la frente de Sutton—. ¿Por qué Cross? ¿Por qué tanto trabajo para hacerle daño a alguien a propósito? ¿Por qué no demostrar vuestra tecnología en alguien que lo necesite de verdad?

—Importa la forma de demostrarlo —dijo Sutton—, no sólo que lo demostremos. —Su voz había perdido casi todo el volumen—. No se podría manipular a Gordon si reparáramos a cualquiera. Pero si fuera un miembro de su familia el que resultara herido, tendría un motivo mucho más personal para ayudar a despegar a Soluciones Sintéticas.

—¿Por qué Cross? —dijo Pelo Blanco—. Gordon tiene una hija. Cross ni siquiera es un pariente carnal.

—Gordon demostró responder mejor ante Cross —dijo Sutton—. Eso es lo que dijo el coordinador de campo.

—¿Y por qué no iba a pagar Gordon el tratamiento médico de Cross y conformarse con eso? Tiene dinero de sobra y alguien tan viejo como él no va confiar en la tecnología experimental.

—Habría confiado —dijo Sutton—. Ese es mi procedimiento. Habría accedido. Y así habría puesto en marcha una reacción en cadena.

—Y esta ciudad os habría dado la bienvenida con los brazos abiertos —dijo Pelo Blanco—. ¿No es así?

—Sí, señor —dijo Sutton.

—Sólo que Cross no resultó herido —dijo Pelo Blanco.

—No, señor —dijo Sutton.

—¿Por qué no? ¿Un cambio de parecer de última hora?

—No lo sé —dijo Sutton. Olía el aceite del arma y se imaginó que era capaz de oír su aliento silbando por el extremo del cañón—. Ese no era mi procedimiento. Todo lo que sé es que no funcionó.

—Así que ya está, ahora la responsabilidad es tuya —dijo Pelo Blanco.

—Todavía queda tiempo —dijo Sutton sin pensarlo—. Mi coordinador de campo dijo que todavía queda tiempo para lo de Cross antes de que se cierre la ventana de oportunidades. No sé nada de eso. No es mi procedimiento. Ni siquiera es mi Convención la que quiere hacerle algo. Les dije que eligieran a alguno de los trabajadores heridos. Lo agradecerían más y estarían en deuda con nosotros el resto de su vida. De esa manera asistirían a nuestras sesiones de preparación y trabajarían en las fábricas convertidas siempre que se lo permitiéramos. Los otros empresarios

harían el trabajo de influir en Gordon y no tendríamos que hacerlo nosotros. Hubo un cierto debate antes de que el proyecto...

—De acuerdo, muchacho —dijo Pelo Blanco—. Ya basta.

Sutton cerró la boca y asintió. Se alegraba de que al menos una parte del entrenamiento de supervivencia pareciera dar fruto.

—Me pones enfermo —escupió Pelo Blanco—. Cualquiera de esas personas estaría mejor muerta que conectada a uno de esos mecanismos vuestros para el resto de su vida. O debiéndoos algo y aceptando vuestras órdenes hasta el fin de sus días. Y Cross era inocente desde el principio. Podría haberos hecho todo el trabajo de convencer a Gordon.

—Confiar en que eso ocurriera se consideró poco seguro —dijo Sutton—. Es importante que estemos seguros.

—Cierra la boca —dijo Pelo Blanco—. Cierra la boca y date la vuelta.

Sutton frunció el ceño al contemplar el rostro ensombrecido del hombre pero aún así dijo:

—Ningún sujeto experimental habría sufrido efectos secundarios a largo plazo. El tratamiento de Cross estaba diseñado para reparar incluso el daño antiguo que ya se había producido. —El ceño de Pelo Blanco se oscurecía con cada palabra, pero él no podía dejar de hablar—. ¿Y si usted hubiera perdido un brazo en un accidente laboral? ¿No habría aprovechado la oportunidad de que le pusieran uno incluso mejor en su lugar?

—He dicho que te des la vuelta —gruñó Pelo Blanco después de un instante.

Sutton intentó evitar que le temblara la barbilla e hizo lo que le mandaban. Le dio la espalda al hombre y contuvo una oleada de bilis cuando el cañón frío del arma le rozó la oreja.

—Estamos produciendo mecanismos que ayudan a la gente. Son perfectamente seguros —dijo a pesar del temblor de los labios—. Y vamos a salvar a esta ciudad de la ruina económica. Este proyecto es por el bien de todos.

—Ya he oído todo eso antes y todavía no me lo creo —dijo Pelo Blanco. Se colocó junto a Sutton y le puso la mano en la nuca—. No estáis aquí para salvar a esta ciudad. Os conozco muy bien.

—Pero podríamos estar aquí para eso —dijo Sutton, incapaz de volver la cabeza porque la mano de Pelo Blanco le sujetaba la nuca. El círculo del cañón del arma le presionaba la base de la médula—. Vale, el objetivo real es la difusión tecnológica, lo admito. Estamos insertando tecnología de Iteración x en el Consenso. Pero podemos revitalizar a esta ciudad al mismo tiempo que lo hacemos. Y la tecnología ayudará a la gente que lo necesite. Las dos cosas podrían ir de la mano. De verdad. Oh, Dios, por favor no me dispare. Le estoy diciendo la verdad, lo juro.

—No basta —susurró Pelo Blanco—. Esta ciudad os importa una mierda. No os

estáis responsabilizando de verdad. La mano de obra es barata, la tierra es barata y la mayor parte de la gente necesita con tal desesperación que se instalen nuevas empresas por aquí que no va a haceros demasiadas preguntas. Te dije que no me mintieras, ¿verdad?

—Por favor, oh, por favor —murmuró Sutton—. Sólo iba a hablar con Gordon para darle la oportunidad de elegir, de ayudarnos. Quizá ni siquiera lo hiciera. Quizá no. El procedimiento podría fallar. Yo podría hacer que falle si me lo pide. Por favor, sólo dígame que lo haga y lo haré.

—La única forma de que una persona de esta ciudad pueda elegir —dijo Pelo Blanco— es que tú no hables con él, muchacho. Llevo por aquí el tiempo suficiente para saberlo. No vas a ninguna parte. Hoy no.

Sutton se puso tenso, esperando una bala que le atravesase la espalda. Pero en su lugar, recibió en la nuca un golpe brusco propinado con la culata del arma. Ni siquiera tuvo tiempo de demostrar su sorpresa antes de que la esquina del escritorio fuera a encontrarse con él justo por encima del ojo izquierdo.

Capítulo quince

Adrian no recordó que todavía seguía sin coche hasta después de haberse duchado, afeitado y vestido para su cita con Isaac Gordon. Su intención era volver a llamar a la policía de Iron Rapids y a la compañía de seguros después de hablar con Sarah pero para cuando terminó la conversación ya se le había olvidado. Ahora, con menos de una hora para llegar a la cita, estaba empezando a entrarle un ataque de pánico. Habría tenido tiempo de llegar con el coche pero no estaba lo bastante familiarizado con los horarios y rutas de los autobuses para saber si tenía tiempo de llegar a casa de Gordon con el autobús urbano. Pensó en llamar a la ayudante personal de Gordon y pedirle que le mandara un coche pero no estaba seguro de la impresión que causaría eso. Ya estaba planeando pedirle un favor a su antiguo suegro, y poner encima unas cuantas incomodidades no parecía la mejor manera de enfocararlo.

Por tanto se decantó por la alternativa, no del todo desagradable, de llamar a un taxi. Sacó la guía de teléfonos de debajo de una pila de propaganda sin abrir que tenía en el escritorio y la abrió en el regazo. Pasó las páginas al azar, empezando por atrás, y el libro se abrió directamente por la sección de taxis. El primer anuncio que le llamó la atención ocupaba una cuarta parte de la página y anunciaba a la Compañía de Taxis Dixie. Cuando lo leyó recordó que Aron Jordan había mencionado que era de Memphis, Tennessee, así que decidió de repente llamar al número que aparecía en la parte inferior del anuncio. Dudaba que Jordan fuera a ser el conductor que apareciese, pero pensar en esa posibilidad lo ayudó a relajarse.

Después de que el teléfono sonara media docena de veces, Adrian empezó a preguntarse si existía todavía aquella compañía. Su guía de teléfonos tenía dos años y dos años era mucho tiempo para una compañía marginal de Iron Rapids. Pero por fin le cogieron el teléfono tres llamadas más tarde y lo pusieron en espera de inmediato. La versión que hacía una cantante del clásico de Elvis Presley «Blue Moon of Kentucky» le insultó los oídos el tiempo suficiente para empezar a considerar la posibilidad de sentirse molesto, pero se obligó a mantener la ecuanimidad. Aquel sitio estaba muy ocupado, nada más, se dijo, no pretendía sacarle de quicio. Cuando por fin consiguió hacer su petición de transporte urgente, lo hizo de una forma amable y concisa que no reveló en modo alguno su irritación. La operadora parecía un tanto molesta pero le aseguró que en breve habría un taxi cu camino y con tiempo de sobra para llevarle a su cita.

Cuando el taxi se presentó en la acera, diez minutos después, resultó que su conductor era Jordan. El hombre salió del coche y miró a Adrian por encima del coche.

—Hola —dijo con una leve sonrisa—. Parece listo para ir a algún sitio.

—Y lo estoy —dijo Adrian—. ¿Cómo le va?

—Bastante bien desde ayer —dijo Jordan—. Las cosas no pueden cambiar mucho en veinticuatro horas.

—Si eso fuera verdad —dijo Adrian—, yo estaría conduciendo mi coche de camino a mi antiguo empleo.

—Muy justo —dijo Jordan con la misma sonrisa ligera de antes—. Suba.

Adrian se subió al asiento de atrás mientras Jordan volvía a sentarse delante. El motor cobró vida con un ronroneo y el coche se alejó de su casa. Justo en ese momento, Adrian miró hacia atrás y vio que un taxi naranja y blanco se detenía al lado de la acera, donde estaba él un minuto antes. Le dio tiempo a distinguir la palabra Dixie en el capó antes de que el taxi de Jordan doblara la esquina.

—Vaya —dijo con una sonrisa.

—¿Qué tiene de gracioso?

—Creo que ese era mi taxi —dijo Adrian mientras señalaba hacia atrás con el pulgar.

—¿A qué se refiere?

—¿Le mandó su compañía a recogerme?

—No. Pasaba por ahí y vi a alguien esperando en la acera. Resultó ser usted así que paré.

—Sí, bueno, ese taxi de ahí atrás era de la compañía a la que llamé. —Adrian comprobó el reloj—. Y llega puntual, además.

Jordan esbozó una sonrisa satisfecha en el retrovisor.

—Demasiado lento, en mi opinión. ¿Qué compañía era?

—Dixie —dijo Adrian.

—¿Esos? Nunca confíe en nadie de Dixie, Adrian. No por aquí.

Adrian se echó a reír otra vez.

—¿Y usted era de qué parte de Tennessee...?

—Así que se acuerda —dijo Jordan—. Me lo tengo merecido.

Adrian se desahogó con una risita y a continuación miró por la ventanilla. La capa de nubes todavía era gruesa pero el hombre del tiempo de la radio no había dado ninguna advertencia sobre lluvias inminentes. No era más que otro día gris en Iron Rapids.

—Y con ésta ya son tres veces que aparece usted de la nada —dijo Adrian después de un momento de pausa—. ¿Qué probabilidades hay de que pase eso, según usted?

—Dígame usted —dijo Jordan—. Las probabilidades no son mi especialidad.

—Bastante escasas, entonces —dijo Adrian—. Supongo que nuestros planetas están alineados o algo así.

—O es una simple coincidencia —dijo Jordan.

—Je. Probablemente. Pero es gracioso. Mi madre decía siempre que una

coincidencia es la forma que tiene Dios de darte un golpecito en el hombro.

—¿No me diga?

Adrian se encogió de hombros.

—Sí. Mi madre dice muchas cosas.

—¿Son todas tan expresivas e inteligentes como ésa?

Adrian se echó a reír y volvió a mirar por la ventanilla.

—Nueve de cada diez veces, la verdad es que no. Pero sí que tienen tendencia a pegársete.

—Supongo que sí —dijo Jordan. El coche fue perdiendo velocidad y se detuvo en un semáforo antes de que él volviera a hablar—. Entonces, ¿adónde vamos?

—Ah, sí —dijo Adrian—. A casa de Isaac Gordon. Está fuera de la autopista 38, en...

—Ya sé donde es —dijo Jordan—. Hace años, los taxis hacíamos muchos viajes llevando manifestantes hasta allí, cuando estaban cerrando plantas de procesamiento por todas partes.

—No me extraña —dijo Adrian—. Recuerdo que venían aquellos chavales, decían que se estaban manifestando para defender los derechos de los trabajadores. Gordon detestaba tener que tratar con ellos. Le decía a su ayudante personal que se desnudara, se subiera a un caballo y fuera a distraerles siempre que aparecían.

—¿En serio? ¿Y ella lo hacía?

—Pues no, normalmente le decía que se fuera al infierno. Pero sí que se ofreció a espantarlos con un puñado de petardos en una ocasión.

—Eso habría sido todo un espectáculo.

—Dígamelo a mí. Yo creía que todos los hippies habían madurado y conseguido empleos en los 80.

—Al parecer no. Y nadie les enseñó a dar propinas, tampoco.

Adrian echó una risita y se quedó en silencio. Contempló cómo pasaba el mundo por el parabrisas y pensó despreocupadamente en la imagen de Candace, la ayudante personal que tanto tiempo llevaba trabajando con Gordon, desnuda y a lomos de un caballo.

—Entonces está siguiendo mi consejo, por lo que parece —dijo Jordan varios minutos más tarde—. Va a hablar con su suegro.

—Sí —dijo Adrian renunciando con un suspiro a la agradable fantasía de Lady Godiva—. Supongo que no puede hacer ningún mal. Y además ya tenía una cita con él esta mañana.

—¿Para hablar de Soluciones Sintéticas?

—Sí.

—¿Y él sabe ya que no van a hablar de eso?

—Ya se lo imaginará —Adrian sonrió abiertamente—. La verdad, la gente de la

Cámara de Comercio tiene suerte de que no vaya allí a decirle a Gordon que mande a SolSin a la mierda de una vez.

—Nadie va culparlo si lo hace —dijo Jordan, al tiempo que le lanzaba una rápida mirada por el retrovisor con expresión comprensiva.

Adrian se echó a reír.

—Y conociendo a Gordon, seguro que lo hacía. No adora precisamente a la Cámara de Comercio desde que la gente no viene desde allí a besarle el culo. Pero no creo que pudiera hacerle eso al resto de la ciudad.

—Nunca se sabe —dijo Jordan—. Quizá lo que necesita la gente de esta ciudad es deshacerse de Soluciones Sintéticas.

Adrian puso los ojos en blanco y esbozó una sonrisa de satisfacción.

—No empecemos otra vez con eso. Ya tuvimos esta conversación ayer y luego la volví a tener con otra persona.

—Sólo es una opinión —Jordan se encogió de hombros—. ¿Quién es esa otra persona?

—Un periodista de Internet que conocí en el hospital —dijo Adrian—. Un tío llamado Simonson. Un pelma que tiene una moto y demasiado tiempo libre. Escribe para una página llamada *El Despertar* o algo así.

—Quizá tenga algo de razón.

—¿Por qué, porque está de acuerdo con usted? —bromeó Adrian—. Y puede que estén los dos chiflados.

—Muy gracioso. También puede que sepamos más sobre lo que está pasando que usted.

—Puede —dijo Adrian guiñándole un ojo al retrovisor—. Lo creeré cuando lo vea. —Jordan no sugirió nada más durante un rato y Adrian se quedó en silencio. Aplastó varias hojas secas del suelo con el zapato y se preguntó cuándo había sido la última vez que Jordan había limpiado el suelo allí atrás. Los asientos y las alfombrillas estaban en buenas condiciones pero los crujidos y los chasquidos le daban a Adrian la impresión de que estaba pisando un basurero. Cuanto más pensaba en ello, más percibía el olor a humo que persistía en el coche, como si el conductor hubiera estado apagando los clavos de su ataúd en el cenicero en lugar de tirarlos por la ventanilla como una persona normal. Adrian intentó reanudar la conversación para distraerse.

—¿Puedo hacerle una pregunta personal? —dijo.

—Claro —dijo Jordan—. Pero si no le contesto no se lo tome como algo personal.

—Muy bien. Mencionó que antes estaba casado.

—Antes, cierto.

—¿Y qué pasó entonces? Si no le importa que se lo pregunte.

—No, hace ya tiempo de eso —dijo el conductor—. No me importa. A decir verdad, el estilo de vida ultra glamoroso que llevaba estaba causando dificultades en la pareja.

Adrian sonrió pero no dijo nada.

—Los dos estábamos sometidos a una gran presión, sobre todo por mi culpa. Mi mujer era demasiado buena para quejarse pero me di cuenta de que la estaba afectando. Los problemas de dinero y los viajes que tenía que hacer a causa de mi antiguo trabajo, y la gente que no hacía más que aporrear la puerta para arrancarme un poco más de tiempo y todo eso. A mí no me gustaba y ella lo odiaba, y además no era forma de criar una familia. Al final supuse que las dos estarían mejor sin mí.

—¿Se fue?

—Sí —dijo Jordan—. Desperté una mañana y decidí que no le estaba haciendo ningún bien a nadie tal y como estaban las cosas. Me largué mientras dormían y empecé de nuevo con lo que hago ahora.

—Caray —dijo Adrian con suavidad. Se guardó lo que realmente quería decir. Era incapaz de imaginarse abandonando a Brandon así—. ¿Intenta alguna vez ponerse en contacto con ellas?

—No hace falta —dijo Jordan—. Están bastante bien instaladas sin mí. No tiene sentido aparecer después de todo este tiempo y fingir que no ha pasado nada. Son más felices pensando que estoy muerto, o desaparecido o algo así.

—¿No las echa de menos?

—Pues claro que sí —dijo Jordan—. Pero intento no pensar en ello demasiado. Me distrae de lo que es realmente importante.

—Si usted lo dice —dijo Adrian—. Pero no deja de ser bastante frío.

—Es mejor que la alternativa, Adrian —dijo Jordan—. Podría echarlas de menos y volver a casa mañana, pero entonces no le estaría haciendo ningún bien a nadie. A diferencia de ahora.

Adrian gruñó algo a modo de respuesta y decidió no seguir con el tema. Podía entender lo de los problemas financieros y también que quisiera lo mejor para su familia pero no creía que la solución fuera abandonarla. Sin embargo, ya había metido la pata con aquel hombre una vez así que se guardó su opinión.

—Y eso es básicamente lo que hay en este tema —dijo Jordan después de que el silencio se prolongara un rato—. ¿Quiere saber algo más?

—No —dijo Adrian—. De todas formas no era asunto mío. Probablemente no debería haberlo preguntado.

—No se preocupe —dijo Jordan—. Se podría decir que se lo debía por todo lo que ha estado hablando usted durante estos últimos dos días.

—Claro —asintió Adrian.

Al pensar en ello se dio cuenta de que le parecía menos raro de lo normal que

aquel completo desconocido y él hubieran estado hablando tanto durante los últimos dos días y medio. Al igual que él. Jordan era un tío del sur, separado, que estaba varado en aquella ciudad moribunda sin ningún tipo de familia ni amigos. Adrian se dio cuenta de que Jordan estaba solo. Intentaba acercarse a cualquiera que estuviera dispuesto a escuchar y poder ayudar a absolutos desconocidos hacía que se sintiera bien consigo mismo. Quizá incluso hacía que se sintiera como el buen padre que al parecer no había conseguido ser. Adrian se preguntó si él se encontraría en la misma situación dentro de diez o veinte años. Otro fantasma más en una ciudad fantasma, intentando marcar alguna patética diferencia antes de que el lugar entero se agotara y echara a volar como una hoja seca.

Realizaron el resto del trayecto en silencio hasta que apareció delante de ellos la verja de la casa de Isaac Gordon. El coche paró un par de metros antes del intercomunicador de la entrada y Jordan se giró en su asiento.

—¿Quiere que lo lleve hasta la puerta de la casa? —preguntó.

—No importa —dijo Adrian, y rechazó la sugerencia con un gesto—. Creo que puedo subir caminando. Quizá me dé un poco de tiempo para pensar en lo que voy a decir.

Jordan se encogió de hombros.

—De acuerdo. ¿Quiere que espere y vuelva a recogerlo?

—Cielos, no tiene que esperar —dijo Adrian—. Conociendo a Isaac, podría tardar diez minutos o tres horas. Sería incapaz de hacerle eso.

—Por mí no hay problema —dijo Adrian—. Llámeme si después cambia de opinión.

—Llamaré a Dixie otra vez a ver si puede adelantarse a ellos dos veces en un día.

Jordan sonrió.

—No tiene sentido darle la tabarra a Dios para que se dedique a darnos golpecitos en el hombro. Andaré por ahí si me necesita.

—Gracias. Y gracias por traerme.

Adrian salió del coche y sacó la cartera del bolsillo. La abrió y se inclinó sobre la ventana del copiloto, que estaba abierta.

—¿Y cuánto le debo esta vez?

—Guárdese —dijo Jordan mientras sacaba un paquete de cigarrillos de la guantera—. Si Gordon le echa una mano puede invitarme a comer algún día. Cuídese.

Antes de que Adrian pudiera discutir, el taxi se puso en marcha y lo dejó allí con la cartera abierta. Volvió a metérsela en el bolsillo y sacudió la cabeza.

—Ahora parece más una obra de caridad que un favor —murmuró.

Pero ya no podía hacer nada para cambiar la situación, así que se acercó al intercomunicador de la entrada. Estaba colocado sobre un poste de metal negro que hacía juego con el color de la verja de hierro y se cernía sobre su cabeza. La verja era

la única apertura en un muro de ladrillo y hierro forjado que era casi el doble de alta que él. Se abrió deslizándose por una cadena automática una vez que estableció su identidad y se cerró tras de sí mientras él empezaba a subir por el camino de entrada.

Al acercarse a la casa no pudo evitar la misma punzada de envidia que sentía siempre. Era una casa con tres pisos y al menos cuatro habitaciones en cada fachada. Era más pequeña que algunas de las mansiones más antiguas de la ciudad que ya hace mucho tiempo que se habían convertido en edificios de pisos de renta baja, pero era una de las casas de viejos ricos más grandes y estaba situada en la parte exterior de la autopista 38, que todavía se consideraba parte de la ciudad.

Gordon vivía allí solo, excepción hecha del equipo básico de sirvientes y su ayudante personal, Candace. Había heredado la hacienda de su padre, que a su vez la había heredado del suyo, que había sido el que la había construido cuando la ciudad todavía era joven. Se había criado y había estudiado allí y sólo la había dejado durante un breve periodo de tiempo para ir a la facultad en Boston. Gordon nunca había tenido que alquilar un apartamento, no había pagado un depósito ni había satisfecho la factura de muchos de los gastos mundanos que acosaban todos los días a la mayoría de los habitantes de Iron Rapids. Adrian y Sarah habían vivido allí durante todo un año después de casarse pero Adrian no se imaginaba creciendo en un sitio así. Él había crecido en una urbanización de las afueras de Atlanta, en un terreno de medio acre con un gran árbol en el patio de atrás.

Sin embargo sí que se imaginaba a Sarah creciendo aquí. Su ex le había hablado muchas veces de la casa cuando entre ellos las aguas todavía corrían por su cauce. Podía verla correr por el jardín de delante o subiéndose a los robustos árboles que salpicaban el paisaje. La podía ver haciendo pompas de jabón con una varita de plástico y persiguiéndolas por los terrenos. Imaginaba las meriendas en los patios laterales, lejos de los ruidos del tráfico y del olor de las fábricas de la ciudad. Si pensaba en las circunstancias de su propia niñez, no se imaginaba nada mejor que crecer en un sitio así. Le hubiera gustado criar a Brandon aquí.

Sonrió con una nostalgia que era real y artificial a la vez. Subió los escalones de la puerta principal y llamó al timbre. El mayordomo de Gordon, Bradbury, abrió la puerta y dejó entrar a Adrian. Se estrecharon las manos e intercambiaron un par de frases de cortesía, y a continuación Bradbury le dijo dónde podía encontrar a Candace. A lo largo de los años Adrian se había dado cuenta de que ninguno de los sirvientes de Gordon hablaba directamente de él. Si algún visitante preguntaba por el dueño de la casa, el personal dirigía al dicho visitante hacia Candace, asumiendo que, o bien estaría con Gordon, o bien sabría si se le podía molestar en aquel momento. Adrian no sabía cómo ni cuándo había empezado aquel extraño ritual pero se había acostumbrado a él. Le dio las gracias al mayordomo y salió en la dirección que le había indicado el hombre.

Mientras caminaba, Adrian decidió tomarse las cosas con calma y miró a su alrededor. Recordaba cada pasillo y cada puerta de la época en la que había vivido aquí pero siempre le parecía un sitio nuevo. Cada mueble, cada adorno, cada estoico retrato poseía un aire invisible de riqueza antigua. La luz de aquella casa era suave y estaba decorada con colores profundos pero no era un sitio oscuro ni lóbrego. Todo estaba limpio y ordenado. La mayor parte de las puertas estaban abiertas y todas las habitaciones que podía ver tenían alguna luz encendida. El único detalle chocante de la casa era que parecía muy vacía. La mayor parte del personal estaba ausente de aquella parte de la casa y además, Gordon no tenía demasiados empleados. Adrian siempre se había imaginado a una versión más joven de Sarah y de sus dos hermanas mayores jugando por aquellos pasillos y llenando el lugar con las risas de una infancia feliz, pero hacía mucho tiempo que faltaban aquellos sonidos. El contraste entre lo que Adrian se imaginaba y lo que veía sólo hacía que la realidad pareciera mucho más desnuda.

Mientras rumiaba todo eso, se fue acercando con más o menos discreción a la oficina de Candace, situada al otro extremo de la casa. Aquella habitación había sido en otros tiempos el estudio de Gordon, pero con el paso de los años Candace se había apoderado del lugar. Quizá no ocurriera en el resto de la casa, pero aquella habitación sí que daba la sensación de estar habitada. Los libros se inclinaban en todas direcciones en las estanterías, los cables serpenteaban en gruesas madejas desde el ordenador que había sobre el escritorio hasta un enchufe de varios cuerpos y los papeles cubrían el escritorio ante el que se sentaba Candace. Dos macetas enormes e ingobernables situadas junto a la ventana amenazaban con volcar en cualquier momento, y un casete portátil se acurrucaba entre las dos emitiendo la música de una de las cintas de la colección de Candace, que envejecía lentamente y estaba dejando de ser impresionante para convertirse en pintoresca.

La propia Candace estaba sentada tras el escritorio, escribiendo algo en el ordenador con una cascada de rápidas pulsaciones. No se dio cuenta de que Adrian se había apoyado en el marco de la puerta, así que él se quedó allí un minuto, mirándola. Lo cierto es que no se había molestado en mirarla mientras estaba casado con Sarah, cosa que lo habría metido en un lío, por muy fiel que fuese, pero ahora no veía qué mal podía hacer. Candace y él siempre se habían llevado bien y hacía un par de años que bromeaban con la posibilidad de salir juntos.

Lo mejor que podía decir de Candace cuando la miraba de verdad era que era una chica mona (aunque admitía que sus estándares probablemente eran un poco altos después de estar casado con Sarah tanto tiempo). Tenía un pelo corto y de color rojizo que se le rizaba por atrás. La nariz era una cosita respingona sobre cuyo puente se apoyaban unas gafas finas y plateadas. Tenía los ojos de un verde irlandés y los guiñaba cuando escribía, ya fuera en el ordenador o a mano. Era más baja que

Adrian, le llegaba por los hombros, más o menos, y escondía el atisbo de una barriguita protuberante debajo de jerséis sueltos. Tenía una piel clara y salpicada de pecas que no llegaba a ser pálida por un tono. En general, era una chica bonita, lo suficiente para hacer sonreír a Adrian con cariño. La sonrisa se hizo más irónica cuando oyó que estaba cantando al ritmo de la cinta, que emitía la versión original de «Blue Moon of Kentucky».

—Oye tú —dijo cuando tuvo la sensación de que ya llevaba bastante tiempo entreteniéndose en la puerta—. El rock es la música del diablo, ya lo sabes.

Candace levantó la vista, sorprendida, y sonrió al ver que se trataba de Adrian. Enarcó una ceja a modo de reproche burlón y dijo:

—Bueno, quién lo va a saber mejor que un experto.

—No sé de qué estás hablando —dijo Adrian con una risita—. El propio Dios me acaba de dar un golpecito en este hombro no hace ni un segundo.

—Apuesto a que sí —dijo Candace—. Si piensa hacerlo otra vez, recuérdame que no me acerque mucho, y que no me meta en un charco de agua.

—Lo haré —dijo Adrian—. ¿Y cómo te ha ido, pequeña? Me alegro de verte.

—He estado ocupada —dijo Candace. Se levantó, rodeó la mesa y se sentó en el borde del escritorio para que el ordenador no se interpusiera entre Adrian y ella—. ¿Y tú cómo estás, ratón de campo?

—Estoy bien —sonrió Adrian. Candace siempre le tomaba el pelo con aquello, aunque él ponía mucho cuidado en ocultar su acento—. A veces mejor, a veces peor.

—Qué bien. Me parece que llegas un poco temprano.

—¿Ah, sí? —preguntó Adrian y miró su reloj, que le contó una historia diferente—. Vaya, mira por dónde. Supongo que no pude resistirme a la tentación de visitar a mi ex ayudante personal favorita durante unos minutos.

—Ah, ya veo —dijo Candace—. Has vuelto a tener uno de esos sueños, ¿verdad?

—No del todo —dijo Adrian con una carcajada—. Aunque estaba pensando en ti mientras venía.

—Espero que todos fueran buenos pensamientos.

Adrian no respondió pero la sonrisa lasciva que brotó sin querer en sus labios cuando recordó que la había imaginado en el papel de Lady Godiva fue más que suficiente.

—En ese momento parecían bastante buenos.

—¡Adrian! —exclamó Candace cuando el rubor le llegó a las mejillas y se le abrieron los ojos un poco más—. ¡Eres horrible!

—Cuando crees que conoces a alguien, mira lo que pasa —dijo Adrian. Se echó a reír para cubrir su propia vergüenza pero lo invadió una cálida sensación al pensarlo.

—No me digas.

Los dos se volvieron a sonreír.

—¿Y en qué estás trabajando ahora? —preguntó Adrian mientras señalaba con un gesto los montones de papel que cubrían el escritorio de Candace—. ¿Algún alto secreto?

—No, nada de eso —dijo Candace—. Lo de siempre. Sobre todo representantes de Soluciones Sintéticas que intentan concertar una cita con el señor Gordon. Todos los días, dos veces al día. Son como una jauría de lobos hambrientos.

—O de chavales de instituto —dijo Adrian.

—Para el caso es lo mismo. Sólo que los lobos tienen más modales que los chicos con los que yo fui al instituto. Al menos estos tíos de SolSin son persistentes, hay que reconocerlo. Acamparían en el césped si los dejáramos.

—Quizá sólo se sienten atraídos por el hechizo de tu voz —dijo Adrian, sonriendo abiertamente—. Todos quieren una cita con la encantadora dama del otro lado del teléfono.

—Eso casi sería un alivio —dijo Candace—. No haría falta tanto papeleo para mandarlos a la mierda.

—Bueno, ¿quién puede culparlos por languidecer? —bromeó Adrian—. Sobre todo con palabras de amor tan dulces como éstas, capaces de hacer latir sus corazones de nuevo.

—Yo no, dijo el cerdo —dijo Candace—. Yo no, dijo la cabra.

—Y encima lista. Ojalá no escucharas esa música endiablada.

—Puedo anular tu cita ahora mismo —dijo Candace sacudiendo el índice para reñirlo—. Y el señor Gordon jamás se enteraría de que estuviste aquí.

—Bueno, entonces estaría libre para comer —dijo Adrian pestañeando muy deprisa—. Muy conveniente.

—Chistes a millones, señores —murmuró Candace mientras dirigía la mirada al techo—. Y también hace cenas con espectáculo.

Adrian no tuvo más remedio que soltar una carcajada y Candace sacudió la cabeza con sonrisa de sufridora.

—Ya sabes que sólo estoy bromeando, cariño —le dijo a Candace con un guiño amistoso—. Pero supongo que debería dejar que volvieras al trabajo.

Candace suspiró para demostrar que estaba de acuerdo con una de las afirmaciones, o las dos.

—¿Dónde puedo encontrar a Isaac?

—Está fuera, en el jardín —dijo Candace. Una nube de preocupación cruzó por delante de ojos y añadió—. Probablemente también está fumando.

—¿Sí? —dijo Adrian no demasiado sorprendido—. Creí que lo había dejado otra vez.

—Ésa fue su propósito de Año Nuevo —asintió Candace—. Pero me temo que ya ha prescrito. A mí me pasa lo mismo con el chocolate. Pregúntale si no a mis muslos.

Adrian se contuvo para no emitir un comentario salaz.

»Intento decirle que cada vez será peor cuanto más envejezca, pero ya sabes cómo es.

—Ya —asintió Adrian.

—Además, está preocupado porque Soluciones Sintéticas está intentando comprarlo. No quiere vender pero todo el mundo intenta convencerle de que es lo mejor. Sé que estás aquí para eso.

Adrian se encogió de hombros y dijo.

—Para eso concerté la cita, sí.

—Le está afectando, sólo quiero que lo sepas. Desea con toda su alma que haya otra forma de ayudar a esta ciudad, pero es incapaz de encontrarla solo. Y cuando se siente frustrado...

—Se convierte en una chimenea humana —dijo Adrian—. Sí, ya lo he visto antes así.

—Ya sabes cómo es —dijo Candace otra vez.

—Haremos una cosa —dijo Adrian con una sonrisa que no era ni lasciva, ni condescendiente ni juguetona—. Hablaré con él y veré cómo le va sin intentar venderle nada. Si eso no le anima, le curaré el hábito de fumar por arte de magia.

—Hazlo —dijo Candace con una sonrisa apagada—. Y a mí conviérteme en una princesa de cuento de hadas cuando vuelvas.

—Pídeme algo más difícil, cariño —dijo Adrian con una gran sonrisa, más lupina—. Alguien se me ha adelantado en eso.

Candace puso los ojos en blanco pero se sonrojó lo suficiente para que Adrian lo viera.

—Debería haberlo visto venir —dijo, sonriendo a su pesar.

—Yo sólo los cuento —dijo Adrian con un encogimiento de hombros. Dejó de apoyarse en la jamba de la puerta, se incorporó y se frotó el hombro en el que se había estado apoyado—. Y con esto te dejo trabajar de verdad. Me pasaré de nuevo cuando salga.

—Muy bien —dijo Candace—. Cuídate, ratón de campo.

Esta vez fue Adrian el que suspiró y puso los ojos en blanco.

—Lo haré, princesa.

Capítulo dieciséis

—Adri... Perdón, Jacob —dijo Mary Stanford mientras llamaba a la puerta cerrada de la oficina—. Nosotros nos vamos a comer. ¿Quieres venir?

Sólo le respondió el silencio, así que llamó y volvió a hacer la misma pregunta. No había oído a Sutton en toda la mañana y no quería que el chico nuevo de la Cámara se sintiera desplazado. Además, había algo en aquellos ojos azules que encendía sensaciones nuevas en el cuerpo de Mary. Era incapaz de adivinar cuántos años tenía guiándose por su altura o por su forma de vestir y sus ojos sólo servían para oscurecer más el tema. Tan pronto parecía un chiquillo recién salido del instituto que necesitaba a alguien que lo cuidara como lo contrario, una persona madura. Era una pena que mantuviera la puerta cerrada todo el día.

—Podríamos traerte algo si quieres —dijo la mujer mientras volvía a llamar una vez más—. Sólo vamos al McDonalds de la autopista.

Al ver que seguía sin haber respuesta, Mary decidió echar un vistazo para ver si Sutton ya se había ido a comer. Creía recordar que el chico tenía hoy una cita fuera de la oficina y puede que se hubiera marchado ya. Con todo, lo mejor que podía hacer era comprobarlo una última vez.

La llave no estaba echada cuando Mary probó pero la puerta no se abría. Incluso tuvo que apoyarse y hacer bastante presión para que cediera, e incluso intentó cerrarse desde dentro, como la puerta de una nevera. De hecho, Mary oyó un ruido seco cuando por fin consiguió abrirla, como si hubiera roto un sello. Al hacerlo, una ráfaga de viento agitó y esparció las hojas secas y muertas que había en el suelo de la oficina. El olor que reinaba en el interior de la habitación asaltó su olfato y Mary intentó de inmediato abanicarse para alejar el hedor, pero fue en vano.

—¿Qué has estado haciendo aquí? —dijo—. Hay algo que huele a podrido.

Cuando vio el cadáver de Sutton, dejó de hablar. Jacob reposaba boca abajo al lado del escritorio, en medio de un charco de sangre negruzca. Una hebra de sangre y una masa irreconocible colgaban de la esquina de la mesa, justo sobre la cabeza de Sutton. El lado izquierdo de la frente estaba hundido, el ojo era una cuenta ciega de vidrio y el pecho no subía ni bajaba.

Mary se quedó muy quieta. Abrió y cerró la boca como un pez mientras asimilaba la realidad de lo que estaba viendo. Una vez que su cerebro digirió la escena, se encontró chillando para pedir ayuda.

Matthew Simonson salió de la habitación del hotel y se dirigió al ascensor que lo llevaría abajo. Ya hacía horas que se había perdido el desayuno continental después de haberse quedado levantado casi toda la noche chateando con su nuevo informador

local. Entró en el ascensor y apretó el botón del recibidor mientras escuchaba cómo le rugía el estómago. Las puertas reflectoras color cobre se cerraron delante de él y una versión de karaoke de «Heartbreak Hotel» empezó a sonar en los altavoces de tortura que había en el techo. Mientras empezaba el lento descenso. Simonson hizo caso omiso del hambre y de la mala música y pensó en Papaíto. Aquel cabrón era listo pero no tanto como para saber cuándo podía confiar en alguien que estaba intentando ayudarlo a solucionar un misterio. Esa era una de las cosas más molestas de los recién Despertados que se conocían en Internet.

Pero Simonson no podía concentrarse en Papaíto ni en Soluciones Sintéticas justo ahora porque tenía demasiada hambre. Tenía que ir a la hacienda de Isaac Gordon e intentar convencer al viejo para que hablara con él pero no hasta que hubiera metido en su organismo algo de comida y agua. Con el estómago vacío no podía utilizar a Gordon para determinar la supuesta importancia que tenía Adrian Cross para SolSin, ni averiguar qué pretendía lograr la Tecnocracia en Iron Rapids a través de SolSin. Suponía que el resto del día estaría lleno de ejercicios de frustración y prefería enfrentarse a ese tipo de cosas bien alimentado. Recordó que había visto una pastelería a unas pocas manzanas así que decidió parar allí a comer algo. Algo recién hecho y calentito quizá fuera justo lo que necesitaba.

Cuando el ascensor llegó por fin al recibidor, Simonson bostezó, se estiró y se miró una última vez en la superficie pulida de las puertas color cobre que tenía delante. Tenía que suponer que había dormido lo suficiente para borrar las bolsas que pudiera tener bajo los ojos ya que ya no podía verlo en su reflejo. Sí que vio que el pelo que le cubría la nuca era lo bastante largo para empezar a rizarse hacia fuera a pesar de todos sus esfuerzos por alisarlo y peinarlo y que su vieja trinchera transmitía la impresión de que había dormido con ella puesta. Pensó que parecía lo bastante presentable para que no lo confundieran con un vagabundo pero lo más probable era que Gordon lo mirase como si fuera un repartidor de periódicos que venía a recoger el dinero de la semana en lugar de como a un periodista.

Pero justo antes de que se abrieran las puertas, el reflejo de Simonson se giró solo y miró por encima del hombro. Simonson ladeó la cabeza y se preguntó qué pensaba exactamente que estaba mirando. Detrás de él no había nada porque estaba apoyado contra la pared de atrás. Cuando su reflejo lo miró otra vez, levantó la mano derecha a la altura de la cintura con los dedos muy abiertos y la palma hacia fuera. Lo miró y pronunció estas palabras:

—Ahora no te asustes.

Antes de que Simonson pudiera decidir si quería seguir ese consejo o asustarse por principios, se abrieron las puertas y se encontró cara a cara con un anciano caballero de pelo blanco y una camisa negra. El hombre destacaba de una forma vivida del mundo que tenía detrás de él y a su alrededor, como si fuera el único objeto

de color en una fotografía en blanco y negro o un objeto tridimensional delante del bajorrelieve del campo de visión de Simonson. Irradiaba una energía indefinible tan fuerte que parecía listo para saltar en cualquier dirección (o en todas) en ese mismo momento. Dio un paso hacia Simonson arrastrando con él varias hojas marrones y secas. Simonson se encogió y las puertas los aislaron a los dos del resto del mundo.

—Disculpe —dijo Simonson al recuperar la capacidad de pensar. Miró la mano derecha del hombre y vio una mágnam .357 a la altura de la cintura que le apuntaba a la barbilla. Abrió aún más los ojos pero se negó a asustarse y a pedir ayuda. Al menos la pistola no estaba amartillada.

—No, discúlpeme usted a mí —dijo el hombre del pelo blanco—. ¿Dirige usted la página de *El Despertar* en la *Red Digital*? ¿Es usted Matthew Simonson?

Simonson parpadeó varias veces y dejó escapar un suspiro tenso. El desconocido no había dicho Internet, había dicho la *Red Digital*. Eso era un paso en la dirección adecuada.

—Sí.

—Bien —respondió el hombre del pelo blanco. Bajó la pistola y a continuación se la metió en la cinturilla del pantalón, en la espalda—. Yo tenía razón.

—¿Quién es usted? —preguntó Simonson. Un río de tensión resbaló sobre sus hombros, pero siguió siendo cauto.

—Me llamo Aron Jordan —dijo el hombre—. Usted y yo tenemos un conocido en común.

—¿En la Red?

Jordan sacudió la cabeza.

—En la ciudad. Se llama Adrian Cross.

Simonsonladeó la cabeza y miró a Jordan con atención.

—Apriete el botón del número nueve, entonces —dijo él—. Tendríamos que hablar.

—Bonito sitio —dijo Jordan cuando Simonson y él entraron en la habitación del periodista. Encendió la luz y se paseó por la habitación como si le perteneciera.

—Me alegro de que le guste —dijo Simonson con ironía. Apartó la silla unos centímetros de la mesa y se apoyó contra el respaldo sin volverse. Se mantuvo de espaldas al espejo mientras sacaba la libreta y un lápiz mecánico del bolsillo del abrigo.

—He estado en sitios mejores —dijo Jordan—, pero no está mal. —Se paró junto a la cama de Simonson, se dio la vuelta para mirarlo y apoyó el pie izquierdo en la esquina de la cama. Sacó un cigarrillo del bolsillo de la camisa y se lo metió en la boca—. ¿Le importa que fume?

—Bastante —dijo Simonson.

Jordan sacó el encendedor del bolsillo de atrás, lo abrió de golpe con un movimiento muy practicado y apretó la rueda unas cuantas veces hasta que consiguió una llama.

—¿Quiere uno?

Simonson miró al cigarrillo y suspiró.

—Bastante —dijo—. Pero no, gracias.

—Lo está dejando, ¿eh? —dijo Jordan. Encendió el cigarrillo y le dio una larga calada.

—Ya llevo un año —dijo Simonson. Respiró profundamente por la nariz varias veces pero permaneció bien sentado donde estaba.

—Ya se rendirá.

—¿Nos conocemos? —preguntó Simonson, más que nada para dejar de jugar con la idea de echar un pitillo, sólo uno. Seguro que uno no significaba volver a caer en los ataques de nicotina y en los despertares con la boca llena de alquitrán. Siempre podía dejarlo después de ése—. Hay algo en usted que me resulta conocido. Pero no sé el qué.

—Es por mi aspecto, supongo —dijo Jordan dejando que una espesa nube de humo le ocultara la cara. Se encogió de hombros—. Me lo dicen muchas veces.

Mientras exhalaba otra nube de humo, el detector de incendios del techo que había sobre Simonson se disparó con un chillido agudo y ruidoso que sobresaltó a Simonson como si le hubieran dado una sacudida eléctrica.

—¿También oye eso muchas veces? —dijo mientras hacía una mueca. Era asombroso lo alto que sonaba aquella cosa en los reducidos confines de la habitación.

—Mierda —dijo Jordan mientras echaba otra calada—. No me di cuenta de que estaba ahí arriba esa cosa. Ya me encargo yo.

Y mientras lo decía se sacó la pistola de la cintura y apuntó desde abajo a la caja de plástico del tamaño de un sandwich que albergaba al detector. Simonson se encogió asustado y levantó las manos con un gesto de advertencia.

—¿Es que está...

Jordan apretó el gatillo y la pistola no disparó. La cámara estaba vacía.

—... loco?

—Era una broma —dijo Jordan—. ¿Por qué no le quita las pilas a esa cosa antes de que venga alguien corriendo con una manguera?

Simonson dejó de parpadear como un idiota durante un momento más y luego saltó a una silla para seguir la sugerencia de Simonson. La caja del detector de humos saltó al apretarla y el periodista sacó la pila de nueve voltios con el lápiz. La alarma se apagó. Cuando Simonson saltó de la silla y tiró la pila en la mesa con un sonido metálico. Jordan estaba sonriendo como el gato de Alicia.

—Muy divertido —Simonson estaba furioso—. Podría haberme dado un ataque

al corazón.

—¿Con esto? —dijo Jordan mientras levantaba la .357. Abrió la cámara y sacudió el arma con el cañón apuntando hacia arriba. No salió ninguna bala, ni siquiera un casquillo vacío—. Eso es lo más que se le puede sacar a este trasto.

Simonson hizo rechinar los dientes y sacudió la cabeza.

—Vaya, qué sorpresa.

—Bueno, no he venido aquí para matarlo. Dije que quería hablar con usted.

—¿Entonces para qué molestarse en apuntarme con ella? —dijo Simonson—. Creía que iba a tener un «accidente» en ese ascensor.

Jordan se encogió de hombros.

—Resultó que ya la tenía en la mano. Supuse que no tenía nada de malo transmitir la urgencia del caso.

Simonson sacudió la cabeza y se dio la vuelta para volver a colocar la silla donde estaba y poder apoyarse en ella. Su reflejo repitió sus movimientos con exactitud pero le sonrió con alegría antes de volverse otra vez. Se contuvo para no hacerle un gesto obsceno con el dedo.

—Hable, entonces —dijo. Seguía furioso a propósito—, si para eso ha venido.

Jordan hizo un movimiento de muñeca para cerrar la cámara de la pistola y se guardó el arma en el cinturón.

—Eso es, para eso —dijo—. ¿Por dónde quiere que empiece?

—Por el principio —dijo Simonson—. ¿Cómo supo que yo estaba en la ciudad?

—Me lo dijo Adrian Cross. Me dijo que un periodista de *El Despertar* había estado haciendo un montón de preguntas últimamente. Mencionó su nombre.

—¿Cómo sabía dónde encontrarme?

—Eso fue un poco más difícil —admitió Jordan—. Lo primero que hice fue meterme en su página y echarle un vistazo a lo que publica. No está mal, la mayor parte, pero se anda demasiado por las ramas cuando habla de gente como nosotros.

—Escribo para un público de *Durmientes* —dijo Simonson, molesto con aquella crítica—. Quiero que sepan lo que hay ahí fuera pero si lo digo con todas las letras, no lo entenderán o no lo creerán. ¿Y entonces de qué servirá? A los *Durmientes* hay que decirles las cosas poco a poco para que puedan prepararse para lo siguiente.

—Esa es una vieja teoría de la Tecnocracia —dijo Jordan.

Simonson se encogió de hombros.

—Y funciona. ¿Pero qué tiene que ver mi página con que me haya encontrado aquí? No publico un itinerario.

—Cierto —dijo Jordan—. Pero me contó lo suficiente para empezar. Puedo enterarme de muchas cosas por el modo de escribir de una persona. Sus compañeros y usted son bastante fáciles de leer. Me imagino que es porque siempre están sentados detrás de un teclado y lo dicen todo con las yemas de los dedos.

—¿Qué se supone que averiguó sobre mí? —dijo Simonson con voz seca.

—Que es arrogante, para empezar —dijo Jordan—. Definitivamente lo es. El problema es que no le gustan las personas arrogantes, así que lo suyo es más que nada un esnobismo intelectual. Usted no va presumiendo por ahí pero cuando discute asume que tiene la razón.

—Qué bien me conoce —dijo Simonson—. No se me ocurre una razón por la que quiera continuar.

—Sarcástico —continuó Jordan—. Porque siempre tiene razón. Juez y jurado. Pero eso no tiene nada de malo. Demuestra que sabe distinguir el bien del mal. Aunque no hace nada para arreglarlo, deja claro que piensa que no están bien los males y los abusos sobre los que escribe.

—Hago muchas cosas para arreglar los males y los abusos sobre los que escribo —dijo Simonson mientras se incorporaba—. Sacar a la luz la información que no debería estar oculta es tan importante como actuar para solucionar el problema. Si no fuera por mí...

—Nadie sabría que hay un problema que arreglar —dijo Jordan—. Sí, ya lo sé. Sigue siendo una excusa para no hacer nada más que lo mínimo indispensable.

—¿Y qué sabe usted de eso?

—A mí ya me ha tocado esconderme bastante —dijo Jordan—. Sé lo que es hacer sólo hasta aquí y dejar el resto porque supones que ya habrá otra persona que lo haga. Eso es lo que hago yo aquí, en el medio de Ninguna Parte, Michigan, EE.UU. —Le dio la vuelta al cenicero de cristal que había en la mesita que estaba a su lado y aplastó el cigarrillo—. Pero no se trata de eso. El caso es que Cross me dijo que estaba en la ciudad, así que supuse que estaría en un hotel. Por lo que sabía sobre usted por la forma en que dirige su página, supuse que estaría en éste.

—¿Por qué? —preguntó Simonson. Estaba tratando de encontrar una forma de despojar a Jordan de toda su lógica.

—Es el mejor que hay por aquí —dijo Jordan mientras se encendía otro cigarrillo—. Es seguro, es céntrico y es digno. Más que cualquier otro hotel que tenga esta ciudad. Por el tipo de persona que es usted, no se habría conformado con nada inferior. Me imaginé que tenía que ser éste.

—Pura suerte.

—Mentiría si dijera que eso no ayudó también —dijo Jordan—. Pero ya estaba bastante seguro cuando hice la suposición. La suerte fue cogerlo cuando salía del ascensor.

—Sobre todo con esa pistola en la mano —dijo Simonson—. Me sorprende que consiguiera pasar junto al guardia de seguridad de la puerta principal.

—He entrado por el baño, no por la puerta principal —dijo Jordan—. El guardia y el recepcionista no vieron nada.

—Eso no es posible —dijo Simonson sin pensarlo—. Ni siquiera hay una ventana que dé a ese baño que pudiera... usted... ah. Vale. No importa. No intente explicarlo.

—No se preocupe —dijo Jordan—. Funciona mejor si no lo intento. Además, probablemente es demasiado joven para entenderlo. Hay que hacer algo más que apretar el botón de «Enviar».

—Adrian Cross y usted deben de llevarse de fábula —gruñó Simonson.

—¿Sí? ¿Por qué lo dice?

—Él también es gilipollas.

—Muy gracioso. ¿Sabe una cosa?, dijo lo mismo de usted. Pero es verdad. Me refiero a eso de que nos llevamos muy bien.

—¿No me diga? —Simonson esbozó una sonrisa afectada—. No me sorprende. ¿Y de qué lo conoce? ¿Hace mucho que se conocen?

—No mucho —dijo Jordan—. ¿Le importa si me siento?

Simonson extendió la mano.

—Por favor. También puede fumar si así se siente más cómodo.

Jordan dobló la pierna izquierda sobre la cama y se sentó sobre ella con el pie derecho aún en el suelo. Dio las gracias con un gesto e hizo caso omiso del sarcasmo. Simonson se volvió a apoyar contra la mesa y cruzó los brazos.

—Diga, ¿cuánto hace? —preguntó otra vez.

—Un par de días —respondió Jordan—. Lo conocí el lunes por la noche, cuando salía del hospital.

—Yo también —dijo Simonson—. Una coincidencia encantadora.

—O Dios dándonos un golpecito en el hombro.

—¿Qué?

—Nada —dijo Jordan con un gesto de la mano—. Sólo un dicho. Bueno, fue el lunes cuando lo conocí pero la primera vez que lo vi fue en realidad el jueves anterior.

—El día de su accidente —dijo Simonson.

—Esa noche —lo corrigió Jordan—. Sí.

—¿Cómo fue?

—De lo más absurdo —dijo Jordan—. Iba a comprar tabaco y decidí dar una vuelta por la circunvalación. No llovía así que pensé que sería agradable dar un paseo en coche.

—¿Tal que así? —dijo Simonson, no demasiado convencido—. Sencillamente decidí salir a dar un paseo en coche.

—Pues sí —dijo Jordan—. Puede que no lo decidiera yo solo, no del todo. No lo sé. En aquel momento me pareció muy razonable pero ahora que lo pienso, no le podría decir. Nunca estoy muy seguro si hago algo porque quiero o si lo hago porque quiere otra persona. Es uno de esos problemas de mi antigua vida que nunca ha

desaparecido del todo.

—Sé lo que se siente —dijo Simonson. Dirigió la vista hacia la derecha como si estuviera mirándose al espejo—. Así que estaba dando un paseo por la autopista 38...

—Exacto —dijo Jordan—. Estaba por ahí al final de la hora punta cuando el tráfico empezó a atascarse delante de mí. Conecté la radio con la frecuencia de los servicios de emergencia, policía, ambulancia, bomberos... y oí lo del accidente; oí que se suponía que era muy grave.

—¿Es usted policía? —preguntó Simonson—. Quiero decir si lo fue con anterioridad.

—Pues no.

—¿Entonces cómo captó la frecuencia de los servicios de emergencia en la radio?

—La sintonicé, nada más —dijo Jordan—. No es algo que le pueda explicar.

—Ya. ¿Y qué hizo cuando lo oyó?

—Fui a echar un vistazo antes de que se moviera el tráfico —dijo Jordan.

—¿Dejó el coche allí y se convirtió en uno de esos que miran los accidentes?

—¿Va a seguir interrumpiéndome? —dijo Jordan—. ¿O quiere oírlo?

—Lo siento —dijo Simonson—. Pero su historia tiene ciertos agujeros.

—Piensa con el cerebro y no con la boca, muchacho —dijo Jordan—. No son agujeros. Es que no tengo toda la tarde para explicártelo todo, con todas las letras.

—Ya veo —dijo Simonson—. En ese caso continúe, por supuesto.

—Como decía, salí a ver lo que estaba pasando. No había ninguna razón, sólo me parecía que era lo que tenía que hacer, así que lo hice. Llegué allí a tiempo para ver cómo sacaban a nuestro amigo, el señor Cross, de lo que quedaba de su coche. Cuando lo vi, me di cuenta de que había algo que no iba bien.

—Yo también vi las fotos de su coche —añadió Simonson—. Debería haber muerto.

—No me refería a eso —dijo Jordan—. Quiero decir algo que iba mal entonces, en ese momento. No sabía quién era Cross pero cuando lo vi, me di cuenta de que tenía algo raro. Era... ¿cómo decirlo?

—¿Qué?

—En primer lugar daba la sensación de que estaba envuelto en cristal. Es la única manera que tengo de explicarlo. No trozos de cristales rotos. Era como si cristal le saliera de la piel. Como si lo hubieran sumergido en vidrio. Pero como borroso por los bordes, como un espejismo. Era como si el aire trepidara a su alrededor y se le posara encima como se *suponía* que debía ser. Durante apenas un segundo pareció... no sé. Perfecto. Como si fuera un ángel. Hasta entonces no me di cuenta de que no estaba herido. Ni siquiera un poco. Ni siquiera tenía la ropa rota. Estaba apaciblemente dormido, como si lo acabaran de sacar de la cama.

»Dices que viste una foto, muchacho, pero yo vi el coche con mis propios ojos.

No debería haber salido de allí como lo hizo. Su coche chocó con tal fuerza contra el trailer que había provocado el accidente que después no pudieron sacarlo. Cross debería haber sido pasta de dientes cuando lo sacaron de ese coche. No hay otra forma de verlo.

»En fin, los estaba mirando cuando fueron a meterlo en una ambulancia. Rodearon el trailer por el carril de emergencia y se fueron al hospital. Pero a un lado de la carretera había una elevación en la que se interrumpía la línea de árboles. La vi y pensé que habría sido un gran sitio para ver el accidente. Se asomaba a la curva de la autopista como un balcón. Y mira tú, había tres personas allí arriba, se estaban dando la vuelta para irse cuando levanté la vista. Habían estado vigilando todo aquel tiempo.

—¿Quiénes eran?

—No lo sé —dijo Jordan—. No los había visto jamás. Sólo eran tres hombres de negro en una colina.

—¿Hombres de negro? —dijo Simonson—. ¿Se refiere a...?

—Exactamente —asintió Jordan—. Me di cuenta con sólo mirarlos. Se movían al mismo tiempo, vestían igual y se parecían bastante. Uno era un poco más alto y otro era un poco más ancho de hombros pero no podría decirte cual de ellos. Era como si mis ojos resbalaran sobre su imagen. Como si fueran de cristal húmedo. A veces los notas sin más, supongo que es algo que les gusta, y a mí me resultó fácil verlos.

—¿Le vieron a usted? —susurró Simonson, asustado por semejante posibilidad.

—Ya se habían vuelto de espaldas —dijo Jordan—. Estaban perdiéndose de vista al otro lado de la elevación cuando los vi. No creo que me vieran. No me vio nadie que estuviera en el accidente. El caso es que los vi y supe lo que eran. Y me di cuenta de que habían sido ellos los que habían provocado el accidente y todo lo que le había pasado a Cross.

—¿Cómo? —preguntó Simonson—. ¿Por qué estaba tan seguro?

Jordan se dio unos golpecitos en la sien con los dos dedos con los que sostenía el cigarrillo.

—Por lo mismo que pensé que sería una buena idea ir a dar una vuelta en coche esa noche. Es la misma sensación que me hace pensar que el reflejo del espejo que tienes ahí detrás no hace más que mirarme, aunque sólo te veo la nuca cuando miro.

Simonson se tragó el comentario sobre su reflejo y prefirió decir:

—¿Y qué hizo con Cross?

—Al principio nada —admitió Jordan—. No quería meterme. No me mudé a este lugar para meter la cabeza en el avispero.

—¿No hizo nada? —dijo Simonson—. ¿Vio a la Tecnocracia allí, vio que se llevaban a alguien justo delante de sus narices y no hizo nada? ¿Vio al enemigo haciendo prisioneros y no pensó que al menos tenía la responsabilidad de decírselo a

alguien? ¡Y es usted el que dice que yo rehuyo mis obligaciones!

—Bájate de ese caballo, muchacho —dijo Jordan—. Ya te he dicho que no he venido al norte ni a esta ciudad para meterme en todo eso. Sólo estaba intentando sentar la cabeza. No me importa ayudar a unas cuantas personas de vez en cuando con su vida privada si hace falta, pero no voy a tirar a la basura mi propia vida en una guerra que todo el mundo es demasiado obstinado para admitir que se ha acabado.

—No es una guerra —dijo Simonson—. Es una lucha. Es una cruzada y desde luego que no ha acabado. La prueba es mi Tradición. El resto no tendríais nada que esperar si los que vinieron antes que yo no hubieran cambiado de bando cuando lo hicieron.

—Vosotros formáis parte del problema —dijo Jordan—. Sois los que agitáis el estercolero y nunca sabéis cuándo parar.

—¡Al menos no hemos renunciado sólo porque seamos demasiado viejos para que nos importe!

—Muchacho, jamás he dicho que no me importe —Jordan respiró hondo para darse a sí mismo y a Simonson la oportunidad de tranquilizarse—. Lo que he dicho es que no quiero líos. Y también he dicho que terminé conociendo a Cross en persona cuatro noches después, ¿no?

—De acuerdo —dijo Simonson—. Lo admito. ¿Qué le hizo cambiar de opinión?

—Las mismas señoras que nos ponen a todos un cuchillo en la espalda, muchacho —dijo Jordan con algo parecido a una sonrisa—. La curiosidad y la culpa. Más vale que las vigiles con cuidado.

—Lo que me falta de una, lo recupero con creces de la otra.

—Acabará contigo. Y una de ellas va a acabar conmigo también cualquier día, pero eso no suele detenerme. No pude dejar de pensar en Cross durante los cuatro días siguientes. No dejaba de ver ambulancias por la carretera y al menos un trayecto al día me llevaba justo por delante del Founders' Memorial. Al final, el lunes, decidí entrar y ver lo que le había pasado al tipo. No sabía quién era, en qué habitación estaría, ni siquiera si todavía estaba allí. Me limité a confiar en la suerte y en que el momento adecuado nos pusiera en el mismo sitio a la misma hora.

»Y mira tú, ¿quién iba hacia el teléfono que hay delante del hospital esa noche justo cuando paso yo en coche? El tipo en cuestión. Parecía igual de sano que la primera vez que lo vi, sólo que ahora estaba despierto.

—¿Quiere decir con *D* mayúscula? —preguntó Simonson—. Como nosotros...

—Yo no soy... no lo sé —dijo Jordan—. No siempre los distingo, especialmente a la gente que acaba de *Despertar*. No creo que lo estuviera. Parecía tan *Dormido* (con mayúsculas) como todos los demás.

—¿Y por qué lo recogió? —preguntó Simonson.

—Porque tenía compañía —dijo Jordan—. Mientras yo me acercaba, pasó al lado

de un coche negro que estaba en el aparcamiento. Pasa a su lado y tropieza con él como si no lo viera. Se quedó allí mirándolo y a continuación siguió caminando. Un par de segundos después de que le diera la espalda, se abren las cuatro puertas del coche y salen cuatro hombres de negro. A tres de ellos ya los había visto antes pero el cuarto era nuevo.

»Había algo raro en él. Era igual que lo que te decía de Cross cuando lo sacaron de su coche.

—¿Cómo si lo hubieran sumergido en cristal?

—Eso —dijo Jordan—. Pero diferente. Con Cross era como si el aire se asentara a su alrededor y lo envolviera. Con este tío era al revés. Era como si él hiciera girar el aire y lo convirtiera en cristal a su alrededor. No sé si todo esto tiene algún sentido para ti.

—Bastante —dijo Simonson—. ¿Qué hizo al verlos?

—Recogí a Cross —dijo Jordan con un encogimiento de hombros—. ¿Qué otra cosa iba a hacer? No sabía si estaban trabajando juntos o no o qué, pero no me daba la sensación de que fuera a pasar nada bueno. El cuarto hombre de negro tenía muy mala pinta. No es que estuviera enfadado ni disgustado exactamente... sólo que... no encajaba. Por alguna razón. No sé explicarlo pero al verlo sentí un hueco frío en el estómago. Así que aproveché y recogí a Cross.

—¿Y ellos qué hicieron?

—Nada —dijo Jordan—. No me vieron. Por lo que a ellos se refiere, pasé a su lado y no me detuve. Pero lo que Cross vio fue que me paré, lo recogí y lo llevé a casa.

—¿Hizo todo eso? —se sorprendió Simonson—. ¿Justo delante de cuatro tecnócratas? Debe de tener pesas en los calzoncillos.

Jordan lanzó una carcajada y expulsó humo por la nariz y la boca al mismo tiempo.

—No creas que no pagué por ello, muchacho —dijo mientras tosía para aclararse los pulmones y la garganta—. Me dolió tanto que casi lo volví a dejar allí mismo. Tenía la sensación de que me había tragado una bolsa llena de gatos enfadados y que se peleaban por salir todo el camino. Y por lo que yo sabía en ese momento, Cross estaba trabajando con los cuatro hombres de negro. Tuve que echarle un buen vistazo antes de decidirme a sacarlo de allí.

—Y al final lo sacó.

—Ahá. Lo llevé a casa y hablé con él. Parecía un tipo agradable.

—Hay varias opiniones sobre eso —dijo Simonson.

—Al día siguiente, ayer, estaba fuera de su oficina cuando salió —dijo Jordan. Al parecer, había optado por no responder directamente—. Estaba preocupado por él así que fui a comprobar cómo estaba. Bueno, en cuanto aparezco sale él disparado del

edificio, justo cuando los tres hombres de negro de siempre empiezan a subir la calle hacia él.

—¿Y el cuarto?

—No lo vi y tampoco me preocupé de buscarlo. Hice que Cross se desviara de golpe con... —se dio unos golpecitos en la sien otra vez— ... un empujoncito y lo encaminé hacia el centro de la ciudad. Me costó bastante evitar que lo vieran aquellos tres hombres y que él me viera a mí. Al final, me limité a acercarme a él y sacarlo de la lluvia. Hablé con él otra vez y me contó que había perdido su trabajo. Hablamos sobre esa tal Soluciones Sintéticas que ve todo el mundo en todas partes.

—Nosotros también hablamos de eso —dijo Simonson—. A Cross no le gusta mencionarlo.

—Le guste o no —dijo Jordan—, parece ser que está metido en ese asunto.

—En eso y en todo lo que representa —dijo Simonson—. Desde luego más de lo que está dispuesto a admitir. —Le contó a Jordan lo que había averiguado en Internet así como sus sospechas sobre a quién representaba realmente aquella compañía. Mencionó lo que había descubierto sobre el accidente de Adrian Cross y los resultados de sus dos conversaciones fracasadas con Cross sobre Soluciones Sintéticas—. Yo diría que se trata de una fachada de la Tecnocracia.

—Desde luego eso parece, visto lo visto —dijo Jordan—. Eso fue lo que pensé así que bajé a su vieja oficina esta mañana para ver lo que podía encontrar. Aparecí en su vieja oficina antes que el tipo que lo había sustituido. Escarbé en su ordenador durante un rato mientras no había nadie en el edificio. Y de primeras ya encontré una conexión con la *Red Digital* que me llevó a un cruce ahí fuera, en el éter. Encontré un enlace que me llevó a una base de datos que hay en Ann Arbor sobre Soluciones Sintéticas.

—¿Pirateó la conexión desde oficina que tenía Cross en la Cámara de Comercio? —preguntó Simonson—. ¿Está chiflado?

—No estaba pirateando —respondió Jordan—. Estaba todo enlazado. Sólo tenía que pinchar en el sitio al que quería ir.

Simonson sacudió la cabeza.

—En primer lugar, ¿cómo se metió en su router? ¿Cómo se saltó los *firewalls* para llegar siquiera al router de la *Red Digital* al que estaba conectada la base de datos?

—Pues no sé muy bien cómo —dijo Jordan con gesto indiferente—. ¿Qué es un router?

Simonson se llevó una mano a la cabeza y dejó escapar un largo suspiro.

—Empecemos por el principio. ¿Cómo consiguió meterse en el router de la *Red Digital* sin que lo atraparan? Yo lo intenté y no pude.

—El sistema pensó que era el sustituto de Cross —dijo Jordan—. Un tal Jacob

Sutton, un chaval. Era el hombre del Sindicato que coordinaba el asunto dentro de la Cámara. Yo venía de su terminal y demás, y actuaba como si supiera lo que estaba haciendo. Cuando me preguntó qué quería ver, se lo dije sin pensarlo demasiado. No actuaba como si estuviera fisgando, actuaba como si fuera Sutton siguiendo la rutina de siempre. El sistema me dejó entrar.

Simonson miró al techo con las manos extendidas como si le estuviera rezando al creador y sacudió la cabeza.

—Los ordenadores no funcionan así —dijo con exasperación.

—Hay varias opiniones sobre eso —dijo Jordan—. Jamás había intentado entrar a fisgar en una empresa por la puerta de atrás, pero funcionó bastante bien. No fue perfecto pero sí lo suficiente para llevarme un par de cosas de la base de datos de SolSin. El problema fue que cuando intenté abrirlas en el ordenador de la oficina, llegó Sutton. Le eché un buen vistazo a una pero no pude abrir la otra.

—¿Qué eran? —preguntó Simonson, asombrado de que aquel hombre no hubiera alertado a todos los tecnócratas del país sobre lo que estaba haciendo.

—A mí me parecieron ficheros sobre el antes y el después de algo —dijo Jordan—. El primero era un plan de fundación de empresa. Ya sabes, cómo meter a SolSin en Iron Rapids. Parecía bastante básico, contactos, números de teléfono, proyecciones de gastos... pero todas las secciones me preguntaban si quería ver la «Explicación Ampliada del Protocolo» cada vez que me ponía a leer algo o miraba el índice. No tenía nada específico. Me mostraba los objetivos del proyecto, pero no la forma de llevarlo a cabo. Cuando pedí la explicación, me pidió el código de autorización y desciframiento de Sutton.

—Cosa que usted no tenía —dijo Simonson—. Pero por Dios, menudo descubrimiento. ¿Qué había en el otro fichero?

—Ya te lo he dicho, no lo sé con exactitud —dijo Jordan—. Decía que era un folleto informativo. No lo abrí y no pude bajar nada más.

—Dios mío —dijo Simonson, de nuevo con voz tranquila—. ¿Cómo consiguió esa información sin que lo pillaran? ¿Cómo es que no cayeron sobre usted todos los sistemas de seguridad de la Tecnocracia? ¿Cómo lo hizo? Yo llevo semanas intentando averiguar lo que quiere de esta ciudad Soluciones Sintéticas, la Tecnocracia.

—Entrar y encontrar los archivos fue cuestión de voluntad y de aprovechar el momento —dijo Jordan. Apagó el cigarrillo en el cenicero y lo volvió a poner en la mesita donde lo había encontrado—. Que no me cogieran no fue más que la suerte del principiante, supongo.

—Increíble —dijo Simonson—. Inconcebible.

Jordan se encogió de hombros.

—Creo que puedo imaginarme el resto —continuó Simonson—. Usted sabía por

las conversaciones con Cross que yo le había estado dando la lata con lo de Soluciones Sintéticas. Averiguó la información que yo estaba buscando y ahora quiere detener lo que quiera que esté haciendo la Tecnocracia en esta ciudad. Ha venido a pedirme ayuda para...

—No del todo, muchacho —dijo Jordan mientras levantaba la mano para hacer callar a Simonson—. Ya te lo he dicho, yo he terminado con toda esa cruzada. Sólo estoy haciendo lo que estoy haciendo por Cross.

—¿Por qué? ¿Qué tiene de especial?

—Últimamente ha tenido un montón de problemas sin razón alguna —dijo Jordan—. Yo lo he visto y por lo que me has dicho, tú también. Esta gente. Soluciones Sintéticas, la Tecnocracia, como quieras llamarlo, han estado jugando con su vida como si fuera un soldadito de plomo y eso tiene que parar. Su vida no es genial, tal y como él la vive, pero al menos es la vida que eligió él mismo. Esta gente esta intentando quitársela y no pienso consentirlo. No es forma de vivir, estaría mejor muerto.

—¿Y cómo espera que le ayude? —preguntó Simonson—. ¿Y por qué? Tengo cosas más importantes en las que pensar que la suerte de una sola persona. Quizá crea que se está burlando de mí pero yo me considero un cruzado. No puedo dejar lo que estoy haciendo para ayudarlo con un solo hombre cuando tengo que pensar en el resto de esta ciudad.

—Ahí está la arrogancia —dijo Jordan—. Muchacho, no estoy aquí para pedirte ayuda con Cross. Pienso ocuparme de eso yo solo.

—Entonces, para ayudar a Cross, necesita que lo ayude a abrir los ficheros ampliados de la Tecnocracia a partir de los resúmenes que encontró, ¿no es así? Necesita que le diga exactamente lo que están tramando los tecnócratas con respecto a Cross para poder ayudarlo.

—Tampoco es eso —dijo Jordan—. Ya sé lo suficiente sobre los planes que tienen para Cross. Me lo contó Sutton.

—¿Entonces qué necesita de mí? —preguntó Simonson.

—He venido aquí para ayudarte a ti, chaval —dijo Jordan—. Porque sé que eres un cruzado. Es lo que dijiste. Aunque no participes físicamente en la cruzada, haces lo que puedes para apoyarla. Vine aquí porque sé que has estado buscando la información que encontré y sé que harás algo con ella, aunque sólo sea publicarla en la Red y ver quién muerde el anzuelo.

—Ya veo —dijo Simonson, entornando la mirada y ladeando la cabeza un poco—. ¿Así que usted me la da sólo para ver qué hago con ella? Así, sin más.

—Yo no creo que tu cruzada merezca la pena —dijo Jordan—. Pero eso no significa que tenga razón. Por mí puedes hacer lo que quieres con lo que he encontrado. La información tiene que ser libre, ¿no? ¿No es ese vuestro lema?

—Algo así —dijo Simonson—. ¿Y dónde está? ¿Tiene un disquete? ¿Un CD? ¿Está aquí?

—Ése va a ser tu problema —dijo Jordan mientras encendía el tercer cigarrillo—. Todavía está en el ordenador de la oficina de Sutton. En la Cámara de Comercio.

—¿Qué?

—Ya te lo he dicho —dijo Jordan—. Me sorprendió Sutton mientras estaba fisgando en su ordenador. Le hice unas cuantas preguntas y dijo varias cosas que me recordaron a cuando era un cruzado como tú. Perdí la paciencia y le arreeé.

—¿Atacó a un hombre en el edificio de la Cámara de Comercio? —jadeó Simonson, consternado. Señaló con un gesto la pistola de Jordan—. Todos los que estaban en el edificio, el barrio entero, debe haber oído el disparo.

Jordan lo miró, confundido, y a continuación se tocó la parte de atrás del cinturón.

—¿Qué? ¿Ah, esto? Ni se me ocurriría, muchacho. Joder, si hace siglos que no la disparo, sobre todo contra otras personas.

—¿Entonces qué hizo? —dijo Simonson.

—Hice que se diera un golpe en la cabeza —dijo Jordan con tranquilidad detrás de otra bocanada de humo—. Lo dejé sin sentido para que no se acordara de que había estado allí. Pero supongo que lo empujé demasiado fuerte. Miré cómo estaba justo después y vi que se había acabado todo. Había visto su estrella negra, si sabes a lo que me refiero.

—Dios mío. —Se estremeció Simonson—. ¿Está muerto? ¿Y no le importa?

Jordan se encogió de hombros.

—No fue el primero. Además, fue rápido y limpio. Hay peores maneras de irse.

Simonson no respondió nada. Era incomprensible semejante indiferencia desdeñosa por la vida de otra persona cuando iba unida al aparente interés que se había tomado por el bienestar de Adrian Cross.

—El caso es —dijo Jordan— que tuve que dejar la información en el ordenador de Sutton. La escondí lo mejor que pude pero no tuve tiempo de descargártela, y tampoco tenía ningún disquete para meterla.

Simonson hizo una mueca.

—Si está en el ordenador, ya está descargada.

—Ah. Bueno, pues no la metí en un disquete, entonces. Desaparecí de allí por si alguien había oído lo que había pasado. Si la quieres vas a tener que entrar a buscarla.

—¿Por qué no puede volver, coger el disco duro y venir aquí? —preguntó Simonson mientras escondía detrás de una ligera burla la incomodidad cada vez mayor que sentía—. Parecen dársele bastante bien ese tipo de cosas.

—Ya me estoy arriesgando bastante —dijo Jordan—. No tiene sentido exponerme más.

—Pero está más que dispuesto a que me exponga yo —dijo Simonson—. ¿Cómo

sé que no han encontrado ya el cuerpo y el lugar no está lleno de policías y tecnócratas?

—No lo sabe —dijo Jordan—. Y yo tampoco. Pero lo más probable es que ya esté hasta arriba de ellos. Es mejor suponerlo para no arriesgarse demasiado.

—¿Entonces cómo espera que llegue hasta el ordenador?

—Eso es cosa tuya, muchacho —dijo Jordan mientras se levantaba—. Yo no espero que hagas nada que no quieras hacer. No vine aquí para decirte lo que tenías que hacer. Sólo te informo de cuales son tus opciones para que puedas elegir la que quieres. Ya te lo he dicho, ese no es mi problema. Mi problema es sacar a Adrian Cross del lío en el que está metido.

Se sacudió un poco de fina ceniza gris que le había caído sobre la camisa, apagó lo que quedaba del cigarrillo en el cenicero y se dirigió hacia la puerta como si fuera a marcharse.

—Espere —dijo Simonson—. No me puedo creer que me lo esté pensando. ¿En qué oficina está? ¿Dónde escondió los archivos en el ordenador?

Jordan se lo dijo.

—Ya veo. Si resulta que consigo los archivos y descubro cómo se llega al texto ampliado que no pudo conseguir usted, ¿quiere ver lo que contiene?

Jordan abrió la puerta y sacudió la cabeza.

—No vale la pena. Enséñeselo a alguien al que le pueda servir de algo. No es mi cruzada.

Antes de que Simonson pudiera responder, Jordan cerró la puerta y lo dejó solo. Mientras luchaba con la decisión que tenía que tomar, se apoyó en la silla para reflexionar sobre sus opciones. Cuando levantó la vista hacia el espejo, su reflejo lo miró con los ojos muy abiertos, aterrorizados.

—¿Quién coño era ese hombre?

—Otro de los Despertados —respondió Simonson un tanto inquieto por el aspecto de su reflejo—. ¿Qué pasa? Antes no parecías tan disgustado.

—La libreta —indicó su reflejo.

Simonson vio la libreta donde la había dejado en la mesa cuando se disparó el detector de humo. Con una mezcla de irritación y confusión, se dio cuenta de que no había escrito ni una sola cosa desde la aparición de Jordan.

—Mierda —dijo. Normalmente tomaba notas sin ni siquiera pensar en ello.

—Levántala —lo apremió su reflejo.

Simonson levantó la ceja con un gesto muy peculiar pero hizo lo que le pedía su reflejo. Levantó la página en blanco mientras su reflejo levantaba su libreta en la otra mano para que la leyera. Él también abrió mucho los ojos y su expresión imitó la de su reflejo. En inglés muy claro y con una letra que no era la suya, vio escritas en la libreta del espejo las palabras «*Deja de mirarme*».

—Mierda —dijo en voz alta—. No sé quién es.

Capítulo diecisiete

—Ahora mismo estás pensando en ella, ¿a que sí? —preguntó Sarah.

Adrian le dio la espalda al enrejado cubierto de enredaderas que dibujaba un arco sobre su cabeza y miró a su mujer.

—¿Perdón? —dijo—. ¿En quién?

—No te hagas el tonto —dijo Sarah mientras cruzaba los brazos y se ponía justo en el centro del sendero de gravilla del jardín. Todavía no parecía enfadada pero sí que parecía hablar muy en serio—. Esa tal Candace que mi padre acaba de contratar. Sé que los dos congeniasteis muy bien.

—Parecía bastante agradable —dijo Adrian, tratando de ir con pies de plomo—. Amable.

—¿Bonita?

—Supongo —dijo Adrian con un encogimiento de hombros.

—¿Supones? —dijo Sarah bajando la voz—. ¿Supones que sí o supones que no?

Adrian dirigió la mirada hacia la casa de su suegro, situada detrás de Sarah, para reflexionar un momento.

—Supongo que sí —dijo. Intentaba ser diplomático. La chica era mona, ahora que lo pensaba. Era demasiado joven para él y al lado de Sarah ni se la veía, pero no estaba mal—. No me fijé mucho.

—¿Como estabas tan ocupado coqueteando con ella no pudiste verla bien?

—¿Qué? Yo no estaba coqueteando.

—Sí, claro —dijo Sarah mientras pasaba a su lado y se metía en el mirador cubierto de parras que había en el corazón del jardín de su padre. Se sentó en un banco de madera y se negó a mirarlo—. No hacías más que mirarla a los ojos y contar chistes estúpidos y reírte cuando ella contaba otros más estúpidos todavía. Ni siquiera tenían gracia, Adrian.

—La chica sólo quería ser amable, cielo —dijo Adrian. Se acercó al banco y se quedó de pie al lado de su mujer.

—No tienes que defenderla.

—Y yo sólo pretendía ser amable también —dijo Adrian—. Ya me conoces.

—Eso creía —dijo Sarah—. Pero no pensé que fueras de los que coquetean con cualquier advenediza que trabaja para mi padre.

—No coqueteo con la primera que aparece —dijo Adrian al tiempo que se preguntaba qué había provocado aquella emboscada.

—Ah, ¿de modo que sólo es ésta? —le soltó Sarah mientras lo miraba al fin—. Me pregunto si ahora se siente especial.

Adrian hizo una mueca.

—Mira. Sarah, no estaba coqueteando. De verdad. Es sólo que tu padre va a

traer a Candace a vivir a casa para poder trabajar desde aquí. Ya que va a vivir aquí y nosotros también, pensé que podríamos ser agradables y hacer que se sintiera cómoda. Es la educación del sur. Crea siempre una buena impresión cuando conozcas a alguien.

—Ya vi cómo intentabas crear una buena impresión —dijo Sarah—. ¿Y qué tengo que hacer yo si quiero crear una buena impresión? Yo no quiero meterme debajo de su falda.

—Cariño, ¿qué te hace pensar que yo sí? —dijo Adrian—. Sólo estaba tratando de ser amable.

—No me digas. Y no hables así, pareces un ignorante. ¿Es que no sabes hablar sin arrastrar las palabras?

Adrian apretó los dientes y se obligó a no perder los nervios. Sarah sólo estaba preocupada, nada más. Preocupada y un poco susceptible. Se sentó en el banco a su lado y le acarició el hombro con la parte posterior de los dedos. Sarah soportó la caricia con rigidez...

—Cielo, ni siquiera es tan mona —dijo él—. Casi ni bonita ni nada.

—Eso lo dices ahora —dijo ella mientras lo miraba de lado con algo menos de hostilidad—. Pero me hablaste de algunas de tus antiguas novias. Como esa perra de Stephanie, la que vino a visitarte aquel fin de semana a la facultad.

—No me lo recuerdes —dijo Adrian mientras se relajaba un poco—. Pensé que no nos iba a dejar nunca en paz. —También había pensado que la charla que mantuvieron después Sarah y él no iba a acabar jamás.

—Candace, la señorita advenediza de diecinueve años de ahí dentro se parece a aquella perra —dijo Sarah—. Tiene el mismo pelo y la misma panza y todo.

—Te refieres a la misma panza gorda —dijo Adrian mientras le echaba un vistazo a la casa para asegurarse de que la joven ayudante de su suegro no estaba en ningún sitio donde pudiera oírlos—. Ya sabes, había una muy buena razón para que no quisiera volver con Stephanie aquella vez.

—Era una zorra —dijo Sarah. Ya le había desaparecido parte de la tensión del hombro.

—Eso —dijo Adrian— y que le había salido aquella tripita. —Se le hizo un débil nudo en el estómago al tener que hablar así para hacer feliz a Sarah. Pero a la larga supuso que unas cuantas mentiras piadosas y un poco de incomodidad personal merecerían el resultado que obtendría—. Y la señorita Candace ya lleva la tripita incluida.

—¿Quieres decir que eso no te gusta? —Lo aguijoneó Sarah—. ¿Chicas grandes con panzas incorporadas?

—No estaría aquí si fuera así —susurró Adrian mientras se inclinaba hacia su mujer. Deslizó la mano por el brazo de Sarah hasta que reposó en el costado de su

estómago—. Esto no me parece una tripita incorporada.

—Desde luego que no —murmuró Sarah—. Y tampoco soy una zorra.

—Ya lo sé —le contestó Adrian al oído. La besó en el hombro, luego le retiró el pelo del cuello—. Y eres tan bonita como un cisne.

—No como esa fulana de Candace —dijo Sarah. Miró a Adrian de soslayo otra vez pero la primera insinuación de una sonrisa empezaba ya a manifestarse en las comisuras de sus labios.

Adrian la besó en el cuello mientras exhalaba un pequeño suspiro de alivio por haber evitado una crisis antes de que se convirtiera en una pelea de verdad.

—¿Qué Candace?

Más de nueve años después, de pie bajo el mismo mirador enrejado, Adrian sacudió la cabeza al recordar aquella tarde. Aquella charla y las siguientes festividades celebradas sobre aquel banco no habían borrado la convicción de Sarah de que Candace suponía un peligro para su matrimonio, pero habían retrasado lo inevitable unas cuantas semanas. A Adrian no le había sorprendido demasiado que surgiera otra vez el tema (Sarah solía tomarse a mal que Adrian sonriera o saludara a otra chica bonita) pero el resultado lo había indignado. Sarah había hablado a solas con su padre y le había pedido que los instalara a Adrian y a ella en otra casa fuera de la ciudad. La única razón que le había dado al anciano para justificar tal petición fue que Adrian prefería criar a su familia en una casa propia.

Aunque Adrian lo había mencionado de pasada antes de casarse, le había horrorizado que Sarah sacara el tema con su padre. Sobre todo le molestaba que lo hubiera hecho sólo porque tenía miedo de que Candace le robara el marido. Pero cuando se lo contó a él, Gordon ya les había comprado una casa junto a la autopista 38 e incluso lo había organizado todo para que se la amueblaran. Adrian se habría sentido ridículo dirigiéndose a Gordon para explicarle la verdad después de que Gordon se hubiera tomado tantas molestias por los dos. Y lo que era peor, estaba bastante seguro de que Candace, que había arreglado la mayor parte del papeleo de la transacción, sabía con exactitud lo que estaba pasando desde el principio.

Pero en lugar de provocar un jaleo mayúsculo. Adrian había accedido y no había dicho nada. Sarah se había quedado contenta y en aquella época a él le bastaba con eso. De hecho, durante los cuatro meses siguientes no pelearon demasiado, hasta que Sarah le dijo que iba a tener un bebé. Al pensarlo, Adrian se dio cuenta de que el embarazo era probablemente resultado directo de la tarde que habían pasado en aquel mismo mirador el día que Candace se había mudado a la casa de Isaac Gordon. Mientras Adrian relacionaba los dos hechos, alguien le dio un golpecito en el hombro.

—¿Estás perdido, hijo?

Adrian se sobresaltó y se dio la vuelta para ver a Isaac Gordon detrás de él, apoyado en un grueso bastón negro. El anciano vestía pantalones negros, botas de montaña marrón oscuro y un jersey de cuello alto gris con mangas de raglán. Tenía el pelo corto, de un color gris plomo, enredado por el viento y los ojos azules se apoyaban en unas bolsas color violeta producidas por el cansancio. Sujetaba un purito marrón en la mano derecha y el olor del tabaco emanaba de él y de su ropa en oleadas casi visibles.

—Jesús —dijo Adrian—. Hola Isaac. Me has asustado.

—Perdona, hijo —dijo Gordon, y a continuación se aclaró la garganta con dos toses rápidas sin ni siquiera abrir la boca—. ¿Cómo estás?

—Bien —asintió Adrian—. Dadas las circunstancias.

Gordon le dio una calada al purito y exhaló una espesa nube de humo.

—Me alegro.

—Gracias —sonrió Adrian—. Es un placer verte otra vez.

Extendió la mano y Gordon se la estrechó después de cambiar el cigarro a la mano que todavía sujetaba la empuñadura metálica del bastón.

—Lo mismo digo. Creo que Candace te dio una cita para verme. Creo que ya sé de qué se trata.

Gordon le dio otra calada al purito y cerró los ojos. Contuvo el humo durante unos segundos y a continuación volvió a expulsarlo por la nariz. Se aclaró la garganta una vez que hubo salido todo el humo y el carraspeo se convirtió en una tos que a Adrian no terminó de gustarle.

—Creí que lo habías dejado —dijo Adrian al ver que tosía otra vez y escupía algo marrón que no parecía del todo líquido.

—Creo que te equivocaste en eso —dijo Gordon mientras escupía una última vez. Tenía los nudillos blancos alrededor de la empuñadura del bastón. Levantó el purito y echó otra calada corta—. A mi edad ya no lo dejas.

—Deberías —lo riñó Adrian, medio en serio—. Esa cosa te va a matar.

—No antes que la tensión, hijo —dijo Gordon—. Ni que la lata que me da la gente.

—Candace está preocupada —dijo Adrian—. Y estoy seguro de que a Sarah le daría un ataque si supiera que sigues fumando.

—Can lleva preocupada por mí desde que la contraté —dijo Gordon mientras echaba otra calada desafiante—. Por eso la contraté. ¿Y desde cuando ha necesitado Sarah una razón para que le dé un ataque?

Tras decir eso a Gordon le dio un ataque de risa que provocó a su vez otro ataque de tos. Sujetó el bastón con las dos manos y se apoyó en él. Se puso rojo por el esfuerzo.

Adrian le puso la mano en la espalda y se contuvo para no darle unos golpecitos

entre los hombros y ayudar así a que pasara el ataque de tos. En lugar de eso, le frotó la espalda, intentando en vano que Gordon se relajara y tratando de ofrecerle algún consuelo. Sintió una punzada de compasión procedente de lo que debieron ser años de enfisema en su propio pecho y llevó al anciano hacia uno de los bancos que había en el mirador. Cuando Gordon se sentó, la tos paró y su respiración empezó a parecer mucho menos forzada. Se sentó más erguido, escupió por última vez y respiró hondo.

—Muy bien —dijo con la voz más clara y tranquila. Al parecer la tos había expulsado lo que lo estaba congestionando—. Ahí tienes la ironía.

—Lo que te decía —dijo Adrian. Carraspeó una vez y se metió las manos en los bolsillos—. ¿Estás bien?

—Desde luego —dijo Gordon. Se llevó el purito a los labios, lo olió una vez y se lo volvió a meter en la boca. Cuando exhaló, una nube de humo blanco y espeso se elevó en el aire que lo rodeaba y él se relajó en el banco con una expresión de extática felicidad—. Casi se me cae. Habría sido una pena.

Adrian sacudió la cabeza.

—Eres incorregible.

—Prefiero el término leal a sus marcas —dijo Gordon. Se incorporó con el bastón y rechazó con un gesto la ayuda de Adrian.

—Bueno, por lo menos ya no da la sensación de que estás a punto de escupir un pulmón —dijo éste con resignación.

—Creí que iba a escupir los dos —dijo Gordon—. Pero ya pasó. Y a mí me está empezando a parecer que te estás yendo por las ramas.

—Un poco —admitió Adrian.

—Es fácil saber cuando tienes algo en mente —dijo Gordon—. Antes, cuando le he visto aquí, te he llamado dos veces. Y no es tan fácil sobresaltar a alguien con estas rocas. —Rascó la gravilla suelta del camino con el zapato para subrayar la idea.

—Ah, eso —dijo Adrian con una leve sonrisa—. No, sólo estaba pensando en cuando Sarah y yo vivíamos aquí. Nos encantaba pasear por este jardín. Sentarme en este mirador para charlar era una de mis cosas favoritas, en cualquier época del año. Era un sitio tan bonito y tranquilo...

—Y estos bancos son más cómodos de lo que parecen —dijo Gordon mientras le daba unos golpecitos al banco con el bastón. Su sonrisa dejaba claro lo que implicaban sus palabras.

—Bueno —dijo Adrian mientras sentía que se sonrojaba. Después de todo, Sarah era la hija de Gordon—. Parecen muy... sólidos, supongo.

—No seas nenaza, Adrian —dijo Gordon con una sonrisa de complicidad—. Yo también fui joven aquí.

—Creo que ahora preferiría hablar de negocios, Gordon —dijo Adrian con una risa nerviosa—. Caray...

—Nenaza —dijo Gordon. Hizo un ademán y señaló con la punta del bastón el sendero que tenía delante—. Andando, venga, levántate el canesú y vamos a dar un paseo.

El anciano salió del mirador emparrado delante de Adrian y mientras hablaban lo llevó a dar el recorrido de costumbre por el jardín. Adrian había paseado por aquel lugar muchas veces pero no lo apreció menos ahora que la primera vez que lo había visto. El jardín estaba precioso y lleno de vida, a pesar de lo cerca que estaba de la telaraña sucia y moribunda de acero y cemento que era Iron Rapids. Aspiró aquella sensación de vida e hizo caso omiso del cielo gris pizarra que lo contemplaba desde arriba.

—¿Y al final quién ha sido? —preguntó Gordon.

—¿Perdón?

—¿Quién te ha pedido que vinieras a hablar conmigo? —dijo Gordon—. Sé que no haces visitas personales durante las horas de trabajo.

—No es una visita personal, eso es cierto —dijo Adrian—. Pero nadie me ha pedido que viniera hoy.

—No me trates como si fuera tonto. Adrian —dijo Gordon—. No te ayudé a conseguir ese trabajo sin saber lo que iba a pasar. En cuanto esa gente de Soluciones empezó a llamarme el año pasado, supuse que alguien de la Cámara terminaría mandándote a mi puerta. Sólo me gustaría saber quién ha sido.

—Bueno, en un principio —dijo Adrian—. Evan Dunkirk me sugirió que me acercara. Pero fue Jim Mahoney el que me puso a trabajar con Evan. Los dos llevan un tiempo lanzándome indirectas.

—Esos dos —dijo Gordon—. Lógico. Serían incapaces de encontrar el culo del otro aunque fueran atados por el cinturón.

—No están tan mal —dijo Adrian.

—¿Ah, no? ¿Quién te crees que quería traer a esa empresa automovilística japonesa cuando yo era presidente de la Cámara? Esos dos sobre todo.

—No recuerdo que fuera una idea tan mala —dijo Adrian.

—No —dijo Gordon—. En aquella época no lo parecía, ¿verdad?

Adrian sacudió la cabeza.

—¿Pero cuántos quemadores de arroz has visto por las calles últimamente? ¿Cuándo fue la última vez que viste un anuncio de Daihatsu? Ya hace tiempo, ¿no?

Adrian no dijo nada pero asintió con la cabeza.

—Por eso no era buena idea, hijo. ¿Recuerdas lo primero que te dije cuando Sarah y tú subisteis aquí para decirme que os ibais a casar?

—Ah, sí. «Negros» —dijo Adrian imitando la voz de Gordon lo mejor que pudo e intentando no echarse a reír—. «Viniendo de Atlanta quizá no esperes ver demasiados aquí arriba, hijo, pero tenemos unos cuantos. Están por todo el país, no sólo en el

sur». Fue algo así.

—Recuérdame que te diga que eres un listillo —dijo Gordon.

—Sí, señor.

—Lo que dije, hijo, fue que siempre hay que tener en cuenta la visión a largo plazo cuando tomas una decisión importante. Tú no lo hiciste y pagaste el precio cuando Sarah te llevó a juicio.

Adrian desvió la vista de Gordon y miró al suelo.

—Es cierto.

—Cuando era presidente de la Cámara, Jim y Evan no sabían que había que buscar la visión a largo plazo —continuó Gordon—. Y si los conozco un poco, no han cambiado nada.

—¿Así que según tú, están cometiendo un error con SolSin igual que el que habrían cometido con Daihatsu? —dijo Adrian—. O como el que cometí yo con Sarah.

—Ten cuidado con ese tono, hijo —dijo Gordon—. Sarah sigue siendo mi niña, aunque se parezca a su madre.

—Lo siento.

—Disculpas aceptadas. Y para responder a tu pregunta, no sé si están cometiendo un error. Quizá no, siempre es posible. Sospecho que hasta un ciego es capaz de acertarle a una manzana sobre la cabeza de su hijo aunque sea por casualidad.

—Bueno, ¿entonces cuál es la visión a largo plazo en este caso? —dijo Adrian.

—Aún es muy pronto para decirlo —dijo Gordon—. He hecho que Can investigue un poco y Evan me envía un informe todas las semanas hablándome de los fundadores de SolSin y de qué propiedad querría comprar esa gente. Muchos de esos informes iban firmados por ti...

Adrian asintió.

—Pero para eso estás aquí, supongo —dijo Gordon—. Te mandaron para darme el discurso de venta en persona. Para decirme cuánto va a ayudar a esta ciudad Soluciones Sintéticas y que además va a convertir el mundo en un sitio mejor con sus maravillosos aparatos prostéticos. Si te has dejado las diapositivas o los informes dentro, con Candace, podemos continuar con esta conversación en mi oficina.

—No creo que sea necesario —dijo Adrian—. Ha surgido algo.

Los dos hombres doblaron la esquina de un muro de parterres y entraron en un pequeño patio que se extendía alrededor de una fuente poco profunda. Ocho delgados surtidores de agua, dispuestos en círculo, expulsaban el agua desde el centro de la fuente de mármol y un chorro más grueso se elevaba por encima de ellos en el centro del círculo. Los surtidores apuntaban a los ocho puntos cardinales y el chorro del medio se elevaba lo suficiente para marcar la dirección del viento si se producía una ráfaga lo bastante fuerte. Ocho luces que se alternaban entre el azul y el blanco

rodeaban el borde interno de la fuente de mármol en los espacios que dejaban los surtidores pero aún era demasiado temprano para que estuvieran encendidas. Adrian se acercó al borde de la fuente y se quedó mirando el agua.

—¿Qué es lo que ha surgido? —dijo Gordon mientras se dirigía al más cercano de los cuatro bancos de mármol que marcaban los puntos cardinales principales de la fuente. Era poco más que un cojín de piedra, así que no se sentó—. ¿Y qué es lo que pasa? Ya llevas un rato andándote por las ramas.

—No sé cómo decírtelo, Isaac —dijo Adrian. No se dio la vuelta para mirar a Gordon. Siguió contemplando en el agua su propio reflejo borroso y movido—. Me dejaron en el paro ayer por la mañana.

—¿Perdón?

—Me despidió Jim Mahoney. Me sorprende un poco que no lo supieras ya.

—No, no lo sabía —dijo Gordon—. ¿Qué pasó?

Adrian le contó que había aparecido en la oficina el día anterior por la mañana y le habían dicho que un interino lo había sustituido. Le contó a Gordon que había ido a la oficina de Jim Mahoney para exigir una explicación y también que no le había dado ninguna satisfactoria. No se extendió tanto como lo había hecho con Jordan durante la comida, cuando los detalles estaban todavía frescos en su mente. Sencillamente, no sentía la misma necesidad de desahogarse. Por extraño que pareciera. Adrian se dio cuenta de que ya casi se había recuperado del impacto y de la vergüenza.

—¿Dijo que tu trabajo no era lo bastante bueno? —dijo Gordon—. Eso es ridículo. Sé muy bien que eso no es cierto, hijo.

Adrian se encogió de hombros.

—También intentó echarle la culpa a un absentismo descarado. Un montón de mierda. Perdona. Por el vocabulario.

—No, si parece que tienes razón —dijo Gordon—. ¿Cuántos días habías faltado?

—Sólo el viernes y el lunes —dijo Adrian—. Y fue por el accidente.

—¿Qué accidente? —dijo Gordon.

—¿No te lo dijo Sarah? —dijo Adrian, aunque no se le ocurrió ninguna razón para que Sarah se lo hubiera contado a su padre—. Tuve un accidente de coche el jueves por la noche en la autopista 38 y desperté el lunes por la tarde en el Founders' Memorial.

—Dios mío, hijo. ¿Estás bien?

—Sí, estoy bien. Ni siquiera me hice un rasguño. Jamás me he sentido mejor. Es sólo que al parecer nadie supo dónde estaba en todo ese tiempo.

—¿Nadie lo sabía? —Gordon echaba pestes—. Conozco al jefe de personal de ese hospital. Tendría que llamarlo en este mismo instante. Esto es escandaloso.

—No, no, no importa, Isaac —dijo Adrian mientras se daba la vuelta por fin para

mirar a Gordon—. Salí bien parado de allí. Y no hubo ningún otro herido grave en el accidente. Preferiría dejarlo pasar, si no te importa.

—Es decisión tuya, hijo —dijo Gordon, un tanto más calmado, pero todavía mirándolo con atención—. Pero pienso hablar con Sarah. Debería habérmelo dicho.

—Supongo que sí —suspiró Adrian—. Pero yo me alegro de estar bien, nada más.

—Y yo también, hijo —dijo Gordon, se acercó al borde de la fuente y se puso a su lado. Luego apretó el codo de Adrian con una mano arrugada y llena de manchas—. Yo también.

Durante un momento, ninguno de los dos pronunció palabra. Adrian sonrió con tristeza y Gordon le soltó el brazo. Se volvieron hacia la fuente y se quedaron así hasta que Gordon volvió a hablar.

—Así que necesitas algo de ayuda con tu situación laboral —dijo al fin.

—¿Qué?

—No finjas sorpresa, hijo. Y por eso has venido hoy, a pesar de todo. Aunque te hayan despedido, tú no haces visitas personales en horas de trabajo.

Adrian sonrió otra vez, esta vez con una sombra de vergüenza.

—No sabía qué hacer. No quiero que parezca que vine aquí como un pedigüeño, pero... no sé lo que pensé.

—No tienes que entrar aquí como un pedigüeño —dijo Gordon—. Nunca te he visto hacerlo.

—Ya lo sé.

—Pero aquí estás.

Adrian asintió con la cabeza. Sentía que se le encogía la cabeza entre los hombros y cada vez estaba más avergonzado.

—¿Recuerdas lo último que te dije el día de tu boda, hijo? Y esta vez estoy seguro de que no me refería a los negros.

Adrian recordaba que las primeras palabras que le había dirigido Gordon durante el banquete habían sido para preguntarle dónde estaba su padre, y con eso Gordon se había ganado el odio eterno de la madre de Adrian. Lo último, sin embargo, había sido mucho más reconfortante. Adrian dijo que sí, que se acordaba.

—Te dije, «*Bienvenido a la familia*» —dijo Gordon—. Y hablaba en serio. Todavía te llamo hijo por una buena razón, y me da igual que te hayas divorciado de Sarah.

Adrian no dijo nada.

—Puesto que eres un miembro de la familia —continuó Gordon— tengo la responsabilidad de ayudarte en lo que pueda. Y en esta ciudad, hijo, puedo ayudarte mucho.

—Eso he oído —dijo Adrian.

—Es posible que te hayan despedido en el momento perfecto —dijo Gordon—. Creo que tengo un empleo en el que podrías encajar.

—¿De verdad? —dijo Adrian. Aquello era rapidez.

—De verdad —dijo Gordon—. ¿Te suena el nombre de Manufacturas Iron Rapids? ¿MIR?

—He oído hablar de ella —dijo Adrian con el primer atisbo de una sonrisa en el rostro—. Sólo es una de las empresas más antiguas de la ciudad.

—Mi empresa —dijo Gordon.

—Debe haberse mencionado una o dos veces en la Cámara —dijo Adrian—. Y creo que Sarah también la ha sacado a colación unas cuantas veces.

—Una de las plantas de producción de la MIR acaba de perder a su director —dijo Gordon ahogando el intento de Adrian de ser ingenioso—. ¿Conoces a Mike Grogan?

—Me suena el nombre —dijo Adrian—. Pero nunca he hablado con él.

—El señor Grogan —dijo Gordon— casi provoca una huelga no hace demasiado tiempo, cuando los trabajadores de su fábrica descubrieron que no estaba cumpliendo los requisitos de seguridad de la Oficina para la Seguridad e Higiene en el Trabajo.

—Espera, oí hablar de eso —dijo Adrian. Recordaba unos chismorreos que había escuchado en la sala de descanso de la Cámara algún tiempo antes—. Uno de sus compañeros lo descubrió y lo delató, ¿no? ¿Algo así?

—Eso es —dijo Gordon—. No hará falta que te diga que el señor Grogan ya no trabaja en Manufacturas Iron Rapids. Y, puesto que ese es el caso, su fábrica necesita ahora un director. Su ayudante ha estado cubriendo su ausencia pero el consejo todavía tiene que elegir un sustituto que me satisfaga. Iba a decirles que eligieran a Peter, por el bien de Sarah, pero preferiría darte a ti ese trabajo si lo necesitas.

Adrian se quedó con la boca abierta. Miró a Gordon como si el anciano se acabara de desabrochar la piel y saliera de allí el pato Lucas disparando un arma y dando saltitos.

—¿Puedes hacer eso? —dijo con la voz entrecortada.

—Ya no bajo al edificio Gideon todos los días —le aseguró Gordon— pero la gente de la MIR hace lo que yo digo. Sigue siendo mi compañía, aunque ya no la dirija a diario como antes.

—¿Harías eso? —dijo Adrian—. ¿Por mí?

—Ya te lo he dicho, hijo, formas parte de la familia.

—¿Y qué pasa con Peter? —Adrian no se pudo resistir—. Sarah se va a cabrear si se entera de que pasaste por encima de su novio para ponerme a mí en algo así.

—En eso puedes estar tranquilo —dijo Gordon—. Sarah sabe cuál es su sitio cuando se trata de mis negocios.

Adrian emitió ruidito que expresaba incredulidad y preocupación. Había visto

pruebas de sobra de lo contrario.

—Además —añadió Gordon con una sonrisa astuta—. Peter no forma parte de la familia. Tú sí.

—No sé qué decir, Isaac —dijo Adrian. Le apetecía agarrar a aquel hombre por debajo de los brazos y dar vueltas así abrazados hasta caerse en la fuente—. Gracias.

—De nada, hijo —dijo Gordon—. Pero que no creas que te estoy dando un trabajo fácil. Espero que trabajes más que nunca desde que llegaste a Iron Rapids. La fábrica de Grogan casi no daba beneficios y las relaciones entre los trabajadores y la dirección ya eran bastante malas. Voy a hacer que el ayudante de Grogan te prepare y se quede para supervisarte, pero en una semana o dos te vas a quedar solo.

—Aun así —dijo Adrian— eso es mucho mejor que lo que tenía cuando llegué aquí. Y es mucho mejor de lo que pensaba o esperaba lograr. No tengo palabras para agradecértelo como se merece.

—Entonces ahórratelas —dijo Gordon—. Límitate a hacer un buen trabajo, quiero estar orgulloso de ti.

—Lo haré —dijo Adrian con ilusión—. Puedes apostar que lo haré.

—Si puedes empezar el lunes, sería lo ideal; pero puedo darte otra semana si la necesitas.

—No, es genial —dijo Adrian sin pararse a pensar si de verdad lo era—. El lunes me va bien.

—Bien. Hablaré con el consejo y haré que Candace te mande toda la información y los papeles que necesites. Confío en que aterrices de pie y corriendo.

—No hay problema —dijo Adrian. Le cogió la mano a Gordon y se la estrechó a pesar de que Gordon no se la había ofrecido—. Te debo un favor enorme. ¿Hay algo que pueda hacer por ti? ¿Cualquier cosa?

—De hecho, hijo —dijo Gordon desasiéndose con cautela—. Sí que quiero decirte algo antes de que empieces. Tiene que ver con la visión a largo plazo de la que te estaba hablando antes. No es un favor pero hay que decirlo.

—¿Qué es? —dijo Adrian mientras intentaba controlar con rapidez la emoción galopante que sentía y volver a pensar con claridad. El sentido común le decía que había algo que no sabía de aquella situación, demasiado buena para ser real, pero no se imaginaba qué podía ser.

—No te voy a mentir, hijo —dijo Gordon—. La planta de Grogan, tu planta, va a ser con toda probabilidad la próxima que cierre. El trabajo que hagas tú va a determinar cuánto tiempo espero para hacerlo, así que va a haber muchos puestos de trabajo en tus manos. Y todavía no he tomado ninguna decisión sobre SolSin. Si son lo mejor para el futuro de esta ciudad y empiezo a venderles mis propiedades, tu fábrica va a ser una de las primeras que entregue. Una vez hecho eso, no hay ninguna garantía de que te mantengan a bordo y yo no podré ejercer ninguna influencia si

deciden quitarte el empleo.

—Lo entiendo —dijo Adrian de forma automática aunque también se deshinchó un poco su entusiasmo—. Pero si vendes, eso querrá decir que lo haces por el bien de la ciudad, ¿verdad? Querrá decir que, a largo plazo, a Iron Rapids le irá bien.

—Así es, hijo —dijo Gordon con una expresión severa en el rostro—. Es una buena forma de verlo.

—Además —dijo Adrian—, si vendes, seguirás queriendo vender un producto de calidad. En cualquier caso, tengo el incentivo necesario para hacer un buen trabajo.

—Tu incentivo para hacer un buen trabajo —lo corrigió Gordon— es poder mantenerte y pagar la pensión a tiempo. Esa es la verdadera visión de futuro. El resto de lo que te he dicho sólo resume las responsabilidades que tendrás en tu trabajo. Y pone la visión a largo plazo en perspectiva. ¿Entiendes la diferencia?

—Sí, señor, creo que sí.

—Bien —dijo Gordon—. Estoy orgulloso de ti, hijo, y quiero que sepas que no pensaría en ti para esto si no creyera que podías hacer un buen trabajo.

—Gracias, Isaac —dijo Adrian—. Significa mucho para mí oírte decir eso. No pienso decepcionarte.

—Eso espero —dijo Gordon—. Vas a depender de mi reputación durante un tiempo y no quiero ninguna mancha.

—No tendrás que preocuparte de nada —dijo Adrian.

—Perfecto. Entonces ya está todo claro por un tiempo. ¿Tienes hambre? Puedo hacer que Lucy te prepare algo de comer en la cocina.

—Gracias —dijo Adrian— pero no. Voy a comer con un amigo en la ciudad.

Adrian no se había dado cuenta de lo que iba a decir hasta que lo dijo y las ganas que sintió de comer una magdalena de moras caliente lo cogieron de improviso. Se le ocurrió que podría tropezarse con Jordan si se pasaba por la Pastelería Zahn, igual que el día anterior por la tarde. Y por un momento estuvo seguro de que lo encontraría, a pesar de no tener pruebas que lo respaldaran. La certeza se disipó con tanta rapidez como había aparecido pero ya lo había dicho y el daño ya estaba hecho.

—Quizá en otra ocasión —dijo Gordon.

—Claro.

Los dos hombres compartieron un silencio amistoso mientras contemplaban cómo discurría el agua de la fuente.

—¿Había alguna otra cosa, hijo? —dijo Gordon, pasado un minuto o dos.

—No, señor —dijo Adrian—. Supongo que debería irme.

—¿Necesitas dinero para aguantar hasta que empiecen a pagarte?

Adrian se metió las manos en los bolsillos y dijo.

—No, gracias, Isaac. Me las apaño hasta entonces.

—¿Y qué tal tu coche? ¿Sigue funcionando después del accidente? ¿Necesitas

tomar uno prestado del garaje?

Adrian tuvo que reírse al oír eso.

—Creo que no. Últimamente tomo el autobús y me llevan gratis en taxi. Si puedes pedirle a alguien que me lleve hasta la ciudad, te lo agradecería. Puedo llegar a casa desde allí. De verdad, no me parecería bien pedirte nada más después de todo lo que estás haciendo por mí.

—Buen chico —dijo Gordon—. Conoces los límites. Pídele a Candace que le diga a Eric que te acerque a la ciudad. No voy a ir a ninguna parte esta tarde.

—Creí que tu chofer se llamaba Richard.

—Le hicieron una oferta mejor hace un tiempo. Eric es nuevo.

—Entendido. Supongo que tendría que irme. ¿Entras?

—Ahora mismo no —dijo Gordon—. Creo que voy a quedarme aquí fuera un rato más antes de que se me ponga el tiempo en contra.

Adrian esbozó una sonrisa juguetona de desaprobación y dijo.

—Te vas a terminar esa peste, ¿a que sí? —Con sólo pensar en intentar fumarse uno de aquellos puritos ya le ardía la garganta.

—Creo que ya he terminado con ellos por esta tarde —dijo el anciano mientras arrugaba la nariz—. Después de este. No, sólo quiero pensar. Vete a saludar a Can y corre a tu cita para comer.

—Lo haré —dijo Adrian. Dio unos pasos hacia la casa y se detuvo—. Isaac. Gracias otra vez. De verdad. No sé si podré devolverte este favor alguna vez.

—Los favores no se devuelven, hijo —dijo Gordon—. Se devuelve lo que se debe. Y la familia no debe nada. Sólo haz que esté orgulloso de ti y recuerda la visión a largo plazo.

—Lo haré —dijo Adrian otra vez. Luego, como ya no tenía nada más que decir, se encaminó hacia la casa y dejó a Isaac Gordon solo en su jardín.

Cuando Adrian volvió a meter la cabeza por la puerta de la oficina de Candace, la chica estaba tal como la había dejado, escribiendo en el ordenador y escuchando la misma cinta de rock.

—Hola, cielo —dijo él, y la sobresaltó por segunda vez—. Ya me voy. Sólo quería decirte adiós.

—¿Rumbo a casa, ratón de campo? —respondió Candace por encima del ordenador.

—A comer. ¿Estás ocupada?

—Siempre —dijo ella—. ¿Un vale para otra ocasión?

—Cuando quieras cobrártelo, cariño. Pero necesito que me hagas un favor.

—¿Cuál?

—Isaac dijo que no le importaba que su chofer me dejara en la ciudad. ¿Me lo

puedes arreglar?

—Claro —dijo ella. Apretó un botón del teléfono e hizo una llamada interior a otra habitación de la casa. Le dijo al chofer que trajera el coche y estuviera listo para llevar a Adrian a donde le dijera. El chofer le dio una lacónica respuesta, tema resuelto.

—Gracias —dijo Adrian cuando colgó el chofer.

—No hay de qué —dijo ella con una sonrisa bonita y llena de amabilidad—. Entonces, ¿has curado el hábito del señor Gordon, como me prometiste?

—Pues claro —dijo Adrian—. Y tú eres la siguiente en mi lista, princesa.

Candace echó una risita y lo mandó salir con un gesto.

—El coche te espera. Pásate otra vez cuando tengas un poco de tiempo libre.

—Lo haré. Hasta luego.

—Ciao.

Adrian se despidió con la mano y dejó a Candace en paz. Mientras volvía a salir por la puerta principal para coger el coche que le esperaba, sonreía como el hombre más afortunado de la Tierra.

—¿El detective Eric Havelin? —dijo el Primero entre ellos mientras el Segundo y él esperaban en el exterior de la oficina de Jacob Sutton, en el edificio de la Cámara de Comercio—. Creo que le notificaron que íbamos a venir.

—Así es —dijo el detective. Llevaba un traje normal comprado en unos grandes almacenes y el abrigo desabrochado. Tenía el pelo peinado hacia atrás y ya empezaba a encanecer por las sienes. La camisa estaba bien planchada y la corbata a rayas diagonales colgaba casi recta, a pesar de carecer de alfiler de corbata—. Entren y echen un vistazo, caballeros.

Havelin los llevó al interior de la habitación, en la que ya se encontraban varios forenses y un fotógrafo que revoloteaba de un sitio a otro sacando fotos. El cuerpo de Jacob Sutton yacía al lado del escritorio.

—El lugar está como lo encontramos —dijo Havelin—. La primera inspección ha revelado lo básico. Sutton entra en su oficina, tropieza y se da en la cabeza con la esquina de la mesa. Unas horas más tarde la recepcionista entra a buscarlo, lo encuentra aquí tirado y nos llama. Nosotros aparecimos unos diez minutos antes que ustedes. Eso es lo que se ve.

—Hay más —dijo el Segundo mientras contemplaba el cadáver de Sutton.

—Obviamente —dijo Havelin—. Pero antes de entrar en eso, vamos a hablar de por qué ustedes dos iban a tener jurisdicción aquí. Esto es un homicidio muy simple, algo local, no es un delito federal.

—Estamos investigando la posible conexión que podría tener este delito con un asunto federal —dijo el Primero—. Según tenemos entendido la víctima estaba

trabajando en un tema muy relacionado con la Corporación de Soluciones Sintéticas.

—Si usted lo dice —dijo Havelin—. Todavía no he hablado con el jefe del fallecido.

—Lo sabemos de buena tinta —dijo el Primero.

—De acuerdo —dijo Havelin—. ¿Y qué tiene que ver eso con su presencia aquí?

—El Departamento de Defensa ha firmado un contrato con Soluciones Sintéticas para que diseñe y fabrique componentes tecnológicos biónicos con ciertas aplicaciones militares —dijo el Primero.

—Entre otras cosas —dijo Havelin—. Leo la sección financiera del periódico. Siguen sin acercarse mucho a mi escena del crimen.

—Al señor Sutton se le asignó este puesto para facilitar el establecimiento de esa corporación en esta ciudad —dijo el Primero, imperturbable—. Debía hablar con Isaac Gordon esta tarde sobre ese tema. Según tenemos entendido, la cooperación de Isaac Gordon es crucial para lograr el establecimiento de esa corporación en la región y el señor Sutton se iba a reunir con él para asegurar esa cooperación.

—Continúe —dijo Havelin—. Quizá se estén acercando.

—Es posible —dijo el Primero— que el señor Sutton fuera asesinado para evitar que hablara con Isaac Gordon esta tarde.

—Así que si Sutton no podía hablar con Gordon —dijo Havelin— Gordon no cooperaría con la gente de Soluciones Sintéticas que está intentando asentarse en Iron Rapids. —El detective se cruzó de brazos y se apoyó en la jamba de la puerta.

—Exacto —dijo el Primero—. Y si Soluciones Sintéticas no puede establecer cuanto antes una planta de fabricación, no podrá entregar el producto que el gobierno le contrató para entregar.

—¿Y ustedes están aquí —dijo Havelin con tono paternal— porque creen que alguien está poniendo en peligro una inversión del gobierno? Caballeros, esa explicación es bastante floja, hasta para justificar un intento de piratería de jurisdicción.

El Primero y el Segundo se pusieron delante del detective civil para que pudiera verse en los cuatro cristales reflectantes de las gafas de sol a la vez.

—A pesar de todo —dijo el Primero con autoridad—, *es suficiente*.

—Aún así —dijo Havelin como si no hubiera hecho una pausa en lo que estaba diciendo— supongo que es suficiente. Dos pares más de ojos metidos en esto no pueden hacer ningún daño.

El Primero y el Segundo asintieron y Havelin les dio la espalda para dedicar su atención a la escena del crimen que tenían ante ellos.

—Muy bien —dijo Havelin. Se agachó junto al cuerpo de Sutton, cerca de los pies del cadáver—. Como iba diciendo, la historia básica es fácil de imaginar. Sutton tropieza, Sutton se golpea la cabeza, Sutton muere en el suelo. Sencillo. No hay

señales de lucha. No se han llevado nada. Todos los archivos siguen cerrados con llave. La cartera, las llaves del coche y el reloj siguen en su sitio.

—¿Qué tiene en los zapatos? —preguntó el Segundo mientras señalaba los pies de Sutton. Entre las suelas había atrapada una especie de basura marrón.

—Tiene buena vista —dijo Havelin. Arrancó con un lápiz un poco de la mugre marrón, que cayó al suelo en copos—. Supuse que había pisado unas hojas ahí fuera o algo así hasta que miré aquí, detrás del escritorio. Echen un vistazo.

El Primero y el Segundo hicieron lo que sugería Havelin y vieron un montón de hojas secas, muertas, esparcidas por el suelo, detrás del escritorio.

—¿Qué están haciendo aquí? —preguntó el Segundo.

—Esa es la gran pregunta —dijo Havelin mientras volvía a levantarse—. Ya ven que Sutton no tenía aquí ninguna ventana y el pasillo y las oficinas adyacentes están limpias. Tampoco es que haya tantas aquí dentro...

—Treinta y ocho —sugirió el Segundo.

—... pero... eso, treinta y ocho. Bueno, como digo, puede que no haya tantas, pero es que no debería haber ninguna. Esa fue la anomalía número uno. La número dos fue lo que me mantuvo en esta habitación en lugar de mandar a todo el mundo a casa con la respuesta que nos daba la primera inspección.

Havelin pasó por encima del cuerpo de Sutton, se agachó a su lado otra vez y apartó el cuello de la camisa de Sutton.

—Si se inclinan hacia aquí, caballeros, verán de lo que estoy hablando.

El Primero y el Segundo pasaron por encima del cuerpo y miraron la nuca de Sutton. Un moratón muy feo de color violeta oscuro cubría el lado izquierdo de la nuca.

—¿Ven esto? —dijo Havelin—. Reparé en ello cuando vi las hojas en las suelas de los zapatos. Parece que alguien le arreó un buen golpe con un objeto romo. Es bastante difícil que se lo haga uno mismo, por muy fuerte que sea la caída.

—Así que Sutton se estaba peleando con alguien —dijo el Primero.

—Bueno —dijo Havelin mientras volvía a levantarse—, ésa es una teoría. Pero yo tengo algunos problemas con ella.

—Así es —dijo el Segundo—. La habitación no está desordenada y Sutton no tiene los nudillos magullados.

—No sólo eso —dijo Havelin—, sino que nadie recuerda haber visto a otra persona, aparte del propio Sutton, entrando en la habitación en toda la mañana. La recepcionista que lo encontró tiene una visión clara de este pasillo desde su escritorio y no recuerda que nadie llamara, y menos que entraran sin anunciarse. El tipo que está al otro lado del pasillo tuvo la puerta abierta toda la mañana después de llegar aquí y no recuerda haber visto entrar o salir a nadie.

—¿A qué hora llegó esta mañana? —preguntó el Primero.

—Unos diez minutos después de Sutton, según la recepcionista —dijo Havelin—. Pero ella llegó antes que cualquiera de los dos. Cuando Sutton abrió esa puerta fue la primera vez que la vio abierta.

—Así que el atacante tenía que estar esperando dentro cuando llegó Sutton —dijo el Primero.

—Si hubo un atacante y Sutton no recibió este golpe en otro sitio, entonces sí.

—No hay señales de que la puerta haya sido forzada —dijo el Segundo.

—Yo tampoco he encontrado ninguna —dijo Havelin—. Al principio pensé que el asesino debía tener una llave, pero sólo la tienen dos personas.

—Sutton —dijo el Primero—. ¿Quién más? ¿La recepcionista?

—El bedel —dijo Havelin—. El problema es que lleva dos días en casa, enfermo, con un resfriado.

—También está la cuestión de los sistema de seguridad —dijo el Segundo—. He visto los sensores de movimiento en los pasillos.

—A eso iba —dijo Havelin—. La recepcionista fue la primera persona que llegó esa mañana y desconectó el sistema desde un panel que tiene detrás del escritorio. Nadie disparó la alarma durante la noche así que no pudo haber nadie moviéndose por los pasillos para forzar la cerradura de Sutton, abrir la puerta y cerrarla otra vez después de que Sutton se fuera anoche. La recepcionista no vio a nadie en el pasillo esta mañana después de desconectar el sistema y no tenía una llave para entrar aquí antes de que apareciera Sutton. Además, la vi... No es lo bastante alta ni fuerte para darle a Sutton con la fuerza necesaria para hacerle esto. Incluso lleva tacones.

—Así que no pudo entrar nadie en toda la mañana —dijo el Primero—. Sin embargo, debe haber entrado alguien para hacerle esto a Sutton.

—Ese parece ser el problema —dijo Havelin—. A no parece equivaler a A.

—Así es —dijo el Primero. El Segundo y él intercambiaron una mirada mientras Havelin se metía las manos en los bolsillos.

—Hasta ahora —dijo Havelin al tiempo que daba un paso atrás hacia el centro de la habitación—, y sólo por seguir un razonamiento, he trabajado con la suposición de que había otra persona aquí dentro con Sutton. Hemos encontrado unas huellas en el pomo interior pero no las hemos identificado. La recepcionista estropeó las del pomo exterior así que no pudimos sacar nada de allí. Como ven, todavía estamos empolvando lo demás pero no creo que vayamos a encontrar demasiado. Lo único que tengo que se parezca a una pista es algo que me dijo la recepcionista sobre el antiguo ocupante de esta oficina.

—Adrian Cross —dijo el Primero.

Havelin abrió más los ojos y asintió.

—Parece que han estado haciendo los deberes. Sí, ese hombre, Cross, trabajó en esta oficina antes que Sutton, según la recepcionista. Desapareció el jueves pasado

después del trabajo y apareció otra vez ayer por la mañana. Al parecer, su jefe se cansó de esperarlo y sustituyó a Cross con Sutton. Cross se enteró cuando apareció Sutton y se disgustó mucho. Según dicen se enfrentó con su jefe, luego le dio una rabieta en el pasillo y salió zumbando. Nadie ha vuelto a verlo desde entonces.

—Cross tendría una llave de esta oficina, una llave del edificio y sabría cómo apagar y volver a conectar el sistema de seguridad —dijo el Primero.

—Y podríamos decir que tenía un móvil —dijo Havelin—. Si pensó que Sutton le había robado el empleo, podría haberlo atacado. No está fuera de los límites de lo posible. Pero decir que Cross es sospechoso sigue dejando un agujero abierto.

—Nadie vio a Cross salir de la habitación —dijo el Segundo—. Y no hay otra forma de salir salvo por esta puerta.

—Exacto —dijo Havelin—. Nadie lo vio en los pasillos ni cerca del edificio en todo el día. Y después de la escenita que hizo ayer, se habrían acordado.

—Además, una acción así no es coherente con la personalidad de Cross —dijo el Segundo—. ¿Verdad?

—No según sus antiguos compañeros —dijo Havelin—. Nadie recuerda haberlo visto tan enfadado como ayer. Lo que no significa que no lo llevara dentro todo este tiempo. Yo no lo conozco, así que no puedo decirlo.

El teléfono móvil que llevaba el Primero en la chaqueta del traje se puso a sonar, el hombre se disculpó y salió al pasillo para contestar.

—Pero en lo que al móvil se refiere —continuó Havelin— es el único que tengo. Aunque, supongo que ya que están ustedes aquí también podría añadir la teoría del sabotaje a la cadena de acontecimientos. Supongo que no tendrán una lista de sospechosos con la que pueda trabajar.

—Ninguno en este momento —dijo el Segundo para desviar el sarcasmo de Havelin—. Sin embargo, sospechamos que Adrian Cross podría estar relacionado. Creemos que es posible que tenga un contacto que podría ser el responsable de este asesinato.

—¿Tienen algún nombre para este posible contacto sospechoso con el que Cross podría estar relacionado? —preguntó Havelin.

—Todavía lo estamos investigando.

—¿No me diga? —dijo Havelin—. Entonces el señor Cross parece un lugar tan bueno para empezar a buscar como cualquier otro. Podemos sacar su ficha personal del departamento de Recursos Humanos de aquí y pasarnos por su casa. Después probaremos con la información que encontremos en el apartado de contactos de emergencia si no lo encontramos en su casa.

—Eso no será necesario —dijo el Primero al tiempo que volvía a la habitación y se guardaba el teléfono en el bolsillo de la chaqueta. Se volvió hacia el Segundo y dijo—. Nuestros colegas han descubierto dónde está Cross. Lo encontraron en una

pastelería de la ciudad. Debemos reunirnos con ellos y detener a Cross para interrogarlo.

—Entonces yo voy también —dijo Havelin—. Podemos hacerlo en la comisaría.

El Primero y el Segundo se miraron por un momento y luego se volvieron hacia Havelin con la misma mirada de antes.

—Eso no será necesario —dijo el Primero—. Prepare una sala de interrogatorios en la comisaría y espere nuestra llegada.

—Estaré esperando en la comisaría cuando lo traigan —dijo Havelin—. Tendré una sala de interrogatorios preparada para que podamos hablar con él.

—Muy bien —dijo el Segundo. El Primero y él se dieron la vuelta a la vez y se fueron en busca del coche.

Capítulo dieciocho

—Informe —dijo el Cuarto cuando el Tercero cerró el móvil y se lo guardó en el bolsillo.

—Ya vienen —dijo el Tercero mientras miraba al Cuarto por el espejo retrovisor. A pesar de que eran los únicos ocupantes del coche, el Cuarto no había hecho ademán de moverse para sentarse en el asiento del copiloto, al lado del Tercero. Y el Tercero tampoco lo había invitado a hacerlo.

—¿Qué descubrieron en la Cámara?

—El agente Sutton fue asesinado antes de que pudiera ponerse en contacto con Gordon —dijo el Tercero—. Por eso no ha presentado ningún informe. La policía civil sólo tiene un sospechoso.

—¿Cross?

—Sí —dijo el Tercero—. Las pruebas son circunstanciales pero los forenses civiles siguen recogiendo pruebas físicas. Deberían tener el informe completo cuando tengamos a Cross bajo custodia en la comisaría.

—¿Qué comisaría? —preguntó el Cuarto. Estaba mirando por la ventanilla y observaba la calle que tenían delante. La del pasajero daba a esa calle, lo que les proporcionaba a los dos una buena visión de la Pastelería Zahn, en la que había entrado Cross casi una hora antes. Podían ver a Cross al otro lado del escaparte de la pastelería. Estaba sentado solo tomando un almuerzo tardío.

—Nuestros colegas han solicitado y conseguido una sala de interrogatorios en la comisaría de policía —dijo el Tercero—. Podemos interrogar a Cross allí sobre su posible implicación en el asesinato del agente Sutton.

—Es improbable y casi imposible que Cross estuviera implicado en el asesinato del agente Sutton —dijo el Cuarto—. Su perfil psicológico indica que no posee esa capacidad de violencia.

—Soy consciente de ello —dijo el Tercero, furioso—. Fui yo el que redactó ese perfil. Pero el interrogatorio nos dará la oportunidad de averiguar algo sobre el contacto Anomalente de Cross, si es que lo tiene. El que, de acuerdo a sus suposiciones, sería el responsable de sabotear el procedimiento que se llevó a cabo en la autopista 38.

—No es una suposición —dijo el Cuarto—. Es un hecho. Sólo un poderoso Anomalente podría haber hecho fracasar ese procedimiento.

—Como quiera —replicó el Tercero sin comprometerse—. Tendremos la seguridad cuando tengamos a Cross bajo custodia. El detective civil, Eric Havelin, querrá hablar con...

—Eso no será necesario —dijo el Cuarto—. Cross no quedará bajo custodia de nadie, no habrá necesidad de que se produzca ningún interrogatorio.

—¿Por qué no? —preguntó el Tercero al tiempo que se volvía en su asiento para mirar al Cuarto.

—He establecido un procedimiento de contingencia de acuerdo con el protocolo original del proyecto —dijo el Cuarto—. Cross se encontrará bajo la custodia del doctor Zearin y lo trasladaremos al constructo de Ann Arbor para realizar la aplicación prostética y su posterior tratamiento.

—¿Otro procedimiento? —dijo el Tercero—. Puede que sea demasiado tarde para eso. El procedimiento de la autopista 38 debía tener un efecto conjunto con el procedimiento que debía llevar a cabo el agente Sutton con Isaac Gordon. Sin el procedimiento del agente Sutton, este procedimiento de contingencia sólo producirá un nivel limitado de influencia sobre Gordon.

—Cumpliremos el procedimiento fracasado del agente Sutton contra Gordon —dijo el Cuarto. Seguía mirando la calle. Su atención parecía estar clavada en el semáforo que había sobre la intersección situada a media manzana de la puerta principal de la pastelería.

—El agente Sutton no fracasó —dijo el Tercero—. Lo asesinaron. Este proyecto está sufriendo un ataque.

—Y yo me estoy asegurando de que no fracase por completo —dijo el Cuarto—. Nosotros hablaremos con Gordon una vez que Cross esté de camino hacia Ann Arbor.

—Temo que sea demasiado precipitado —dijo el Tercero—. Tenemos que retrasar las proyecciones del programa e intentar dar una respuesta a esta interferencia.

—Los programas existen por una razón —dijo el Cuarto—. El plan no se apartará de sus proyecciones.

—Esas proyecciones ni siquiera tuvieron en cuenta una posible interferencia —insistió el Tercero.

—Incierto —dijo el Cuarto—. El proyecto se desarrolló en parte para combatir la influencia de los manipuladores sobrenaturales que actúan en esta ciudad y en las zonas que la rodean.

—No fue eso lo que me dijeron —dijo el Tercero—. ¿Qué manipuladores sobrenaturales?

—Es información clasificada.

—¿Pero se trata de *artesanos de la voluntad*, en concreto? —preguntó el Tercero.

—Clasificado —repitió el Cuarto—. No es necesario que conozca esa información.

El Tercero se tragó su rabia antes de decir:

—Aunque lo sean, deberíamos reagruparnos y reestructurar el proyecto a la luz de lo que ha pasado. Ya desde el principio ha sido todo muy precipitado. Deberíamos ampliar el programa y asegurarnos de tomar en cuenta todos los factores implicados.

—No voy a ampliar el programa —dijo el Cuarto—. Se cumplirán las

expectativas de Control en el curso de acción que se ha elegido. El proyecto seguirá adelante tal y como está.

—Está cometiendo un error —dijo el Tercero mientras se volvía a dar la vuelta para mirar al frente—. Debería haber otro modo de...

—Se toma nota de sus reservas según lo establecido —lo interrumpió el Cuarto—. Puede solicitar una revisión de mis acciones cuando termine esta operación. Ahora permanezca en silencio, necesito concentrarme.

El Tercero agarró el volante con tal fuerza que sus dedos se convirtieron en poco más que unos aros blancos pero guardó silencio. ¿Qué podía decir? El Cuarto era el supervisor general de campo en aquel proyecto y había que obedecer su voluntad hasta que hubiera terminado. Existían vías de corrección pero sólo con explorar las posibilidades ya se debilitaba la estructura existente del proyecto y se ponían en peligro las escasas oportunidades de éxito que tenía.

El Tercero no tenía más alternativa que esperar hasta la conclusión del proyecto para llamar la atención de Control sobre las acciones del Cuarto, lo que era mucho más frustrante que discutir con el Cuarto con la vana esperanza de hacerle cambiar de opinión. Si el proyecto salía adelante a pesar de todo lo que tenía en contra, no tendría motivos para solicitar que se revisara el comportamiento del Cuarto. Sin embargo, si esperaba y confiaba secretamente en que fracasara por culpa de los errores del Cuarto, corría el riesgo de sabotear a propósito los esfuerzos de éste. Si lo hiciera, el Cuarto lo sabría y sería a él al que revisarían al término de la operación. La situación presentaba una paradoja debilitante que lo dejaba a punto de estallar y en silencio, y con la esperanza de que al final los métodos equivocados funcionaran una vez que todo estuviera dicho y hecho.

Después de la tercera taza de café, Adrian terminó por reconocer que Jordan no iba a pasar aquel día por la pastelería para comer. O bien ya se había ido antes de que él llegara o bien no iba a Zahn todos los días. Fuera como fuese, lo cierto es que Adrian iba a tener que terminar de comer solo y luego iba a tener que cruzar la ciudad hasta la parada de autobús que había cerca de la Cámara de Comercio para que lo llevaran a casa. O bien podía llamar a un taxi y esperar un golpe de suerte.

Desde luego hoy parecía el día adecuado para eso, reflexionó Adrian. Primero el viaje gratis a casa de Gordon, luego la increíble oferta de trabajo de Gordon. Quizá el próximo fuera ganar la lotería, descubrir la cura contra el cáncer y construir una trampa perfecta para ratones, y todo ello antes de irse a la cama. Cualquier cosa parecía posible, tal y como iba el día. Hasta se creía capaz de convertir otra vez la afligida fábrica de la MIR de Gordon en una empresa lucrativa.

Pero en cuanto se le ocurrió la idea, ya empezó a dudar de sí mismo. Con lo desesperado que estaba no le había preguntado a Gordon ningún detalle concreto

sobre el empleo. No sabía lo que producía «su» fábrica. No sabía qué sueldo se suponía que iba a cobrar. No sabía cuales eran sus responsabilidades. No tenía ninguna experiencia en la dirección de trabajadores. La idea de ser el responsable de todos aquellos puestos de trabajo le resultaba bastante desalentadora ahora que se paraba a pensarlo. Además, al parecer el antiguo director no había hecho muchos amigos al marcharse. Los empleados podrían mostrarse hostiles con él sin darle la oportunidad de hacer su trabajo. O peor aún, quizá creyeran que iban a conseguir cosas que no habían logrado con el antiguo director, lo que lo pondría justo bajo los cuernos de un dilema. O bien tendría que concederles lo que querían (y cabía la posibilidad de que eso pusiera en peligro el futuro de la planta) o bien tendría que rechazar todas las peticiones directamente para establecer un precedente (lo que podría fomentar su hostilidad e inclinarlos más a la huelga). Tendría que ser estricto con ellos y provocar una primera impresión fuerte, pero también tenía que asegurarse de que no lo vieran como a un tirano malcriado que había llegado hasta allí sólo por un acto de nepotismo.

Claro que no sabrían lo del nepotismo si no dejaba que se notara, pero ¿qué era lo que sacaba a la luz algo así? ¿Podían distinguirlo los trabajadores de una fábrica? ¿Acaso los trabajadores tenían un conocimiento intuitivo de las cualidades del personal de dirección después de tantos años de experiencia, conocimiento del que carecía ese mismo personal? Seguramente él tenía muy poco en común con la gente que iba a trabajar para él luego, ¿qué podía hacer para asegurarse de que lo aceptaban y trabajaban bien a sus órdenes? Hay que comprender a una persona para motivarla y conseguir que haga lo que tú quieres y Adrian no entendía la mentalidad del trabajador manual mejor de lo que entendía la mente femenina. Al pensarlo se sentía bastante esnob pero en su tierra tampoco había tenido que mezclarse con «esa gente». Sumó esa inexperiencia relativa al hecho de que se había licenciado en comunicaciones y que lo poco que sabía de dirigir una fábrica provenía de una década de conversaciones con Gordon. La suma de todos esos factores no parecía muy prometedora, con confianza o sin confianza.

Por ejemplo, ¿cómo reaccionarían los trabajadores si se enteraban de que Gordon estaba pensando vender la fábrica a Soluciones Sintéticas? ¿Trabajarían más duro para que el anciano no vendiese? ¿Trabajarían más duro para que el anciano vendiese? ¿Y el líder del sindicato, negociarían con Gordon o sólo con la gente de SolSin? ¿Redoblarían sus esfuerzos para que no se redujese la plantilla cuando se hiciese cargo SolSin o renunciarían cuando se enterasen de la noticia para no retrasar más lo inevitable?

¿Los dejarían en el paro si SolSin compraba la fábrica? Si se los pudiera preparar para fabricar el producto de SolSin, ¿no se mostraría la compañía más inclinada a mantenerlos en su puesto? Tal y como Adrian lo veía, las únicas personas a las que

probablemente se despediría si SolSin se hacía cargo de la empresa eran los que componían el cuerpo de dirección. Los trabajadores eran productos de primera necesidad en esta ciudad, pero los ejecutivos no eran tan valiosos. Él podría hacer un trabajo fantástico y convertir a esa fábrica en una empresa lucrativa, pero eso sólo la haría mucho más atractiva para la gente de Soluciones Sintéticas. En ese caso, Gordon quizá decidiera venderla y apoyar el traslado de SolSin a la ciudad. En cuanto la fábrica cambiara de manos, lo más probable es que SolSin pusiera a su propio director al timón, lo que lo dejaría a él sin empleo. Y por otro lado, si hacía un trabajo menos espectacular a la hora de dirigir la fábrica, su escaso rendimiento podría convencer a Gordon para que vendiera. Si SolSin se hacía cargo en ese caso, la gente que evaluara el rendimiento de la planta lo señalaría a él como el responsable del mal funcionamiento de la fábrica y lo sustituiría. Él no salía bien parado en ninguno de los dos casos.

Pero por la misma regla de tres si no era capaz de mantener y aumentar la rentabilidad y productividad de la fábrica. Gordon podría limitarse a cerrar la planta por completo en lugar de venderla. En ese caso, no sólo Adrian, sino también todos los demás trabajadores se quedarían sin empleo. En tal caso, puede que SolSin decidiera llevárselos a trabajar a una de las pequeñas fábricas que ya había comprado en la ciudad, lo que le robaría a Gordon una mano de obra imprescindible. Si ocurriera lo mismo con la suficiente frecuencia en la ciudad, la compañía recién llegada podría robarle a Gordon sus trabajadores sin que Gordon tuviera que cerrar fábricas. Si hubiera suficientes trabajadores que cambiaran así de bando, Gordon tendría que empezar a cerrar fábricas a su marcha. Y si lo hiciera quizá tendría que terminar por vendérselo todo a Soluciones Sintéticas fuera cual fuera su opinión sobre ellos, y todo para quedar en tablas y no perder una fortuna sólo por querer evitar la muerte de la ciudad. La alternativa era contemplar la ruina de la compañía de su abuelo y ver cómo resonaban las funestas consecuencias por toda la ciudad condenada de Iron Rapids.

Antes de que aquel torbellino de pensamientos pudiera acumularse en su cabeza, Adrian los contrastó con su sentido de la realidad. La verdad es que ni siquiera sabía de qué estaba hablando y estaba dejándose llevar por las dudas que le corroían. Había aprendido aquel truco de Sarah, la reina de la exageración, capaz de convertir el lado malo de una situación en un desastre inminente. Tenía que admitir que en realidad no sabía lo suficiente sobre la situación en la que se estaba metiendo para ser consciente de las consecuencias de las decisiones que se vería obligado a tomar. No tenía muy clara la visión a largo plazo y las tres tazas de café que ya se había tomado no le estaban ayudando. Quizá si se hubiera encontrado con Jordan o si Candace hubiera venido con él, podría haberlo hablado con ellos, pero no era el caso. Lo único que tenía era sus oscuros presagios y sus recelos, y nada de eso le hacía ningún bien a

nadie.

En lugar de quedarse allí sentado pensando en ello más tiempo, Adrian decidió irse a casa e intentar encontrar algo en Internet. No sabía con exactitud qué tenía que buscar pero quizá hubiera algo en la vastedad del ciberespacio que le pudiera ofrecer una pista sobre lo que se necesitaba para dirigir una fábrica. Si lograba encontrar información sobre ese tema, podría reunirse con el ayudante personal del antiguo director con algo más que una expresión de ignorancia en la cara. Y si no, se limitaría a escribir «Soy director de una fábrica. Ayúdenme» en el buscador y esperaría que surgiera algo. E incluso si no aparecía nada, al menos tendría la sensación de estar haciendo algo en lugar de quedarse por ahí sentado dejándose avasallar por sus miedos. Luego, si eso no ayudaba, le echaría un vistazo a *El Despertar* e intentaría reírse un poco leyéndolo.

Decidido por fin a ponerse en acción, la acción que fuese, Adrian apiló las tres tazas de papel, metió la servilleta y el envoltorio de la magdalena dentro de la primera y se levantó. Tiró los restos a la papelería, le deseó una buena tarde a la cajera con un gesto y salió.

Mientras un viento frío hacía volar papelititos por la acera, frente a él, Adrian se levantó el cuello de la chaqueta y pensó lo mucho que le hubiera agradado que apareciera el taxi de Jordan para llevarlo a casa. Francamente, le serviría cualquier taxi, pero agradecería en particular el de Jordan. El anciano y él se habían llevado muy bien durante el último par de días y para él era un extraño regalo hacer amigos tan rápido. Además, había algo familiar en aquel hombre que hacía que Adrian se sintiera muy cómodo con él. Podría haber sido un tío o uno de sus profesores favoritos del instituto por lo cómodo que hacía sentirse a Adrian. Adrian pensó por un momento que ojalá pudiera contratarlo como chofer personal, sólo para poder tener una excusa para andar por ahí y charlar con él. Claro que si los deseos fueran alas, a Adrian no le haría falta que lo llevaran a casa en coche.

Y hablando de coincidencias, vio un coche aparcado al lado del bloque de pisos de la derecha, en una calle lateral que tenía enfrente, y se parecía a aquel coche lustroso de cuatro puertas con el que se había tropezado en el aparcamiento del hospital. En circunstancias normales no se habría fijado en él pero parecía fuera de Jugaren aquel barrio. Destacaba como un avión en un aparcamiento de caravanas. Recordó que el coche tenía una alarma incorporada pero en un barrio como aquel, en esta ciudad, no era muy probable que el estruendo de una alarma de coche atrajera a un grupo de ciudadanos preocupados. Era mucho más probable que molestara a todos los que lo oyeran y plantara la semilla de la envidia en los que no tenían un coche así. Esperaba que el dueño de semejante hermosura de máquina estuviera al día con su seguro. Con los ojos clavados en el coche, se bajó de la acera para cruzar la calle.

No se le ocurrió mirar en ambas direcciones hasta que ya fue demasiado tarde.

Primero oyó el ruido y se giró para ver qué era, una distracción inocente. Daba la sensación de que se trataba de una jauría de perros aullando o una bandada de cuervos chillando y era tan escandaloso que le pareció que procedía del interior de su cabeza. Mientras su mirada empezaba a dirigirse hacia la izquierda como si fuera una cámara de cine, un hedor ardiente y ácido le quemó la nariz para acompañar el sonido. Cuando se giró por completo se encontró mirando la parrilla de una furgoneta de UPS color chocolate que estaba a menos de treinta centímetros de distancia. Salía humo de las llantas que trataban de aferrarse al asfalto húmedo de la calle. A través del parabrisas, Adrian vio la cara pálida como una sábana del conductor de reparto, cuyos brazos estaban clavados en el volante y cuya boca era una «O» ancha, oscura y aterrorizada. A través del parabrisas y de la ventanilla de atrás, Adrian vio que el semáforo que había detrás del conductor era de un rojo brillante y airado.

Cuando aquel instante dilatado terminó, Adrian lanzó las manos al cielo como si creyera que eso iba a ayudar. La furgoneta marrón dio un salto a pesar de los chirriantes frenos y se estrelló contra él. Adrian sintió el metal cálido bajo sus manos, los dibujos de la parrilla contra las dos rodillas y el parachoques de la furgoneta que se estrellaba contra las espinillas y lo levantaba del suelo. Con la tranquila objetividad de alguien que está sufriendo una misericordiosa conmoción, escuchó un sonido, como si alguien estuviera golpeando el fondo de un cubo de basura metálico con un bate de béisbol de aluminio, y a continuación sintió que se alejaba de la furgoneta por el aire. El conductor seguía mirándolo como una vaca pasmada. Antes de que Adrian pudiera procesar de verdad algo de toda aquella información, antes de que pudiera darse cuenta de lo que le había pasado de otra forma que no fuera la abstracta, cayó sobre el hombro y la nuca, escuchó otro sonido, como dos cañerías de metal al chocar y sintió que empezaba a rodar.

El Tercero sorbió el aire entre los dientes, horrorizado, cuando el procedimiento del Cuarto se llevó a cabo calle abajo. El semáforo que estaba a media manzana de distancia de la pastelería llevaba en rojo varios segundos, pero no se dirigía ningún coche hacia el cruce. Mientras miraba, una furgoneta de reparto marrón se acercó a la intersección a velocidad de autopista y pasó por delante del semáforo sin preocuparse por su color al mismo tiempo que Adrian Cross salía de la pastelería. En cierto sentido, el conductor tuvo suerte de que no llegara nadie al cruce en ese momento.

Adrian Cross, sin embargo, no tuvo tanta suerte en ese aspecto. Salió de la pastelería, los miró directamente a los dos, en el coche, como ya había hecho cuando le habían dado el alta en el hospital y salió a la carretera justo delante de la furgoneta de reparto. Por increíble que parezca, lo cierto es que el conductor vio a Cross a tiempo para frenar pero la furgoneta se estaba moviendo a demasiada velocidad para parar en un espacio tan corto. El parachoques golpeó a Cross en las pantorrillas, lo

levantó por el aire y lo arrastró otro par de metros mientras la furgoneta se deslizaba por el asfalto hasta detenerse por completo. En ese punto, Cross saltó del capó de la furgoneta y rodó como un muñeco de trapo por el suelo. El Tercero tragó saliva cuando Cross se detuvo en la calle al lado de una farola. Se imaginó los huesos rompiéndose y convirtiéndose en polvo mientras Cross rodaba por el duro suelo.

—Bastante bien —dijo el Cuarto justo después de la colisión y antes de que nadie reaccionara en la escena del accidente—. En breve habrá una ambulancia en camino. Que sus colegas se reúnan con nosotros en el hospital Founders' Memorial. Avisaré al doctor Zearin para que se prepare y...

—Espere —jadeó el Tercero, que seguía contemplando la escena que se estaba produciendo delante de la pastelería. El conductor de la furgoneta había bajado de un salto y se había acercado corriendo a Cross y algunos de los empleados de la pastelería también habían salido. Al otro lado del bloque de pisos, el Primero y el Segundo se acercaban con el coche—. Mire.

El Cuarto levantó la vista del terminal de datos de su móvil y vio lo que ya había visto el Tercero.

—Inaceptable —musitó con incredulidad.

Mientras el conductor vestido de marrón se agachaba al lado de Cross, éste se puso de rodillas y se levantó poco a poco. Tenía la parte de atrás de la camisa arrugada y sucia y uno de sus zapatos todavía estaba bajo la rueda izquierda delantera de la furgoneta, pero estaba consciente. Y se había levantado. No tenía el menor rasguño.

—¿Pero qué demonios...? —susurró el Tercero. Acto seguido, le dijo al Cuarto—. ¿Quiere que haga algo?

—Quédese en el coche —dijo el Cuarto, mientras hacía rechinar los dientes y agarraba la parte superior del asiento de delante con la mano izquierda. Estaba pálido y bajo la piel se le marcaban los tendones de pura tensión—. Que los otros lleven a Cross a la comisaría como habían planeado. Nos reuniremos con ellos allí. ¡Dígaselo!

El asombro lo había dejado casi mudo pero el Tercero trasladó el mensaje al Primero y al Segundo.

Adrian abrió los ojos de inmediato y se levantó sin pensar que le debería haber resultado imposible. Todavía olía a goma quemada y escuchaba una conmoción de voces horrorizadas a su alrededor. Mareado, miró a su alrededor y vio a la cajera de la pastelería, unos cuantos clientes y al conductor de reparto de UPS. Todos lo estaban mirando con los ojos muy abiertos.

—Dios mío —decía el conductor—. Estaba en verde. Ni siquiera lo vi. Se me echó encima y no pude parar. Estaba en verde. Oh, por favor que esté bien. Le juro que ni siquiera lo vi.

—... intentando matarse... —susurró otra persona.

—... adrenalina... —dijo una voz.

—... drogado... —dijo otra.

—... PCP...

—... no te acerques mucho...

—Estoy bien —les dijo Adrian a todos a pesar de que se tambaleaba y le temblaban las rodillas—. Creo que no estoy herido. Creo que estoy bien.

—... llamar a una ambulancia...

—... la *policía*...

—Jesús, tío —dijo el conductor de la furgoneta mientras lo cogía por los hombros—. No te he visto y el semáforo estaba en verde. Mierda, por favor, no me demandes.

Adrian desconectó todas las voces y se miró. Tenía la ropa sucia y le dolía un poco la espalda pero nada más. No tenía las rodillas convertidas en polvo, las espinillas no se le habían partido como cerillas y no se le había hundido el cráneo. Nada de lo que debería estar mutilado o roto había sufrido el menor rasguño.

—Y una mierda suerte —murmuró asombrado—. Ahí arriba hay alguien que me quiere.

—Sí, sí —dijo el conductor de la furgoneta con expresión de alivio—. Es un milagro, ¿verdad? Nadie salió herido. No hace falta informar de esto ni llamar a *UPS*. Nos iremos como si no hubiera pasado nada.

Mientras Adrian abría la boca para decirle al conductor lo que pensaba exactamente de esa actitud, un coche negro exactamente igual al que había aparcado calle arriba se acercó y paró delante de la furgoneta de reparto. Las dos puertas delanteras se abrieron a la vez y salieron dos hombres con trajes negros idénticos, sombreros y gafas de sol a juego. Se acercaron a la pequeña multitud y los miraron a todos a excepción de Adrian.

—Dispérsense —dijo el primero—. Continúen todos su camino.

—*Dispérsense* —dijo también el segundo. Para sorpresa de Adrian, todos los mirones se dieron la vuelta y se marcharon en la dirección por la que habían venido. Hasta el conductor de la furgoneta volvió a la misma sin decir una palabra más.

—Esperen —le dijo Adrian a los dos hombres—. Estas personas son testigos de lo ocurrido. La policía querrá hablar con ellos. ¿Quiénes son ustedes dos?

—Lo llevaremos a la comisaría de policía, señor Cross —dijo el primer hombre—. Venga con nosotros.

—No puedo —protestó Adrian—. Creo que necesito firmar un parte del accidente o algo así. Además, probablemente debería ir al hospital. ¿Han visto lo que ha pasado?

—No requiere atención médica —dijo el segundo hombre. El primero y él se habían colocado muy cerca de Adrian y estaban lo bastante separados entre sí para

que Adrian pudiese mirarlos de uno en uno sin dar un paso atrás—. Puede hacer el parte en la comisaría. Después, permanecerá allí para que lo interroguen.

—¿Interrogarme sobre qué? —preguntó Adrian—. ¿Quiénes son ustedes dos? ¿Son polis?

—No, señor Cross —dijo el primer hombre—. Respondemos ante *una autoridad más alta*. —El segundo hombre y él sacaron unas carteras de cuero del bolsillo interior de la chaqueta y las abrieron durante un instante. Adrian las miró pero no tuvo la oportunidad de examinarlas con detalle, aunque las placas que había dentro de las carteras transmitían una inconfundible sensación de autoridad—. Ahora métase en el coche.

Inquieto, Adrian hizo lo que le mandaban. Trepó al asiento de atrás del coche mientras los dos hombres de negro se sentaban delante. Antes de que pudiera ponerse el cinturón de seguridad, el coche salió disparado en dirección sur, hacia la central de policía de Iron Rapids.

Capítulo diecinueve

Matthew Simonson estaba sentado sobre su motocicleta, respirando profundamente, en el nivel inferior del aparcamiento cercano a la Cámara de Comercio de Iron Rapids. En sus días buenos se sentía muy cómodo con su audacia pero en momentos como aquél ponía en duda su cordura. Se levantó, se quitó el casco y lo guardó en el compartimiento que tenía detrás del asiento trasero. Se dejó los guantes de motorista de cuero mientras se desabrochaba la trinchera y se ajustaba la corbata en el retrovisor de la moto. Su reflejo asintió una vez y a continuación siguió imitando sus movimientos.

En lugar de irse directamente a la Cámara de Comercio después de la visita de Jordan de aquella tarde, había decidido esperar, no actuar y considerar sus alternativas. El proceder más razonable, decidió, era esperar hasta que el edificio de la Cámara de Comercio estuviese a punto de cerrar aquella noche y entrar entonces. Cada momento que pasaba esperando era un segundo más para que los tecnócratas se dieran cuenta de que los habían pirateado y enviaran a alguien a esterilizar el ordenador de la antigua oficina de Cross, pero lo cierto es que Simonson se sentía mejor corriendo ese riesgo que entrando en una habitación llena de policías. Pero ahora que estaban cerrando, lo más probable era que los investigadores y los forenses hubieran cogido los bártulos y se hubieran marchado también a casa.

—Ahora es el momento, Matthew —se dijo a sí mismo mientras se reafirmaba en lo que llevaba diciéndose desde que había dejado el hotel—. Como si este fuera tu sitio. Como si supieras exactamente lo que estás haciendo.

Respiró profundamente otra vez y entonces empezó a caminar. Subió los escalones que salían del aparcamiento, cruzó la calle y se dirigió a las puertas principales del edificio de la Cámara de Comercio. Bajo la luz tenue y violeta de las primeras horas de la noche, el lugar tenía un aspecto agazapado y melancólico que sólo la iluminación de color naranja rosado de las farolas evitaba que pareciera siniestro. Simonson subió la escalera principal, se levantó el cuello para protegerse del frío y entró por la puerta principal como si tuviera todo el derecho del mundo a estar allí.

—¿Puedo ayudarlo en algo? —le preguntó el recepcionista que estaba detrás del mostrador principal. Era un chaval larguirucho, con el pelo negro y un acné que no había encontrado la voluntad de rendirse. Le chasqueaba la voz al hablar.

—Creo que no —dijo Simonson al tiempo que se daba la vuelta y lo miraba como si le estuviera haciendo perder un tiempo muy valioso. Por el rabillo del ojo vio que la placa que había sobre el mostrador decía «Mary Stanford».

—Ya hemos cerrado, señor, así que me temo que tendrá que irse —dijo el joven recepcionista—. Si quisiera volver mañana, las horas de apertura son...

—Ya sé cuales son —faroleó Simonson—. Trabajo aquí, y tengo cosas que hacer. He de entrar porque necesito el equipo que tengo en mi oficina.

—¿Qué oficina es ésa, señor? —dijo el recepcionista—. ¿Puede darme su nombre, por favor?

—Está en la parte de atrás —bufó Simonson con un gesto impaciente—. ¿Y tú quién eres? ¿Dónde está Mary?

—Me llamo Edward, señor —dijo el recepcionista—. Soy el becario de Expansión Económica. Estoy sustituyendo a Mary esta tarde y mañana. No se sentía muy bien después de lo que pasó hoy.

—Bueno, Edward —dijo Simonson, decidido a echar el resto—. El que no se va a sentir muy bien voy a ser yo si no arreglo el servidor lo antes posible. Y a nadie de esta compañía le va a hacer tampoco mucha gracia si no lo hago. ¿Hay algún problema con eso?

—Estaba a punto de irme, señor —dijo Edward.

—Entonces vete —dijo Simonson—. ¿Qué te detiene?

—Tengo que conectar el sistema de seguridad, señor.

—Yo lo haré —suspiró Simonson fingiendo exasperación—. No hace falta ser un genio para apretar cuatro números en un panel.

—El señor Mahoney dijo que me ocupara de eso personalmente.

—¿Dijo que evitaras que volviera a restaurar la red de correo electrónico? ¿Dijo que, aunque el sistema está muerto, no deberías consentir bajo ningún concepto que lo arregle? ¿Te dijo todo eso. Edward?

—Bueno, no, señor.

—Eso me pareció —dijo Simonson—. Ahora vete a casa. Ya cerraré yo cuando salga.

—Si usted lo dice, señor —se rindió por fin Edward—. Sólo voy a...

Simonson le dio la espalda al muchacho y empezó a cruzar el pasillo rumbo a la antigua oficina de Adrian Cross.

—Vale, vale —dijo despidiéndolo con un gesto.

Detrás de él, el becario dejó el edificio y cerró la puerta con llave Simonson se detuvo, miró una vez a su alrededor para asegurarse de que no había nadie más y a continuación se agachó para cruzar la cinta policial amarilla y negra y entrar en la oficina de Cross.

En lugar de encender la luz del techo, extrajo una pequeña linterna del bolsillo de la chaqueta y recorrió con su haz toda la oficina. El contorno esbozado al lado del escritorio y una decoloración oscura en la moqueta confirmaba lo que Jordan le había contado sobre lo que había pasado allí esa mañana. Un fulgor verde y tenue proveniente de una luz que había en la torre de la CPU del ordenador y un ligero zumbido eléctrico confirmó sus propias sospechas sobre lo que se iba a encontrar.

Rodeó la mancha de la moqueta y se sentó en la silla giratoria que había tras el escritorio. Tocó el ratón con la linterna y en cuanto lo movió, la pantalla parpadeó y cobró vida. Por lo que Simonson veía, se había puesto en modo de suspensión cuando Jordan dejó de usarlo y a ninguno de los investigadores que habían estado allí hoy se le había ocurrido comprobarlo.

Simonson se subió los guantes de cuero y se los apretó para sentirse más seguro. Entonces cogió el ratón y se puso a buscar los archivos que, según Jordan, había escondido en este ordenador. Recorrió las carpetas y subcarpetas que Jordan había nombrado en la habitación del hotel y encontró los dos archivos tecnócratas bajo los nombres que le había dado Jordan. Sin dejar de lanzar miradas por encima del ordenador hacia el exterior de la oficina, sacó del bolsillo de su chaqueta un disquete con el símbolo de Möbius y lo introdujo en el disco duro del ordenador. Le pidió que copiara los dos archivos en el disquete, texto ampliado y todo y luego se sentó a esperar impaciente que aquella máquina incómoda y lenta hiciera lo que le había pedido. Una vez completada la operación, sacó el disco Möbius y borró por seguridad los archivos del ordenador. A continuación cerró todas las ventanas abiertas de la pantalla, colocó el ratón tal como lo había encontrado y se levantó. Colocó la silla en la misma posición en que la había encontrado, pasó por encima de la mancha de la moqueta otra vez y se dirigió a la puerta de nuevo, contento de no haber tenido que pasar allí más de unos minutos.

—¿Qué estaba haciendo ahí dentro, señor? —le preguntó una voz mientras volvía a pasar bajo la cinta de la policía y salía al pasillo. Simonson dio un salto y se encontró delante del becario recepcionista, Edward.

—Por todos los santos —dijo—. ¿Qué estás haciendo aquí todavía? Casi me da un ataque al corazón.

—No me parecía bien dejarlo solo en el edificio, señor —dijo el becario—. ¿Y qué estaba haciendo en esa habitación? Es la escena de un crimen. Es una zona restringida, está prohibida la entrada, como deja bien clara esa cinta de la policía, señor.

—Tranquilo, Edward —dijo Simonson mientras pasaba al lado del joven para dirigirse a la puerta principal. Esperaba no parecer tan rígido y nervioso como se sentía—. Ya he encontrado lo que buscaba. Ya está todo en perfectas condiciones.

—¿Y cuál era el problema? —preguntó Edward al tiempo que intentaba alcanzarlo.

—No querrás que te lo explique ahora —dijo Simonson mientras abría la puerta principal—. Ya te lo contaré la próxima vez que venga a la oficina. Es pura rutina, pero es complicado.

—Entonces, ¿ya ha terminado?

—Tengo que comprobar un par de cosas en casa pero aquí ya está. Conecta el

sistema de seguridad y cierra con llave cuando salgas, ¿quieres? Buen chico.

Mientras Edward se quedaba allí parado, sin saber si debería hacer algo más para aclarar todo aquello, Simonson se dio la vuelta y salió por la puerta en dirección al aparcamiento como si no pasara absolutamente nada.

Lo primero que hizo Simonson al volver al hotel fue encender el portátil e intentar encontrar a Papaíto. Envió un e-mail a la única dirección suya que tenía y esperó una respuesta mientras su ordenador examinaba el Möbius en busca de algún virus mundano o de naturaleza tecnócrata. Tras finalizar el examen, abrió los archivos y vio que eran exactamente lo que le había descrito Jordan. Exponían perfiles detallados de lo que pensaban hacer los representantes de Soluciones Sintéticas para establecer a la corporación en la ciudad y cómo iban a mantener esa posición una vez establecida. El esbozo detallaba iniciativas razonables a nivel económico, social y técnico y a primera vista parecían restringirse a esos niveles. Y tal y como lo había descrito Jordan, detrás de cada sección del texto aparecía un icono que prometía al lector una «Explicación Ampliada del Protocolo» (siempre que el lector pudiera proporcionar la autorización adecuada).

La autorización requerida, según averiguó Simonson, no era más que una clave criptográfica que descifraría el texto oculto y lo mostraría en la pantalla junto con el resumen. Su ordenador se peleó con el texto criptográfico durante unos minutos antes de descifrar el código y empezar a mostrar lo que ocultaban los archivos. Transcurrida media hora, su ordenador había descifrado por completo los dos archivos. Copió y guardó el texto traducido en dos archivos nuevos y a continuación borró los originales. Luego envió copias de sus copias a Papaíto junto con una nota sobre su procedencia. Dejó muy claro lo que eran y advirtió a Papaíto que tuviera cuidado a la hora de mostrárselos a alguien, y terminó el mensaje con una petición urgente a Papaíto de que se pusiera en contacto con él en cuanto pudiera. Hecho eso, se sentó a leer los archivos.

Pero apenas había empezado con el resumen cuando alguien empezó a aporrear la puerta.

Capítulo veinte

—Creo que la S se está convirtiendo en la letra que más detesto del abecedario —dijo el detective Eric Havelin mientras se sentaba enfrente de Adrian en la pequeña sala de interrogatorios de la comisaría de Iron Rapids. Los dos hombres de negro estaban sentados detrás del detective y había un gran espejo en la pared, a la izquierda de Adrian.

—¿Quién es usted? —Adrian se agitó incómodo en la silla. En cuanto había llegado a la comisaría, los dos hombres de negro lo habían metido en aquella habitación y no le habían vuelto a dirigir la palabra. Se habían limitado a tomar asiento y a mirarlo fijamente desde detrás de las lentes reflectantes de sus gafas de sol y se habían negado a responder a sus preguntas o a dejarlo marchar. Y ahora entraba aquel hombre y se comportaba como si Adrian y él fueran amigos de toda la vida.

—Soy el detective Eric Havelin —dijo mientras se apoyaba en su silla y colocaba las manos sobre la mesa—. Y usted se llama Adrian Cross. Es un placer conocernos. ¿Quiere saber porqué le estoy cogiendo tanta tirria a la letra S?

—¿Por qué no? —dijo Adrian, fingiendo una compostura que estaba muy lejos de sentir.

—Pues porque últimamente figura de forma muy prominente en los nombres de las personas implicadas en mis casos más problemáticos —dijo Havelin—. Stafford, Tinsley, Sands y Sutton tienen esa letra en su nombre. Cross tiene dos. Es una letra que suena fatal y está empezando a provocarme dolor de cabeza cada vez que aparece en mi trabajo. —Adrian les echó un vistazo a los dos hombres de negro pero éstos se limitaron a seguir mirándolo.

—Siento oírlo —dijo—. Pero no conozco a ninguna de esas personas.

—Bueno, desde luego, usted no conoce a los tres primeros —dijo Havelin—, aunque estoy seguro de que el quinto le suena. El cuarto, sin embargo... El cuarto nombre es con el que usted y yo tenemos un problema. Por ese nombre está usted aquí.

—¿El cuarto nombre? —dijo Cross— ¿Sutton, no es así? No conozco a nadie que se llame Sutton. Yo sólo estoy aquí para dar parte de un accidente.

—Piénselo mejor, señor Cross —dijo Havelin—. Estoy seguro de que se acordará. Quizá recuerde mejor el nombre de pila, Jacob.

—Jacob Sutton —dijo Adrian—. No puedo decir que... No, espere, es el chaval del contrato temporal, ¿verdad? El que acaba de empezar en la Cámara de Comercio.

—Eso es —dijo Havelin—. Empezó a trabajar allí ayer por la mañana, en la división de Organización. División de Nuevos Miembros.

—Cierto —dijo Adrian—. Ya me acuerdo.

—Eso pensaba —dijo Havelin—. Se quedó con su trabajo, ¿no?

—Sí, así es —dijo Adrian. Todavía le dolía pensar en ello de esa manera—. Lo consiguió o mi jefe se lo dio, como usted prefiera decirlo.

—En cualquier caso, lo sustituyó —dijo Havelin—. Eso debe de haberlo disgustado.

—En aquel momento, sí —dijo Adrian—. Ya lo estoy superando.

—¿Tan pronto? —dijo Havelin—. Tengo entendido que ayer por la mañana estaba enfadado. Muy enfadado.

—Estaba furioso —admitió Adrian—. Fue un susto muy desagradable. No es el tipo de cosas con las que quieres que te sorprendan a primera hora de la mañana.

—Me lo imagino —dijo Havelin—. Me han dicho que también se produjo una escena desagradable.

Adrian sonrió con tristeza y asintió. Estaba decepcionado consigo mismo.

—Podría decirse que sí. Tuve una pequeña rabieta. Fue una situación bastante desafortunada. Pero escuche, ¿adónde quiere ir a parar? Me gustaría mucho dar ese parte de accidente e irme a casa si no le importa.

—Usted no está aquí para hacer ningún parte de accidente, señor Cross —dijo Havelin con una expresión pasajera de confusión—. Está aquí porque esta mañana han encontrado a Jacob Sutton muerto en su oficina. O quizá debería decir que lo han encontrado asesinado.

—¿Qué? ¿Y qué tiene eso que ver conmigo?

—Siempre podemos esperar que no tenga nada que ver con usted, señor Cross —dijo Havelin—, pero puede que eso no sea del todo realista.

—¿Qué quiere decir? —preguntó Adrian—. ¿Soy sospechoso? Eso es una locura. Ni siquiera conozco a ese tipo.

—Dígame, señor Cross —dijo Havelin—. Usted conoce el código de la puerta que desconecta el sistema de seguridad del Edificio de la Cámara de Comercio, ¿verdad?

—Sí, a menos que lo hayan cambiado. Todos los empleados lo conocen.

—También tiene una llave para entrar en el edificio y otra llave para abrir la puerta de su antigua oficina, ¿no es así?

—Sí, todo el mundo recibe una llave del edificio y hay copias de las llaves de las oficinas.

—Pero usted todavía tiene las suyas, ¿no, señor? —preguntó Havelin.

—Sí —dijo Adrian. El llavero le pesaba como un ancla en el bolsillo—. Pero no las he usado desde ayer.

—Pues claro que no, señor Cross —dijo Havelin—. ¿Le importaría decirnos dónde estuvo esta mañana?

—Tenía una reunión con Isaac Gordon —dijo Adrian—. Puede verificarlo. Él o su ayudante personal. Hablé con los dos mientras estaba allí.

—¿Y a qué hora fue eso?

—Llegué allí alrededor de las once, supongo.

—Ya veo. ¿Y dónde estaba a las ocho de esta mañana, señor Cross? Las once no nos ayuda mucho.

—Estaba en casa.

—¿Solo?

—Sí, vivo solo.

—¿Puede situarlo allí algún testigo?

—No lo sé. Quizá. No conozco tan bien a mis vecinos. Pero estaba allí a las ocho. Hice una llamada a las nueve a una compañía de taxis. Si comprueba mis llamadas, lo verá.

—Nueve en punto —dijo Havelin. No parecía demasiado impresionado—. Mejor que las once pero no tanto como las ocho. ¿Cómo se llamaba la compañía de taxis?

—Dixie —dijo Adrian. Lo dudó por un momento y luego añadió—. Pero en realidad fui a casa de Gordon en un taxi que no era el que ellos me enviaron.

—¿Ah, sí? —dijo Havelin—. ¿Es que el taxi de Dixie no apareció?

—No, sí que lo hizo —dijo Adrian. Sabía que estaba empezando a balbucear, pero no podía evitarlo—. Es que yo prefería ir en el otro taxi.

—Ya veo —dijo Havelin dejando que un cierto tono condescendiente se deslizara en su voz—. ¿Y a qué compañía pertenecía, señor Cross?

—No lo sé con exactitud —dijo Adrian—. Era azul, con letras amarillas en el costado. Ya lo he cogido antes. Un par de veces. Es que apareció mientras estaba esperando, así que lo cogí en lugar del otro. No sé a qué compañía pertenece.

—Claro —dijo Havelin. Los dos hombres de negro intercambiaron una mirada detrás del detective y uno de ellos se adelantó un poco más en la silla.

—Mire —dijo Adrian—. Estoy desvariando porque estoy nervioso, ¿de acuerdo? Pero no me estoy inventando nada. Estaba en casa a las ocho y a las nueve pedí un taxi. Estaba en casa de Isaac Gordon a las once y de vuelta a la ciudad a media tarde. Llevo en la pastelería donde me encontraron esos dos desde entonces, y eso es todo. Me atropelló un coche justo antes de que me cogieran y pensé que venía aquí para hacer el papeleo. Si va a seguir con esto, creo que necesito un abogado.

—Tranquilícese, señor Cross —dijo Havelin al tiempo que se incorporaba un poco más en la silla—. Sólo son unas cuantas preguntas. No necesita un abogado para responder a mis preguntas.

—Sin embargo —dijo Adrian— no he venido aquí para esto. Si usted cree que he matado a alguien, creo que necesito un abogado. Y creo sinceramente que debería estar en el hospital después de ese accidente. Es posible que tenga heridas internas, fracturas de carga o algo que desconozca.

—Es fácil ver que ha sufrido recientemente en un accidente traumático, señor

Cross —dijo Havelin—. Pero si...

—Es cierto —dijo el primer hombre de negro desde detrás de Havelin. Éste se dio la vuelta para mirarlo—. Quizá el señor Cross se sentiría más cómodo si se le permitiera hacer un parte de accidente.

—No he terminado de hacerle preguntas sobre Sutton —dijo Havelin—. A ustedes dos les llegará su turno dentro de un momento.

—¿Quiénes son? —dijo Adrian—. ¿Qué significa eso de que les llegará el turno?

—Son agentes federales —dijo Havelin sin volver del todo la cabeza.

—Representamos los intereses de esta nación en Soluciones Sintéticas —dijo el segundo hombre de negro.

—Pueden hablar con él más tarde —dijo Havelin.

—Hablaemos con él ahora, detective —dijo el primer agente mirando los ojos de Havelin.

—Si aparecen más pruebas, se pondrá en contacto con Cross por su cuenta —dijo el segundo agente—. *Más tarde.*

Havelin se volvió de nuevo y miró a Adrian a los ojos.

—Muy bien, señor Cross —dijo—. De momento no tengo nada contra usted. Le preguntaré a alguien si puede hacer el papeleo de su supuesto accidente. De momento es libre de marcharse, pero hágame un favor y no abandone la ciudad. —Dicho eso se levantó y salió de la habitación. Los dos hombres de negro se quedaron.

—¿Qué coño ha sido eso? —dijo Adrian mientras fruncía el ceño, confuso y asustado. Acababan de despedir a Havelin como si fuese un niño o un criado—. ¿Quiénes son ustedes dos?

Los dos hombres se levantaron y se acercaron a él. El primero arrastró la silla hasta el extremo de la mesa, mientras el segundo se limitaba a coger la silla de Havelin. Se sentaron al tiempo, pusieron las manos sobre la mesa y miraron a Adrian.

—Representamos a Soluciones Sintéticas —dijo el primero—, así como a la fuerza que ésta representa, con la que puede que ya este familiarizado.

—No sé a qué se refieren —dijo Adrian—. ¿Qué quieren?

—Nosotros también tenemos algunas preguntas, señor Cross —dijo el segundo.

—Está diciendo la verdad sobre el agente Sutton, por lo menos —dijo el Tercero mientras el Cuarto y él miraban a Cross desde el otro lado del espejo de la sala de interrogatorios—. No tuvo nada que ver con eso. Al menos que él sepa.

—No está aquí por eso —dijo el Cuarto.

—Bueno, no —dijo el Tercero—. Pero es bueno saberlo.

—Significa que otra persona mató al agente Sutton —dijo el Cuarto—. Alguien de quien no tenemos razones para sospechar. Alguien que ha estado saboteando el proyecto desde el principio y que sigue oculto. ¿Qué tiene eso de bueno?

—Es bueno para Cross, al menos —dijo el Tercero—. Lo descarta.

—Eso no importa si está ayudando al Anomalente que está interfiriendo con nuestros planes —dijo el Cuarto—. Se le pedirán cuentas de todos modos. Siempre que no sea el Anomalente mismo.

—No me parece muy probable —dijo el Tercero—. No hay nada en su perfil que indique que podría convertirse en Anomalente.

—Eso ya lo ha dicho —dijo el Cuarto—. Veremos.

Al ver que el Cuarto no decía nada más, el Tercero se volvió para observar al Primero y al Segundo mientras hablaban con Cross. El intercomunicador que había entre la sala de interrogatorios y la sala de observación permanecía limpio y abierto.

—¿Y qué quieren saber? —preguntó Adrian mientras miraba a los dos hombres que tenía enfrente. Eran tan parecidos que la sensación era siniestra. El Segundo era algo más alto que el Primero y el Primero tenía una cara más redonda pero las diferencias eran menos chocantes que los parecidos. Ambos hombres tenían hoyuelos en la barbilla. Ambos tenían la constitución de grandes atletas más que de culturistas. Los dos tenían el pelo castaño oscuro (posiblemente negro), corto y en absoluto despeinado a pesar de que cuando estaban fuera llevaban sombrero. Sus gafas de sol y los alfileres metálicos de sus corbatas eran de la misma marca y parecían idénticos. Hasta se sentaban en la misma postura y tenían la misma expresión.

—¿Podemos llamarle Adrian? —preguntó el Primero.

—Claro —dijo Adrian—. ¿Y cómo puedo llamarles yo a ustedes dos?

—Adrian —empezó a decir el Segundo como si Adrian no hubiera hablado—. Mencionó usted al detective Havelin que un taxi de color azul lo llevó a su reunión con Isaac Gordon esta mañana.

—Sí.

—También ha mencionado —dijo el Primero— que ya había cogido ese taxi con anterioridad. ¿Es eso cierto?

—Sí, eso dije. ¿Qué tiene eso que ver con...?

—Dígame, Adrian —dijo el Segundo—. ¿Ese taxi fue el mismo que pasó por delante del Founders' Memorial el lunes por la noche, cuando usted se iba?

—Sí —dijo Adrian—. Fue el que cogí para ir a casa.

—¿El conductor se paró a recogerlo? —preguntó el Primero—. ¿Pasó a su lado y luego dio la vuelta?

—No —dijo Adrian—. Se acercó y se paró. Como cualquier otro taxista.

El Segundo miró directamente al espejo, como si a través de él pudiera ver a alguien que estuviera al otro lado. Al darse cuenta de ello Adrian se sintió ligeramente incómodo.

—¿Es importante por alguna razón? —preguntó.

—¿Y el conductor que según usted lo recogió el lunes por la noche era el mismo conductor que lo recogió esta mañana? —le preguntó el Primero.

Adrian asintió.

—Así es.

—¿Y en qué otras ocasiones se subió usted a este mismo vehículo con este mismo conductor? —preguntó el Segundo.

—Sólo esas dos —dijo Adrian.

—¿Nunca antes de su accidente de tráfico? —preguntó el Primero.

—¿Y nunca después? —añadió el Segundo.

—No —respondió Adrian a las dos preguntas—. Nunca me hizo falta antes del accidente y a los demás sitios he ido en autobús. O a pie. Sólo vi a ese tipo en otra ocasión, cuando me lo encontré ayer a la hora de comer. Pero eso fue todo.

—¿Para comer? —preguntó el Primero—. ¿Ese hombre y usted se conocían antes de su accidente de tráfico, Adrian?

—No —dijo Adrian otra vez—. Resulta que me tropecé con él por casualidad cuando estábamos los dos por ahí. Charlamos, comimos... nada más. ¿Para qué necesitan saberlo?

—¿Y usted habló con ese hombre el lunes por la noche? —dijo el Segundo—. ¿Y ayer comiendo y otra vez esta mañana?

—Sí, claro —dijo Adrian mientras se iban acumulando las preguntas, aparentemente sin sentido.

—¿Cómo se llama? —preguntó el Primero.

—Jordan —dijo Adrian—. Aron Jordan.

El Primero y el Segundo se miraron y a continuación miraron los dos al espejo como si lo quisieran atravesar. Se levantaron al unísono.

—Oiga, ¿es sospechoso de algo o qué? —dijo Adrian—. A mí desde luego no me pareció ningún asesino cuando hablamos. ¿Y por qué no me hicieron ninguna de esas preguntas mientras estaba ese detective aquí?

—Señor Cross —dijo el Primero—. Adrian. Necesitamos que piense la respuesta durante un momento. ¿De qué hablaron exactamente cuando se encontraron?

Juntos, los dos hombres apartaron la mesa de Adrian y, acto seguido, se le pusieron delante. Adrian intentó no encogerse cuando al ver que se inclinaban sobre él.

—No lo sé —dijo tratando de ocultar su nerviosismo—. De mí, sobre todo. Mi empleo, mi ex mujer, mi hijo. Un poco sobre Isaac Gordon. Algo sobre SolSin. No lo sé.

—Necesitamos que lo recuerde con exactitud —dijo el Segundo—. Podría ser muy importante. Cuando hablaron sobre Soluciones Sintéticas, ¿qué dijo él? ¿Qué dijo usted?

—Miren —dijo Adrian—. No fue más que una conversación. No recuerdo cada palabra.

—Será necesario —dijo el Primero—. Al igual que esto, me temo.

—¿El qué?

El Primero le hizo un gesto al Segundo, que rodeó a Adrian y se puso detrás de él con un solo movimiento sutil. Adrian se movió para levantarse de la silla pero el Segundo lo obligó a sentarse de un empujón en los hombros. El Primero cerró unas esposas alrededor de la muñeca izquierda de Adrian y del brazo de la silla en la que estaba sentado. El Segundo lo sujetó por la muñeca y el hombro derecho para obligarlo a permanecer sentado.

—¿Qué están haciendo? —exigió saber Adrian al tiempo que intentaba librarse de ellos—. ¡Suéltense!

El Primero hizo caso omiso de sus gritos y sacó una gruesa jeringuilla de metal del bolsillo de la chaqueta llena de un líquido ambarino y espeso. Presionó el émbolo para expulsar el aire hasta que salió una gran cuenta de líquido.

—¿Qué coño es eso? —dijo Adrian mientras luchaba por liberarse el brazo.

—No se asuste, Adrian —dijo el Primero mientras le levantaba a Adrian la manga por encima del codo—. Esto no va a dolerle. Sólo va a relajarle y a ayudarle a recordar las respuestas a nuestras preguntas.

—Y una mierda —dijo Adrian—. Aleje esa cosa de mí. No pueden hacer eso, tengo mis derechos...

El Primero desoyó las protestas de Adrian, le clavó la aguja en el brazo y empujó el émbolo con un único y suave movimiento. El líquido de la jeringuilla penetró en el torrente sanguíneo de Adrian como si fuera brea y empezó a quemar el interior de todo lo que tocaba. La mano izquierda de Adrian se convirtió en un puño y su rostro se contorsionó, como la máscara de un grito. No podía meter aire en los pulmones para chillar, aunque se lo exigía la sensación que le producía el líquido al moverse por su organismo. Se imaginaba los bultos de carne moviéndose por su piel, por las venas de los brazos, como si hubiera unos gusanos abriéndose camino hasta su corazón.

Cuando el dolor le llegó al pecho, se le adormeció el brazo y quedó colgando de la silla contra la cadena de las esposas. No se miró en el espejo pues temía ver rastros de carne levantada en la piel por donde había pasado el suero invasivo. Aquel dolor horadante, ardiente, le atravesó luego el cuello, le rodeó el rostro y se le metió en el cerebro, detrás de los ojos. Una luz blanca cegadora le explotó tras los ojos y un entumecimiento misericordioso se apoderó de su cuerpo entero. Se derrumbó hacia delante y se puso el antebrazo derecho sobre las rodillas para evitar caerse.

—¿Cuánto tiempo falta para que esté listo? —preguntó el Segundo mientras paseaba por delante de él. Adrian no veía nada más que sus zapatos.

—No lleva mucho —dijo el Primero—. En unos minutos podrá moverse otra vez. Un minuto después podrá responder a nuestras preguntas. —Se reunió con el Segundo y Adrian vio dos pares de zapatos, unos enfrente de otros.

Un ruidoso golpe proveniente del otro lado del espejo atrajo la atención de los dos pares de zapatos. Adrian también intentó mirar en esa dirección, pero no pudo moverse.

—Nuestro colega —dijo el Segundo—. ¿Podremos dejar a Cross solo?

—Durante unos minutos —dijo el Primero—. No va a irse a ninguna parte.

—Vamos a ver entonces lo que ha averiguado nuestro colega —dijo el Segundo—. Si es que hay algo.

Los dos pares de zapatos se volvieron hacia la puerta y se alejaron, dejando a Adrian completamente solo.

—Eso ha sido un poco excesivo, ¿no os parece? —dijo el Tercero cuando el Primero y el Segundo entraron en la sala de observaciones apenas iluminada y se reunieron con él y el Cuarto—. Estaba intentando responder...

—He enviado el nombre de Aron Jordan a nuestra base de datos —dijo el Cuarto mientras se daba un golpecito en el mecanismo subcutáneo que tenía detrás de la oreja—. Tiene una larga lista de cuentas pendientes con las autoridades civiles por provocación de incendios, destrucción de propiedad federal y asesinato. También consta como Anomalente. Todos sus delitos están relacionados con la destrucción de propiedad tecnócrata e interferencia con las actividades de numerosas agendas iluminadas de todo el país. Durante los últimos diez años no ha tomado parte en ninguna actividad de la que tengamos noticia, pero nunca se denunció su muerte ni su captura.

—Me pregunto por qué habrá reaparecido ahora —dijo el Tercero.

—Eso no importa —dijo el Cuarto. Se dirigió entonces al Primero y al Segundo—. Han hecho lo que debían. Debe de haber sido Jordan el que ha estado interfiriendo con mis procedimientos. Averigüen lo que le ha contado Cross y averigüen dónde está.

—¿Y una vez que hayamos agotado a Cross como fuente de información? —preguntó el Segundo.

—Llévenselo al doctor Zearin —dijo el Cuarto— y trasládenlo al constructo de Ann Arbor. El proyecto todavía puede seguir adelante tal como fue diseñado.

—No podemos hacer eso —dijo el Tercero—. No tenemos ninguna razón para enviar a Cross a Zearin. No está herido. *Sigue* sin estar herido.

—Muchos testigos han visto cómo atropellaba una furgoneta a Cross esta misma tarde —dijo el Cuarto.

—Pero también han visto que estaba bien —protestó el Tercero—. ¿Cómo va a

explicar que se «reparara» el cuerpo de Cross cuando no había nada que arreglar?

—Se puede reeducar a esos testigos —dijo el Cuarto.

—Aquí no tenemos esa clase de recursos —protestó el Tercero—. Y desde luego no tenemos tiempo para solicitar el equipamiento adecuado, encontrar a todos los testigos, reeducarlos y liberarlos antes de que expire el programa del proyecto. Usted mismo lo dijo en el coche. Control espera resultados y nos estamos quedando sin tiempo para producirlos. Se suponía que esto iba a ser una operación discreta y sencilla desde el principio y su mala gestión nos ha traído hasta este punto.

—No se atreva a hablarme así —gruñó el Cuarto mientras se acercaba mucho al Tercero—. Soy el coordinador de campo de este proyecto y se llevará a cabo como yo diga. Y punto.

—Su forma de llevarla a cabo no está funcionando —dijo el Tercero. Había estado acumulando demasiada tensión para volverse atrás ahora—. Ha empleado demasiado tiempo y energía en intentar convencer a Gordon, cuando debería haber concentrado sus esfuerzos en los otros líderes empresariales de esta ciudad.

—¡No me diga cómo debo lograr mis objetivos!

El Primero les dio la espalda a sus dos colegas, que seguían discutiendo y contempló a Adrian Cross a través del cristal que separaba ambas habitaciones. Aunque el suero que le habían dado a Cross todavía debería entorpecer sus funciones motoras, Cross estaba sentado relativamente erguido y levantaba la mano derecha hacia el espejo. También parecía murmurar algo para sí mismo, aunque en un tono demasiado bajo para que lo recogiera el intercomunicador.

El Primero le lanzó una mirada al Segundo para atraer su atención y susurró.

—¿Qué está haciendo?

El Tercero y el Cuarto se callaron también y contemplaron la habitación contigua.

—Adrian —le dijo una voz tranquila y conocida desde algún lugar de la habitación. Sonaba ronca y cascada y tenía un matiz extraño, como si alguien estuviera estrujando hojas secas con la mano—. Adrian, ¿me oyes?

Adrian intentó levantar la cabeza pero le colgaba del cuello como un globo de piedra. Unos gusanos gruesos le reptaban por el cerebro susurrándole cánticos dulces y soporíferos. Sus músculos eran bolsas de agua que no obedecían sus órdenes.

—Venga, Adrian —dijo de nuevo la voz cascada. Sonaba muy lejana pero al mismo tiempo estaba en la habitación—. ¿Sabes quién soy?

Adrian intentó hablar pero de sus labios sólo salió un murmullo pastoso e ininteligible, seguido por un fino hilo de saliva. Lo intentó otra vez y consiguió que sus labios se movieran y produjeran algo parecido a unas palabras. Creyó reconocer su voz pero su mente era un objeto tan pesado y adormecido como el resto del cuerpo. Cada palabra que oía y entendía atravesaba alguno de los gusanos que tenía

en el cerebro, pero el progreso era lento e inseguro.

—¿Papá? —murmuró Adrian. Escupió la palabra como si fuera un vómito. Cerró los ojos, los apretó y lo intentó otra vez. Con una voz muy baja consiguió decir—. Habla igual que mi padre. Antes de que...

—No, Adrian —dijo la voz—. Soy Aron. Ya conoces ese nombre.

—¿Jordan?

—Eso es —dijo la voz—. Ahora necesito que mires hacia aquí.

—No puedo —dijo Adrian. Intentó levantar la cabeza otra vez y sólo consiguió balancearla unos pocos grados.

—No, eso ha estado muy bien —dijo la voz de Jordan—. Inténtalo de nuevo. Mira hacia aquí, hacia mí. Lo estás haciendo muy bien.

Adrian probó otra vez y consiguió ladear la cabeza un poco a la izquierda. Haciendo gala de una voluntad de hierro, consiguió mantenerla en su sitio sin intentar levantarla. La dejó descansar contra el hombro izquierdo.

—Un poco más —lo animó la voz de Jordan—. Sólo levanta la cabeza y mírame.

—No puedo —susurró Adrian, de nuevo con fiera convicción. El esfuerzo que había hecho hasta ahora lo había dejado agotado.

—Adrian —dijo Jordan—. Esos hombres van a volver para hacerte más preguntas muy pronto. Los hombres que te hicieron esto. ¿Eso quieres?

—No —dijo Adrian.

—Volverán —dijo Jordan—. Volverán y harán cosas peores que esta. ¿Quieres darles esa oportunidad?

—No —dijo Adrian de nuevo. Esta vez le salió la palabra un poco más alta.

—Entonces mira hacia aquí, Adrian —dijo Jordan—. Levanta la cabeza y mira.

Con un gruñido de esfuerzo, Adrian levantó la cabeza y la dejó colgando en precario equilibrio sobre el cuello. Centró la mirada en el espejo que había entre aquella habitación y la de al lado.

—Buen chico —dijo Adrian.

A Adrian se le salía los ojos de las órbitas y estaba seguro de que fuera lo que fuera lo que le habían dado los hombres de los trajes negros, le estaba provocando alucinaciones. En lugar de ver la imagen invertida de la sala de interrogatorios y de sí mismo, vio un gran angular de lo que supuso que era el interior del taxi de Aron Jordan. Aron estaba sentado en el asiento del conductor, a la derecha de la escena que veía Adrian. Aunque Adrian había levantado la vista hacia el espejo de la pared, tenía la sensación de que veía a Jordan y el taxi desde arriba, como si los estuviera viendo desde la perspectiva del espejo retrovisor.

—Esto no va a ser nada fácil —dijo Jordan mientras, por imposible que pareciera, clavaba los ojos en los de Adrian a través del espacio que los separaba, desde el exterior de aquel edificio—. No tengas miedo y no hagas preguntas. Sólo debes creer

que estoy aquí para ayudarte. ¿Me crees?

—Ahá —dijo Adrian y tuvo mucho cuidado de no asentir, no se le fuera a caer la cabeza otra vez. Estaba demasiado aturdido y fascinado por la alucinación para negarlo. Ni siquiera se preguntó si el suero que le habían dado era el responsable de lo cooperativo que se sentía.

—Muy bien —dijo Jordan—. Buen chico. Esto va a parecerte extraño y quizá te asuste un poco, pero tienes que ser valiente. Quiero que estires el brazo hasta aquí y me cojas la mano.

—¿Cómo? —preguntó Adrian. Intentó levantar la mano izquierda y la cadena de las esposas traqueteó en la silla. Frente a él, el espacio que lo separaba de la superficie plana del espejo parecía el Gran Cañón—. No puedo.

—La otra mano, Adrian —dijo Jordan—. Concéntrate. Puedes hacerlo.

—¿Cómo? —preguntó Adrian otra vez. Creyó que se le iban a cerrar los ojos y luchó por abrirlos de nuevo.

—Yo te ayudaré —dijo Jordan—. Pero tienes que intentarlo de verdad. Tienes que estirar el brazo hacia mí.

—No sé —suspiró Adrian. La cabeza le pesaba un mundo y el brazo era una losa de cemento.

—Puedes hacerlo —dijo Jordan—. Yo voy a estirar el brazo hacia ti y tú haces lo mismo hacia mí. Todo lo que tienes que hacer es cogerme la mano. Yo haré el resto. Ahora prepárate, no te preocupes, puedes hacerlo.

Antes de que Adrian pudiera protestar otra vez o rendirse a sus recelos sobre lo que había sido de su cordura, Jordan estiró el brazo. Movía la mano muy lentamente, como si la estuviera estirando hacia el espejo retrovisor del coche. Adrian sabía que estaba sufriendo una alucinación y sabía que, fuera lo que fuese lo que le había inyectado el hombre de negro, lo estaba volviendo loco. No quería que volvieran los hombres de los trajes y le hicieran Dios sabe qué. Ni siquiera debería estar allí. Sólo quería estar en algún sitio muy lejos de aquella sala de la comisaría y ese deseo era lo que obviamente había provocado aquella alucinación, que se detendría de golpe en cuanto volvieran los hombres de negro para hablar con él otra vez. No quería que volvieran y no tenía razones para pensar que podría huir, así que su mente estaba haciendo todo lo que podía dadas las circunstancias.

Adrian entendía todo esto pero no le importó. Una alucinación agradable era mucho mejor que la dura realidad. Incluso si lo que le ofrecía aquella alucinación era una huida temporal, aquella seductora oportunidad era demasiado buena como para dejarla pasar. Una parte de él (la parte que en otro tiempo había creído en Papá Noel, los monstruos del armario y la magia) se abrió y aceptó esa esperanza. Le permitió levantar el brazo derecho y estirarlo por encima del cuerpo entumecido hacia el espejo y al hacerlo, la superficie del espejo se dobló hacia él adoptando la forma de la

mano estirada de Aron Jordan. La deformación de la superficie del cristal distorsionó el resto de la imagen pero la huella de la mano de Jordan permaneció clara. Adrian estiró tanto la mano que pensó que la silla iba a volcar, pero entonces tuvo la mano justo sobre el tentáculo de cristal doblado que había lanzado la mano de Jordan a la habitación. Dejó que su mano cayera sobre la de Jordan y se inclinó, agotado.

—No sé lo que está haciendo —dijo el Tercero para responder al Primero al ver que no hablaba nadie mas. El Cuarto entre ellos se quedó mirando a Adrian Cross a través del cristal.

—Puede que el suero que le han dado no fuera lo bastante fuerte —dijo el Cuarto—. ¿Cuánto le han administrado?

—La cantidad suficiente según su masa muscular y su altura —dijo el Primero—. Pero algo va mal.

—Puedo sentirlo —dijo el Tercero—. ¿Qué es?

—No lo sé —dijo el Segundo mientras colocaba las yemas de los dedos sobre el cristal que tenía delante—. Parece...

—¡Lo sabía! —lo interrumpió el Cuarto.

Pero antes de que pudiera decir nada más, se produjo un cambio en la otra habitación, en Cross. Su mano cayó varios milímetros en el aire y quedó inmóvil, como si estuviera suspendida de un hilo. A continuación, unas líneas negras empezaron a trazarse desde las yemas de sus dedos, le subieron por los brazos y recorrieron el exterior de su ropa hasta cubrirle el cuerpo entero. Las líneas se movían como enredaderas y trazaban dibujos repetidos que hacían que el cuerpo de Cross pareciera un rompecabezas tridimensional compuesto por hojas palmeadas. Cuando las líneas le hubieron cubierto el cuerpo entero, los bordes de las hojas trazadas se elevaron de tal forma que las líneas se convirtieron en grietas y separaciones entre las formas. La piel y la ropa de Cross perdieron su tono normal y adquirieron un uniforme color marrón anaranjado. Ante sus ojos, el cuerpo de Adrian Cross se había convertido en una escultura perfecta de hojas secas. La transformación entera se había producido con tal rapidez que lo único que pudieron hacer los cuatro fue contemplarla en silencio. El Cuarto fue el primero en recuperarse.

—Entren ahí —le soltó a los otros tres—. ¡Corran!

El Primero y el Segundo hicieron lo que les ordenaba mientras el Tercero y él se quedaban mirando. En cuanto la puerta de la sala de observación se cerró tras ellos, la puerta de la sala de interrogatorios se abrió de golpe y sus compañeros entraron corriendo en la habitación. La perturbación del aire generada por tanto movimiento en la pequeña sala tuvo exactamente el efecto que temía el Cuarto. Las hojas echaron a volar en todas direcciones y se derrumbó la forma que habían construido. No quedó más que una silla vacía con unas solitarias esposas colgando del brazo. Los dos

hombres que estaban en la habitación se pararon de golpe y se quedaron mirando el montón de hojas que cubrían ahora la silla y el suelo que la rodeaba.

El Cuarto apretó los dientes, se llevó las manos a la cabeza muy lentamente y cerró los ojos.

—Otra vez —dijo el Tercero—. Ha desaparecido otra vez.

—Cállese —dijo el Cuarto.

—Es hora de cambiar de directrices —dijo el Tercero.

El Cuarto abrió los ojos poco a poco y miró hacia delante.

—El hijo de Cross —dijo, muy serio—. El nieto de Gordon. Puede utilizarse para probar la tecnología tan bien como Cross. Encontraremos a Cross después de eso.

—No —dijo el Tercero sin disimular su frustración—. Lo que tiene que cambiar son las directrices del proyecto. Podemos llevar a cabo una acción más directa contra Gordon en persona. Quizá se le pueda reeducar. Aún no es demasiado tarde para considerar...

—Diga una palabra más —dijo el Cuarto, hostigando al Tercero con una expresión de crueldad en el rostro. Tenía hinchadas las venas de la frente y el cuello—. Sólo diga una palabra más.

El Tercero se quedó muy quieto aunque tenía al Cuarto a escasos centímetros de la cara. No salió una sola palabra de su boca.

—Bien —dijo por fin el Cuarto—. Ahora reúna a los demás.

Un huracán de locura atravesó el espacio con Adrian, lo cegó con sus desechos y lo dejó sordo con su rugido. No distinguía nada del espacio por el que se movía pero estaba seguro de que se estaba moviendo. Rodó como una hoja agitada por el paso de un helicóptero de ataque. El único punto de cordura y orden que le quedaba era la sensación de la mano de Jordan tocando la suya. Se aferró a ella con todas sus fuerzas mientras aquel viento vertiginoso y aullante intentaba reducirlo a un simple esqueleto. Por espacio de lo que se le antojó una eternidad, se vio en el centro de los cuatro vientos, en el embudo de un tornado voraz.

En menos de un instante el caos y el ruido se redujeron como un trueno invertido. Se derrumbó en un espacio estrecho aunque sin dejar de asir con desesperación la mano que le habían tendido. La misma mano que se desasó con dulzura de los dedos tensos como garfios y le apretó el hombro.

—Todo va bien —dijo Jordan mientras se inclinaba sobre una especie de muro alto y exuberante para mirarlo. Sus ojos refulgían con una luz ambarina brillante y un hilo de sangre espesa y negra le bajaba de la fosa nasal izquierda. Adrian sintió un hilo parecido y cálido entre sus labios—. Quédate quieto un rato.

—¿Qué ha pasado? —dijo Adrian. Apenas era capaz de mantener los ojos abiertos—. ¿Dónde estoy?

—No te preocupes —dijo Jordan mientras se volvía para limpiarse la nariz con la manga—. Ya estás a salvo.

—¿A salvo? —murmuró Adrian. Lo poco que podía ver de aquel espacio oscuro parecía confirmar aquella afirmación. Distinguió ventanillas y asientos de atrás y una luz en el techo. La luz de últimas horas de la tarde o primeras de la noche se filtraba por la ventanilla que tenía más cerca. Parecía estar acurrucado en el asiento de atrás. Pero...— ¿Cómo?

—Descansa —dijo Jordan mientras ponía el coche en marcha y metía la primera. El ronroneo del motor que percibía a través de los asientos era un sedante masaje comparado con la pesadilla por la que había pasado Adrian para llegar hasta allí—. Tenemos que irnos.

—¿Adónde?

—Tú descansa —dijo Jordan—. Deja que tu organismo se deshaga de esa basura que te han inyectado.

Adrian asintió y metió la cabeza entre los brazos. El sonido de «Beyond the Bend» de Elvis Presley y el movimiento suave del coche lo ayudaron a quedarse dormido.

Capítulo veintiuno

Matthew Simonson se levantó de la silla con un suspiro de frustración. El archivo sobre Iron Rapids y Soluciones Sintéticas robado a la Tecnoocracia permanecía abierto y expectante en la pantalla de su ordenador portátil. Volvieron a llamar a la puerta de su habitación, con más insistencia que la primera vez. El reflejo del espejo que había detrás de la mesa asintió y se volvió hacia la puerta de su lado del cristal. Simonson giró en la misma dirección y fue a mirar por la mirilla. Al mirar a través de la lente de pez, vio a Aron Jordan, que trataba de sostener a alguien que se apoyaba con un brazo sobre su hombro.

Simonson abrió la puerta en el mismo momento en que Jordan levantaba la mano para llamar otra vez. El anciano parecía listo para dar un salto en cualquier dirección, al igual que aquella tarde, al igual que el hombre que tenía a su lado, y ese hombre, advirtió Simonson con sorpresa, era Adrian Cross.

—Dios santo —siseó Simonson. Asomó la cabeza por el pasillo y miró en ambas direcciones para asegurarse de que no los había visto nadie—. Entren aquí, los dos.

—Gracias, muchacho —dijo Jordan y pasó rozándolo al mismo tiempo que Simonson hacía la invitación—. Cierra la puerta.

Simonson hizo lo que Jordan le decía mientras éste llevaba a Cross hasta la cama. Varias hojas secas colgaban de los pliegues de la ropa de Cross, se pegaban a las suelas de sus zapatos y se enredaban en su pelo. Por lo que Simonson veía, estaba casi inconsciente.

—¿Qué ha pasado? —le preguntó a Jordan mientras éste ayudaba a Cross a acostarse—. ¿Qué están haciendo aquí los dos?

—Ya estamos aquí, Adrian —dijo Jordan inclinándose sobre Cross y cepillándole el exceso de hojas de la ropa—. Lo has hecho muy bien. Intenta dormir un poco. —Mientras Jordan le quitaba a Adrian las hojas del pelo, Simonson vio una banda de blanco puro sobre la sien de Cross. El pelo le había cambiado de color.

—¿Qué le ha hecho? —preguntó Simonson—. ¿Y qué están haciendo aquí? Creí que había dicho que se iba a ocupar de Cross usted solo.

—Y me he ocupado de él —dijo Jordan mientras se incorporaba y se daba la vuelta para mirar a Simonson. Estrujó un puñado de hojas, las convirtió en una bola y buscó una papelera—. El problema es que quizá hayan cambiado unas cuantas cosas.

—Allí —dijo Simonson señalando la papelera que había al lado de la mesa—. ¿Qué cosas han cambiado?

—Aún no lo sé con exactitud —dijo Jordan—. Vamos a tener que esperar a que se despierte. —Se acercó a la papelera y tiró allí las hojas que le había quitado a Adrian. Mientras lo hacía le echó un vistazo al portátil abierto de Simonson—. Parecen los archivos de los que te hablé.

—Lo son —dijo Simonson—. Acabo de llegar con ellos.

—¿Una lectura interesante?

—Ni idea. Acabo de empezar a leerlos.

—Ya veo —dijo Jordan—. Pues resulta que yo también necesito echarles un vistazo.

—Ha cambiado de opinión sobre la cruzada, ¿no? —preguntó Simonson con un leve matiz de esperanza en la voz.

—No, en absoluto —dijo Jordan—. Sigo en esto para sacarlo a él. —Y señaló con un gesto a Adrian, que seguía tendido en la cana.

—Su ángel guardián —se burló Simonson.

—No me adules —dijo Jordan—. Sólo estoy intentando ayudar a alguien que está metido en un lío que no buscaba.

—Un Sonámbulo —dijo Simonson—. Yo los llamo así.

—Bueno. —Jordan se sentó en la silla de Simonson y sacó un cigarrillo del bolsillo de la camisa—. Puedes llamarlo como quieras. El problema es que creí que ya me había ocupado de él cuando vine a hablar contigo esta tarde. Pero fui a comprobar cómo estaba una última vez, para asegurarme y vi que dos Hombres de Negro lo metían en un coche y se lo llevaban.

—¿Hombres de Negro? —preguntó Simonson—. ¿Y se lo arrebató a ellos? ¿Y lo trajo *aquí*?

—No te preocupes por eso —dijo Jordan mientras encendía el cigarrillo y ponía el encendedor de platino en el escritorio, al lado de la pila del detector de humos—. Aquí no nos encontrarán.

—¿Por qué lo tenían ellos? ¿Eran los mismos Hombres de Negro que había visto antes?

—Quizá —dijo Jordan—. No me fijé mucho. Se lo estaban trabajando para sacarle información, por lo que vi. No sé lo que les dijo ni lo que querían de él. Me limité a sacarlo de allí y traerlo.

—¿Por qué aquí? —preguntó Simonson. Utilizando el espejo, le echó un vistazo a la puerta y a la ventana que tenía tras él. Su reflejo sacudió la cabeza para aliviar un poco sus preocupaciones.

—Iba a sacarlo de la ciudad directamente —dijo Jordan—, pero no pude. Ahora Cross está más involucrado en esto que antes. Ha visto a los tecnócratas y ha visto lo que puedo hacer. No sé cuánto va a recordar pero seguro que recuerda algo. No sería justo sacarlo ahora de aquí.

—Podría ser lo más seguro —dijo Simonson.

—Quizá —respondió Jordan—. Pero no soy yo el que debe elegir por él.

—¿Qué planea hacer, entonces?

—Enseñarle esto, para empezar —dijo Jordan dándole un golpecito con el nudillo

al monitor de cristal líquido y alta resolución del portátil de Simonson—. Quiero que sepa a qué se está enfrentando y quiero contarle todo lo que pueda entender.

—¿Y qué va a lograr con eso? —dijo Simonson—. ¿Qué espera que haga?

—Eso es cosa suya —dijo Jordan—. Yo sólo quiero que tenga la máxima información posible en su condición para que pueda tomar esa decisión.

—¿Así sin más? —preguntó Simonson—. ¿De verdad cree que es una buena idea?

—Es lo más justo —dijo Jordan—. Es lo que la gente como tú y como yo deberíamos estar haciendo.

—¿Quiere decir en lugar de luchar? —preguntó Simonson mientras se cruzaba los brazos y esbozaba una sonrisa irónica.

—No —dijo Jordan—. No en lugar de eso.

CUARTA PARTE:
«Jueves»

Capítulo veintidós

Adrian se despertó con el olor a café y un sabor amargo a cola y hojas secas en la boca. Consiguió abrir los ojos y se sentó, con miedo a vomitar en cualquier momento. Le latía el corazón a toda velocidad y le dolía el cuello, como si hubiera dormido sobre él mientras lo colgaban del techo por los pies. Al otro lado de la bruma que empañaba su conciencia, vio dos figuras sentadas a una mesa, una enfrente de la otra. Al aclararse su visión, reconoció a Aron Jordan y a Matthew Simonson. Cada uno sujetaba una taza de papel llena de café humeante y además Jordan estaba fumando un cigarrillo.

—... así que cuando se sentó —estaba diciendo Jordan—, la silla se desplomó justo debajo de su pomposo culo y lo tiró al suelo.

—¿Y la chica tuvo el valor de hacer eso *allí*? —respondió Simonson con tono de escandalizado respeto—. ¿Delante de tanta gente?

—Bueno —dijo Jordan—. Dudo que fuera ella la que lo hizo, pero fue la que más se rió cuando pasó. Con lo cabreado que estaba Su Señoría de la Pomposidad, después de eso podría muy bien haber sido ella. A él desde luego no le importaba quién fue.

Adrian miró a su alrededor y se encontró echado en una cama de hotel, en una habitación moderadamente cara. Lo habían tapado y alguien le había quitado los zapatos, pero aparte de eso estaba ataviado con la misma ropa que se había puesto el miércoles. La luz del día entraba por las cortinas, que estaban parcialmente cerradas.

—Hola —gimió—. ¿Dónde estoy?

Jordan interrumpió la historia mientras Simonson y él se volvían para mirar a Adrian. Simonson se quedó donde estaba y tomó otro sorbo de café pero Jordan se levantó y recogió una taza de café tapada de la mesa que había al lado de la cama. Se quedó junto al lecho y le entregó la taza a Adrian.

—Estás a salvo —dijo Jordan—. Estás en la habitación del hotel de Matthew. ¿Quieres un café? Todavía está bastante caliente.

—¿Qué día es? —preguntó Adrian mientras cogía el café y abría el agujero de la tapa de la taza con el meñique—. ¿Cuánto tiempo llevo dormido?

—Sólo es jueves —dijo Jordan—. Y todavía por la mañana. Tuviste un gran día ayer. Parecías necesitar un poco de descanso.

—Supongo —dijo Adrian mientras le daba unos cuantos tragos al cale a pesar de que aún estaba demasiado caliente para beberlo deprisa. El líquido caliente le quitó el mal sabor de boca que tenía y apartó de su mente los sueños y alucinaciones medio recordados que lo acosaban.

—¿Cómo te encuentras? —le preguntó Simonson mientras se inclinaba hacia él en la silla. Sujetaba la taza entre las rodillas con las dos manos.

—Me duele la cabeza —respondió Adrian—. Estoy magullado. Y confuso. ¿Qué coño me pasó ayer y cómo llegué hasta aquí?

—Yo te traje —dijo Jordan. Acercó la silla al borde de la cama y se volvió a sentar—. ¿Qué recuerdas de lo que pasó ayer? Empezaremos por ahí.

—Me levanté —dijo Adrian—. Me llevaste a casa de Isaac, fuera de la ciudad. Su chofer me trajo a Zahn, donde comimos el martes. Salía de allí y ¡bam! Me atropelló un coche mientras cruzaba la calle.

—¿Y eso es todo? —pregunto Simonson, a todas luces desilusionado.

—Ya saldrá —dijo Jordan mientras hacía callar a Simonson con un gesto—. ¿Qué más recuerdas, Adrian?

—Bueno —dijo Adrian—. Estaba bien después de eso, como cuando desperté el lunes. Pero en lugar de ir al hospital para asegurarme, me recogieron esos hombres y me llevaron a la comisaría. Unos hombres con unos trajes negros.

—Continúa, Adrian. No te preocupes si te suena a locura, déjalo salir —asintió Jordan.

Adrian suspiró y los nudos de tensión que tenía entre los omóplatos se aflojaron de forma considerable. Simonson entornó los ojos y lo miró.

—Yo ni siquiera quería ir con ellos —dijo Adrian—. Al principio no, pero me obligaron. Les dije que tendría que estar en el hospital pero me llevaron a la comisaría. Luego empezaron a hacerme todas esas preguntas con aquel detective en la habitación. Creían que había matado a alguien.

—A Sutton —dijo Simonson para sí mismo.

—Pero yo no lo hice —continuó Adrian—. Así que le dijeron al detective que se fuera y el tipo se fue. Entonces empezaron a hacerme todo tipo de preguntas. Preguntas sobre ti, Aron. Me preguntaron si te conocía bien y sobre qué hemos estado hablando tanto últimamente.

—¿Qué les dijiste? —preguntó Jordan.

—Sólo lo básico —dijo Adrian—. Cosas que salieron. Pero querían saber más, querían oír todo lo que hablamos tú y yo. Era una locura. Querían saber hasta la última palabra.

—¿Y sobre mí? —preguntó Simonson, a duras penas capaz de ocultar el mal trago que estaba pasando—. ¿Les dijiste algo de mí?

—No —dijo Adrian—. No se habló de ti. Ni siquiera pensé mencionarte. No me dieron la oportunidad.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Simonson. Todavía parecía preocupado por la respuesta pero también mucho más aliviado.

—Me dieron una especie de droga —dijo Adrian, y se estremeció—. No sé qué coño era aquello. Me paralizó, empecé a sufrir alucinaciones. Estaba muy jodido.

—Probablemente pentotal sódico, si tuviste suerte —dijo Simonson—. O, si no la

tuviste, algo mucho mas fuerte. ¿Intravenoso o en una jeringuilla?

—Jeringuilla —dijo Adrian.

Simonson hizo una mueca.

—¿Qué más recuerdas, Adrian? —continuó Jordan—. ¿Recuerdas cómo saliste?

Adrian recordaba un espejo deformado, el aullido del viento y una ventisca de hojas. Aparte de eso, nada que tuviera sentido. Si intentaba pensar en ello se le congelaba el cerebro y lo obligaba a pensar en otra cosa.

—No —dijo—. Tuve una alucinación, pensé que estabas allí... recuerdo que me ayudaste a subir al ascensor y a bajar el pasillo de aquí. Supongo que fue aquí. Recuerdo que estuve en el taxi.

Simonson miró a Jordan y dijo:

—Debe de estar bloqueándolo.

Jordan le hizo callar con un siseo y siguió mirando a Adrian.

—Dices que recuerdas el taxi. También recuerdas a esos hombres y lo que te hicieron. ¿No es así?

Adrian asintió. Con sólo pensar en eso ya se sentía muy pequeño y frágil.

—¿Recuerdas cómo llegaste al taxi, Adrian? —le preguntó Jordan.

—No, supongo que cuando terminaron me dejaron marchar y tú me recogiste. No lo recuerdo. Estaba un poco fuera de mí en ese momento, supongo. Drogado... asustado, no lo sé.

—Está bien —dijo Jordan—. Quizá termines recordándolo o quizá no. Sea como sea, no pasa nada.

Adrian sorbió algo más de café y rezó por no recordar nada.

—Ahora dime una cosa —dijo Jordan—. ¿Sabes lo que querían esos hombres de ti?

—Me hacían preguntas sobre ti —dijo Adrian—. No tenía ningún sentido.

—Quiero decir antes de eso —dijo Jordan—. En un principio. ¿Sabes porqué te estaban haciendo preguntas?

—No sé... bueno... no hacían más que hablar de SolSin. La mencionaron unas cuantas veces, en realidad. Dijeron que representaban a los intereses de la nación en la compañía. También dijeron que representaban a la fuerza que SolSin representa y dijeron que yo ya estaba familiarizado con ella. No sé de qué estaban hablando.

—Joder con la suposición que hicieron, te dijeron incluso demasiado para lo que es habitual en ellos —dijo Simonson. Entonces se dirigió a Jordan y añadió—. Creo que tuvo suerte de que lo encontraras cuando lo hiciste.

—Tuve suerte de que no tuvieran ya algún constructo en la ciudad y que lo estuvieran reteniendo en la comisaría —le dijo Jordan a Simonson—. De haber sido así, puede que no lo hubiera encontrado jamás.

—¿Qué queréis decir? —dijo Adrian—. ¿Por qué no? ¿Quiénes eran esos tíos?

—¿Quiénes pensaste que eran cuando estaban hablando contigo? —le preguntó Jordan.

—Creí que eran del FBI o de la Agencia de Seguridad Nacional o algo así —dijo Adrian—. Me enseñaron sus identificaciones pero no les pude echar un buen vistazo. También podrían haber sido de la CIA, supongo. O incluso del servicio secreto.

—Esa es la impresión que les gusta dar —dijo Simonson—. Quieren dar la sensación de que representan al orden y la autoridad. Pero lo cierto es que no son de los buenos, en absoluto.

Jordan levantó una mano y Simonson volvió a callarse.

—Cuidado, muchacho —dijo Jordan—. Prejuicios. No todo el mundo piensa lo mismo de ellos.

—¿Quiénes son? —preguntó Adrian.

—Lo que te ha dicho Matthew es básicamente la verdad —respondió Jordan—. Estas personas, con las que hablaste y otras que no has conocido, *son* el orden y la autoridad. Eso es lo que representan. Tienen sus objetivos, quieren convertir al mundo entero en algo seguro, explicable y civilizado para todos. Forman parte del mundo entero, no de un solo país, y quieren que sea un lugar seguro y equilibrado para todos.

—Bueno, mira que brillo tan bonito tiene esa fruta podrida —bufó Simonson.

—Yo no me sentí muy seguro con esos dos hombres —dijo Adrian.

—Los objetivos son una cosa —dijo Jordan—. Los medios para conseguirlos... a veces se ponen feos. Y da la impresión de que ahora mismo estás envuelto en esa fealdad. Y también da la impresión de que vuelve una y otra vez a por ti.

—¿Pero por qué? —dijo Adrian—. ¿Qué coño está pasando? ¿En qué estoy envuelto?

—No eres sólo tú —dijo Simonson—. Es todo el mundo. La ciudad entera. Esta gente de la que te hablamos tiene planes para esta ciudad y tú, por alguna razón, pareces ser un elemento crucial. El accidente de coche, el accidente de ayer, que perdieras el trabajo. Todo forma parte de lo mismo. *Tú formas* parte de lo mismo, lo creas o no. Te guste o no.

—¿Pero por qué yo? —preguntó Adrian—. ¿Estás diciendo que todo lo que me ha pasado forma parte de una conspiración? Ya lo intentaste el martes, Matthew, y entonces también sonaba ridículo.

—Hay mucho que asumir después de todo lo que has pasado durante la última semana —dijo Jordan—. Lo entiendo, Adrian. Lo que quizá pueda ayudarte es leerte lo que tenemos en este ordenador. Son un par de archivos que le robamos a la gente de la que te hemos estado hablando. Matthew y yo los hemos revisado mientras dormías y creo que podrían responder a algunas de tus preguntas. ¿Te sientes en condiciones?

—Deberías hacerlo, Adrian —dijo Simonson—. Te abrirá los ojos sobre lo que está pasando por aquí sin que tú te des ni cuenta.

—No tienes que hacerlo si no quieres —dijo Jordan—. Si prefieres irte a casa y seguir con tu vida, puedo llevarte... sin más. Si te lees esto y sigues queriendo irte a casa sin más, también estará bien. Tú decides.

—Quiero leerlo —dijo Adrian—. Porque si la mitad de lo que estáis diciendo e insinuando es verdad, *no puedo* hacer caso omiso y seguir con mi vida, ¿verdad?

—Yo no podría —dijo Simonson.

—Yo tampoco. —Le hizo eco Jordan. Se levantó y ayudó a Adrian a incorporarse. Mientras él y Simonson se retiraban, Adrian se sentó delante del ordenador.

—No te apresures, Adrian —dijo Jordan—. Nos quitaremos de en medio hasta que termines.

Adrian asintió y empezó a leer.

Capítulo veintitrés

—Esto no puede ocurrir —dijo el Tercero, sentado a solas en el asiento trasero del coche, que estaba aparcado a varias manzanas de distancia de la Escuela de Enseñanza Primaria Marión Adrock. Los estudiantes salían por las puertas principales para subir a los autobuses o esperar a que los recogieran sus padres. Las clases extra estaban empezando en el interior—. Esto no puede ocurrir.

El Primero y el Segundo lo miraron por el retrovisor.

—Hay un precedente establecido —dijo el Segundo.

—Los procedimientos de campo reactivo basados en la conciencia situacional del operativo han demostrado una tasa de éxito del setenta y cinco por ciento en las últimas pruebas —añadió el Primero—. Si a nuestro colega se le permite concentrar toda su atención, las probabilidades de éxito son muy altas.

—No me refiero a eso —dijo el Tercero—. Lo que está haciendo no está bien.

—Esta es una contingencia inusual —dijo el Segundo—. Sin embargo, es consecuente con los protocolos establecidos para esto proyecto concreto.

—Es sanguinaria, no inusual —dijo el Tercero—. Ya ha fracasado dos veces con Cross. Debería haber pasado a una de las otras contingencias *establecidas* en lugar de centrarse sólo en ésta.

—El doctor Zearin necesita un sujeto cercano a Isaac Gordon —dijo el Segundo—. Nuestro colega sólo está...

—Brandon Cross es un *niño* —dijo el Tercero— no un *sujeto*. Nuestro colega está intentando dejar tullido a un niño para que su proyecto pueda seguir adelante al ritmo que él mismo planeó.

—La elección tiene sentido —dijo el Segundo sin convicción—. Al intentar obtener a Cross nos hemos topado con demasiadas interferencias, lo que desautoriza otros procedimientos en esa línea.

—Eso es cierto —añadió el Primero—. Es probable que Aron Jordan no pueda proteger a Cross y al hijo de Cross de forma simultánea, dado que el contacto de Cross con su hijo es muy infrecuente.

—No creo que Jordan *haya* estado protegiendo a Cross —dijo el Tercero—. Ayudándole, sí, pero no creo que haya sido por eso por lo que han fracasado hasta ahora los procedimientos de nuestro colega. Los dos visteis las radiografías de Zearin. Los dos visteis lo que le pasó ayer a Cross fuera de la pastelería. Debería de haberse quedado paralítico dos veces y las dos veces, por imposible que parezca, escapó sin daño alguno. Jordan no está protegiendo a Cross, son los procedimientos los que fracasan. Están fracasando y la reacción que producen esos fracasos está retrasando el resto del proyecto. Y esa reacción también debe de estar afectando el juicio de nuestro colega, porque de otra forma ya habría adoptado una nueva línea de

contingencia totalmente distinta.

—Eso no es más que especulación —dijo el Segundo.

El Primero miró al Segundo y luego se volvió para mirar al Tercero.

—No —dijo—. Quizá tenga algo de razón.

—Aunque la tenga —dijo Segundo—. Todo eso es discutible. Nuestro colega está disponiendo el nuevo procedimiento en este mismo instante y volverá enseguida. Es más, él es el coordinador de campo de este proyecto, sean cuales sean nuestras opiniones sobre sus métodos.

—¿Así que, como es el que manda, no importa lo que le haga al hijo de Cross? —preguntó el Tercero.

—Ese sacrificio concreto dará lugar a una serie de acontecimientos que nos acercará un paso más a la unidad por la que llevamos luchando tanto tiempo —dijo el Segundo—. Desde el Renacimiento.

—No es la única forma de hacerlo —admitió el Primero.

—Es la más conveniente y la más eficiente según los recursos de que disponemos —dijo el Segundo—. Comprendo que no es lo ideal pero es necesario.

El Tercero se inclinó hacia delante y dijo.

—Apuesto a que no dirías eso si fuera tu hijo el que saliese de esa escuela, ¿a que no?

El Segundo volvió la vista calle abajo, hacia la escuela, y se quedó callado.

—No lo entiendo —dijo Adrian finalmente, después de incorporarse y volverse. Llevaba horas leyendo y releendo.

—¿Qué no entiendes? —preguntó Simonson. Jordan y él habían estado hablando en voz baja al otro lado de la habitación para no molestar a Adrian.

—¿Lo has revisado todo? —preguntó Jordan. Simonson y él volvieron a colocarse a una distancia de Adrian más apropiada para conversar.

—Sí —dijo Adrian—. Un par de veces, y lo entiendo todo. Quiero decir que comprendo las palabras y lo que significan, pero no tiene sentido.

—¿Qué es lo que no tiene sentido? —dijo Simonson. Se pellizcó el puente de la nariz en un gesto de frustración.

—Bueno, para empezar —dijo Adrian—, todavía no entiendo quiénes son estas personas. Es decir, ni siquiera me puedo imaginar cuánto dinero y mano de obra habría que invertir en esto antes de que todo quedara dicho y hecho. Aquí habla de «reeducar» a todos los trabajadores de la ciudad para que puedan montar esta tecnología. Hablan de convertir cada fábrica en un lugar en la que puedan construir ese material. Están hablando de cambiar la economía entera de esta ciudad para que gire alrededor de una sola compañía. Eso cambiará todo el clima económico de esta parte del estado. Y si eso despega como pretenden, entonces... ¿quién sabe lo que va

a provocar en las zonas circundantes? No puedo ni imaginar cómo encajan todos estos factores en escala alguna, y mucho menos cómo se supone que debe funcionar.

—No es sencillo —dijo Jordan—. Con gente así nunca lo es.

—Todo proviene de algo muy sencillo —dijo Simonson—. No es más que una gran dinámica de fe viva.

—¿Cómo? —preguntó Adrian.

—Esta gente ha creado algo que quieren que tenga el mundo —dijo Simonson—. Igual que han creado un gran número de cosas, lo han vuelto a hacer aquí. Sin embargo, no se lo pueden dar al mundo así como así. La gente del mundo tenemos que creer que lo que nos están dando funciona de verdad. De eso se trata.

—No lo entiendo —dijo Adrian. Estaba empezando a dolerle la cabeza.

—Crear en una idea es como una enfermedad, si quieres verlo así —dijo Simonson, cada vez más emocionado con cada palabra que decía—. Hay que comunicar esa idea para que pueda extenderse y afianzarse. Tiene que haber gente suficiente para transmitir la idea y que le llegue a la mayor cantidad de personas posible en el mundo. Una vez hecho eso, una vez que hay suficiente gente con esa enfermedad, la idea se convierte en una realidad. Y una vez que se convierte en realidad, sigue siendo una realidad a menos que llegue una idea nueva y más poderosa para suplantarla.

—Y eso es lo que están tratando de hacer aquí —dijo Jordan, que seguía tranquilo mientras Simonson se iba poniendo nervioso—. A estas personas se les ocurrió una idea y están intentando extenderla por Iron Rapids. Tienen un mecanismo que según ellos es el paso siguiente para unir mente y máquina.

—Vale, eso lo he visto —dijo Adrian—. Ese transpoder informático que traduce las señales del cerebro a un código informático y viceversa, y lo pueden utilizar para construir partes prostéticas biónicas que funcionan exactamente igual que la parte del cuerpo que sustituyan. Y bla, bla, bla, bla. Lo he leído.

—Pero no es una tecnología aceptada —dijo Simonson—. Todavía no. Tienen que demostrar que funciona para que el mundo la acepte. Pero tienen que empezar a pequeña escala. Le demuestran que funciona a personas importantes que tienen dinero, para que esas personas los apoyen. Esas personas con dinero les proporcionan una legitimidad con la que pueden ganarse a más personas con más dinero todavía. Entonces, dado que las personas importantes creen que lo que están apoyando funciona, las personas que tienen por debajo lo creen también, y cuantas más personas los apoyan, más se extiende la creencia. Igual que una enfermedad.

—¿Así que Isaac Gordon es una de esas primeras personas importantes? —preguntó Adrian mientras intentaba evitar que la cabeza empezara a darle vueltas.

—Así es —dijo Jordan—. ¿Y qué mejor forma de hacerle creer en esta tecnología que demostrarle lo bien que funciona?

—Y por eso eras tan importante —dijo Simonson—. Se suponía que ibas a demostrarle lo bien que funciona.

Adrian se quedó estupefacto.

—El accidente de coche —murmuró—. Los dos accidentes. Y perder el trabajo...

—Se suponía que estabas fuera, que te estaban recomponiendo, sin duda —dijo Simonson—. Y al parecer tu sustituto era un agente que trabajaba para esas mismas personas. Necesitaban a alguien allí para llegar hasta tu ex suegro. Tenían que llegar a él para infectarlo con la idea.

—Esto es de locos —dijo Adrian—. Estáis hablando de tecnología científica. O funciona o no funciona. Así son las cosas. Nadie tenía que tomarse tantas molestias cuando podrían limitarse a decir, «Mirad, así funciona nuestro chisme» y ya está. Todo ese plan con estos «protocolos de diseminación» y demás es ridículo. La ciencia es ciencia y funciona, se lo crea la gente o no.

—No es tan fácil —dijo Jordan—. Ojalá lo fuera, porque entonces nuestra vida sería mucho más sencilla.

—Lo cierto es —dijo Simonson— que la ciencia depende muchísimo de la fe. Funciona de la forma que funciona porque ya hay mucha gente que cree que funciona. Estas personas, las que están detrás de Soluciones Sintéticas, dependen también muchísimo de la fe. Han construido todo un imperio sobre ella.

—No me digas —replicó Adrian con una sonrisa levemente irónica—. ¿Y qué pasa si decido no creer más en ella?

—Entonces verías la verdad —dijo Jordan, muy serio—. Verías que te puedes hacer un hueco en este mundo y vivir con lo que tú crees que es verdad, en lugar de con lo que la gente te diga.

—Elegir no creer es el primer paso para liberarte de ese imperio —dijo Simonson—. Te puedes curar de la enfermedad de la fe que te han impuesto toda tu vida.

—Y eso lo sabéis con toda seguridad, ¿no? —preguntó Adrian. Hizo un gesto vago en el aire y preguntó—. ¿Vosotros habéis elegido no creer en todo esto?

—Yo lo sé con toda seguridad —dijo Simonson—. Y sí, así lo he decidido. Y una parte de ti también lo hizo, anoche. ¿Recuerdas? Cuando te escapaste de la comisaría de policía y viniste aquí.

Adrian miró a Jordan, era incapaz de pensar en nada ingenioso que decir. Quería pensar que lo que recordaba de su éxodo de la comisaría era una alucinación o una pesadilla, pero no podía. Sencillamente no se lo creía.

—¿Cómo lo hiciste? —le preguntó al hombre de pelo blanco.

—Creo en una serie de reglas diferentes a las de muchas otras personas —dijo Jordan—. No creo que pueda explicarte lo que hice pero así es como lo hice. Tuve fe en que te podría sacar de allí delante de sus narices, y lo hice. No fue fácil pero lo hice.

—Jesús —susurró Adrian—. Así que ocurrió de verdad. ¿Fue eso lo que le pasó a mi pelo? Dios mío...

—Ocurrió —dijo Simonson—. Si tienes la fe suficiente, todo es posible. No es una simple frase hecha.

—¿Pero por qué no lo sé ya? —dijo Adrian al tiempo que se llevaba una mano a la cabeza, que le martilleaba con fuerza—. ¿Por qué no lo sabe todo el mundo?

—Por ellos —dijo Simonson mientras señalaba al informe de la pantalla de su ordenador—. Los que iban a por ti. Los que están detrás de Soluciones Sintéticas. Los que convirtieron al mundo en lo que es.

—¿Por qué? —preguntó Adrian.

—Porque sólo reconocen un tipo de credo —dijo Simonson—. Para ellos, la fe en la ciencia es la única fe aceptable. Para ellos es un delito creer que hay más cosas posibles en el mundo.

—Creen que no es una forma segura de dirigir un planeta —añadió Jordan—. En su defensa debo decir que no andan tan desencaminados.

—Si su credo convirtió al mundo en lo que es —dijo Adrian, tratando de asumirlo todo— y dicen que cualquier otro tipo de fe es un delito, y los respalda tanta autoridad, ¿en qué os convierte eso? A los dos...

—En la resistencia —dijo Simonson antes de que Jordan pudiera decir nada—. Adrian, lo que está haciendo esta gente está mal. Mira lo que te han hecho pasar en sólo una semana. Mira lo que han intentado hacerte, y sólo para demostrar algo. Así es como funciona esta gente y así es como siempre han funcionado. La gente como yo no quiere admitirlo. Nos enfrentamos a ellos y no somos los únicos. Hay gente como nosotros en todo el mundo.

—No intentes convencerlo —dijo Jordan mientras le ponía una mano a Simonson en el hombro—. Ahora eres tú el que le estás sacando brillo a una manzana podrida.

—¿Entonces tú *no* estás en una especie de movimiento de resistencia? —dijo Adrian.

—No todos lo estamos —dijo Jordan—. Algunos sí y otros no. Algunos, como yo, lo estuvimos en el pasado. El problema es que no es una revolución. No es una guerra santa. No es más que luchar. Como las termitas que intentan derribar una casa. Algunas veces derrumban partes del edificio pero la mayor parte de las veces las pisan.

—Pero en ocasiones —lo interrumpió Simonson—, las que reciben el pisotón son personas inocentes. Personas como tú. Personas que ni siquiera saben que hay una guerra. Y es una guerra, digan lo que digan algunos.

Adrian cerró los ojos con fuerza y volvió a abrirlos pasado un momento. La cabeza le daba vueltas y le palpitaba mientras intentaba procesar todo lo que le estaban diciendo Jordan y Simonson.

—Así que si hay una guerra —dijo entonces—. O, aun en el caso de que no sea una guerra, yo sigo atrapado en ella. ¿Qué hago? ¿Dónde me deja a mí todo eso?

—Te deja con opciones, Adrian —dijo Jordan—. Siempre tendrás opciones, con guerra o sin ella. Eso, por encima de cualquier otra cosa, es lo que defendemos la gente como Matthew y yo.

—¿Y cuáles son mis opciones? —preguntó Adrian.

—En primer lugar —dijo Jordan—, puedes elegir hacer lo que hace Simonson. Puedes quedarte con él y ser una termita de las cruzadas que intenta roer la casa y derrumbarla desde dentro. En segundo lugar, puedes quedarte conmigo. No te prometo nada pero si lo haces, puedo intentar enseñarte a ver el mundo como lo veo yo. Puedo intentar enseñarte a creer en algo con tal fuerza que lo conviertas en realidad. Sé que tienes el potencial, quizá pueda sacarlo a la luz. Simonson podría hacer lo mismo, pero yo te lo estaría enseñando por tu propio bien, nada más. No intentaría convertirte en un soldado de la resistencia.

Simonson se puso furioso pero no discutió.

—En tercer lugar —continuó Jordan—, puedes continuar con tu vida como quieras vivirla. Te llevaré a donde tú quieras y cuando te deje allí, nada de esto volverá a importarte. Ni siquiera recordarás que estuviste envuelto en el asunto. Te dejaré en paz, y Matthew también. Si no me equivoco, ya ha terminado lo que vino a hacer aquí.

—Así es —dijo Simonson.

—¿Y qué pasa con... esos otros? —preguntó Adrian.

—Bueno, eso será asunto tuyo —murmuró Simonson.

—Eso es cierto —dijo Jordan—. Pero, francamente, Adrian, ya han ido dos veces a por ti y han fracasado, y este asunto de SolSin está ocurriendo ahora. Tienen planes de reserva de sobra en ese archivo que leíste. Ya va siendo hora de que utilicen alguno.

—¿Pero qué pasa si quieren hacerme más preguntas sobre ti? —preguntó Adrian—. Dijiste que antes formabas parte de la resistencia. Y saben que te conozco.

—Eso forma parte de lo que tienes que tomar en consideración —dijo Jordan—. Si decides que quieres seguir tu camino, me aseguraré de que no sepas nada y apareceré en otro sitio para que puedan venir a buscarme sin tu ayuda. Pero es cosa tuya. Es una decisión que debes tomar tú.

—Sólo recuerda lo que te hemos contado —dijo Simonson—. Y los esfuerzos que hemos hecho por ti. Tenlo todo en cuenta.

—Ya lo hago —dijo Adrian—. Pero necesito pensarlo durante un minuto.

—Tómate todo el tiempo que necesites —dijo Jordan—. Ahora mismo tienes el resto de tu vida en tus manos. Piénsalo bien antes de decir nada más.

Adrian asintió y se volvió a medias en la silla para poder ver a la vez su reflejo y

el ordenador de la mesa. Simonson se reclinó en la silla y empezó a murmurar para sus adentros mientras Jordan encendía un cigarrillo. Nadie dijo nada.

Capítulo veinticuatro

El Cuarto entre ellos volvió de la calle y encontró al Primero, al Segundo y al Tercero esperándolo fuera del coche. Permanecían hombro con hombro ante el lado del conductor del vehículo y lo miraban fijamente.

—¿Qué? —dijo intentando esconder tras de un ceño malhumorado la confusión que sentía ante aquel comportamiento inusitado.

—Este procedimiento no se ejecutará —dijo el Tercero.

El Cuarto parpadeó.

—¿Cómo dice?

—Se ha notificado a Control —dijo el Primero— y van a promulgar una serie de procedimientos de contingencia del Sindicato a través de la comunidad empresarial de Iron Rapids.

—Yo no autoricé eso —dijo el Cuarto. Se volvió hacia el Segundo y dijo—. Notifique a Control que mi procedimiento tendrá los efectos deseados y que el proyecto funcionará sin la implicación del Sindicato.

—Se refiere a que funcionará «esta vez», ¿no es así? —dijo el Tercero—. A pesar de haber fracasado ya dos veces.

—Notifique a Control —dijo el Cuarto haciendo caso omiso del Tercero.

—Pensamos que en estos momentos lo mejor sería —dijo el Primero— transferir la responsabilidad de esta fase de la agenda a los operativos del Sindicato.

El Cuarto dirigió la mirada al Primero sin decir nada y a continuación volvió a dirigirse al Segundo.

—Notifique a Control que llevaré a cabo mi procedimiento para que el proyecto pueda continuar.

—No lo haré —dijo el Segundo—. Ha sido relevado de las responsabilidades de coordinador de campo y se dirigirá con nosotros al constructo de Ann Arbor para informar sobre la misión.

El labio superior del Cuarto se curvó en un gruñido y miró al Tercero con rabia.

—Esto es cosa tuya —le soltó con brusquedad—. Has estado interfiriendo con mi capacidad para dirigir esta misión desde el principio. Eres un traidor.

—Has fracasado —dijo el Tercero—. Pero eres incapaz de admitirlo.

El Cuarto se encolerizó. Le ardían los ojos. Sus dedos se convirtieron en garras y levantó los hombros mientras daba un paso amenazador hacia el Tercero, pero antes de que tuviera tiempo de poner el pie en el suelo, los tres hombres que tenía delante se movieron al unísono. En apenas un parpadeo, cada uno de ellos había sacado la pistola de servicio automática y apuntaba al pecho del Cuarto. Un largo silenciador emergió del extremo de cada cañón y se colocó en su posición con un ruido seco. El Cuarto vaciló y dejó caer las manos a los lados con los puños cerrados.

—¿Qué es esto? —exigió saber con los dientes apretados.

El Primero, el Segundo y el Tercero se inclinaron hacia él para que pudiera ver su reflejo en los seis cristales de las gafas de sol negras.

—Vendrá con nosotros —dijo el Primero.

—Con calma y sin oponer resistencia —añadió el Segundo.

—Ahora —dijo el Tercero—. Entre en el coche.

Mentalmente paralizado por la rabia y la frustración, el Cuarto hizo lo que le ordenaban. Los otros se guardaron las pistolas y entraron en el coche tras él. El vehículo se alejó de la acera con un largo gruñido.

Capítulo veinticinco

El taxi azul se detuvo delante de la Escuela de Enseñanza Primaria Marión Adrock y Adrian miró a Aron Jordan por el retrovisor. Los ojos ambarinos del taxista le devolvieron la mirada por un instante antes de que Jordan se girara en su asiento.

—Piensas que he cometido un error, ¿verdad? —dijo Adrian mientras el coche haraganeaba ante el bordillo—. Piensas que he elegido mal.

—No es mi vida. Adrian —dijo Jordan—. Y tampoco soy quién para juzgar cómo debes vivir la tuya.

—Simonson piensa que he cometido un error —dijo Adrian con una media sonrisa—. Nunca me había hecho tan feliz desilusionar a alguien.

Jordan sonrió.

—Lo superará, aún es joven.

Adrian mantuvo la media sonrisa y miró por la ventanilla. Había grupos pequeños de niños que salían por la puerta principal y se quedaban bajo la entrada cubierta a la espera de que vinieran a recogerlos en coche. No vio a Brandon por ninguna parte.

—No hago más que pensar en lo que dijo justo antes de que me fuera —dijo Adrian—. «¿Entonces quién va a luchar en esta guerra? No podemos ganar si la gente como tú sigue rindiéndose». ¿Crees que tiene razón?

Jordan se encogió de hombros.

—Ya habrá alguien que libre la guerra de Simonson por él. Siempre lo hay.

—Supongo que sí —dijo Adrian—. Es sólo que... Yo no puedo renunciar a mi vida. Mi trabajo. Mi hijo. Hay gente que va a contar conmigo. Tengo que hacer lo que debo por ellos y también por mí, ¿verdad?

—Yo no puedo decirte si tomaste la decisión adecuada, Adrian —dijo Jordan—. No es algo que se sepa hasta pasados muchos años. Lo que importa es que la tomaste tú. Tú. Nadie te dijo que lo hicieras, vives tu vida como has querido vivirla tú. No soy quién para decir si es la mejor forma o la peor.

Adrian suspiró y volvió a mirar por la ventanilla. Un segundo después, levantó la manilla y empezó a salir.

—Pero sí te voy a decir una cosa, Adrian —dijo Jordan. Adrian se detuvo—. Estoy orgulloso de ti.

—¿Por qué?

—Por tomar la decisión solo —dijo Jordan—. Por no dejarte llevar. Es admirable.

—Gracias, Aron —dijo Adrian—. Gracias por escuchar, por hablar... por la comisaría. Gracias por todo.

—Por todo lo que no recordarás —dijo Jordan con una sonrisa irónica—. De nada. Y cuídate ahí fuera.

—Tú también. —Sonrió y salió del coche, pero antes de que Jordan pudiera

alejarse, miró por la ventanilla abierta del copiloto y dijo—. ¿Cuánto te debo por el viaje?

—Nada —dijo Jordan con una sonrisa y un gesto de rechazo—. Estoy fuera de servicio, ¿recuerdas? Llevo ya unos años fuera de servicio. Sigue con tu vida. Quizá nos veamos por ahí.

—Claro —dijo Adrian. Se incorporó y se alejó del bordillo—. Te invitaré a comer.

Jordan sonrió y asintió. Después metió la primera, giró en redondo con rapidez y se alejó atrayendo las hojas secas que había en la alcantarilla antes de desaparecer tras la esquina de un edificio que había unas manzanas después. Adrian le dijo adiós con la mano y luego se volvió para esperar a su hijo. Ni siquiera le preocupó cómo iban a llegar a casa Brandon y él. Tendrían que coger el autobús. Había una parada un poco más arriba.

Capítulo veintiséis

Nathan James se sentó ante el ordenador frotándose los ojos para quitarse el sopor de la siesta. Examinó las pocas páginas Web que solía mirar por las mañanas sin prestar demasiada atención. Sabía que sólo estaba retrasando lo inevitable. Se hizo de rogar un rato más hasta que no pudo seguir soportándolo y decidió comprobar otra vez hunter-net. Ahora que los otros cazadores estaban fuera de la ciudad, cada vez le costaba más examinar esa página, pero como se suponía que estaban a punto de volver, supuso que no podía hacerle ningún daño echarle un simple vistazo.

Pero antes de rendirse por fin, comprobó su correo. Apareció en su pantalla el programa de correo electrónico y le dijo que sólo tenía un mensaje nuevo. Con la esperanza de que fuera algo largo para poder entretenerse un poco más, lo abrió. Se encontró con que era del periodista de Internet con el que se había estado escribiendo y que era casi tan largo como había esperado. De hecho, era enorme. Descargó los dos archivos adjuntos y empezó a leer el primero.

—Joder —dijo con los ojos clavados en la pantalla, abiertos como platos, después de leer las primeras líneas—. Pero tío, ¿qué coño me has enviado?